

EL CONDE
DE
VARENS

CATHRYN DE BOURGH

©El conde de Varens – Cathryn de Bourgh

©2024 Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

®María Noel Marozzi Dutrenit autora de todas las novelas publicadas bajo el seudónimo Cathryn de Bourgh.

Novela de romance histórico para un público adulto +18

Amparada en la ley universal de derechos de autor y en la ley 17616 de la República Oriental del Uruguay

Nota de la autora

Esta novela forma parte de una trilogía llamada Amor y venganza. Romance histórico. Amor y aventuras.

El señor de Grovenston será la segunda parte de esta saga y continuación de la presente novela y la publicaré a mediados de setiembre de este año. La continuación de la historia de amor de la dama francesa y el caballero inglés.

Todos los nombres, lugares, personajes mencionados en la presente son ficticios y de mi invención.

Aprovecho esta ocasión para agradecerles su apoyo a lo largo de los años leyendo mis novelas, gracias por estar mis queridos lectores.

Novela de romance histórico para un público adulto +18

El conde de Varens (Amor y venganza 1)

Cathryn de Bourgh

Un año atrás se encontraba en una fiesta en París rodeada de sus primas y amistades, luciendo un costoso vestido color malva bordado con piedras con bordado corsé y una diadema de perlas en su cabello y pendientes en forma de lágrimas.

Un año atrás bailaba con su esposo y se retiraban luego a sus aposentos para hacer el amor sin parar, durante casi una hora pues se habían reunido después de tanto tiempo y se habían extrañado tanto.

Era una noche hermosa de luna llena y contemplaban el cielo desde la ventana de su habitación cubiertos apenas con un chemise longue pensando que eso era el cielo.

Era tan feliz, su esposo dormía en la cama y ella pensaba que solo le faltaba tener un bebé para que su dicha fuera completa.

Amaba a su esposo y pensaba que era el hombre más valiente y leal al rey que existía. Esa noche todo era perfecto.

Un año después vivía en una granja del sur de Inglaterra, cerca de Hastings con su esposo y procuraban asistir al oficio pues ahora eran ingleses y debían olvidar su religión católica y no lucir relicarios ni nada que los delatara como católicos.

Suspiró y lloró al pensar en todo lo que había perdido luego de huir de su hermosa ciudad por culpa de la guerra que se avecinaba.

Pero había pasado algo más, algo de lo que su esposo no hablaba y ahora un año después

ni siquiera la tocaba.

Solo se mostraba furioso y malhumorado por todo.

Estaba tan cambiado que apenas lo reconocía.

¿Que había sido del hombre que un día robó su corazón y la convirtió en su esposa y la hizo tan feliz? ¿Qué había quedado de ese caballero soldado que llegó a ser por su inteligencia astucia y lealtad uno de los nobles más influyentes de Francia?

Nada. No quedaba nada y eso la entristecía porque ella tampoco era la esposa apasionada y enamorada de antes.

Ni siquiera tenían intimidad con la esperanza de tener un hijo.

Ella no quería tener hijos en esa horrible aldea inglesa.

Odiaba vivir en ese país y solo quería irse.

Suspiró y miró a su alrededor. Tal vez era una ingrata porque los aldeanos habían sido muy amables con ellos desde el comienzo, pero el campo la aburría, las labores campestres, los colores y demás solo podrían ser apreciados por un acérrimo amante de la naturaleza o un pintor. Pero ella solo soñaba con regresar a su mansión en París y reunirse con sus primas queridas y amigas.

En cambio, debían quedarse allí un tiempo, escondidos, con esas ropas y procurar mantener la farsa de que huían por ser hugonotes...

Algo que su marido inventó sin imaginar que sus modales y las manos tan delicadas llamarían la atención al llegar a Inglaterra.

Pero él era un hombre sociable, un diplomático y también un hombre admirable pues a pesar de haber estado en lo más alto de la nobleza y ser un amigo del rey, ahora vivía allí como un protestante buscando progresar en un país donde sentían aversión por lo católicos y nunca habían sido muy amigos de Francia. Pero los habían ayudado y aunque no vivían como ricos, como vivían antes por supuesto, ahora tenían una propiedad arrendada y con ayuda de labriegos

y jornaleros habían prosperado.

Su esposo administraba la finca, y lo veía hacer números y se mostraba optimista.

Se había casado con él muy joven huyendo casi de un pretendiente indeseable, pero ahora notó que esos últimos años los problemas agobiantes lo habían hecho envejecer de prisa. Notó las líneas marcadas de su mandíbula estrecha y el rostro anguloso marcado, y sus ojos azules se veían hundidos, sin vida.

Al verla allí le sonrió galante y le dedicó una frase cortés.

Pero luego se detuvo a mirarla cuando ella le habló.

Solían hablar a solas en privado y se lo dijo. Su rostro fue entonces una máscara de tensión.

—Quisiera regresar a casa, por favor—le dijo.

Él la miró y procuró disimular su tensión mientras leía un libro sobre cómo hacer fortuna en ese lugar con los cultivos, y el ganado. Seguía siendo un hombre ambicioso y sabía que su esposa era joven y muy hermosa. Ello llamó de inmediato la atención y aunque no era un hombre celoso a veces se ponía así, especialmente cuando veía merodear a hombres mucho más jóvenes y rubicundos, con cara de muchachos a pesar de pasar la veintena (eso solo ocurría en ese país por supuesto en Francia a esa edad los jóvenes tenían facciones más duras y definidas, eran hombres no muchachitos).

Pero sus pensamientos volaron a su esposa que lucía un sencillo traje de granjera que marcaba demasiado su silueta esbelta con algunas redondeces y se crispó.

—No es posible—dijo secamente y miró el libro que tenía delante y suspiró.

Luego le hizo un gesto de que dieran un paseo, aunque últimamente sentía que en los jardines de su nuevo hogar tampoco había demasiada privacidad.

No entendía por qué los aldeanos estaban siempre tan alertas. ¿Estaban allí para espiar a su esposa y mirarla como tontos imberbes o trataban de adivinar su verdadera identidad y por

qué estaban allí? Esto último lo preocupaba mucho más, aunque tampoco le agradaba que su mujer llamara tanto la atención.

Se lo dijo al reverendo Peterson la semana pasada y él prometió hablar con los hijos de los granjeros para que dejaran de merodear su casa y esperaba que lo dejaran en paz.

Pero ahora su esposa estaba triste y decía de nuevo que quería volver a casa. A veces tenía esos ataques de melancolía. No era feliz allí y lo entendía, tampoco él se sentía feliz, solo se había adaptado mejor que ella y esperaba prosperar para poder tener un hogar próspero en el futuro.

—No podemos, mon amour, ahora no—dijo antes de abrazarla y mirarla con fijeza. Era tan hermosa, tenía una mirada tan dulce y pensó que eso era una dura prueba para ella.

—¿Por qué no? No soporto vivir así, esos aldeanos no dejan de espiarme... nos vigilan.

—Eso no es verdad... solo son curiosos. Todavía les sorprende encontrar a una dama hermosa aquí, distinta a las demás.

A ella no le interesaba tener esos admiradores. Al contrario, lo encontraba molesto.

—¿Por qué no podemos regresar, Armand? Ha pasado el tiempo y todo se olvidará.

—Es muy pronto para pensar que las cosas han cambiado, sabes que es peligroso.

—Sí pero no me siento feliz aquí, extraño a mis primas. Quisiera poder escribirles, visitarlas... esta aldea parece un lugar encantado, no lo niego que me agrada, pero no quisiera vivir aquí para siempre.

—No nos quedaremos aquí para siempre, mon belle, puedo jurarlo. Es solo un tiempo, pero ahora me temo que no podéis escribirles a vuestras primas, todavía no, mon amour y sabes por qué. —él la miró con intensidad.

Annabelle tragó saliva angustiada, se sentía tan sola allí, sin amigas, sin fiestas, sin poder conversar con personas cultas e inteligentes. Solo hablaba con la esposa del reverendo Peterson que era una dama agradable, aunque no muy culta, pero al menos los invitaba a almorzar y podía

usar sus vestidos más bonitos y salir un poco de esa granja.

—Lo sé, lo siento... sé que soy una quejosa, pero este lugar es tan destino a nuestro país. Sabes que pasé mi infancia en Provenza y no me desagrada el campo, pero aquí todo se ve como en la edad Media. El gran conde y sus vasallos rindiéndole homenaje cada vez que viene a cobrar sus arriendos.

El conde y su presumida esposa.

Los granjeros que la miraban como si fuera un delicioso bocado que quería probar y luego estaba la sensación de que los espiaban que vigilaban todo lo que hacían y eso no era porque quisiera verla esa. Eso era más preocupante y ese día se lo dijo. No pudo contenerse. Había callado para no agobiar a su pobre esposo que tenía demasiados problemas tratando de hacer que esa propiedad fuera próspera.

Notó cómo su mirada cambiaba.

—¿Qué habéis visto, querida? —le preguntó.

—He visto a los campesinos espiando nuestros movimientos, cada vez que salimos al templo o a la casa del reverendo.

Eran casi sus únicas salidas domingueras, al templo a escuchar el oficio, pues era obligatorio que lo hicieran, pero no olvidaba que todos los aldeanos miraban con curiosidad pues a pesar del tiempo transcurrido desde su llegada seguían siendo los franceses, los foráneos.

El reverendo era un hombre muy amable y culto con quien su marido conversaba largo y tendido y ella trataba de conversar algo con su esposa que era mucho más vieja y tenía una hija casi de su edad. Rose Peterson. Una chiquilla rubia y amable que hablaba muy poco.

La voz de su esposo la despertó de sus reflexiones.

—¿Qué habéis visto? Son campesinos de aquí o...

—No lo sé, pero no me siento tranquila, Armand. Siento que nos espían, que observan todo lo que hacemos.

Estaba asustada, temía que sus enemigos supieran que estaban allí, pero de eso no hablaban nunca abiertamente pues temían ser escuchados y tenían un papel que representar. Era su disfraz, su farsa, pero la única manera de estar a salvo. Pero todos sabían que esos franceses no se veían como granjeros.

—Tal vez... nuestros parientes en Bretaña podrían ayudarnos—dijo su esposa con timidez. Quería volver a Francia, odiaba esa aldea, estaba harta de esconderse, de vivir con miedo.

Su esposo se puso tenso y notó cómo cambiaba su mirada.

—¿Y crees que no habría acudido a ellos de haber podido, de pensar que podrían ayudarnos antes de venir a un país tan distinto al nuestro? —le respondió.

Tenía razón, sabía que lo había intentado todo pero lo mejor fue escapar. Al menos su marido estaba vivo y él la convencía de que estaban a salvo.

—Olvida eso, no podemos regresar, nadie puede ayudarnos. Solo debemos quedarnos aquí un tiempo y luego enviar a Perrot a investigar.

Jules Perrot, uno de sus amigos franceses que vivía con ellos, el resto había quedado en Londres, escondidos, aunque en ocasiones su esposo recibía cartas de ellos, pero todo era muy discreto. Eran cartas de sus amigos franceses y de sus parientes que vivían Londres, pero ella nunca viajaba a esa ciudad, su esposo iba solo a visitar a ese “primo”.

—Pues dile a Jules que esté más atento—respondió Belle.

Jules Perrot era un perfecto holgazán y como odiaba el campo y las tareas que allí se realizaban pasaba el día yendo de aquí para allá a caballo cabalgando, diciendo que permanecía alerta a cualquier visita indeseable de su país.

—Perrot siempre está alerta, confío en él—dijo su marido y luego palideció. —Querida, debemos ir a visitar al reverendo. Nos ha invitado.

—¿Debemos ir otra vez?

—Es necesario, mon belle. El reverendo es quien mueve los hilos aquí con la ayuda del gran conde de Grovenston Hills.

Sí, los conocía, era imposible ignorarlos. En esa aldea eran venerados como si fueran reyes, aunque solo pertenecieran a uno de los linajes más antiguos de la zona y fueran dueños de más de la mitad de esas tierras.

El conde era un hombre que en apariencia parecía mucho más joven pues era alto y fornido, pero al ver su cara arrugada y el pelo blanco lustroso uno se daba cuenta que ese hombre pasaba ampliamente los sesenta. Sin embargo, tenía dos hijos muy jóvenes. Parecía más su abuelo que su padre.

Annabelle debía rendir homenaje a un simple conde de provincias sin entender cómo ese caballero era dueño de casi todas las tierras del condado y se comportaba como si fuera un pequeño rey. Era casi ridículo. Pero jamás decía lo que pensaba al respecto, ni siquiera a su esposo pues sabía que estaban rodeados de criados que adoraban a ese gran señor, a ese land lord de provincia y no debía mostrarse irreverente y llamar la atención.

—Iré a cambiarme querido—dijo y suspiró nada entusiasmada.

Al menos saldrían a dar un paseo y dejarían esa casa de piedra antigua y helada. Ella misma debía cargar la leña a veces para calentarla pues las criadas escaseaban y siempre tenían menesteres más importantes que realizar.

A veces sentía que odiaba esa casa prestada y antigua, tan incómoda y helada. Era como un mal sueño, como si una noche se hubiera dormido en una mansión parisina, la de sus padres y hubiera despertado allí, en esa casa helada y gris. Porque el gris era parte del pasaje de ese crudo invierno y había estado en todas las estaciones.

Suspiró mientras entraba en la casa y pensó que al menos no debía cocinar ni fregar ella misma los pisos de madera como al comienzo cuando no podían siquiera pagar una criada. Ella que había vivido como una princesa se vio cocinando, fregando y lavando la ropa durante algún

tiempo hasta que su esposo pudo poner en marcha esa propiedad, y obtener dinero por las joyas que habían llevado como reserva. Eso los ayudaba a tener animales y hacer que la granja se pudiera abastecer sola y luego tuvo la ayuda de los aldeanos y del mismo conde que le dio más tierras para ayudarlo a tener más animales.

Al menos no debía realizar la faena doméstica pero sí encargarse del fuego a veces, cuando se congelaba en su habitación pues su esposo se dormía temprano y su cama estaba helada como toda la habitación y la casa entera. Se cubría entonces el cabello para que el humo no se impregnara en su cabello, el humo y el olor que lanzaba esa chimenea en toda la casa.

No podía quejarse, nunca les había faltado para comer, pero vivían como fugitivos, escondidos, lejos de su país y eso era lo más doloroso...

—Mary, ven aquí—llamó a su sirvienta para que la ayudara con el vestido pensó en sus padres y suspiró. Su familia era una de las más influyentes de Francia. Pensó que en momentos así podrían ayudarla, pero su marido era orgulloso y dijo que debían huir porque un enemigo secreto lo había hundido y querían su cabeza. Se lo dijo, tuvo que confesarle lo que pasaba pues habían tenido que fugarse casi con lo puesto esa noche. Alguien les avisó que enviarían a su pobre esposo a prisión por traición... él que era tan leal a su rey...

Mientras se miraba en el espejo fue como si su antigua vida pasara frente a ella, no miraba su imagen deslucida y sencilla de campesina, miraba hacia el pasado. No podía creer que su marido que había sido el hombre más cercano al rey y que tenía una fortuna y un linaje impecable estuviera allí escondido por culpa de esos envidiosos caballeros.

—Señora Lefebvre. Debería llevar este vestido y usar el cabello suelto. Es tan hermoso y brillante.

Annabelle suspiró. Su rostro redondeado en forma de corazón tenía un cutis cuidado y había llevado consigo algunos trucos de belleza. No debía usarlos allí pero no pudo resistir buscar un poco de carmín para darle color a sus labios pálidos por el frío y realzar sus pestañas

oscuras y espesas con un poco de pasta mientras escogía un vestido que fuera más bonito como le aconsejaba la criada pensaba que esos vestidos eran horribles y no había uno que fuera más bonito y además todas las aldeanas casadas cubrían su cabello o lo llevaban trenzado. Solo las muchachas jóvenes y solteras podían lucir sus cabelleras. A ella le gustaba llevarlo trenzado o atado en un moño alto. A veces lo cubría con una redecilla o un lienzo para emular a las demás campesinas, pero a su esposo no le agradaba que llevara pañuelo. Y ella se preguntó si no la encontraría poco atractiva con esa ropa por eso hacía meses que no la tocaba.

No le entusiasmaba demasiado salir ese día, estaba gris y tal vez llovería. La lluvia era una presencia constante y el frío se hacía sentir en el invierno por tanta humedad. El sol solo salía por momentos y eso la enfadaba y entristecía.

Pero debían mantener una relación cordial con el reverendo y su esposa y no asistir a almorzar era como un desprecio y no necesitaban hacerse enemigos en ese lugar.

La casa del reverendo era mucho más bonita y agradable, con hermosos jardines, repletos de arbustos y un caminito de piedras hasta la entrada. Era un lugar cálido una en forma de L, inmensa llamada la vicaría donde se reunían las comadres para organizar algún evento de beneficencia o simplemente ir al templo a rezar los días del oficio pues la capilla estaba pegada a su casa por el costado sur.

Todos los aldeanos se presentaban puntuales al oficio todos los domingos, pero, aunque al comienzo asistió con su esposo el sermón del reverendo Peterson era demasiado aburrido y pesado y ahora habían espaciado su asistencia aduciendo algún malestar o cansancio. Pero en realidad no era obligatorio ir siempre.

Ella había estado resfriada las últimas semanas por el horrible frío que había en ese lugar y eso le dio la excusa perfecta para no asistir.

Cuando entraron notó que ese calor acogedor que lo rodeaba todo y notó al reverendo y a

su esposa y a su hija los tres junto sentados conversando con otros invitados.

Annabelle se sonrojó al saber que el conde y su familia también estaban allí, invitados por el señor Peterson. Pensó que sería un almuerzo pequeño para unos pocos comensales, no imaginó que encontraría allí al arrogante lord de esas tierras con su familia entera.

Su hija menor Margaret, pecosa y de grandes ojos azules era muy alegre y conversadora, su esposa era un poco más joven, aunque su cabello estaba repleto de canas y sus ojos grises eran fríos y altivos. La vio hacer una mueca cuando entraron.

Pero la señora Elaine Peterson, la esposa del reverendo se apresuró a presentarlos a los condes mientras se desvivía por acomodarlos un poco lejos.

Annabelle se sonrojó incómoda al sentir la mirada intensa y la sonrisa traviesa de ese joven. Lo había visto antes, disfrazado de aldeano, con un gorro y unos pantalones sucios.

Tragó saliva y comprendió que era uno de los muchachotes que la espiaban de vez en cuando en su casa o cuando salía a recolectar flores o frutas.

Fue una sorpresa enterarse que ese joven era hijo del conde y en verdad que no se parecía mucho a su hermana: su cara era ancha y cuadrada con la barbilla marcada, la nariz recta de aletas dilatadas y los ojos... los ojos eran inmensos y oscuros. La frente alta y las cejas gruesas y bien delineadas. Le costó reconocerle porque vestido como un elegante caballero con su camisa muy blanca, la casaca y los pantalones ajustados se veía más mayor. No era un muchachito y debía pasar los veintiséis, aunque en otras ocasiones no le daba más de veinte.

Fueron presentados y él besó su mano gentil y le sonrió como si la conociera y compartieran un secreto ante la mirada atenta de su marido y de los presentes. En especial Rose Peterson la hija del reverendo que la miró también sin ocultar la incomodidad que sentía, no entendía bien por qué mientras el conde anunciaba que Duncan era su futuro heredero.

—Mi primogénito Duncan es mi orgullo, señora Lefebvre, un día ocupará mi lugar— anunció.

El heredero la miró con tal intensidad que tembló.

Meg en cambio no fue presentada con tanta importancia, pero ella molesta de verse ignorada se alejó para conversar en privado con la hija del reverendo.

Annabelle quería que la tierra la tragara. Nunca se había sentido tan incómoda como cuando supo quién era ese joven y cuando luego la obligaron casi a sentarse a su lado mientras los caballeros de más edad se retiraban para mostrarle a su esposo no sé qué libro antiguo en la biblioteca de la vicaría.

Se sonrojó al verse obligada a hablar a solas con ese joven pues hasta la esposa del reverendo se había marchado.

—Bueno, hemos quedado solos, preciosa.

Lo miró furiosa.

—Si vuelvo a verlo cerca de mi casa o intenta besarme como lo hizo la última vez le diré a mi marido. Hasta ahora he guardado silencio, pero ahora sé su nombre, sir Duncan.

Ese joven había intentado besarla la última vez y en el forcejeo le había robado un beso mientras ella se enredaba con sus largas y horribles faldas y caía en la hierba. Tuvo miedo de que le hiciera mucho daño como le ocurría a esas pobres campesinas que eran atacadas en su país cuando las pillaban solas en el campo. Ninguna mujer sensata viajaba sola a ningún lado, siempre debía viajar con escolta masculina pero allí era distinto. Eso era una aldea y pensó que no ocurrían esas cosas.

Hasta que una mañana mientras daba un paseo para distraerse se vio rodeada por esos campesinos. Los conocía, los había visto espiarla, pero pensó que eran muchachitos tontos que sentían curiosidad por los recién llegados que además eran franceses. Pero la espían a ella, y ese día ese joven estaba allí, lo había visto antes seguir sus pasos y mirarla recorrer la propiedad a sus anchas con insolencia, pero no sabía que era el hijo del conde.

Ese día corrió, gritó y pidió ayuda, pero él la atrapó y la retuvo un rato diciéndole lo

guapa que era y le quitó el tocado para ver su cabello y olfatearlo. Quería olerla sentir su perfume como si fuera un perro sabueso y luego... de forma inesperada quiso besarla, como se resistió y lo pateó en sus partes pudo escapar, pero él la persiguió y le robó un beso y le dijo que la tendría. Eso la asustó mucho. Jamás pensó que esos mancebos fisgones fueran peligrosos. Los había visto espiar su propiedad a la distancia, pero en esa ocasión se encontró con uno muy atrevido. Jamás habría imaginado que era el hijo del conde.

—Lo siento, no quise asustarla. Le pido mil perdones. Había bebido y es usted una dama muy hermosa, señora Lefebvre. Solo quería verla.

—Pues no se atreva a espiarme de nuevo o juro que le diré a mi marido y lo lamentaré. Le aseguro que le dará una paliza que no olvidará.

—Preciosa, si hubiera querido la hubiera hecho mía mucho antes, llevo meses siguiendo sus pasos, pero no soy un malnacido. Aquí no se permite hacerle eso a una muchacha. ¿Sabe?

Ese joven le pareció muy insolente y peligroso, porque un simple aldeano no habría sido tan atrevido como él.

—No soy una muchacha, soy una dama casada. Tengo esposo, señor Hamilton—le respondió.

—Pero él se ve como su padre. Todos creen que no es su esposo sino su tutor.

—Es mi marido y me debe usted respeto. ¿Por qué no se busca una moza guapa de su señorío y se divierte un rato con ella? —le dijo molesta.

Él no entendía que la había humillado además de haberle provocado un susto de muerte y la única razón por la que no le contó a su esposo de ese ataque en el bosque fue porque no quería agobiarlo ahora, se veía muy preocupado y exhausto con las faenas de la granja. Además, solo habían sido un beso robado y un apretón contra la hierba. Malvado aldeano, nunca olvidaría sus ojos ni esa sonrisa sádica.

Y allí estaba con ropas muy elegantes y el cabello ondeado que le cubría la nuca rubio y

brillante.

—Perdóneme, había bebido y solo estaba jugando. No iba a hacerle daño. Se lo juro. No soy un aldeano sinvergüenza, soy un caballero, y el heredero de estas todas estas tierras— hablaba con orgullo y soberbia. Se creía muy importante por ser el heredero, como si eso fuera lo máximo sin imaginar siquiera quién era ella.

—Usted estuvo siguiéndome disfrazado de campesino en otras oportunidades, lo recuerdo bien.

—Oh no estaba disfrazado, solo caí al fango por seguirla sin que lo notara y me vio usted sucio. Pero había bebido y no era yo. Se lo juro. No soy así señora y quise disculparme, pero no encontré la oportunidad.

—Por supuesto, le aseguro que nunca más me verá usted sola en el campo así que deje de vigilar mi casa, Monsieur. Espero que no se acerque de nuevo a mí.

—Eso no puedo prometérselo, pero le aseguro que soy un caballero.

Ella lo miró con sus grandes ojos verdes incrédula, oh, un caballero, por supuesto... Un hombre fuerte y alto como un toro, al verle de cerca comprendió lo fuerte que era, y de lo cerca que estuvo de... aunque jurara que no iba a hacerle daño le había dado un buen susto.

Sintió su corazón latir acelerado al recordar eso y se alejó sin saber a dónde ir. Lejos de ese hombre era todo cuanto quería. Para poder dominar su angustia y los nervios que sentía y que su esposo no se enterara.

Sabía que él lo mataría sin piedad, o que le daría una paliza que nunca olvidaría si se enteraba de lo ocurrido, pero no podía saberlo, no quería que supiera el hijo del señor de esas tierras estaba obsesionado con ella y la deseaba. Para ese hombre solo había sido un juego, el juego de atrapar a la dama francesa y ver hasta dónde podía llegar, pero para ella había sido un horrible ataque. Ella no estaba acostumbrada a que un grupo de aldeanos la espieran y luego quisieran hacerle algo en el bosque.

—Madame Lefebvre, venga conmigo.

La esposa del reverendo, la señora Peterson apareció de repente y la salvó de Duncan y la llevó a una sala para conversar.

Fue una conversación trivial que la ayudó a relajarse, pero estaba fuera de sí, aunque no prestó atención ni pudo recordar nada de dicha conversación pues en esos momentos solo quería irse cuanto antes de esa casa y todavía no había empezado el almuerzo.

La sentaron lejos de él, por fortuna, pero no dejaba de mirarla hasta que su esposo lo notó y le lanzó una mirada de advertencia. Lo había notado y aunque no era un hombre celoso sabía que estaba harto de que esos aldeanos la espieran.

Pero no dijo palabra de lo que había pasado.

Tuvo que aguantarse el resto del almuerzo y la sobremesa jugando a las cartas con las cuatro mujeres presentes: Rose, la bella hija de los Peterson, la señora Peterson, Margaret y su madre la condesa de Grovenston para distraerse un poco.

Pero lo único que le dio alivio fue dar un paseo con Margaret la pelirroja hermana de Duncan por los hermosos jardines de la vicaría. Era un lugar con una vista magnífica, se podía observar todo el valle y algunas casas a la distancia. Esperaba que Rose que tenía casi su misma edad y al parecer era amiga de Meg se uniera en el paseo, pero eso no sucedió.

—Madame Lefebvre, al fin nos conocemos—dijo la señorita Margaret dedicándole una sonrisa. —He oído hablar mucho de usted, es francesa, pero habla perfectamente nuestra lengua y eso es admirable. Dicen que habla muchos idiomas y que era hija de un rico terrateniente, pero su religión lo arruinó.

Bueno, era la historia que habían contado al llegar al pueblo de Forest Groven y todos la aceptaron.

—Es verdad... es una historia triste que no quiero recordar, señorita Hamilton—le respondió y miró inquieta a su alrededor pues los jardines de la vicaría no eran al estilo edén

como el de las grandes mansiones sino espeso, había muchos setos y eso la asustó un poco, la mantuvo alerta.

—Pero usted es muy joven, ¿qué edad tiene, señora Lefebvre? —le preguntó la pelirroja sin poder contener su curiosidad.

—Veintiuno, señorita Hamilton. Aunque pronto cumpliré veintidós.

—Veintiuno? Parece mucho más joven. Su esposo le dobla la edad.

Ella la miró sonrojada. Todos pensaban eso, no sabía por qué.

—Mi marido tiene treinta y seis, señorita Meg.

A la joven alta y pelirroja eso le parecía un montón de años, a la edad en que los hombres de más de treinta era viejos debía ver a su marido casi como un anciano. ¿Pero qué pensaría entonces de su propio progenitor el soberbio conde de Grovenston Hills quién parecía su abuelo más que su padre?

Margaret Hamilton pareció algo incómoda entonces.

—Bueno, lo siento pensé que tenía como cuarenta. Tiene muchas canas y se ve viejo a su lado. Usted se ve mucho más joven que él y parece su pupila, su sobrina, más que su esposa. Aunque muchas mujeres de aquí suspiran a su paso y piensan que es muy atractivo.

Ella sonrió pensando que su marido era guapo y no era ningún anciano. Era un hombre joven pero las desventuras y dificultades y la vida en esa aldea lo había dejado siempre cansado y con cierta tristeza. Podía entenderlo porque a ella le pasaba lo mismo. Aunque llevaban un año allí sentía que habían pasado diez. La vida de los campesinos ingleses era tan dura, tan difícil... aunque no podían quejarse, tenían una casa que fue restaurada, y gozaban de algunas comodidades no se comparaba con su vida en París. Allí había vivido veinte años como una princesa.

—Por qué se casó con un hombre tan mayor? ¿Fue por amor o porque su familia la obligó? —le preguntó de repente la joven.

Esa pregunta era una completa impertinencia, nadie educado hacía preguntas tan atrevidas sin tener una relación de amistad y las amistades suyas eran muy educadas.

—Me casé porque quise hacerlo, nadie me obligó, señorita Hamilton.

—Oh qué romántico. ¿A qué edad se casó usted madame?

—A los dieciséis.

En su país se casaban muy jóvenes, antes de los veinte o antes de llegar a los treinta, pero en su mundo las bodas eran concertadas y ella desafió la voluntad de sus padres al elegir a Armand, por eso se sintieron defraudados y no...

—Tengo diecinueve y nadie habla de mi boda. Mi madre cree que no estoy madura para casarme y que debo esperar a cumplir los veintidós. Pero usted se casó demasiado joven. ¿Y no ha tenido hijos?

—Todavía no...

¿Por qué esa joven a quien apenas conocía le hacía esas preguntas?

—Quizás su esposo es muy viejo para darle hijos, señora Lefebvre. Es lo que he escuchado, por eso las campesinas de aquí se pierden en las praderas para retozar con hombres jóvenes cuando quieren quedar preñadas. Es porque sus maridos ya no pueden hacerles un bebé. Los hombres viejos no sirven más que para beber y gruñir todo el día. Es lo que dicen las comadres en las cocinas, las he oído—dijo y dejó escapar una risita irritante.

—Vaya...

Tragó saliva y suspiró y de pronto vio a Duncan conversando con Rosie Hamilton en un rincón.

Parecía que iba a besarla pues ella se pavoneaba y sonreía sonrojada y él la miraba con una sonrisa.

—Esa boba está loca por mi hermano, pero es muy poco para él a pesar de ser tan

hermosa con su cabello rubio y su cara de ángel—dijo Meg viendo la escena que se desarrollaba a escasos metros de allí.

—¿Por qué dice que es poco para él? Rose Peterson es una joven dulce y muy guapa. Educada—respondió Annabelle.

—Madame Lefebvre, usted no conoce a mi hermano y al parecer olvida que las bodas de las personas de nuestro rango suelen ser concertadas. Además, mi padre ha escogido una esposa para mi hermano. Y no es Rose Peterson, se lo aseguro. Ella es muy bella sí, pero es solo la hija de un vicario. Un hombre que además no tiene dinero ni linaje, solo lo salva su inteligencia y su habilidad para encaminar a nuestro rebaño o eso asegura mi madre. No tiene linaje como el anterior reverendo que sí era de buena familia, pero murió y tuvieron que traer a un sucesor. De entre todos los candidatos mi padre escogió al señor Peterson porque era quien tenía más cualidades. Dicen que es un hombre muy culto y que tiene una gran biblioteca... para mí es un completo pelmazo. No puedo evitar dormirme cada vez que voy a oír sus sermones.

Eso último hizo reír a la joven francesa porque le ocurría igual. El hombre hacía su mejor esfuerzo para hablar con los aldeanos y brindarles buenos consejos con algunas parábolas de la biblia o escritos que él mismo conseguía y leía, pero mientras leía hacía pausas o se iba por las ramas...era muy aburrido y monótono y algunos se escabullían del servicio religioso.

Ella se preguntó por qué no había visto a los condes en el servicio ni nadie los había presentado antes. Llevaban meses viviendo en esa aldea y habían asistido a otros almuerzos a casa del reverendo, pero no estaban allí presente ni el conde ni su familia.

—De todas formas—la voz de Meg la despertó de sus reflexiones— mi hermano no está interesado en ella. No quiere siquiera oír hablar de una boda arreglada con una rica heredera del condado, mucho menos tendría un enredo amoroso con la hija del vicario. Sabe que el reverendo lo mataría si le toca un cabello a su única hija. No es tonto... sabe dónde puede entrometerse y donde alejarse. Mírelo, ya la ha dejado sola a la muy boba.

Annabelle miró ceñuda a Margaret Hamilton. Pensó que era una criatura presumida y de lengua afilada.

Pensó que era una lástima que no casaran a ese heredero con Rose Peterson. Sería una forma efectiva de que dejara de perseguir mujeres casadas pensó la dama francesa alejándose lentamente de Margaret que se había puesto a conversar con Rose que se veía algo desanimada en un rincón. Fue su oportunidad de escapar del paseo.

Ese encuentro dejó muy alterada a Annabelle, pero no le dijo nada a su marido.

Él en cambio estaba muy contento ese día luego de la visita al reverendo y le habló de que el conde le había ofrecido unas tierras linderas para que pudiera cultivar frutas y hortalizas y patatas.

—También me ha dicho que bajará el arriendo para ayudarme.

—De veras? Qué estupenda noticia.

—Está muy contento con el progreso que ha tenido esta propiedad, querida. Me ha felicitado. ¿Qué os ha aparecido la familia Hamilton? Son algo presumidos... pero no me importa.

—Sí, son algo presumidos... sin embargo nunca los había visto y son los dueños de la mitad del pueblo o eso he oído.

—Los habíais visto querida, en el servicio hace tiempo, pero tuvieron que viajar al norte y luego permanecieron en Londres una temporada. Tienen propiedades allí y en el sur. Son una familia muy rica.

—Su hija Meg no dejaba de hacerme preguntas. No parece muy educada.

—Qué os preguntó?

—Si nuestra boda fue concertada y por qué no tenía hijos.

Su marido se rio.

—Bueno, siempre han hecho preguntas sobre nosotros y conjeturas. Pero nos han ayudado y ahora podremos prosperar...

Annabelle no se mostró tan optimista. No olvidaba que estaban allí de visita, de paseo, pero algún día debían regresar a Francia.

Ella fue asearse para quitarse el vestido y además poder entrar en calor pues había notado que el agua caliente era lo más efectivo para quitarse el frío.

Su esposo la ayudó en el aseo y de pronto al verla desnuda frente al espejo vio cómo se excitaba al verla así, húmeda y desnuda.

—Mon Dieu, eres tan hermosa Annabelle.

Ella sonrió y suspiró cuando la abrazó por detrás y la besó y acarició sus pechos llenos y redondos para luego llevarla la cama y besar sus nalgas y su monte por detrás y luego en un arrebató sus labios le brindaron ardientes caricias haciéndola gemir de placer y retorcerse...

—Oh mon Dieu—dijo él y ella lo alentó a seguir. Hacía tanto que no le hacía el amor, que no la tocaba y no sabía si era su cansancio o que ya no la amaba, pero ese día fueron de nuevo marido y mujer como antes, como al comienzo. La hizo suya y la llenó con su simiente demostrándole que hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer. Su esposo guapo jamás la había engañado cuando en Versalles era codiciado por esas ramera y lo seguían por todas partes, él era suyo, su marido y sabía que nunca la había engañado. Era la única en su corazón y la amaba. Y ella lo amaba. Su primer amor, su boda precipitada y convertirse en mujer en sus brazos. Para ella era toda una vida, era un mundo, él le había enseñado a ser mujer y a sentir placer porque se casó sin saber nada de esos asuntos.

—Preciosa, os haré un bebé... sé cuánto deseáis un niño—le dijo al oído.

Ella sonrió y se besaron, pero no quería tener un niño en esa aldea y se lo dijo. A pesar del frenesí todavía podía conservar la cabeza.

—No quiero tener un bebé aquí, quiero volver a París. Por favor. Quiero volver a casa—
le rogó.

Él la miró con tristeza.

—Aquí estaremos a salvo preciosa, todo mejorará lo prometo.

—Odio el frío y odio a esos campesinos.

—También los detesto por ser tan simples, pero es todo cuanto tenemos ahora...

—Pero no quiero tener un niño aquí, ni siquiera hay una buena partera ni tampoco... no sé cómo esas mujeres tienen bebés por doquier.

En París había buscado quedar encinta pero su esposo se ausentaba mucho por sus misiones secretas del rey y apenas se veían. Pero de recién casados había creído estar embarazada meses después de su boda, pero en su época más ardiente, en esos primeros años jamás logró embarazarse y sus amigas le dijeron que era una tontería tener un hijo tan joven pues luego debía quedarse encerrada y se quedaría sin ir a las fiestas. Debía evitar los bebés... y le explicaron cómo debía hacerlo. Colocándose una esponja con vinagre luego del acto y expulsar la semilla de su esposo con lavados especiales. La esponja mataba la semilla y ella había evitado los embarazos de esa forma. Su esposo nunca lo había sabido...

Pero entonces se divertía mucho en las tertulias y en las fiestas y la asustaba quedar como una gallina clueca y encerrada en casa como veía a sus pobres amigas que no habían podido evitarlo porque sus maridos no las dejaban usar esas esponjas. Pensaba que era un pecado evitar la sagrada concepción.

En un momento quiso tener un bebé, pero no pudo porque su esposo empezó a fallar, su miembro se ablandaba y no podían concluir el acto.

Luego estuvo meses sin tocarla y ahora pensó que no quería quedarse enterrada en esa aldea pariendo niños sin cesar. Veía a las mujeres de esa aldea rodeadas de niños grandes y pequeños, gritando, corriendo, rubicundos como angelotes traviesos y sentía una mezcla de

emociones, por momentos los niños ingleses le parecían duendecillos adorables, pero también sentía pena y rabia de la situación porque tenían que cuidar a sus niños que llegaban uno tras otro, año tras año y aunque no parecía faltarles el alimento, tenían algunos las caritas sucias y las ropitas raídas.

Sentía tristeza al pensar que podía ser como una de esas aldeanas rodeada de niños tirando de su falda, gritando, llorando, era casi una pesadilla. Y en esos momentos quería volver a París y un bebé arruinaría sus planes así que luego de que su marido se durmiera buscó la esponja y el vinagre y luego de sumergirse en la bañera de agua fría y dejar que toda su semilla resbalara de su vientre se colocó la esponja con vinagre la introdujo en su interior soportando el ardor y haciendo que el vinagre llegara a su matriz. No era agradable, pero debía hacerlo para evitar la preñez. No conocía más truco que ese y siempre le había funcionado.

No quería tener hijos, solo quería volver a Francia y pedirles perdón a sus padres y recuperar todo lo que había perdido. No era feliz en ese lugar, y un hijo la ataría allí y arruinaría a sus planes.

El frío se hizo tan intenso que los obligó a permanecer encerrados al lado de las chimeneas. Decían que era el invierno más duro que habían vivido y su esposo la buscó días después una noche con intenciones de hacerle un bebé.

Ella lo apartó al instante.

—No quiero un bebé por favor, no quiero quedarme aquí... preferiría morir a quedar preñada—le dijo.

Había tenido un día muy malo y ni siquiera quería tener intimidad con su marido pues temía quedarse preñada.

Él la miró con tristeza.

Nunca lo había rechazado en el pasado, había sido una esposa ardiente y enamorada, pero

en esos momentos la aterraba quedarse preñada y el frío y esos días grises la ponían de un humor de perros. Odiaba los días grises y extrañaba tanto el sol de Provenza, la alegría de París, su familia... a veces lloraba en silencio recordando el pasado.

Su esposo la miró con tristeza y se alejó, habían tenido días apasionados, demasiada pasión pensó y ahora ella le exigía un descanso pensando que.

—¿Crees que así podrás regresar a Francia? —le preguntó de repente.

Annabelle lo miró con expresión culpable.

Sabía que una buena esposa jamás se negaba al abrazo ardiente de su marido y ella rara vez lo hacía, pero ese día estaba distinta y sus palabras la dejaron mucho más alterada que antes.

—Quiero volver, por favor. Lo que pasó será olvidado... solo fue un complot para alejaros del rey...

Él se rio cuando le dijo eso. Pero no era una risa agradable sino amarga.

Entonces notó que en ese año su cabello oscuro se había cubierto de canas, su piel estaba más pálida y marchita y sus ojos azules habían perdido brillo, parecía haber envejecido diez años y solo tenía treinta y seis. No podía creer que un año atrás era un hombre fuerte y vigoroso que le hacía el amor casi a diario y era tan alegre y encantador cuando estaba a su lado.

Pero esas misiones secretas lo habían cambiado mucho antes.

—No podemos regresar, mon amour. Lo he perdido todo y hasta pude perder la cabeza. ¿Es que lo habéis olvidado? —le dijo con tristeza y amargura.

Nunca había sido tan crudo como ahora.

—Por supuesto que no lo he olvidado pero tal vez todo fue un error, erais inocente... debíais demostrar vuestra inocencia, mon amour.

—Demostrar mi inocencia? Solo me esperaba la horca, Belle. Nadie sale vivo de esa prisión, hui de la muerte y vos...

—Yo os seguí porque pensé que luego regresaríamos y podríamos demostrar vuestra inocencia. Esas fueron vuestras palabras...

—Tenía que decir eso, debía daros esperanza mon belle. ¿Qué otra cosa podía hacer? Salvé mi vida y yo os salvé de...

Ella le hizo un gesto de que callara.

De pronto sintió pasos y ambos guardaron silencio.

—Señor Lefebvre, el almuerzo está servido—avisó la criada Mary.

Ambos se miraron sin decir palabra al comprender que tal vez esa criada había escuchado algo. En ocasiones olvidaban hablar en su lengua para evitar ser descubiertos. Un error que podía salirles caro.

—Iremos enseguida, Mary—le respondió entonces Armand.

Luego le habló en su lengua.

—Debemos ser más cautos, mon amour—le dijo.

Ella asintió asustada de que alguien pudiera oír sus conversaciones. Era una imprudencia y lo sabía.

Pero la conversación había quedado truncada y ella quería saber la verdad. ¿Podría volver a su país algún día? Su esposo siempre evitaba hablar de ello, pero ahora acababa de enterarse de que la había embaucado, de que no estarían allí un tiempo hasta que él pudiera demostrar que era inocente. Era un prófugo, ambos lo eran, y debían permanecer escondidos. Ocultos. Con ese disfraz de hugonotes campesinos y él se lo dio a entender en pocas palabras mientras se encaminaban al comedor.

La sopa inglesa, los bocados de carne de cerdo nunca se le antojaron tan desabridos como ese día. La cocinera era un completo desastre y se lo dijo a su marido.

—Es que esta mujer no sabe que hay condimentos naturales para sazonar la carne de

cerdo? ¿Por qué rayos deja todo hervido y lo convierte en paté? —se quejó.

Luego de probar los bocados más deliciosos en París y de tener algunos conocimientos culinarios pues solía espiar a su cocinera mientras preparaba las carnes asadas y las sopas, la comida de esa granja le parecía comida de enfermos que debían permanecer en cama y recuperarse de algún resfriado. Llevaba tiempo soportando ese consomé, esa carne, pero ese día se reveló.

—Esto no puede ser. Por favor, consigue un cocinero que sepa usar especias Armand. Debe haber alguno en esta maldita aldea—dijo la dama muy alterada.

—Lo haré querida, hablaré con la cocinera.

—Supongo que usarán aquí el azafrán, la pimienta y otras especias. Solo veo que abusan del ajo y la cebolla como único condimento.

Era una conversación superflua, pero ella estaba molesta, fastidiada y pensó que no tenía por qué seguir soportando a esa cocinera.

Pero cuando llegó el postre su ánimo cambió.

Los postres de manzana, canela y hojaldre eran una delicia y eso evitó que siguiera tan enfadada con la cocinera. Sin embargo, no era la cocinera su problema sino lo que su marido acababa de decirle.

No podían regresar a Francia. Todavía no. Cautela, mon chérie, debemos ser discretos y pasar desapercibidos.

Días después luego del desayuno volvieron a hablar del asunto.

—Esta granja es todo lo que tenemos ahora, mon belle. Al menos no debes trabajar como campesina. Y todos os ven como un delicioso bocado, como si no tuvieras marido... malditos aldeanos. Son unos descarados.

Ella se sonrojó.

—Nunca he sido una coqueta, nunca he prestado atención a eso.

—Pero es la verdad, hasta el hijo del conde os quiere en su cama. ¿Crees que no vi cómo os miraba el otro día en casa del reverendo Peterson?

—Qué importa eso por favor, os hice una pregunta. Escucha Armand, sé que estáis peleado con mis padres, pero sé que me aman y me perdonarán... que podremos regresar... y pedir su protección.

Él se fue de la cama molesto como si no soportara estar a su lado.

—Deja de soñar tonterías, vuestros padres os quitaron del testamento, os dijeron que ya no sois su hija por haberos casado conmigo. ¿Es que lo habéis olvidado? Sé que es triste, pero es la verdad. ¿Realmente esperáis que cambien de opinión ahora?

—Estaban enfadados sí pero mi madre me dio las joyas y ella sí me ama. Sé que me ama y también mis hermanos.

—Vuestro padre no os ayudará y es un hombre muy poderoso. Porque no solo os negasteis a esa boda concertada para ti, Annabelle, vuestro marido perdió el favor del rey y eso es peor que la muerte. Fui traicionado... y creo saber quién lo hizo.

—¿Quién os traicionó? ¿Por qué?

Él se vistió y abrigó y luego dijo que iría a dar un paseo. Era temprano y había sol.

Pero ella no permitiría que le ocultara la verdad y se vistió deprisa y lo siguió pues recordó que no podían hablar dentro de la casa.

Era un día helado, tan helado que tiritó cuando estuvo frente a ese tibio sol lejos de la helada casa de piedra.

—Por favor, Armand. Debéis decirme la verdad, os lo ruego. Nunca me habéis contado y os he seguido sin hacer preguntas sabiendo que estabais triste y asustado y que os habían

traicionado.

Él la miró con intensidad y la llevó en su caballo lejos de allí.

Fueron en silencio hasta un lugar alejado y algo siniestro donde se divisaba un maloliente pantano, congelado por el frío que hacía, pero podían ver la masa oscura estática a la distancia. Era un paraje yermo, donde nada crecía pues todo eso había sido pantano en el pasado hasta que la vegetación creció por un milagro de una joven pastora que le pidió al señor poder tener una casa con flores y árboles en ese lugar y así el señor se lo concedió secando las tierras y haciéndolas fértiles. Pero el maligno pantano resurgió años después luego de la muerte de una muchacha en manos de unos bandidos y así todo. ese lugar estaba lleno de historias misteriosas y extrañas.

Al menos sabían que estaban solos y podían conversar sin ser oídos.

—No volveré a Francia, mon amour y debes saberlo. Pero si quieres volver a casa de vuestros padres no os retendré. No soy un marido cruel que obliga a su esposa a darle hijos o a quedarse a su lado si ya no lo ama lo suficiente.

Ella retrocedió espantada.

—No voy a abandonarte, nunca lo haría. ¿Por qué me habláis así?

—Porque ya no soy el hombre que era, he perdido el rumbo durante este año y solo hago cosas para tener un objetivo, un plan, y esperar que un milagro suceda, pero sé que no podré hacerme rico aquí. Solo podremos mejorar un poco más pero no tendremos lujos ni las comodidades que os daba en Francia y que vos merecéis. Sé que os merecéis otra vida y habéis soportado todo sin quejaros. Porque sois una muchacha dulce y confiada, esperáis que todo mejore, pero con el tiempo os convertiréis en una mujer distinta y no deseo que me odiéis porque os prometí algo que sabía nunca podría daros.

—Has estado meses sin tocarme, has cambiado y ahora ya no quiero tener un bebé, me asusta morir aquí en esta tierra o convertirme en esas mujeres pobres llenas de hijos a los que

apenas pueden alimentar.

—Lo lamento mucho... os he fallado. No he podido sobreponerme al dolor de perderlo todo en nuestra amada tierra, mon amour. Fui traicionado en esa misión. Llegué a lo más alto que podía aspirar un hombre de mi rango, confié en personas que luego me traicionaron. Fue una trampa y caí en ella.

—¿Una trampa? Pero espiabais para el rey, le informabais de sus enemigos.

—Es verdad, pero descubrí un complot para destruir al rey y poner en su lugar su heredero y así poder convertirlo en rey títere. Pero él no me creyó, no imaginó que su querido primo el duque de Orleáns fuera capaz de semejante canallada y tenía razón. no había tal complot. Todo era una maldita mentira inventada para destruir mi reputación y hacer que el rey perdiera confianza en mí. os juro que cuando supe esa información demoré en decírselo al rey, no me atrevía... sabía que me enfrentaba a enemigos peligrosos. Y que uno de ellos me odiaba y fue quien inventó esa historia inverosímil, ese falso complot que fue mi ruina. Ese hombre fue Clemens de Varens. Vuestro antiguo pretendiente, el hombre que debía ser vuestro esposo y cuyo lugar usurpé.

Ella se sonrojó y tembló alejándose de él aturdida.

—Es mi culpa... entonces todo es mi culpa? ¿Por eso no queríais decirme?

Su esposo la miró de forma extraña.

—No fue vuestra culpa, querida sino mía, pero para él fue un agravio y un desprecio no tener la mano de la joven más guapa de la corte, la rice heredera. El primo del rey debía ser vuestro marido y dijo que cuando me matara iría por ti. Él me encerró en esa celda, él fue el artífice. Pensé que moriría en prisión, pero mis leales amigos me salvaron, otros fueron condenados a muerte por seguirme en esa misión y no pudieron escapar... fue el momento más negro de mi existencia, pero al comprender que era mi culpa, que yo os robé de su lado y eso todavía lo enfurecía. No solo planeaba provocar mi ruina, también quería atraparos y haceros

pagar vuestra osadía al abandonarlo a un paso del altar. Pero no os culpo, hermosa, no es vuestra culpa... os impusieron esa boda y yo me enamoré de ti cuando os conocí y deseé que fuerais mía. Os seduje sin pensar en nada más, fui egoísta, sin pensar en el daño que os haría. Era más joven y me creí invencible y poderoso por tener la amistad y confianza del rey. Mientras mi enemigo desairado trabajaba a la sombra tramando mi ruina. Y vuestro padre os quitó del testamento furioso de tener que disculparse él frente al duque de Orleans cuando además le había entregado ya gran parte de la dote. Ambas familias quedaron enemistadas y por eso vuestro padre dijo que no quería volver a veros... pensasteis que con el tiempo lo olvidarían, pero nunca lo han olvidado, mon amour. Pero si queréis volver no os detendré. Pero antes de abandonarme debéis saber el peligro que os acecha en París, no esperéis compasión, no esperéis recuperar a vuestras amistades y parientes porque eso no pasará. Fui declarado traidor y por eso tuvimos que huir. Temí que ese hombre os hiciera daño o que todo este triste asunto os llevara al abismo. — respiró hondo y continuó—lo siento mucho... mon amour. Pero la vida que extrañáis, el mundo que conocisteis ya no existe. No es posible.

Ella se alejó sintiéndose mareada y confundida.

—No puede ser, no es posible. No es verdad...

—Es la verdad, la verdad que tanto he querido ocultaros para que vuestra vida no fuera tan difícil aquí.

—Pero me habéis engañado, creía que solo era un enfado y que esa noche...

—Sois la esposa de un traidor y siempre lo seréis en París y en casa de vuestras primas y amigas. Nadie os dará la bienvenida, fingirán no veros. Porque nadie se atrevería a hacer lo contrario. Tenéis que aceptarlo. Pero no solo es eso... no solo os espera eso en París. También está allí mi temible enemigo, el que causó mi ruina y también la vuestra. Clemens de Varens y Orleans, el primo del duque. El resentido pretendiente desairado.

Annabelle se sintió enferma, y quiso correr, gritar, pero solo vio ese horrible pantano

congelado y esas tierras a su alrededor, pero no tuvo fuerzas. Sufrió una conmoción tan grande que deseó morir porque había estado viviendo una fantasía, recordando un pasado que ya no existía. Su esposo acababa de matar su esperanza y comprendió que jamás podría volver a su país y sufrió un desmayo.

Estuvo en cama los días siguientes. La comadrona de la aldea dijo que necesitaba descansar y evitar los ruidos y que pronto se recuperaría.

Pero ella estuvo en la cama llorando sin querer ver a nadie. Furiosa y triste. La sola presencia de su esposo la crispaba y sentía hacia él sentimientos confusos y encontrados. Por momentos lo odiaba como odiaba todo lo que la rodeaba, la casa helada, incómoda, llena de sombras y ese paisaje verde circundante, a veces gris, a veces verde y gris... la hermosa campiña inglesa que pensó era como en los cuentos ahora le parecía cansina, agobiante.

—Debéis descansar... abrigaos, por favor, querida.

Ella lo miró exhausta y molesta, triste. En esos momentos no le importaba curarse, estaba furiosa porque su esposo la había llevado a esa tierra con engaños y ahora estaba atrapada. Pero según él debía sentirse agradecida por no tener que fregar los pisos ni cocinar como lo hacían las sirvientas. Tenía una casa, una granja... arrendada. Ni siquiera era suya. Y la esperanza de poder prosperar con las tierras que el señor de Grovenston Hills le había casi regalado.

Y eso era todo.

Por momentos quería morirse. Desaparecer. Que la tierra la tragara.

Nada podía darle consuelo.

El tiempo pasó y comprendió que debía aceptar la realidad y adaptarse a su nueva vida. Nunca volvería a su país y no podía pasarse la vida llorando. Tampoco podía seguir atormentándose al pensar que era su culpa por haber desobedecido a sus padres o de su esposo

por haberla arrastrado a esa aventura.

Su esposo se lo dijo una mañana.

—Debes salir de la cama mon belle, la vida sigue, y podemos ser felices en esta tierra. Podemos tener un bebé... dejarías de sentirte tan triste y de sentir esa añoranza.

Ella lo miró ceñuda.

—¿Y vos no sentís añoranza, mon ami?

Solía llamarlo así cuando estaba enfadada y seguía enfada porque le había ocultado la verdad.

—Por supuesto que sí, mon amour. Siempre.... Pero si vuelvo a Francia soy hombre muerto. Donde quiera que vaya mi enemigo me encontrará. Pero tal vez en un tiempo... necesitaría años para poder regresar o si mi enemigo muere entonces...—respondió sombrío.

—Pero no os encontrará aquí.

—Ahora cree que estoy muerto y por eso supongo que ha dejado de buscarme, pero no me siento seguro a pesar de que mi amigo André Dumont me tiene al tanto desde de Londres.

—¿Habláis con André?

—Me envía mensajes cada vez que Perrot viaja a vender pieles con los aldeanos.

—Nadie podría reconocernos ahora, Armand. Hemos cambiado, todos hemos cambiado —dijo la dama y pensó que era tiempo de dejar atrás el pasado y mirar hacia el futuro. Aunque el futuro fuera esa triste y solitaria granja.

—Es verdad, soy como un fantasma de lo que un día fui mon belle—dijo mirándose en el espejo con torvo semblante.

Ella se acercó y lo abrazó y quiso darle esperanzas, quiso decir algo que lo hiciera sentirse mejor, pero no tuvo las palabras.

—Querida, esto es algo pasajero, la vida es una rueda, lo tuve todo y lo perdí todo, pero

todavía me queda mi hermosa esposa y la esperanza.

Tenía una esposa sí, la tenía a ella, pero Annabelle pensó que nada sería como antes y ahora solo podía quedarse a su lado porque no tenía esperanzas de volver a su país, junto a su familia.

Los días de frío llegaban lentamente a su fin y se empezaba a sentir algo primaveral en el aire y la dama francesa decidió dar paseos en la mañana para mejorar su ánimo y tratar de ayudar en la granja.

Era mejor que todos creyeran que era hija de campesinos, aunque no supiera nada de cosechas, era necesario representar su papel y fingir ser una pareja de protestantes franceses. A ella le agradaba juntar frutas y flores, pero no podía hacerlo sin la supervisión de una criada.

Pero comenzó a salir sola pues no tenía a nadie que la acompañara. Los criados escaseaban y todos tenían trabajo que hacer y pensó que allí estaría segura.

Era triste pensar que luego de esas revelaciones su esposo se alejó mucho más y no volvió a tocarla ni tampoco le pidió que se quedara a su lado.

Aunque jamás riñeran, estaban más alejados que nunca.

Se preguntó si se había sentido herido luego de saber que quería volver a París, o si acaso se daba cuenta de que no era feliz en esa aldea. ¿Pero quién en su sano juicio podía serlo luego de vivir en París y tenerlo todo?

No era feliz, pero lo intentaba, intentaba adaptarse, pero también sentía rabia. Se preguntó si sus padres realmente la habían dejado librada a su suerte y por eso decidió fugarse y llevarla lejos de su familia. No los creía capaces... estaban molestos porque había plantado a su prometido, pero no llegarían tan lejos de dejarla morir o ser prisionera de la Conciergerie. Sabía que muchas mujeres eran encarceladas por deudas de sus maridos o por sus crímenes hasta que probaban su inocencia, pero ¿qué cargos habría en su contra?

La extraña misión había sido una trampa, una trampa ideada por un grupo de malvados que seguían las órdenes del sobrino del duque de Orleans.

Pero su esposo no le mentiría con algo así.

Mientras caminaba escuchó pasos cercanos y tembló, pero no vio a nadie.

Volvió a esperar y se quedó quieta. Había alguien cerca que seguía sus pasos.

Casi muere del susto cuando vio al hijo del conde bajar de su caballo y avanzar hacia ella.

—Señora Lefebvre, buenos días—le dijo.

—Buenos días sir Duncan—respondió bastante agitada. Le había dado un horrible susto y él se dio cuenta.

Parecía preocupado y no dejaba de mirar a su alrededor.

La dama sintió deseos de correr.

No podía ser, había vuelto a espiarla.

—Por favor, márchese. Si mi esposo lo ve aquí se enfadará. ¿Acaso ha estado espiándome de nuevo?

Él se detuvo y le hizo un gesto con ambas manos como para apaciguarla.

—No tema madame, no estaba espiándola, lo juro, solo quería disculparme... no debí besarla la otra vez, ni tampoco espiarla. Pero es una dama muy hermosa. Es una tentación para los hombres de esta aldea y no debería salir sola, señora Lefebvre.

—No tengo escoltas, Monsieur, apenas dos criadas que me ayudan con las tareas del hogar. Pero acepto sus disculpas. Aunque le ruego que no se acerque a mí.

—Solo quiero ayudar... vive usted en una casa muy helada y me dijeron que estuvo enferma. Estaba preocupado por usted. Me dijeron que estuvo enferma. ¿Es eso cierto? Se ve algo pálida.

Hablaba con cierto aire inocente que le llamó la atención ¿o acaso fingía inocencia? No

olvidaba que ese joven la había agarrado y era muy alto y fuerte, podría hacerle daño si se le antojaba. Mejor sería hacerle entender que no estaba interesada en sus atenciones.

—Estoy bien ahora, solo fue un resfriado, agradezco su preocupación. Es que hace mucho frío en este país y no logro adaptarme al mal tiempo.

—NO está acostumbrada al frío porque es de Pont du mar, eso me dijo mi padre. debieron hacer un largo viaje para llegar a Londres y luego aquí. ¿El rey los perseguía madame?

No pudo evitar temblar cuando le hizo una pregunta tan directa.

—Eso no es verdad, el rey solo persigue a personas importantes y nosotros solo buscábamos vivir en paz. Mi marido tiene parientes en Londres y él dijo que aquí necesitaban aldeanos.

—Es verdad, una enfermedad diezmó estas tierras, pero no aquí sino más al norte. Por eso debe cuidarse. No hay muchas mujeres jóvenes y guapas aquí, madame. y los hombres del norte no son tan considerados. Ya se han robado a alguna mujer de la aldea en el pasado por bribones con la excusa de que no tienen mujeres. Es un problema. un hombre no puede vivir sin una esposa. Su vida es triste y vacía. Ella le da amor, calor y compañía y también hijos. Son muy valiosas las mujeres. Más ahora que escasean.

Ahora hablaba como un viejo verde. Seguramente eso le había dicho su padre o alguien de más edad. No era el pensamiento de un joven que era el presumido hijo de un conde. Pero era extraño enterarse de que en esa aldea y en otra escaseaban las mujeres.

—Pues no lo sabía, o no habríamos venidos... dijeron que necesitaban aldeanos para poblar la aldea y que nos darían tierras.

—Sí, pero necesitamos que lleguen más mujeres jóvenes y guapas como usted. Y solteras. Si son casadas no son tan útiles. Aunque dicen que ese hombre no es su marido sino un pariente que finge ser su marido para cuidar de usted. ¿Es verdad?

Ahora volvía a ser un niño que decía todo lo que se le venía a la cabeza, igual a su

hermana, haciendo preguntas impertinentes.

Quizás fueran así los de esa tierra pues sus criadas hablaban igual decían lo que pensaban siempre en todo momento.

—Armand Lefebvre es mi marido, joven Duncan, estamos casados ante Dios. Así que lo ha escuchado no son más que rumores y habladurías sin sentido—le respondió con toda la dignidad que pudo.

Pues por alguna razón ese joven le hacía perder la calma. Su forma de mirarla, de acercarse y que fuera tan robusto... también le daba miedo. Habría preferido no llamar su atención ni la de los granjeros, pero comprendió que tal vez era porque escaseaban las mujeres en ese lugar.

—Pero no lleva alianza, madame. Ni anillo de compromiso. ¿No usan anillos de bodas en su país? Creí que las damas casadas lo llevaban.

Annabelle se alejó un poco y se tocó la mano vacía.

—Tenía un bonito anillo de esmeralda, una piedra inmensa, pero vendí todas mis joyas para poder pagar el arriendo y las tierras. Lo perdimos todo... también mi anillo de bodas, milord.

—Lo siento mucho... pero su marido no compró estas tierras porque son de mi padre, los granjeros solo pueden comprar la casa y una parte, pero lo demás pertenece a mi padre. Y a él le sorprendió que no vio los documentos de su boda ni nada que diga que usted y su esposo son franceses.

Ella tembló cuando dijo eso.

—Acaso han estado espiándonos? Por qué... no hemos hecho ningún daño, señor Hamilton. Esos documentos debe tenerlos mi marido. Es mi esposo.

—No se angustie, tranquila. Solo le hice esas preguntas porque mi padre habló de ello el otro día y quiere saber si tienen documentos sobre la boda. Pues ¿cómo podemos saber si

realmente son el matrimonio Lefebvre?

Ese joven no tenía idea de lo que decía.

Lo más triste es que tenía razón, su verdadero apellido no era Lefebvre, no podía dar su nombre o podrían encontrarlos.

—No somos impostores. Somos un matrimonio que necesita empezar de nuevo, pero si eso les molesta o si creen que hemos mentido nos iremos al norte, Monsieur Hamilton.

Eso lo asustó.

—Oh no señora Lefebvre, por favor, tranquilícese. No tema. Juro que solo fue una conversación de mi padre... solo es curiosidad. No tiene que ponerse así. Dios. Pero si está temblando. Lamento haberla asustado.

—No estoy asustada, sir. Solo que me incomoda que desconfíen de nuestra palabra. Nos casamos en París así que supongo que los documentos están allí.

—¿En París? ¿Creí que eran de Pont du mar?

—De Provenza, sir Duncan... vivíamos en Provenza, luego en Pont du mar...

—Habla muy bien nuestra lengua, su acento es mínimo.

—Aprendí inglés de niña y otros idiomas, me educaron en un convento.

—De veras? Por eso es tan educada. Mi madre dice que se ve usted como una gran dama.

Había hablado demasiado, ese hombre la ponía nerviosa.

—Señor, disculpe, debo irme... mi esposo se inquietará.

—Está bien, no deseo demorarla. Me alegra saber que ya no está convaleciente.

Esa conversación la dejó muy alterada y notó que él la seguía con la mirada, aunque no intentó tocarla y eso fue un alivio pues no habría soportado que intentarla besarla otra vez.

Tenía que hablar con su esposo, decirle lo que pensaban esos aldeanos.

¿Qué pasaría si el conde le pedía una constancia de matrimonio o algún documento sobre

su identidad? Si alguien investigaba, sabrían que no eran el matrimonio Lefebvre, pues su marido tenía otro nombre y usaron ese nombre para pasar desapercibidos.

Se detuvo al llegar a la casa y vio que el joven estaba allí mirándola con sus grandes ojos oscuros a la distancia, sin moverse. Luego tomó su caballo y se alejó y notó que había otros hombres que lo acompañaban. Era increíble que ese joven tuviera tal osadía de ir a espiarla con sus criados y decirle esas cosas.

Luego de haberse comportado como lo hizo fingiendo ser un aldeano osado.

Pensó en hablar con su esposo, pero él había salido y no vio a Perrot por ningún lado.

De pronto se preguntó si no sabrían que ahora dormían en cuartos separados. Que su marido llegaba tarde y no quería despertarla y se dormía en la otra habitación.

Parecían dos ancianos. Ya ni siquiera dormían juntos.

Pero ahora más que nunca sabía que no debía embarazarse pues no quería quedarse en esa aldea. Los aldeanos sospechaban que escondían algo. Eran como ratones, uno habló con otro, y otro se enteró y otro dijo... era así en Provenza y en todas partes. Y cuando uno los veía correr como ratones de un lado a otro era porque iban con chismes. Tenían tiempo para eso, para espiar a esos franceses que por alguna razón llamaban la atención. Había otros matrimonios extranjeros en la comarca, no eran los únicos, pero tal vez seguían viéndolos como recién llegados o algo en ellos despertaba sospechas...

El tiempo mejoró y también su ánimo y comenzó a hacer amistades en el pueblo.

Comenzó a reunirse con Rose Peterson, la hija del reverendo y también con Margaret Hamilton, ambas eran amigas de infancia y se reunían con frecuencia.

Fueron invitados a Grovenston Hills, la imponente casa de los condes de Grovenston en varias ocasiones y su marido hizo amistad con el conde por su biblioteca y porque además era amigo del reverendo.

Era agradable salir un poco de casa y distraerse.

La esposa del reverendo le obsequió vestidos y unos gorros que se negaba a usar. Odiaba disfrazarse de campesina y si debía usar esa gorra blanca fruncida que cubría todo cabello prefería atarlo y trenzarlo o sujetarlo con un moño.

Al comienzo iban juntos a la mansión, pero luego la dama francesa comenzó a ir a la vicaría o sola a visitar a Meg porque la invitaba o insistía.

Entre ambas surgió una amistad.

—Entonces habéis hecho amistad con los hijos del conde—le dijo su esposo semanas después durante la cena.

Annabelle se sonrojó al sentir su mirada.

—Meg es encantadora pero su hermano es ...

¿Un imberbe irritante? ¿Un remilgado presumido?

Siempre estaba rondándola y la hacía sentirse incómoda.

No quería detenerse a pensar en por qué la espiaba, pero se trataba del hijo del amo y señor de esas tierras. Y por fortuna no era constante, solo a veces la miraba o conversaba con ella.

—Es una joven agradable, aunque su hermano es un presuntuoso.

—Querida, ten cuidado con esa amistad, esa joven me parece una chismosa sin modales. Le encanta el cotilleo y me pregunto si...

—No le he contado nada, Armand.

—No hablaba solo de la chismosa Meg sino de su hermano, he notado que os mira con deseo y no es el único.

La dama se puso como una fresa y su esposo sonrió.

No quería agobiar a su joven esposa con tontos celos, pero sabía que desde su llegada los

aldeanos no dejaban de ir a visitarlos para ver a la bella francesa. Eran como ratas de campo, pequeños, jóvenes y viejos, se escurrían por la tierra demasiado rápido para ser notados con sus ojillos brillantes y sus narices porcinas moviéndolas sin parar.

Un día hasta habían espiado a su esposa cuando se daba un baño en el río con un vestido ligero. Eso sí lo había enfadado y los expulsó furiosos cuando vio un montón de ratas de campo que no debían tener más de veinte años mirándola desde un rincón.

—No debes preocuparte por Duncan, querido, es un joven presumido, pero no se atrevería a cortejarme, además pronto se casará con una joven.

Él se acercó y la miró.

—Confío en ti, cielo, pero no me agrada que mi esposa llame tanto la atención.

La visión de su escote lo hizo recordar que hacía semanas que no la tocaba y suspiró. Era suya maldita sea y no soportaba pensar que ese presumido pudiera robársela pues era joven, alto y fuerte como un titán, aunque fuera demasiado joven para ser de su agrado. A su esposa siempre le habían atraído los hombres mayores, por eso lo eligió a él entre sus pretendientes. Los jóvenes no le atraían, los consideraba tontos y sabía que lo mismo pensaba de ese caballero inglés.

—Solo visito Grovenston house para reunirme con Meg y sus amigas, necesito conversar, distraerme.

—Lo sé, pero no me agrada ver a ese imberbe rondándote. Te desea y sospecho que intentará tocarte.

La dama sonrió, pero no se mostró turbada.

—¿Acaso estáis celoso, querido? —le preguntó y sonrió con picardía abriendo sus labios rojos como invitándolo a besarla.

Él la miró con intensidad. Sí, lo estaba, pero no sería tan tonto de admitirlo.

—¿Debería sentir celos de ese joven inglés con cara de muchachito?

—No... sabes que sería incapaz de serte infiel, querido.

Él sonrió y de pronto dejó su copa de vino y se acercó para tomarla entre sus brazos y darle un beso ardiente. Besó sus labios y su cuello y la llevó a su habitación para desnudarla y hacerla suya. Era su esposa y hacía semanas que no la tocaba, pero el pensar que otro podía robársela lo hizo sentirse enfermo de celos. Era suya, su hermosa dama y al verla desnuda tendida en la cama tembló de deseo al ver sus pechos redondos y llenos, delicados y la cintura estrecha y las caderas redondas y ese femenino rincón estrecho pues nunca había podido dejarla encinta. Adoraba cada rincón de su cuerpo, era hermosa, delicada y solo pensó en poseerla y hacerle sentir que todavía era su marido y le pertenecía.

Ella rio y gimió cuando la poseyó rápido pues temía que su miembro fallara como otras veces. Ese día los celos había encendido su hombría y le habían recordado que tenía una hermosa mujer que ese muchachito tonto quería robarle. No lo permitiría.

Debía lograr dejarla satisfecha y preñada, entonces nadie sería tan malnacido de perseguir a su esposa.

Ella se retorció de placer cuando se detuvo para brindarle caricias y la tendió de espalda para devorarla toda. Su miembro seguía erguido y ella le prodigó caricias haciendo que se volviera una roca. Rodaron por la cama como en los viejos tiempos y entre susurros de amor dijo que le haría un bebé.

Annabelle pensó que era solo una fantasía de su marido, realmente no pensaba en un bebé en esos momentos, solo en tener todo el placer de ella y a ella le pasaba lo mismo. Hacía tanto que no tenían intimidad, por las peleas, por su cansancio que ahora de repente se sintió emocionada al sentir que la inundaba con su simiente. Después de tanto tiempo había podido... había podido hacerlo.

—Lo siento preciosa, siento haberte faltado—le dijo de pronto—estaba siempre cansado y malhumorado, furioso...

Ella lo miró feliz al ver que su miembro volvía a erguirse mientras tocaba sus pechos y los besaba.

Fue como si antigua pasión renaciera, su amor, su deseo como el fuego cuando pasaban el día encerrados en la cama esos primeros tiempos de casados antes de que él se convirtiera en hombre de confianza del rey y se viera envuelto en horribles intrigas que lo alejaron tanto de ella.

Estaba sola y otros caballeros intentaron cortejarla, acercarse pues en esos días nadie era fiel, y los matrimonios eran concertados, los esposos apenas se veían, pero ella se había casado enamorada de su marido y jamás le habría sido infiel. Sabía que él también le era fiel y la respetaba, aunque muchas cortesanas se acercaran para intentar seducirlo, él las ignoraba a todas porque decía que su esposa era la más hermosa del reino.

Todavía lo pensaba.

Y en los días siguientes fue un renacer de la pasión y hasta lo vio alegre como no lo había visto en mucho tiempo.

Llegaba temprano para hacerle el amor, se bañaba y quitaba y esas horribles ropas de labriego y ella lo esperaba fresca y perfumada con uno de sus vestidos más bonitos.

Luego de conversar y beber cerveza se iban a la cama pues era mejor temprano que en la noche cuando caía rendido.

Sin embargo, una semana después comenzó a tener problemas y pensó que era una pesadilla. Ni siquiera pudo hacerle el amor un mes entero como planeaba. Sus encuentros se hicieron más espaciados porque su miembro perdía vigor y eso lo avergonzaba y frustraba.

Annabelle comprendió que su esposo empezaba a sufrir esos problemas que tenían algunos hombres de edad, pero le pareció incomprensible. Su marido no era viejo, no entendía por qué le pasaba eso.

—Os he cansado demasiado, mon amour, no importa, sé que lo lograremos...—le dijo.

Su esposa era tan dulce y no lo presionaba pues sabía que eso lo haría sentirse peor. Y él

veía como ella que era joven y hermosa se dormía desnuda en sus brazos sin que él pudiera despertarla ni complacerla más que con besos y caricias, pero sin llegar a la ansiada cópula.

Era extraño. Eso no era normal. Algo debía haber en esas tierras pues desde su llegada que nada había sido igual.

Primero fueron las peleas, los llantos de Annabelle al comprender que debían vivir en esa horrible pradera un buen tiempo y que no regresarían a París como ella quería.

Ambos estaban exhaustos y molestos, trabajan todos los días pues ella debía asear la casa y cocinar y la frustraba no saber nada de esos asuntos domésticos.

Pero ella no había sido educada para fregar pisos de una casa, había sido educada para ser la esposa de un caballero adinerado e importante.

Ahora tenía criadas y le había comprado vestidos nuevos en Londres y tenía amistades, aunque él recelara de ese joven. Era feliz. La granja era próspera y con la ayuda del conde de Grovenston Hills podían ser ricos con el tiempo.

Ella lo amaba, y él la adoraba y no quería perderla.

Tenía que lograr vencer ese problema.

No era tan anciano para que no pudiera tocar a su esposa. Habían vuelto a amarse, a desear esos encuentros y ella era joven y hermosa y la deseaba tanto.

Pero algo debía haber en ese lugar, en esas tierras, algo que lo había arruinado. Se preguntó si no sería esa comida desabrida o alguna hierba extraña que usaban como aderezo. La cocinera era bastante torpe y tuvieron que pedirle que incluyera más sazón a la comida y luego de eso comenzó a abusar y todo sabía picante o salado.

No era un maître de cuisine, no tenía idea de lo que era un banquete realizado con arte y maestría. La comida inglesa era insípida, demasiado cerdo, manzanas y cremas, lo único aceptable eran los quesos.

El caballero francés habló con su amigo Jules Perrot días después.

No podía contarle eso a nadie más. Él era su amigo de infancia y como un hermano y confiaba en él.

Le contó su problema sin rodeos y Jules se puso serio.

—Hay medicina para eso, amigo. No debes afligirte. Estuve meses sin poder tocar a una mujer en París, estaba tan nervioso que no dormía y no sentía deseo alguno.

—Pero yo muero por Annabelle, la amo y creo que ella siente que ya no la deseo y eso la entristece. Pero no es verdad, me muero por tocarla, pero no puedo, no puedo hacerlo...

—Quizás habéis sido demasiado pródigo estas semanas. Llevabais tiempo sin tener intimidad según me habéis contado porque estabais siempre cansado y abatido. Ahora se os ve más alegre. Pero sé que hay hierbas, hay medicina para eso.

—¿Te refieres a brebajes caseros?

—Se usan mucho en Francia, y me ha contado Marie que hay una bruja que realiza ungüentos y brebajes para evitar embarazos y también para calmar dolores de cabeza, de muela...

—¿Hay una bruja entre todos estos aldeanos? No puedo creerlo. Creí que se habían extinguido.

—Nunca se han extinguido, están en todas partes. Una bruja inglesa para ayudar a las muchachas que se quedaron preñadas por accidente o también fabricar filtros de amor.

—Pues no creo en esas cosas, Jules. Son tonterías.

—Mary dice que es muy buena. Pero descuida, podría ir a visitar a esa mujer y pedirle un brebaje. Quizás funcione.

—¿Una pócima para que pueda tocar a mi esposa? Pero si muero por estar con ella.

Y ella era una dama hermosa y ardiente. Pero no lo dijo. Miró ceñudo a su amigo.

—Quizás no sea por falta de deseo, Armand sino por la preocupación. Sé que temes recibir malas noticias de Londres.

—Pero no es eso... fue de repente. Como si alguien me hubiera envenenado.

—Siempre estáis cansado. Trabajáis demasiado. ¿Quién querría envenenarte?

—Algún duende que quiere robarse a mi esposa. no dejan de mirarla.

Perrot se puso serio.

—Pero no se atreverían, ahora tenéis buenas amistades. No son más que muchachos imberbes...

—Quiero darle un hijo, quero ser capaz de embarazar a mi esposa. Ahora todo es diferente. La granja ha prosperado y deseo que se quede aquí.

—Vuestra esposa extraña París, Armand. Os oí hablar una vez.

—No podemos regresar y sabéis la razón.

Su amigo asintió.

—Entonces deja que vaya a pedirle ayuda a la bruja. Seguro que me da algo fuerte para que puedas hacerle un hijo a tu esposa. iré encantado. Quizás me ayude a mí también.

—Dudo que tú tengas algún problema, os he visto retozar en los campos y no me agrada. Debéis ser más cuidadoso amigo. El reverendo Peterson...

—Oh ese presuntuoso no dirá nada. Todos lo hacen... por eso esta aldea está tan llena de niños. Y eso alegra al conde y su séquito de alcahuetes. Ese hombre no me agrada, ni él ni su hijo. Son peligrosos.

—Peligrosos?

En ocasiones Jules se ponía algo paranoico y no estaba nada conforme con los lugareños, en especial los más influyentes. Pero ese día fue un poco más lejos.

—Armand, debo confesaros algo, he visto a ese joven, Duncan, merodeando la granja,

espiando a madame Annabelle y cuando he querido atraparle se ha escabullido como una rata.

El francés se puso tenso cuando le dijo eso.

—No deja de mirar a vuestra señora, creo que debería cuidarla más y apartarla de Grovenston Hills.

—Lo haría si pudiera, Pierre, pero no puedo dejarla aquí encerrada. Es una mujer joven y necesita distraerse.

—Alejadla de ese hombre, amigo. Hacedlo. Os parecerá un mozalbete imberbe, un tonto presumido, pero creo que es más peligroso de lo que parece.

—¿Peligroso? ¿Acaso crees que mi esposa le prestaría atención?

—No, no he insinuado eso, pero hace tiempo que la mira y no me agrada. Lo vi una vez disfrazado de campesino y le dije un par de cosas sin saber quién era y se rio en mi cara. Luego me enteré de quién era y pensé que era peligroso.

El francés se quedó pensando.

—¿Y cuándo sucedió eso, mon ami?

—Hace meses... no recuerdo cuando en realidad. Pero yo os dije...

—Estabais ebrio supongo por eso no recordáis... he notado que mira a mi esposa, pero no creí que fuera tan osado de venir a mis tierras.

—Pues sé lo que vi y no estaba ebrio, mon ami. Aunque supongo que de todas formas no hay nada que puedas hacer. Es el hijo del gran conde Grovenston Hills, su futuro heredero. No podéis quejaros de él como si fuera un pícaro sinvergüenza.

—Debo ser cuidadoso con ese asunto. No puedo enemistarme ahora con esa familia, pero os pido que lo vigiléis. No puedo expulsarlo solo vigilar sus pasos y tengo mucho trabajo en estos días para ponerme de niño de ese pícaro bribón. Pero supongo que se siente deslumbrado pues las mujeres de aquí no son tan guapas como madame Annabelle.

—Pues os pido que lo vigiléis o enviéis a Jaques a que lo haga. Me molesta que esté aquí merodeando—el francés estaba bastante molesto con todo ese asunto, no imaginaba que el asunto hubiera llegado tan lejos.

—Lo haré, pero os conseguiré ese brebaje si aceptáis, Armand.

—Está bien.

Se acercaba la fiesta de la primavera y todos los aldeanos estaban felices.

Meg le contó ese día que habría una gran fiesta y que le darían la corona de flores a la reina de mayo junto con vestido bordado de fiesta como obsequio y una bolsa llena de dulces.

—Qué bonito... en París no había esos festejos.

—Por supuesto, en París ibais a fiestas mucho más suntuosas—opinó Meg.

La dama francesa no mencionó nombres, fue prudente pero sí describió como eran sus vestidos, sus joyas y de pronto toda su alegría se evaporó cuando Meg le preguntó por qué nunca había tenido un bebé si llevaba tantos años casada.

Ella era de hacer esas preguntas, y era una pregunta tan directa que era imposible de esquivar.

—No lo sé, tal vez sea estéril—le dijo.

Meg la miró sorprendida.

—O quizás sea vuestro esposo que no os hace el amor con tanta frecuencia.

La dama francesa se sonrojó y no supo qué decir a lo que Meg sonrió con picardía.

—Conozco a cierto caballero que se jacta de dejar preñada a una mujer con una sola noche en su cama. Es nuestro semental... dicen que ha podido embarazar a la mujer más estéril de aquí.

—Oh qué horror. Pero hace niños que luego son bastardos que deben criar otros hombres.

—Es solo una leyenda, no es verdad... los campesinos lo cuentan pues hace años comenzaron a nacer niños rubios de ojos muy verdes y se parecían todos al granjero que se jactaba de ser el hombre más macho de la comarca. Capaz de dejar preñada a una mujer con una sola noche a su lado. Y es verdad que hubo muchos niños que se le parecían. Las mujeres corrían a meterse en su cama porque no podían soportar que otras tuvieran niños y ellas no. Sufrían de desesperación. Algunas enloquecieron hasta que comenzaron a haber muchos embarazos simultáneos de mujeres estériles y algunas con más de cuarenta años. Eran niños sanos, hermosos todos ellos y nada parecidos a sus maridos... hubo enfado, pero nadie hizo nada y el macho copulador lo pasó en grande embarazando a mujeres por unas pocas monedas.

—Pues yo jamás soportaría que otro hombre me embarazara Meg, es muy inmoral.

—Sin embargo, sé que algunos hombres venderían su alma al diablo por una noche con la bella dama francesa y te ayudarían con ese problema.

—No dejaría que ningún hombre me tocara, Meg. Tengo marido y lo respeto. Solo pensaba si tal vez... sabes tú si hay una medicina para la esterilidad.

—Pues no creo que sea estéril, señora Lefebvre se ve muy saludable. Pero dicen que a veces hay cambiar al padrillo. Es lo que dice la comadrona de la aldea, la señora Tamsyn. Cuando algo falla en un matrimonio lo mejor es cambiar de padrillo. Como ocurre con las yeguas. Un semental brioso y enorme no logra dejarla preñada por más que lo intenta varias veces, así que se debe buscar otro semental y entonces ocurre, nace un potrillo meses después. Mi padre sabe mucho de cría de caballos de raza. Un pariente mío se dedicaba a vender los mejores ejemplares a nuestro rey y los criaba con mucho esmero.

Annabelle pensó que esa joven estaba obsesionada con esos asuntos íntimos. Tenía veintiún años y no tenía esposo todavía, casi tenían la misma edad y se preguntó por qué una joven tan vivaz y de una familia tan poderosa todavía no se había casado.

—Escucha, conozco a una mujer que podría ayudarte que sabe de hierbas y quizás haya

algo para la fertilidad.

Ella no sabía montar muy bien, todavía le costaba hacerlo, pero sabía que debía practicar, era su esperanza y además le daría tiempo para volver luego a su casa sin que su esposo sospechara nada.

Meg la condujo minutos después por el sendero más corto para ver la señora Maude Chapman. Una antigua partera que ahora se dedicaba a vender ungüentos y pociones para el amor o también medicina para la fiebre, el dolor de cabeza...

—Tiene una pequeña huerta en su casa—le explicó. —sabe mucho de hierbas y por eso siempre recibe ofrendas. Alimentos quiero decir, prefiere recibir un pastel de calabaza o una pata de cerdo salada que monedas pues apenas puede caminar y vive de los alimentos que le dan sus vecinos—le explicó Meg.

Eso le pareció muy creíble, era normal que una mujer pobre y vieja tratara de hacer algo para subsistir cuando no tenía familia que cuidara de ella.

Unos criados la seguían a distancia para cuidarlas.

Pero al llegar a la casa donde vivía madame Chapman, la joven francesa tuvo un mal presentimiento. Era un lugar oscuro y sombrío y a su alrededor la naturaleza se veía como seca y muerta. Mas allá había un pequeño pantano que olía a agua putrefacta pero lo más sombrío era la casa. No era la casa de una vieja partera, imaginó que una anciana que fue partera en el pasado debía tener un jardín precioso y unas cortinas bonitas y coquetas.

—No te preocupes por esto, es que la pobre está muy vieja y camina con bastón—le dijo Meg.

Pero cuando entraron una anciana bajita vestida de negro, con la piel seca y los ojos vidriosos las miró con una expresión maligna.

Annabelle supo que esa mujer era maligna su atuendo y los raros amuletos que portaba y quiso correr, pero Meg la retuvo.

—No seas tonta, solo es una anciana no os hará daño. Tiene poderes especiales, no es una mujer común.

—Por supuesto que no, es una bruja. Me habéis traído con la bruja del pantano ¿no es así? Ahora recuerdo... Mary me habló de una bruja del pantano que se llama Maude. ¿Es ella?

Meg se puso colorada, parecía sentirse culpable.

—Es la única que puede ayudarla ahora, señora Lefebvre, pero no es una bruja malvada, es una bruja buena. Ha ayudado a muchas mujeres de esta aldea que no podían tener hijos y es verdad que en su juventud fue partera, pero luego enfermó y no pudo trabajar más.

Annabelle se sonrojó furiosa y miró a su alrededor.

—No puedo pedirle nada a una bruja, Meg, eso no es bueno... ni siquiera he traído mi relicario para protegerme. Este lugar es siniestro, además. Es horrible.

—Oh déjate de tonterías, no te hará ningún daño. Mira cómo está. Es piel y huesos. Es una pobre anciana... Aunque su medicina es muy buena, os lo aseguro.

La dama francesa se negó a dar un paso más, la visión de la anciana cubierta de negro, con el cabello gris y largo al viento era aterradora. Era una imagen maligna e impía y pensó que no había nada bueno en ella.

—No seas tonta, Annabelle.

Ella la miró molesta.

—Es una bruja, no iré. Es algo impío... es un pecado.

—Oh habláis como una papista por favor, dejaos de tontería. Luego podréis pedir perdón al señor.

—Pero necesitas que te vea y te diga el porvenir, solo ella puede ayudarte a saber si tendrás un bebé.

—¿Entonces es una adivina?

—Es una mujer sabia, Annabelle. Puede ver el futuro y leer las manos. Ella le dirá cosas con solo mirarla. A mí me vaticinó un matrimonio afortunado y a mi prima Alice le dijo que tendría gemelos y los tuvo.

La bruja las miraba a ambas con aire maligno, rodeada de un aura gris que debía ser por la escasa luz que había en ese lugar, no se movió ni intentó persuadirlas de que se acercaran. Fue Meg quien empujó a la dama francesa para que se animara y luego al ver a la mujer solo pudo caminar y seguir con paso tembloroso, mirando de un lado a otro mientras murmuraba un rezo en silencio.

Cuando se acercó la mirada de la mujer era mucho más intensa y maligna de lo que parecía.

—Buenos días, encantadoras damas. ¿En qué puedo ayudarlas? ¿Acaso necesitan un filtro de amor para sus enamorados? —preguntó mirando a Meg y luego al ver a la dama francesa su mirada se volvió más inquisitiva.

Ella sostuvo su mirada incapaz de responder una palabra.

—Mi amiga es francesa y no habla nuestra lengua, pero quiere saber si puede ayudarla a concebir un bebé—dijo Meg ansiosa de decir algo al ver que la dama francesa no decía una palabra y se quedaba allí parada como una estatua. No sabía si estaba asustada o molesta o ambas cosas.

Bueno, quizás el atuendo de la bruja del pantano no era el más apropiado ni favorecedor. Era como si ese día se viera más maligna que nunca, o tal vez a ella ya no la asustaba pues la conocía desde hacía años.

—Oh por supuesto... es una dama delicada y muy elegante. Muy hermosa y con el don de embrujar y enloquecer al hombre que ella desee—dijo la desfachatada bruja riéndose a carcajadas mostrando su dentadura oscura y escasa, sin saber que Annabelle había entendido cada palabra.

—No deseo enloquecer a ningún hombre, no he venido aquí para que me dé un filtro, señora Chapman.

La anciana sonrió y sus ojos se volvieron dos arcos que casi ni se veían.

—Ni lo necesita usted, madame. Hay un hombre que le hará un hijo muy pronto pero no es su esposo. Su esposo es estéril madame. Supongo que su marido es el caballero francés que llegó a estas tierras hace meses. Él tuvo una enfermedad siendo niño por eso no puede darle el hijo que le ha pedido. Nunca podrá darle un hijo. Lo siento mucho. Pero no se aflija porque no es usted estéril, es una mujer muy fértil y tendrá un montón de niños, pero no con su esposo. Si quiere ser madre debe dejar que el amor llegue a su vida, hay un hombre que la busca y la ama en silencio. Él se muere por darle lo que tanto anhela. Solo debe tomarlo y ser feliz. Porque hace tiempo que no es feliz con su marido. Sufre en su matrimonio, sufre por todo lo que ha perdido y no quiere estar aquí. Cree que un niño la ayudaría a sentirse completa, a sentirse plena porque anhela tener un hijo con desesperación. Es una mujer joven pero su marido...

—Por favor, deje de hablar de mi marido se lo ruego. Todo lo que ha dicho es una patraña.

—Por supuesto... no quise ofenderla. Pero madame Chapman no miente ¿sabe?
La bruja Maude es una mujer sabia y le aseguro que todo lo que le dijo se cumplirá.

—Pues me ha ofendido al decirme que debo buscarme otro hombre porque tengo un esposo y no voy a renunciar a mis esperanzas de ser madre.

—Madame, su matrimonio está en el precipicio. Veo una sombra oscura en su camino, un peligro...—la anciana tomó su mano y ella no pudo quitársela—Su esposo corre peligro aquí... veo algo maligno que está cerca... horribles tragedias ocurrirán en su país en unos años y también aquí...

—OH no... por favor debe decirme qué pasará en mi país.

—Veo sangre, madame, veo cabezas cayendo al piso... el rey morirá y muchos nobles también. Habrá una revuelta, veo gente furiosa y maligna empuñando cuchillos... campesinos y aldeanos correrán enloquecidos y saquearán los tesoros de los grandes castillos.

Ella balbuceó algo y luego preguntó si tendría un hijo.

—Hay un bebé en su vientre que nacerá a fines de febrero. Un niño robusto y rubio. Es un bebé inglés, madame. No es de su esposo.

—¿Cómo puede decir eso?

—Porque es la verdad, hay otro hombre en su vida en el futuro, tendrá otro esposo, madame. Y todo ocurrirá muy pronto. Demasiado pronto me temo también...

—Pero no quiero otro esposo, quiero que usted...

—Sé lo que desea, pero no puedo hacer nada con eso. Su esposo es estéril y la esterilidad que padece no tiene cura.

La dama francesa soltó su mano y pensó que esa mujer era malvada y siniestra. Ella era lo único oscuro que veía en su camino en esos momentos.

Esas profecías de la vieja bruja la dejaron devastada y solo quiso correr y escapar. Qué mujer tan horrible y odiosa. Decirle que en Francia rodarían cabezas y gente malvada y furiosa la emprendería contra el rey era algo horrible y además falso. Nadie se atrevería a levantarse contra su gran rey sol.

Se alejó de ella y corrió pensando que era una horrible bruja.

—Madame Lefebvre...

Algo le dijo la bruja a la distancia, pero ella no la escuchó, y de pronto vio que era su amiga que le gritaba. Margaret.

—Aguarde por favor. Espéreme, madame Lefebvre.

No se detuvo hasta estar lejos de esa bruja y su pestilente pantano.

Fue como si todo lo que la rodeara fuera horrible, lo que había dicho que le pasaría al rey, cabezas cayendo en la Bastilla, nobles asesinados la hizo temblar porque tuvo la sensación de que estaba como en trance. Era lo que su esposo había descubierto y nadie le había creído. Pero el rey estaba vivo en Francia, nadie se atrevería a matarlo, nadie osaría causar ese caos... pero tenía enemigos. Siempre había enemigos secretos en la corte.

—¡Señora Annabelle!

Tuvo que detenerse, Meg estaba roja y con la lengua afuera además de enfadada.

La dama no se disculpó, sino que la miró ofendida.

—Me habéis traído con una horrible bruja, no debería volver a hablarle señorita Margaret. No es una partera, es una adivina, y todo lo que dijo fue... horrible.

Meg se rio de su enfado.

—Vaya, ¿estáis asustada de esa vieja miserable? Pero os dijo cosas muy interesantes. Tendréis no solo uno, sino varios bebés rubios ingleses.

Ella sintió que la rabia y la vergüenza la consumían.

—Tengo marido, Meg y os ruego que no digáis nada a nadie ¿de lo que ha dicho esa horrible mujer.

—No lo haré, tranquilizaos por favor. Pero dijo la verdad, la bruja del pantano jamás miente ni se equivoca en sus vaticinios. Y si os dijo que vuestro marido es estéril y que vos necesitáis otro esposo si queréis ser madre, pues os dijo la verdad.

—Pues no engañaré a mi marido. Sé lo que piensa esa anciana, cree que como soy francesa soy inmoral. Como las damas de las cortes.

No debía hablar de eso, calló de repente.

—¿Estuvo usted en Versalles, señora Lefebvre?

—Oh claro que no... pero todo lo que dijo son patrañas. Esa mujer debe ser una

charlatana que conoce bien su oficio. Finge estar poseída, ver el futuro... es su oficio y lo conoce bien. Engañan y ganan algunas monedas.

—Pues no le di monedas, solo un poco de pan y queso. No fue mucho... pero ya me conoce. He venido antes...

La dama francesa se detuvo y la miró.

Quería correr, pero no podía ver nada más que ese horrible pantano y a la distancia la pradera verde a la que nunca podían llegar.

—Bueno, debemos buscar a los caballos. Por favor no me deje atrás y no le diga a su marido ni a nadie que la traje con la bruja del pantano.

—No diré nada, por supuesto. Deseo olvidar este día, todavía estoy temblando al pensar en los vaticinios de esa horrible mujer. pero por qué vino usted a ver a esa horrible mujer, señorita Hamilton?

Ella sonrió con picardía.

—Asuntos de familia—le respondió.

Antes de que le hiciera más preguntas Meg agregó: —Nuestros caballos no están. Pensé que los habíamos dejado aquí y que esos zánganos los cuidarían. —dijo molesta y silbó a los caballos y llamó a sus criados a los gritos, pero todo estaba en silencio.

—No puede ser... se han robado nuestros caballos—dijo la joven incrédula—¿Cómo regresaremos? Y los criados se han ido...malditos inútiles holgazanes.

—Aguarda, escucho voces...

De pronto apareció Duncan Hamilton de la nada, montado en su brioso semental gris. Con el cabello revuelto y con una expresión enfadada en su semblante.

—¿Qué rayos haces aquí, Meg?... Madame Lefebvre... este lugar es peligroso, tú lo sabes.

Estaba muy alterado. Furioso y también sorprendido de encontrar a la dama francesa en ese peligroso paraje. Pero no estaba solo, un séquito de hombres lo acompañaba. Las miradas se posaron de la joven pelirroja a la bella dama francesa casi al instante pues llevaba el cabello suelto y era hermosa. Con una belleza dulce y etérea que no se conocía demasiado en esas tierras.

—Fuimos a ver a la bruja Maude, Duncan, pero trajimos criados y se han marchado— respondió Meg.

—Pequeña tonta, ¿cómo has podido traer a la dama con una bruja? ¿Es que has perdido el juicio? Este lugar es peligroso no puedes venir sin criados y sin caballos.

Meg se puso colorada como una fresa por el rezongo de su hermano.

—Pero traje criados y caballos—retrucó señalando a su alrededor.

—¿Y dónde rayos están? Yo no los veo.

—Creo que se han ido. O los han robado...

—¿Qué criados han hecho eso?

—Andrew y Thomas Beck.

—Esos idiotas. Debisteis traerlos más. ¿Solo dos para venir a este infame lugar? Sube al caballo de Edmond. Madame. Deberá subir a mi caballo. La llevaré a su casa.

A la dama francesa no le hizo gracia la situación y dijo que prefería caminar, pero de pronto el caballero de Grovenston Hills saltó de su caballo y le cerró el paso con decisión y cierta arrogancia.

Ya no era el joven descarado que se burlaba del tonto rey de Francia en su presencia, ya no era irritante era algo peor, entrometido y bastante prepotente.

—Suba al caballo ahora o quiere que la atrapen los merodeadores de los caminos? —le dijo mirándola con fiereza.

Annabelle retrocedió y quiso correr, pero no pudo llegar muy lejos, él la atrapó en medio de la espesura y la apretó contra él mientras la miraba con un deseo ardiente. No eran imaginaciones suyas que ese hombre la miraba y seguía sus pasos ahora tenía la osadía de tomarse esas libertades de atraparla como si tuviera algún derecho a ello.

—Suélteme, es que se ha vuelto loco, ¿cómo se atreve? —le dijo.

Él la miró con una sonrisa.

—Soy el futuro amo de estas tierras ahora y puedo hacer lo que me plazca madame, tomar lo que desee para mí—le respondió.

—Pues no soy una de sus campesinas, Monsieur, tengo esposo y no puede tocarme, no se atreva.

La joven quiso gritar y se resistió, pero él atrapó su boca con gesto rapaz y le dio un beso ardiente de amantes.

Ella esperó que Meg la ayudara, que se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero estaba sola para vérselas con ese grandote, y solo pudo forcejear y resistirse hasta que de pronto se detuvo y la miró con esa sonrisa traviesa que le había visto antes.

—Solo estaba bromeando, no le haré daño madame. No hasta que usted me lo pida de rodillas y se rinda a mis pies.

Ella no supo cómo interpretar esas palabras, pero pensó que era una gran osadía lo que ese joven acababa de hacerle. Besarla así y decirle que podía tomar todo lo que quisiera de la aldea porque el hijo del amo del condado. Como si en ese pueblo solo hubiera amos y esclavos.

—No se atreva a acercarse a mí de nuevo de esa forma o tendré que decirle a mi esposo y le aseguro que a él no le importará que sea hijo del conde Grovenston—le advirtió.

Era un tonto niño mimado de papá, un niño rico miembro de una aristocracia ovejera como le llamaba su marido a esos landlords. No tenían refinamiento, eran ávidos comerciantes de ovejas y tierras y vivían de los arriendos de las tierras.

—No le temo a su esposo, madame, sé lo que hizo en Francia, pero ahora no es más que un granjero más y debe respetar nuestras reglas. Y usted también. No la he visto en el oficio hace varios domingos.

Lo había olvidado, los domingos era el único día que podía estar en compañía de su esposo y descansar. Por qué obligaban a los labriegos a asistir al oficio en sus días de descanso.

—No hemos podido ir, mi esposo está cansado y necesita recuperarse y yo deseo quedarme a su lado en su día de descanso. —le respondió.

Él se acercó y la miró molesto.

—Tenemos reglas aquí y hemos sido bondadosos y generosos con su esposo y usted, madame Lefebvre. Debe respetar nuestras costumbres y asistir al oficio y también a nuestras fiestas. Habrá una dentro de poco. Espero que asista también.

La fiesta de mayo...

De pronto se dio cuenta de que ese joven era rubio y de tez muy blanca, por eso le resaltaban tanto los grandes ojos oscuros, solo que su cabello no era tan claro ahora sino oscuro las sienes se veían más claras y de pronto pensó en los vaticinios de la bruja sobre que el próximo verano tendría un bebé muy rubio de ojos azules, un bebé inglés... no sería de su esposo. No podía ser suyo porque él era estéril.

—Venga conmigo ahora, la llevaré a su casa. Y le aconsejo que no regrese a ese infame lugar. La bruja Maude es una embustera que solo inventa tonterías para que le lleven regalos. No crea nada de lo que diga—le dijo entonces.

—Su hermana me engañó, dijo que era una curandera, no imaginé que fuera una bruja. Quise irme, pero ella no me dejó.

Él lo tomó a broma.

—Mi hermana Meg es muy tonta, siempre le ha gustado hablar de fantasmas y brujas. No me extraña que la trajera aquí, pero ¿por qué quería usted ver a la bruja Maude?

Ella pensó que moriría antes de decirlo.

—Necesitaba hierbas para el dolor de cabeza—inventó.

—Pero no necesita acudir a una bruja por eso. Venga conmigo.

Annabelle se vio obligada a subir a su caballo y de pronto vio que estaban solos en el medio de ese bosque y el cielo se había puesto oscuro.

La forma en que sujetó su cintura la hizo sentirse incómoda, pero debía volver a su casa, debía hacerlo. Así que no dijo nada y soportó estar, así como atrapada sintiendo sus manos en su talle y su corazón latiendo acelerado en su espalda. Sintió su mirada, pero trató de no mirarlo.

—¿Dónde está Meg, ¿dónde están todos? —le preguntó y sintió su propia voz extraña.

Él la miró con intensidad y sonrió.

—Siguieron otro camino, madame. Llevaron a mi hermana de regreso a Grovenston house, sana y salva.

—¿Y qué ocurrió con los criados que nos escoltaron hasta ese horrible lugar?

—No lo sé, pero quizás se asustaron. Le dicen el bosque encantado al lugar donde vive la bruja del pantano. Todo lo que ocurre allí es extraño y misterioso. Dicen que duendes invisibles observan a los intrusos y los asustan para que se marchen. Quizás vieron algo y decidieron huir. Par de imbéciles, ya recibirán su castigo por dejar a dos damas solas en este horrible lugar. Tuvo suerte de que estuviera cerca con mis hombres, señora.

—¿Quiere decir que vieron algo horrible que los hizo huir con los caballos?

—Tal vez... pero tuvieron suerte de que pasara por este lugar y viera los caballos atados. Por un momento pensé que a mi hermana le había pasado algo o... que había cometido una tontería.

—¿Una tontería? Acaso cree que...

Su mirada cambió.

—Mi hermana no es una chiquilla tan simple, guarda sus secretos, madame. Desde niña es así. Un horrible incordio, pero es mi única hermana y es mi deber velar por su bienestar. Aunque por momentos solo deseo que se case pronto pues es agotador tener que cuidarla todo el tiempo. Es injusto... tengo labores más importantes que realizar, soy el futuro conde y amo de estas tierras y me estoy preparando para tomar el lugar de mi padre. Mi padre está cansado y harto de las tonterías de esta aldea y también de mi hermana. Así que espero que le encuentre un marido pronto.

—Y como pronto será el nuevo amo ¿cree que puede besar a una dama casada cuando se le antoje?

—Lo siento... fueron los duendos traviesos que me obligaron a hacerlo. No era yo madame, no suelo ser tan osado.

Ella lo miró furiosa, no le creía una palabra. Había encontrado una oportunidad para propasarse y lo había hecho.

—Espero que no vuelva a comportarse así.

Él se puso serio.

—No puedo prometérselo... cuando bebo o visito el bosque de la bruja me convierto en otro hombre. —dijo y sonrió tentado al ver su expresión y luego dijo—Sé por qué fue a ver a la bruja—lo dijo como en un susurro.

La joven dama apartó la mirada turbada.

—Usted no puede saber eso a menos que haya escuchado mi conversación con su hermana.

—No fue esa conversación la que escuché madame, pero sé que su mayor pena es haber abandonado su país y sueña con regresar, pero eso no pasará. Corren tiempos muy sombríos en Francia y nadie respeta a un rey tan tonto y débil.

—Por favor no hable así de mi rey. No se atreva.

—No vive usted en Francia, no le debe fidelidad, pero sí me debe respeto a mí porque soy el futuro dueño de todas estas tierras.

—Y cree que por eso puede adueñarse de todas las mujeres también?

—Por supuesto que no. Solo quiero tener a una.

No dijo más, pero la forma en que la miró le hizo comprender que la quería a ella.

No dijo nada entonces, habría deseado hacerlo, pero estaba demasiado nerviosa y asustada para decir palabra. Además, no conocía su verdadero secreto ni por qué había ido a la bruja. Ni ella misma sabía por qué, Meg la había engatusado diciéndole tonterías de un filtro para quedar preñada. Tampoco era que necesitara tener un hijo ahora, ni siquiera estaba segura de ello. Meg creía que sí.

Se estaban acercando a su granja y decidió alejarse de él y no decir palabra.

—Monsieur Hamilton, por favor, déjeme aquí. Iré andando—le dijo de pronto.

—¿Qué dice? —él la miró sorprendido.

—Por favor, Monsieur, mi marido no debe verme en su compañía.

—¿Por qué no? Si tenemos una amistad y mi padre le tiene mucho aprecio.

La dama miró hacia abajo pensando qué tan lejos estaba del piso y si podría herirse si se dejaba caer.

—Vaya, ¿entonces su marido siente celos de mí? ¿es lo que intenta decirme?

Ella lo miró atormentada.

—Eso me halaga, hermosa dama.

—Pues no debería sentirse halagado en absoluto. Tendré que explicarle a mi esposo por qué he regresado sin mi caballo y en su compañía.

—No tema, no diré nada que fue a visitar a la bruja Maude. Y por supuesto que buscaré su caballo y se lo enviaré con un criado de inmediato.

La joven se alejó presurosa rezando para que su marido no estuviera en la casa. Comprendió que había sido una tonta al dejar que Meg la arrastrara a esa aventura.

Corrió hasta su casa y se detuvo agitada. Estaba temblando al pensar que su esposo la había visto llegar a caballo con ese joven, la forma en que la había envuelto entre sus brazos y la había besado la había hecho estremecer mientras pensaba en los vaticinios de la bruja. Un niño rubio, un niño inglés nacerá a fines de invierno. Tendría un hijo... muchos niños, pero con otro hombre. ¿Acaso la bruja le había vaticinado que se convertiría en la amante de ese joven presuntuoso?

Pensó atormentada que se veía fuerte como un toro, sano y que podría dejar preñada a cualquier mujer sin esfuerzo como el padrillo que le habló Meg ese día.

Solo debía dejarse atrapar y no hacer nada y esperar que con una sola vez la dejara preñada. Solo sería una vez, no sería infiel...

Apartó esos pensamientos al instante furiosa de tener tales ideas. Estaba segura de que la bruja le había inventado un cuento. Nada de eso podía pasar.

Mientras se acercaba a la casa vio a Jules que la miraba interrogante.

—Buenos días, madame, ¿dónde está su caballo?

Ese hombre era un entrometido, pero sabía que era el mejor amigo de su esposo. Como un hermano. Y aunque bastante haragán para ayudar o hacer algo era muy leal y siempre estaba alerta, vigilante.

—Es que di un paseo por el bosque porque Meg quiso mostrarme el pantano y no sé dónde están los caballos porque los criados huyeron asustados. Al parecer está encantado y yo no lo sabía.

Jules tenía casi la edad de su marido y no tenía un pelo de tonto. También había sido parte de la misión secreta y un noble inteligente, pero al ir a ese país había cambiado por completo. Se lo pasaba de holgazán en su caballo paseando, vigilando todo como si temiera una

emboscada, pero no hacía nada útil en la granja pues no se le antojaba y se preguntó si no había estado espiándola.

—He oído algo así, señora Lefebvre, estos aldeanos son muy simples y se inventan leyendas con ese bosque. ¿Pero por qué llegó con ese joven sir, madame?

—Porque perdimos nuestros caballos y quise llegar antes, por eso.

—A su marido no le agrada saberlo.

—No le diga nada por favor, se pondrá celoso y le juro que es solo un amigo como su hermana. En realidad, ella es mi única amiga aquí y él fue a ayudarnos pues estábamos cerca del pantano y los criados nos abandonaron.

—¿Y qué hacía en ese pantano?

Maldita sea no tenía que darle explicaciones a ese hombre.

—Meg quiso ir a ver a la bruja para pedirle un filtro amoroso, pero no diga nada, es la hija del señor de estas tierras y al parecer está enamorada en secreto de un caballero.

Jules la miró y sonrió.

—Sí, lo había imaginado. Sé que allí vive la bruja del pantano y que todas las mujeres acuden a esa horrible criatura a pedirle filtros y ungüentos.

Le había creído, estaba salvada. Qué tontos eran los hombres y qué arrogantes, pensaban que las mujeres solo pensaban en cómo conseguir filtros para enamorarlos.

—Aguarde...

Ella resopló inquieta.

—Madame Lefebvre, déjeme darle un consejo por favor y espero que no se ofenda... se lo ruego.

Diantres, ¿qué pasaba ahora? Se preguntó la joven y sintió su corazón latir acelerado.

—Madame, ese joven, Duncan Hamilton, ha estado siguiendo sus pasos, la espía y no le

he contado ni la mitad a su marido de lo que he visto para que no se enfurezca y lo mate por atrevido porque es el hijo del señor de estas tierras, pero no es prudente que tenga esa amistad ni acepte su compañía. Sé lo que piensa, sé lo que trama y no es algo bueno para su matrimonio, señora.

Annabelle tragó saliva.

—Sé que no me saca el ojo de encima, pero no es más que un tonto mirón. No se atrevería a hacerme daño. Es solo un muchachito vanidoso y tonto—le dijo muy segura.

Él no estaba seguro de eso.

—Esa amistad es falsa, madame, Meg no es en verdad su amiga. ¿No se da cuenta que la llevó a un lugar encantado para asustarla a usted y luego que su hermano la trajera aquí? Eso fue planeado. Todo fue planeado. No me agrada esa joven, tiene ojos de mentirosa y fabuladora y está siendo mandada por su hermano que solo busca una oportunidad para acercarse a usted.

—¿Y qué tengo aquí, Jules? ¿Qué puedo hacer si no tengo amistades? Gracias a Meg puedo distraerme y salir, odio estar encerrada en esa granja con olor a porqueriza y animales que ladran, cacarean, graznan... es imposible tener un poco de silencio.

Él caballero no dijo nada pues sabía que tenía razón, él también estaba harto de esa granja y esa aldea de campesinos simples.

—Solo le advierto que tenga cuidado porque esos dos traman algo. Lo sé. Parecen niños traviesos y mimados, no me agrada la forma en que ese hombre la mira.

—¿Por qué dice eso?

—No soy tonto, madame, ni su marido lo es. ¿Olvida que viví durante años en la corte de Versalles? Sé de intrigas no solo intrigas palaciegas, intrigas de alcoba y cuánto más se le resista a ese hombre más terco se pondrá. Dicen que ninguna se resiste a él, y que siempre escoge a la campesina más guapa para él.

—Pues no soy una campesina ni voy a dejarme intimidar por ese muchacho.

—No es un muchacho cualquiera, es el hijo del señor de estas tierras y además es un hombre, aunque se vea más joven de lo que realmente es. Su esposo me ha pedido que le vigile y que lo mantenga informado.

—Por favor, no le diga que estuvo aquí, se disgustará y le aseguro que tomaré muy en serio sus consejos.

—No diré nada esta vez, pero le ruego que sea prudente y evite la compañía de ese joven y no visite a Meg con tanta frecuencia. Sé lo que traman esos dos y no son unos niños consentidos y arrogantes, son malvados. Son hijos de la vejez, fueron engendrados demasiado tarde, cuando nadie esperaba que lady Elaine tuviera hijos. Por eso los consienten en todo.

Annabelle le agradeció sus consejos.

—Tendré cuidado, pero también viví en Versalles, Monsieur Perrot y sé cómo mantener las distancias y cuidarme.

En Versalles había tenido algunos amigos y admiradores que intentaron acercarse a ella, pero sabían que era la esposa de uno de los hombres más importantes de la corte y nunca se vio involucrada en ningún galanteo. No eran osados, había tantas mujeres hermosas ansiando llamar la atención así que ¿por qué insistirían en cortejar a una dama casada decente que además tenía un marido celoso?

La respetaban y hasta la cuidaban.

—Pero esto no es Versalles, madame, a veces creo que es peor porque nunca puedes ni imaginar lo que piensa ni lo que siente un inglés. Son personas calladas y silenciosas, pero no son tontos y esconden sus sentimientos bajo una máscara. Y el sofocar sus sentimientos hace que de repente un día estallen. Y eso no puede ser bueno. Si me pregunta, no son fríos ni tontos como pensábamos al comienzo. Son astutos y saben embaucar.

La dama asintió y se alejó, debía cambiarse el vestido que tenía las faldas llenas de fango. Su esposo llegaría de un momento a otro.

Fue un alivio que no la viera llegar y corrió a asearse para esperarlo.

Mientras se daba un baño con la ayuda de su criada ella le habló de la fiesta de la primavera y los preparativos.

—No iré a esa fiesta—expresó la dama sin interés.

—Pero madame, debe ir, será muy divertido. Habrá mucha cerveza, dulces y habrá un baile. Los condes serán quienes presidan la fiesta. Todos irán.

—¿Y acaso estoy obligada a ir por vivir aquí?

—Oh claro que no, nadie está obligado a ir, pero será una fiesta muy divertida.

—Mi esposo no querrá ir, estoy segura.

Su criada guardó silencio y la ayudó a secarse.

Su esposo llegó poco después a la hora del almuerzo y Annabelle fue a recibirlo y lo notó de mal talante, hasta que sus ojos la miraron y notó que estaba húmeda y perfumada, con el cabello largo pasando sus hombros.

—Os veis muy hermosa hoy querida, eres como el sol entrando en esta triste casa—le dijo.

Ella sonrió emocionada y él la besó, pero fue un beso tibio, parecía preocupado por algo y luego de almorzar dijo que debían ir a la fiesta de la primavera.

Eso era lo que al parecer lo tenía de mal humor.

—Habrá bailes, juegos, mucha cerveza y la elección de la reina de la primavera.

—Bueno, animaos mon amour, será divertido, hace tiempo que no voy a una fiesta, Armand.

Él la miró inquieto.

—No me agradan las fiestas de campesinos. Pero supongo que a ti sí te entusiasma, podrás bailar con Meg y sus amigas.

—Ella espera quedarse con la corona este año.

—Por supuesto, es la hija del señor de estas tierras. Quizás se la den.

—Pero dijo que hay una joven más guapa que puede tener la corona: Rose Peterson, la hija del reverendo Peterson.

Su esposo la miró con expresión extraña.

Pero luego comprendió que pensaba en otra cosa y tuvo que marcharse antes al trabajo, sin descansar y sin hacerle el amor como hacía a veces.

Se había puesto bonita para él, pero apenas la había mirado.

Mientras ese atrevido joven le había robado un beso y sabía que estaba loco por ella, no necesitaba que Jules se lo dijera.

Apretó los labios y suspiró.

Volvían a distanciarse, a dormir juntos, pero sin tocarse.

Su antiguo problema había regresado y quizás por eso ni siquiera quisiera intentarlo esta vez.

Días después recibió un extraño mensaje de Meg para que fuera a visitarla. Le escribió una carta, su letra era bastante irregular y le costó entender lo que decía.

Entendió que quería disculparse por lo ocurrido con la bruja Maude.

La sola mención de la mujer la hizo sentir escalofríos. Si su marido se enteraba que había ido a ver a una bruja...

Leyó la carta de nuevo y comprendió que buscaba congraciarse. Quería invitarla para visitarla ese día a media tarde para conversar.

“Quiero pedirle perdón señora Lefebvre y le ruego que no rechace mi invitación” le decía.

Pero no era solo el asunto de la bruja Maude, Sino el beso que le había robado su hermano. Temblaba al recordar ese beso y no quería volver a la mansión y sabía que debía poner distancia a esa amistad.

Pensó en ese día, el día que fue a ver a la bruja con engaños y se sentía molesta y crispada porque luego apareció de repente ese joven como si fuera su héroe, a rescatarlas... aunque no fueran esas sus intenciones en realidad.

Hacía tiempo que seguía sus pasos y sabía lo que tramaba, no era tonta. Pero estaba loco si esperaba que ella cediera a sus atenciones.

Luego vio la carta y pensó en Meg.

Ella no le había hecho nada y en realidad no estaba tan enfadada por el asunto de la bruja

Maude, Meg era así, algo tonta e inocente. No lo había hecho con maldad, pensaba que estaba desesperada por tener un hijo y no era así... en realidad no estaba deseando tener un niño como creían todos los lugareños de esa aldea. Debían imaginarlo... su pobre esposo ni siquiera podía tocarla ahora. estaba tan extraño... tan distante. Triste. Como si todo su entusiasmo por hacer prosperar a la granja hubiera desaparecido y algo más lo preocupara. Algo de lo que no quería hablarle.

Su marido pasaba horas cabalgando, y había días en los que lo veía solo en la cena y apenas conversaban. Era extraño... pero no se atrevía a preguntarle. Tenía miedo y, además, tenía una rara sensación, esos días estaba nerviosa sin saber por qué.

Se sintió indecisa y acorralada.

Finalmente acudió temprano, a media mañana mientras su marido estaba ausente pues no quería que le hiciera una escena de celos por ir a ver a los hijos del conde como los llamaba él.

Meg la recibió muy contenta, aunque con cara de culpable.

—Annabelle, os veis muy guapa con ese vestido damasco.

Ella miró su vestido en el espejo y sintió tristeza, era imposible no pensar en sus antiguos vestidos de fiesta, en las joyas y las hermosas mansiones donde había vivido. Versalles... y esa joven no imaginaba siquiera cómo era entonces ese mundo.

La siguió a los jardines aprovechando el sol de la mañana.

La dama miró a su alrededor algo tensa, hasta que vio que eran solo los criados sirviéndoles un refrigerio con unos bollos de crema.

Su amiga era increíblemente glotona a pesar de ser tan delgada y de pronto vio un brillo en sus ojos y pensó que le haría alguna pregunta sobre su hermano o...

—Siento mucho lo que pasó ese día en el pantano. Lo juro—le dijo entonces.

Annabelle se sonrojó.

—Está bien, espero que no vuelvas a llevarme a ese lugar con engaños.

—Lo siento... os dijo cosas horribles de vuestro país. Aunque le dijo que tendría otro esposo y por lo demás...

—Por favor, Meg, no quisiera hablar de ello ahora—dijo la dama francesa.

Ella calló al instante y le habló de los vestidos que quería obsequiarle.

—Usted escoja el que más sea de su agrado, señora Lefebvre. Para la fiesta de primavera...

Al ser llevada a otra habitación que debía ser el guardarropa de la señorita Hamilton se sonrojó.

—Creo que no es necesario... la señora Peterson me ha obsequiado muchos vestidos—empezó.

Y de pronto vio la sala en rojo y dorado y se sintió como transportada a su país. Faltaba ver una flor de lis bordada en algún sillón. Era una sala lujosa y pequeña con algunos muebles y espejos, muchos espejos.

Meg llamó a una criada para que trajera esos vestidos dijo y Annabelle pensó que ya los había elegido antes o había hablado antes del asunto.

—Usted escoja los que sean de su agrado, señora, puede llevar todos si gustan. Tengo demasiados vestidos y los colores... no me agradan. Casi no los he usado y, además, estoy segura de que serán más bellos que los que os obsequió la señora Peterson—dijo con gesto ceñudo.

Annabelle no dijo nada, no habría sido educado hacer comparaciones y observó los vestidos pensando que se veían muy alegres y juveniles, aunque tal vez no eran de su talla. Meg era más alta y ella era más delgada, aunque tal vez con alguna costura podrían solucionarlo...

Le llevó un rato escoger y se sintió algo intranquila. Miraba a su alrededor como si temiera que Duncan apareciera de un momento a otro.

No se sintió tranquila hasta que logró abandonar Grovenston Hills.

Había un ambiente extraño en la mansión, Meg se quedó callada de repente y no hablaba y pensó que era momento de irse.

Acababa de escoger un vestido color damasco y Meg insistió en que se llevara otro color cereza oscuro.

—Ese color no me favorece, no lo uso nunca y lleve este color crema. Le va mejor a las castañas como usted.

Annabelle se sonrojó y quiso rechazar tantos presentes, pero Meg insistió.

—Pero están casi nuevos, señorita Hamilton.

—Es verdad, pero fueron un presente navideño de unas tías viejas que no tienen buen gusto... oh el color crema no me favorece nada. Resalta lo blanca que soy.

—Es muy generosa, señorita...

La joven entornó los ojos y la miró.

—Por favor, señor Lefebvre, debe ir a la fiesta de la primavera. No puede faltar usted... si no fuera casada estoy segura de que le darían el premio de la reina de la primavera.

—Es muy amable, señorita Hamilton y deseo convencer a mi marido de que me acompañe.

—Oh no necesita que su marido la acompañe, señora Lefebvre. Se lo aseguro. Puede venir con nosotros...

—Es que ni siquiera sé dónde será la fiesta de la primavera.

—En el bosque de Grovenston. En nuestra propiedad.

Saber eso la asustó un poco.

—¿Entonces habéis organizado la fiesta?

—No... qué va. No es nuestra tarea. Los aldeanos tienen permiso para organizar la fiesta

y nosotros le permitimos que usen el bosque con ciertos límites... Y el reverendo será el encargado de vigilar que no haya problemas. Aunque supongo que todos beberán y festejarán a lo grande. Como siempre. Pero si su esposo se niega a ir... puede venir en nuestra compañía. Mi madre estará encantada.

La dama no pensó que eso pasaría. ¿La señora Hamilton encantada de que ella los acompañara? Pues no se sentía segura de eso. Solo que Meg quería que fuera para no aburrirse.

Se marchó poco después para que su esposo no notara su ausencia, y para no cruzarse con Duncan. Casi temía verle en alguna parte. Todavía temblaba al recordar ese beso. No había dejado de pensar en él esos días, en la forma que la había atrapado, y de cómo antes de besarla la había seguido, acechado durante semanas, meses...

Cabalgó sin dejar de mirar de un lado a otro. No había llevado sirviente y estaba algo asustada. Temía encontrarse a ese joven en alguna parte.

Al llegar a la granja se sintió a salvo.

Mary la esperaba con el desayuno servido algo extrañada de que llegara de repente con esos vestidos.

—Me los obsequió la señorita Hamilton—dijo la dama al sentir su mirada y Mary dijo que eran hermosos.

—Son nuevos, señora Dumont—observó.

Ella se sonrojó.

—Dijo que eran suyos y que tenían poco uso. Son para la fiesta de primavera—agregó.

Mary no parecía muy convencida, pero se llevó los vestidos y los guardó.

Su esposo llegó entonces y la miró con expresión ceñuda.

—¿Dónde habéis estado mon belle? —le preguntó, avanzando hacia ella.

—Fui a ver a mademoiselle Hamilton, querido—respondió la dama.

Él la miró como si tratara de adivinar sus pensamientos.

—Y también fuisteis a ver a vuestro amigo, supongo.

—¿Mi amigo?—repitió Annabelle incrédula.

—A ese imberbe inexperto que os sigue los pasos.

Se hizo un silencio incómodo.

—Me dio un vestido para la fiesta.

—No iréis a ninguna fiesta.

—Por favor, Armand. Dejad de gritarme. No he hecho nada malo. Solo fui a verla porque me obsequió vestidos.

—¿Vestidos de la señorita Hamilton? No son de vuestra talla. Esa joven es larga y flaca.

—Pero estos vestidos ya no los usaba y creí descortés no aceptarlos.

—¿Y dónde están?

Ahora quería ver los vestidos. No podía creerlo.

Anabelle los fue a buscar sin demasiado entusiasmo. No entendía por qué su esposo estaba tan molesto a esa hora del día y era extraño que estuviera allí en realidad, solía ir más tarde.

Pensó que esa conversación era increíble. Era absurda para empezar. ¿Qué rayos quería ver su esposo en esos vestidos?

Se los llevó para que los viera y él se acercó y los miró como si fuera un mercader de París. Los examinó... tal vez buscaba algo dentro. ¿Alguna carta de amor o mensaje comprometedor con Duncan?

Sintió que la rabia la consumía.

No podía creer lo que estaba haciendo.

—Estos vestidos no tienen uso, y parecen ser de vuestra talla. ¿Un regalo de vuestro

admirador?

—Armand, por favor.

—Es que no os dais cuenta de que son nuevos y fueron comprados para ti. Parecen hechos a tu medida y además... ninguno es para usar en una fiesta de aldea. Una fiesta de campesinos donde beberán hasta embriagarse y luego bailarán y cantarán. No esperaréis que vaya a esa fiesta vulgar y horrible. Y en cuanto a los vestidos, se los devolveréis ahora. tanta generosidad...

—Pero es un regalo, no puedo devolverlos.

Sus ojos echaban chispas. Estaba loco de celos, furioso, y era irracional, pero exigirle que devolviera los vestidos era un acto de mucha descortesía y se lo dijo.

—Por supuesto, tenéis razón. No podéis devolverlos, pero no los usaréis—dijo con mucha firmeza.

Luego de decir eso se marchó sin decir palabra como si el almuerzo fuera algo completamente irrelevante.

Nunca había sido un hombre celoso ni controlador, pero la vida en la aldea era una dura prueba para él. Lo había visto de mejor carácter luego de hablar con el conde, pero la presencia de ese joven lo había vuelto malhumorado e irritable. Todo lo exasperaba y no imaginó que enviaría a su amigo a seguirla y que se enfadara por saber que había ido a visitar a su amiga. No tenía a nadie, ¿qué podía hacer en esa aldea además de realizar tareas en la granja y visitar a sus nuevas amistades?

Lloró luego de que él se marchara y pensó que nunca tendría paz ni sería feliz en ese lugar.

Si al menos pudiera volver a Francia y pedir ayuda a sus parientes. Sabía que ellos la ayudarían, pero no podría ir sola. Estaba atrapada en ese matrimonio y no solo debía compartir sus infortunios sino su destino incierto.

Llegó la fiesta de la primavera y todo era alegría en la aldea. Los campesinos habían colgado guirnaldas de flores de papel pintado y adornado todo con flores mientras cantaban y colocaban sillas y mesas en el lugar de la fiesta.

Mary no dejaba de hablar de ello mencionando que seguramente le darían la corona a la hija del vicario.

Annabelle se preparaba para asistir sin demasiado entusiasmo.

Estaba nerviosa porque sabía que vería a ese joven y temía hacer una locura esa noche cuando nadie le prestara atención. Beberían, cantarían y era de esperar lo que pasaría en los rincones de ese frondoso bosque.

—Mary, ¿por qué han nacido tantos niños este año? —le preguntó mientras su criada le cepillaba el cabello hasta sacarle brillo.

Ella sonrió con picardía.

—Es que son los niños que se engendraron a fines de otoño señora Lefebvre. Los campesinos de aquí son muy prolíficos y sus esposas tienen bebés todos los años y el amo los premia con una dádiva. No permite que sus aldeanos pasen necesidades, pero él dice que los niños son una bendición y se cree que él adora a los niños y habría deseado tener más pero su esposa los perdía... o morían al poco tiempo. Hasta que logró tener a su primogénito y luego a su niña Meg.

“Que de niña no tenía nada por supuesto” pensó Annabelle.

—¿Dices que el conde le da dinero a las familias que tienen muchos niños? Vaya, no lo sabía.

—Les entrega tierras para cultivar, el conde solo hace regalos en navidad y en pascuas. No le gusta regalar dinero, prefiere ofrecerles tierras para que puedan cultivar más y así prosperar. No hay pobres en esta aldea señora, todos trabajan y nuestro señor provee.

—¿Y esos niños son de su hijo Duncan?

Notó cómo Mary se ponía colorada.

—No lo sé, ¿por qué lo pregunta señora?

—Es que Meg me habló de un hombre dejaba preñada a las mujeres con tocarlas una noche y pensé que ... tal vez era Duncan Hamilton.

Su criada sonrió.

—La señorita Meg es muy fantasiosa. No estaba hablando de su hermano sino de su abuelo, señora Lefebvre.

—¿Qué dices, Mary?

La criada no pudo evitar dejar escapar una risita.

—El padre del actual conde era un pícaro y era tan guapo que las mujeres de la aldea lo adoraban y le entregaban su virtud como ofrenda pues entonces era un honor tener el vientre un bastardo de un caballero tan importante. Pero eso no ocurre ahora, el conde es muy estricto con su hijo y jamás le permitiría una conducta como esa. Aunque dicen que Duncan se parece mucho a su abuelo no es como él. Es un joven tímido y consentido, un niño mimado señora, aunque tiene veintiséis años se ve menor, ¿no es así? Su padre ha querido endurecerlo y lo envió a Londres, luego quiso encontrarle esposa, pero nada ha dado resultado así que lo ha puesto a trabajar a su lado todos los días para que aprenda las obligaciones que le esperan cuando deba sucederle.

Annabelle no pudo evitar reírse con esa historia.

—OH no puede ser... Meg me ha mentado. Me hizo creer que su hermano...

—Meg es una chica que le encanta inventar historias sobre su familia, es muy fantasiosa. A mí me dijo que la iban a casar con un duque del norte, pero no lo creo. Es una joven rara y no tiene madurez alguna para casarse. No le crea lo que le diga porque es fabuladora, señora y muy pícara. Supongo que le faltó su madre, era tan vieja cuando la tuvo que no pudo educarla

adecuadamente y su padre prefería a su hermano porque era varón y él lo ha tenido todo.

—¿Y por qué no le han encontrado una esposa al joven Duncan?

—Porque es un consentido, madame, hace lo que se le antoja y ambos son muy rebeldes, pero es al joven heredero a quien más le consienten todo. Ambos. El conde y su esposa.

—Vaya, entonces la señorita Margaret es una mentirosa.

Mary asintió.

—No le crea nada, seguro que se inventó todo porque quiere tenerla de cuñada. Aunque sabe que eso es imposible, la pobre nunca tuvo hermanas y quiere mucho a sus amigas. Una de ellas pasa mucho tiempo en su casa.

—¿Elizabeth Bradford?

—Sí, ella. Es una joven dulce, muy buena, creo que es Meg quien no la deja volver a su casa. Es como una hermana para ella y se criaron juntas. Aunque tal vez...

Notó que Mary vacilaba y se quedaba pensativa.

—Qué ocurre Mary?

La criada la miró.

—Es que no es correcto hablar de los Hamilton, madame. creo que no...

—No diré nada, lo prometo.

—Margaret no es como las jóvenes de su edad, es algo extraña. Pero dicen que es porque su madre era muy mayor cuando la tuvo.

—Pero es muy inteligente.

—Es que no es eso... no es como las jovencitas que están detrás de los muchachos, ella prefiera estar rodeada de amigas y comer bollos y beber té. Es algo inmadura, infantil. Pero sí, es verdad que no es retrasada por supuesto, pero... Le ha obsequiado vestidos muy bonitos... me extraña que no escogiera ninguno.

—Mi esposo no me deja usarlos, Mary. No le ha agradado el regalo.

Momentos después llegaba a la fiesta de la primavera en compañía de su marido que de mal talante fue, nada contento con la situación luego de advertirle que solo iba por mera cortesía.

—Para que no crean esos simples que estamos desairando sus preciosas fiestas...

La forma en que mencionó fiesta era de por sí muy elocuente.

Annabelle ignoró sus comentarios y avanzó a su lado.

Jules los acompañó y pronto se acercaron los aldeanos a saludar. Muchos ya habían bebido demasiado y otros los guiaron a un lugar donde podrían beber la mejor cerveza. Un antiguo monasterio al parecer, que se había abierto ese día para festejar.

Annabelle se sintió muy tensa al ver el edificio que en apariencia era un monasterio antiguo, pero con algunas reformas pintado y con un montón de tapices y alfombras con motivos medievales alegóricos a las fiestas y la cerveza. En el interior había un inmenso tonel donde un grupo de aldeanos vestidos de monjes repartían jarras de cerveza. Estaban muy alegres y cantaban y la joven se preguntó si no habrían bebido demasiado.

Su marido comenzó a animarse mientras bebía cerveza y conversaba con los falsos monjes, pero para ella era como una herejía. Sabía que los monasterios y conventos habían desaparecido o eran usados como hoteles pues la religión que profesaban estaba prohibida y ella se cuidaba de disimular que eran católicos, pero en esos momentos sentía que ardía y se negó a probar la cerveza, aunque uno de los aldeanos le hizo toda la historia de cómo los antiguos monjes elaboraban la mejor bebida de la región. La mejor cerveza...

Recorrieron el monasterio y observaron cada detalle pensando que en otro tiempo había sido un lugar sagrado y que los monjes oraban, leían, traducían textos o cantaban de forma solemne en el lugar donde ahora esos ingleses se reían y llevaban a cabo su fiesta.

Annabelle casi pudo sentir una extraña presencia en el lugar, como un fantasma, algo que

recorría el lugar y estaba allí cerca, pero luego pensó que lo había imaginado. Allí solo había campesinos riendo y bebiendo todo lo que podían.

Abandonaron el recinto en silencio y al llegar a los jardines su esposo saludó a unos vecinos y se quedaron con ellos conversando en su mesa.

Estaba alerta, miraba a todos como si buscara algo y no parecía sentirse cómodo en esa fiesta.

—Esto no es más que una fiesta pagana antigua como las hay en Provenza, mon amour— dijo mirando con desprecio los arreglos florales y los disfraces ridículos de algunos hombres que llevaban de sombrero una cabeza disecada de macho cabrío o de otro animal y también sus cueros.

Otros solo llevaban sus mejores galas, como las jóvenes que llevaban en el cabello una corona simple de flores y un vestido lila o rosa pálido salmón en alusión a los colores de la primavera. Algunos disfraces parecían más extravagantes y coloridos así que su vestido de un celeste pálido casi pasó desapercibido su esposo ni siquiera le prestó atención. Parecía como ausente, distraído pensando en otra cosa.

Solo se animó cuando llegó Jules y algunos aldeanos con quienes tenía amistad.

Annabelle permaneció sentada en un lugar alejada de la algarabía y no bebió cerveza pues nadie le ofreció. Estaba como alejada, apartada y custodiada por los criados de su marido esperando la llegada de los Hamilton o de las amigas de Meg. Cerca de ellas solo había personas con máscaras y eso la hizo sentirse algo inquieta y asustada.

Su esposo comenzó a beber y a conversar, y lentamente se alejó mientras organizaban el baile y el concurso de las señoritas que concursarían ese día por el premio.

Un grupo de hombres y mujeres escogería a la reina de la primavera.

—La joven que sea más gentil y graciosa, además de guapa se llevará el premio. Pero por sugerencia del señor Peterson, este año la dama de la primavera deberá haber hecho una buena

obra en la aldea.

El reverendo sonrió y Annabelle se preguntó dónde estaría su hija Rose que seguramente merecía ganar la corona de flores y convertirse en la reina de la primavera.

Pero no fueron exhibidas por supuesto, todas estaban sentadas en mesas junto a sus familias esperando mientras el comité reunido deliberaba.

—Madame Lefebvre. Al fin la encuentro.

Meg apareció de repente con su familia, su padre, su hermano, pero su madre no había ido al parecer, pero sí sus amigas y la inseparable Elizabet Bedford. Ambas tomadas de la mano como las mejores amigas.

Duncan iba vestido con una chaqueta oscura muy elegante al igual que su padre, sombrero y se veía muy apuesto. Sus ojos la buscaron sin demasiado disimulo luego de saludarla con una leve sonrisa. Parecía que hacía tiempo que no lo veía, y sabía que solo habían pasado unos días.

Se esforzó por disimular la turbación que sentía al notar su mirada. Pero la confusión fue solo un momento, pues el conde se llevó lejos a sus hijos.

—Querida, ven, nuestros parientes aguardan, luego conversarás con tu amiga la joven dama francesa. —lo escuchó decir.

Meg hizo un gesto de pena y Duncan se despidió con un saludo y su esposo lo miró. Ambos se miraron un momento y notó la tensión en el rostro de su esposo. Estaba incómodo y pensó que la actitud de Duncan no hacía más que alimentar sus celos.

Fue solo un momento, luego llegaron más aldeanos y comenzó el baile. La algarabía y la música.

Sirvieron vino especiado, una reliquia le dijeron y unos bocadillos deliciosos. Pasteles, confituras y otras delicias caseras. Era casi un banquete de bodas.

De pronto buscó a su esposo, pues no sabía si quedaría más tiempo, pero notó que no

estaba a su lado.

Fue tan repentino que se asustó. Lo buscó en la multitud algo inquieta, pero al ver el gentío a su alrededor decidió quedarse donde estaba y esperar.

—Señora Lefebvre, su esposo está con unos aldeanos, pero regresará enseguida—le dijo el criado que estaba a su lado. Uno de los pocos que quedaba pues sin darse cuenta todos estaban bebiendo y conversando y se había armado un gran baile en el centro y muchos se habían acercado para participar. Jules Perrot brillaba por su ausencia.

No podía creer que hasta su marido la dejara sola en esos momentos. Tan celoso que estaba momentos antes por la presencia de Duncan...

—¿Y a dónde fue mi esposo? —le preguntó entonces a Andrew el único criado que estaba allí cuidándola y haciéndole compañía. Ni siquiera Mary se había quedado.

—No puedo verlo ahora, señor Lefebvre, hay demasiadas personas, pero no se aleje, su esposo me pidió que la cuidara dijo que regresaría enseguida. Pero debe quedarse aquí, hay demasiadas personas y algunas no son de este pueblo al parecer.

—¿Cómo lo sabe, Andrew? ¿Si muchos usan máscaras?

—Por eso lo sé, aquí nadie usaría máscaras, así que los foráneos las usan para esconderse, lo cual es una ventaja para nosotros. Han venido con sus familias y sus niñas para disputar el premio de la primavera. Todos desean tener esa corona, las jovencitas sueñan con eso—le respondió el criado.

La dama miró a su alrededor inquieta.

—Esas máscaras me asustan, son muy feas y siniestras—le confesó.

En su país las fiestas de máscaras o de disfraces eran mucho más elegantes, por supuesto que había verdaderos artistas que confeccionaban los trajes y los antifaces o máscaras. Pero no podía esperar que en ese pueblo pudieran conseguir algo tan delicado o llamativo. No para bien... eran máscaras hechas de tela, cuero y hasta madera pintadas con colores vivos pero el

resultado resultaba siniestro junto al disfraz de árbol, planta o algún espíritu del bosque que ella no conocía.

—No tema señora, son solo aldeanos muy felices de celebrar la primavera, y las nuevas cosechas que traerán abundancia para el año próximo. Todo reverdece.

La estación de la fecundidad y el amor le había dicho con picardía Meg cuando le habló de la fiesta de la primavera. Todo renacía, los árboles reverdecían de hojas, daban frutos y todo se cubría de flores y empezaba el nuevo ciclo de cultivos.

—Son inofensivos, pero le ruego que se quede aquí, no se marche. Aguarde a que llegue su esposo. Todos la miran ahora y sería peligroso que se alejara. No por nuestros aldeanos, sino por los que llevan disfraces y máscaras...

Ella miró a su alrededor temerosa.

—Esas horribles máscaras—murmuró y le daban mala espina.

Era como si presintiera algo malo, no podía explicarlo, pero al sentirse observada se preguntaba si quizás uno de esos mirones no eran franceses disfrazados tratando de matarla a ella y a su marido. No olvidaba que habían escapado de Francia de un horrible complot para matar al rey y que ellos lo sabían, su marido acababa de contarle la verdad y le había advertido que su vida corría peligro y si algo le pasaba...

Tembló al pensar que algo pudiera pasarle. ¿Qué sería de ella en ese país extraño?

Apartó la mirada de la fiesta y esperó paciente el regreso de su esposo cuando de pronto vio que los danzantes se acercaban a su mesa y bailaban en ronda. Estaban muy alegres y cantaban canciones mientras bailaban y de pronto la invitaron a unirse al baile.

Ella no pudo negarse, habría sido descortés hacerlo y de pronto vio que Meg estaba allí con su hermano y que todos bailaban y giraban de un lugar a otro. Buscó a su esposo inquieta, pero de pronto se olvidó, llevaba por la alegría de los danzantes y el frenesí terminó en la mesa de los Hamilton luego para beber vino especiado y comer unos deliciosos pastelillos de crema y

nuez y descubrió que tenía hambre. Apenas había probado bocado antes de salir.

—Qué bueno que ha venido madame Lefebvre, ¿quién cree que se llevará la corona de reina de la primavera? —le preguntó Meg.

La dama sonrió.

—Tú, por supuesto.

Su hermano se rio.

—NO pueden dársela a Meg, no es guapa y además es la hija del conde. Todos pensarían que no es correcto—respondió.

Qué joven tan cruel, su hermana se puso a llorar cuando dijo eso y luego decidió salir a jugar con su amiga Alice al escondite si ninguna escolta.

—Fue usted cruel, sir Henry.

—Dije la verdad, señora y Meg lo sabe, pero ella tiene en casa una corona de flores que le robó a la reina del año pasado. Está obsesionada por ser la reina de la primavera tanto como las otras jovencitas. No entiendo por qué... todas pelean por ser las elegidas y el reverendo piensa que se han vuelto horriblemente quisquillosas y presumidas y que esta fiesta es en realidad una celebración de las cosechas y todo lo que renace gracias a nuestro Señor por supuesto y a nuestro rey.

—Es que Meg es distinta a las demás, ella sufre mucho si usted la crítica, es su hermano y lo adora Monsieur.

Duncan se puso serio.

—Supongo que ya habrá notado que mi hermana no es normal, por eso tiene esas rabietas y caprichos.

—Por favor, no quise decir tal cosa. Aprecio mucho a su hermana, fue la única que me ofreció su amistad.

—Es como una niña que nunca crecerá y que sueña con ser como las demás, es triste... pero mi hermana no puede casarse señora, aunque sé que le encantaría tener un esposo. —dijo y lo vio beber otra jarra de cerveza.

Había bebido como los demás y por eso le estaría contando secretos familiares. Lo notó raro, distinto, risueño y luego pensó que no era correcto que se quedara conversando con él y volvió a buscar a su esposo. Hasta que él le preguntó por su marido.

—¿Su marido la abandonó, señora? Qué triste... o, mejor dicho. Qué tonto es. Dejar una esposa tan hermosa como usted.

Estaban a solas, lejos del bullicio, se habían alejado sin darse cuenta y él le sirvió una copa de un vino especial, lo fue a buscar a una mesa donde había muchas jarras de vino añejado.

—Creo que es francés, añejado... aquí no hacemos vino. Así que debemos comprarlo. Es de mi padre por supuesto, solo él podría permitirse ese lujo.

Annabelle se sintió halagada de que le diera una copa del mejor vino francés. Hasta que se dio cuenta de que no era correcto de que se fuera a un lugar a solas con ese joven.

Pero el vino era delicioso y él no dejaba de mirarla.

—Es usted muy hermosa, señora Lefebvre—le dijo y tomó su mano despacio.

—No se atreva. Por favor...

—Lo siento, es tan fuerte que me domina por completo. Si fuera mi esposa...

—Señor Hamilton, soy una dama casada y esta conversación es inapropiada.

La joven dama notó que Meg brillaba por su ausencia, al igual que su esposo y también sus criados como si luego de bailar y pasar un momento tan divertido se viera sola y con un peligro cercano latente. Ese hombre. Duncan de Grovenston. Él era el peligro lo presentía...

De pronto comenzó a sentirse marearse mientras se esforzaba por alejarse de hombre y buscaba a su marido con desesperación.

—Creo que será mejor que me vaya...—dijo.

Buscó a su esposo, pero se vio rodeada de aldeanos disfrazados que reían y cantaban mientras bailaban. No fue sencillo abandonar esa mesa y lamentó no tener a ninguno de sus criados a su lado. Se habían ido cuando debían estar allí para protegerla, para llevarla a casa. Y mientras luchaba por alejarse él se le acercó y la abrazó por detrás de forma posesiva.

—Madame Dumont por favor, no se aleje, es peligroso, deje que la lleve a su casa en mi carruaje. Está cerca de aquí.

Ella no quería irse con Duncan, si lo hacía todos la verían y no quería ni pensar en el enfado de su marido, pero rayos, estaba mareada y cuando quiso alejarse él le cortó el paso.

—Debo buscar a mi esposo—le dijo, pero él la miraba con insistencia.

—Su esposo no está madame, lo vi marcharse con un grupo de hombres al bosque hace un rato—le respondió.

—¿Mi esposo se ha marchado de la fiesta? Pero ni siquiera me avisó. Eso no puede ser.

—Bueno, tal vez lo olvidó o tenía prisa.

—¿Prisas por qué?

—No lo sé, pero no tenía buena cara cuando se fue, pasó junto a nuestra mesa. Venga señora Lefebvre. La acompañaré a su casa, aunque me apena que se pierda la coronación. Será ahora.

—¿La coronación?

—Pues ahora anunciarán quién es la nueva reina de la primavera, mire.

Annabelle pensó que se quedaría y que tal vez su esposo regresara entonces y pudiera reunirse con él, pero no lo vio por ningún lado ni tampoco vio a sus criados. Había tanta gente y todos habían hecho silencio y se habían congregado en el centro de la tarima donde se anunciaría el nombre de la nueva reina de la primavera.

Había una gran expectación y notó que los vestidos de las concursantes llevaban flores bordadas y una flor en su cabello que llevaban trenzado o suelto.

Entonces dijeron el nombre de Rose Peterson y todos aplaudieron. Era la bella hija del vicario y sí que era guapa con el cabello rubio como el trigo y los ojos de mirar dulce. Se movió con gracia con su vestido color malva y fue el centro de las miradas y también de la envidia. Aplausos, silbidos y la mirada de orgullo de su padre mientras el anciano conde le colocaba la corona y le entregaba el ramo de flores y decía unas palabras sobre las cualidades de la nueva reina de la primavera y también daba un mensaje a la comunidad.

Luego de eso la fiesta comenzó a perder interés y Annabelle se hartó de buscar a su marido. No había nadie cerca a quien preguntar.

Ella solo quería volver a su casa así que aceptó que él la acompañara con sus criados.

Estaba cerca, solo tardaría un momento en llegar y como la luna llena estaba en su esplendor vería el camino sin problema.

—Debo irme ahora, señor Hamilton.

Él se ofreció a llevarla por supuesto y ella no tuvo más alternativa que aceptar, no podía volver sola por más luna llena que hubiera. El campo era un lugar muy peligroso.

Miró a su alrededor esperanzada hasta que se dio por vencida. Su marido no estaba y debía dejar de buscarlo. Le pareció triste que su esposo se hubiera marchado sin siquiera avisarle, y que regresara sola de la fiesta, pero a medida que caminaban se sintió más animada y feliz sin saber bien por qué.

Al adentrarse en el bosque, la luz se volvió más difusa y le costó encontrar el sendero y de pronto vio algo que la hizo sonrojar y fue ver a dos amantes teniendo intimidad en pleno campo escondidos con una manta, pero no demasiado pues pudo ver cómo la joven le prodigaba caricias a su hombre que estaba en el cielo y no se daba cuenta de nada.

Pero ella sí vio lo que pasaba y cómo momentos después la mujer se tendía en la hierba,

una joven mujer a juzgar por la forma de sus pechos, y se fundían en un apretado abrazo, él caía sobre ella y se besaban y reían y suspiraban felices.

No se sintió asustada de lo que había visto, era lo que ocurría en su propia cama, y en todas las camas entre los amantes o esposos. No era que no supiera por qué ella actuaba así, pero verlo en compañía de un extraño le resultó bastante chocante y hasta vergonzoso. Él no dejaba de mirarla y le sonreía de oreja a oreja con picardía.

—Vaya, debe haber muchos campesinos buscando un bebé esta noche, no se asuste, nadie notará nuestra presencia—le dijo Duncan.

Era un comentario innecesario que solo la hizo ruborizarse más y sentirse más incómoda. Y cuando él tomó su mano al llegar a un lugar más oscuro tembló.

—Tome mi mano para que no vuelva a tropezar—le dijo, pero no intentó besarla ni tocarla.

Pensó que se moría por ser esa mujer tendida en la hierba esa noche y poder disfrutar de un amante, una aventura de una noche. Su marido hacía demasiado tiempo que no la tocaba y eso la entristecía.

Al oír más suspiros y gemidos se puso tensa y apuró el paso. Pensó que ese joven había equivocado el camino o el atajo que le dijo porque estaban tardando demasiado en llegar a la granja. Ni siquiera podía ver los árboles de la entrada.

De pronto llegaron a una casa escondida en el bosque, una hermosa cabaña rodeada de árboles y jardines hermosos iluminada con la luna de fondo.

¿Aunque la casa era hermosa pensó que ese no estaba muy cerca de la granja o sí?

—¿Dónde estamos, señor Hamilton? ¿Qué es este lugar? —le preguntó inquieta.

Él parecía sorprendido.

—Aguarde, creo que equivoqué el camino—dijo.

Eso era extraño, él conocía ese bosque, se lo dijo.

Pero de pronto se vieron en la espesura, solos y él dijo que estaban muy lejos de su granja.

—¿Dónde me ha traído, milord?

Él sonrió de forma extraña.

—Lo siento, creo que confundí el camino, señora Lefebvre. Venga conmigo. Intentaré ponerla a salvo.

Ella lo siguió y de pronto vio que llegaban a una casa en medio del bosque. Un escondrijo pequeño y encantador dónde viviría alguna dama viuda solitaria.

—Venga conmigo, le mostraré mi antiguo escondite. Aquí jugábamos con mi hermana cuando éramos niños—le dijo.

Belle aceptó algo contrariada, sin saber por qué, quizás porque todavía no quería volver con su gruñón marido. Todavía no.

La casa era pequeña pero bien amueblada, bonita... como una casa de muñecas, pero en grande.

—Oh es increíble—dijo ella mientras observaba las alfombras y tapices cubriendo las paredes de piedra y el techo de madera...

—Es una réplica de la mansión del bosque señora Lefebvre, pero en miniatura, para que jugáramos con mi hermana y mis primos en vacaciones. Era divertido... aunque éramos muy pequeños cuando jugábamos aquí con la supervisión de nuestras criadas por supuesto para que no destrozáramos todo.

Ella sonrió sin poder imaginar a ese hombre guapo y pequeño siendo niño y en especial de poco tamaño. Había visto cómo los niños de los granjeros se veían pequeños frente a sus padres grandulones, pero de grande se volvían muy altos y robustos, se preguntó si Duncan habría sido así. Un hombre tan fuerte y vigoroso...

—Venga, le mostraré las habitaciones. No nos dejaban dormir aquí, pero fingíamos dormir y además...

Era una casita encantadora, llena de juguetes y además una sala de títeres para entretenerse.

Pero de pronto le sorprendió que no tuvieran los hermanos un lugar así para distraerse en la gran mansión familiar.

—Teníamos una habitación de juegos, pero este lugar era distinto, era nuestro...

—Por supuesto, debían estar encantados. Pero... parece la casa de una pareja de ancianos.

Él sonrió.

—Lo fue un tiempo, perteneció a un leñador y su esposa que eran demasiados viejos y luego de su muerte se la cedieron a otros criados demasiado ancianos para trabajar hasta que quedó vacía y fue nuestra... pero solo hasta que cumplimos doce años, mi hermana la usó un poco más, pero a mí me aburría.

Mientras recorrían la casa llegaron a la cocina donde el joven encontró una botella de vino y celebró con una risita.

—No puedo creerlo, todavía queda algo...

La joven se acercó y vio que era un vino francés de Provenza.

—Oh no puede ser es un merlot. un vino muy fino.

—Es extraño, no fue abierto así que supongo que alguien vino aquí a beber y olvidó llevarse la botella o beberla... aguarde, veremos si es un buen vino francés.

Él buscó unas copas y sirvió el vino y le entregó una copa de fino peltre para que bebiera. Eran copas labradas muy bonitas y antiguas.

A Annabelle le agradaban los vinos y sabía distinguir un buen vino francés de lejos y

quiso probarlo. Era delicioso, pero no quiso beber demasiado pues ya había catado la cerveza especial en la fiesta de la primavera y no quería embriagarse.

—Es delicioso.

—¿Entonces es el mejor vino francés, señora?

—Tal vez... pero los he probado mejores, sir.

—Mejores? No puede ser... beba un poco más.

—No puedo milord, debo regresar junto a mi esposo.

El caballero se puso serio.

—No lo haga por favor. Todavía no... es la noche de la primavera y la fertilidad... muchas parejas buscarán un bebé esta noche ¿lo sabe?

Ella lo miró sonrojada pensando cómo sería un hijo de ese joven que era tan fuerte y guapo. Un niño inglés como el que le vaticinó la bruja...

Qué tonterías pensaba. No tendría otro marido ni tendría muchos bebés rubios ingleses. Eso era una tontería que le había dicho la bruja para sacarle dinero.

Pero mientras bebían y conversaban escucharon canciones a la distancia y la dama se asustó.

—Creo que debo volver a mi casa, Monsieur, mi marido debe estar preocupado—dijo.

—OH no tema, solo son campesinos cantando.

Tenía razón, los vieron pasar a lo lejos, pero ella pensó que era mejor marcharse hasta que sintió que la abrazaba por detrás despacio y tembló. Fue un abrazo suave, delicado que la hizo estremecer y de pronto se enfrentó a él y quedó atrapada en su mirada y sintió su beso como algo que la quemaba por completo.

Y cuando comenzó a besarla no se resistió y siguieron besándose hasta ir a su habitación, a ese cuarto sencillo pero escondido dónde podrían retozar sin ser vistos.

Hacía tanto que su marido no la tocaba, solo quería sentirse amada... lo deseaba tanto. Quizás fue el vino, o la fiesta de la primavera, pero de pronto se encontró medio desnuda ante ese joven.

Y al verla desnuda él la atrapó y cayó a sus pies para admirarla, para tocarla y desesperado atrapó sus pechos y se abrazó a su cintura excitado y ella se abrió como una flor abriendo suavemente su femenino rincón para que él lo cubriera de besos si lo deseaba o solo se maravillara al ver los suaves pliegues de su sexo, rosados y apretados como los de una rosa.

Él nunca había visto una dama tan hermosa ni tampoco había deseado tanto a una mujer y excitado se acercó para besarla y lamer cada rincón de su feminidad, pero no era muy experto y ella lo notó y tuvo que guiarlo, explicarle qué hacer pues temía que en su desesperación la arañara. Él no tardó en hacerlo con más delicadeza y besar solo allí en ese rincón como le decía su amante y ver cómo se retorció de placer y le sujetaba y apretaba contra su adorado vientre. Sintió su miembro a punto de explotar por la sensación de placer que saborear a esa hermosa dama le provocaba quería empaparse de su sabor y lamer y tragar ese néctar y no la dejó en paz hasta que se sintió saciado y ella satisfecha.

Entonces comprendió que debía desnudarse y cumplir con su parte y hacerle un bebé como había prometido. Sabía que esa noche lo lograría. Aunque no pensaba en hacer un bebé en realidad, solo en tomar a la mujer que tanto deseaba, era tan dulce y hermosa... tan deliciosa y estaba como un lobo hambriento ansioso de probar y devorar cada bocado.

-

Ella se acercó y lo ayudó a quitarse la camisa y el pantalón y al liberar su miembro rosado tan blanco suspiró y notó que era grueso y estaba erguido y húmedo por la excitación y sin esperar la invitación se tendió en la hierba para prodigarle caricias como había hecho la otra mujer y ella extrañaba hacerle a su marido. Cerró los ojos y pensó que era él, que era su esposo y el caballero inglés gimió y no pudo contener el placer que pujaba por salir.

Mojó sus pechos con su semen pues resbaló de sus labios era tan espeso que no pudo tragarlo y además no lo quería en su boca, lo quería en su vientre...

—Lo siento...—dijo él algo incómodo, pero con el rostro rojo de placer. Se moría por hacérselo muchas veces esa noche y ansioso tocó su miembro y lo masajeó, pero ella apartó sus manos y volvió a engullir su miembro y a prodigarle caricias como si su verga fuera lo más delicioso que había probado y lo era. El sabor de semen era suave, aunque espeso, el de un hombre en su plenitud, joven y vigoroso y listo para procrear.

Eso lo volvió loco, sus chupadas eran el cielo, era maravillosa y nunca imaginó que... eso no se parecía en nada a los revolcones ocasionales con algunas campesinas. Ninguna había sido así de amorosa con él ni él había deseado lamer sus partes íntimas como quiso hacerlo de nuevo. La tendió de costado para poder llegar a ese lugar delicioso.

Pero tanta caricia los volvió locos y ambos querían copular rudo y salvaje antes de que pudieran ser descubiertos.

Pero fue ella quién le rogó que la hiciera suya tendiéndose en la cama desnuda y hermosa, alentándole a seguir. Ya era tarde para arrepentirse, sufría un ardor intenso y unas ansias que no sentía desde hacía tiempo.

Estaba abierta para él, pero apretada y la sensación fue algo extraña pues cuando hundió su verga hasta el fondo sí sintió algo de dolor y se quejó, pero luego se le pasó y mientras la rozaba su vientre se estiró y acopló y apretó a él. Él la besó y se introdujo un poco más y ella se movió a su ritmo para que acabara en su interior, no estaría satisfecha hasta sentirse llena y mojada por él. Y cuando lo hizo se estremeció porque su cuerpo desnudo estaba debajo, tendido en la hierba y pudo sentir cómo ese semen espeso y pegajoso, y abundante la llenaba por completo.

Pero eso no lo detuvo, eso no hizo que la dejara en paz.

Pensó que no estaba satisfecho a pesar de haberle dado tanto placer él no quiso dejarla ir

cuando todo terminó.

—Aguarda, solo una vez más, por favor—le dijo.

Ella se cubrió con el vestido y le sonrió.

—Debo volver a mi casa, es peligroso, si mi marido me descubre...—le dijo.

—Eso no debe inquietaros, vuestro esposo se fue temprano y duerme como un lirón.

Era joven y brioso y su miembro estaba hinchado y rojo como si nada hubiera pasado. Húmedo y ella se sintió excitada y tentada al pecado. Acababa de sucumbir a él y convertirse en adúltera por una noche y no podía dejar a su amante insatisfecho.

Así que se quitó el vestido y se abrazó a su cintura y sujetó sus nalgas cuadradas mientras introducía su miembro con suavidad en sus labios, solo la cabeza al principio con delicadeza y suavidad. No podría engullirlo todo, era demasiado grande pero sí podía apretarlo y jugar con su lengua y succionar con fuerza como si quisiera extraer cada gota de su semilla.

Eso lo volvió loco y pensó que tal vez ese hombre jamás había tenido una amante que supiera darle tanto placer como esa francesa, que sin ser una cortesana sabía cómo complacer a un hombre porque su marido lujurioso le había enseñado bien, cada cosa a su momento. Y había sido un gran maestro y ella una alumna que supo aprender venciendo la timidez y la vergüenza...

Pero no solo le dio placer con esa felación lo abrazó y dejó que la penetrara de nuevo dos veces más, lo abrazó y besó y acarició y le dijo que era un hombre muy guapo y hermoso. Delicado. Y también tímido. Pero fue cariñosa porque ella era así, era dulce y ardiente y acababan de compartir un momento de intimidad, no porque sintiera amor por él. Amaba a su esposo, aunque pensó que no podía decir que lo amaba luego de entregarse a ese hombre como lo hizo. Trató de no pensar en eso y cuando emprendieron el camino ninguno de los dos habló.

Pero cuando se despidieron cerca de su casa él la abrazó por detrás y la sujetó con fuerza.

—No puedes irte así mi hermosa dama, eres mi mujer ahora, solo mía y no quiero que ese hombre vuelva a tocarte jamás—le dijo mirándola con desesperación y volvió a besarla, a

sujetarla en recuerdo a ese momento tan íntimo y ardiente que habían compartido.

Tembló al oír sus palabras y no pudo evitar que la besara y la apretara contra él y hasta quisiera llevarla de regreso a la casa del bosque.

—Sientes que soy tuya porque hicimos el amor, pero solo fui tuya por deseo y necesidad. Perdí la cabeza y lo lamento, no soy así, soy una mujer decente... Hace tiempo que mi esposo no me toca, milord. No puede hacerlo...

Él la miró con rabia y tristeza.

—¿Entonces solo queríais eso de mí?

—Lo que vos me ofrecisteis. Lo que necesitaba y me disteis, lo que vos deseabas y os di. Pero soy la esposa de otro hombre, estoy unida a él en matrimonio y lo amo. No volveremos a vernos, pero sé que nunca olvidaré esta noche, Duncan.

Él comprendió que era inútil insistir.

Era una mujer casada y él el heredero de esas tierras. Su padre estaba buscándole una esposa y tendría que casarse con quién él decidiera.

Pero sintió un frío intenso al verla alejarse. Tenía su sabor en sus labios, en su cuerpo y se moría por llevársela consigo. Amaba a esa mujer, maldita sea, adoraba sus hermosos ojos verdes y dulces y su cuerpo hecho a su medida. Había podido hacerla suya varias veces sin que se quejara más que de placer. Y cuando estuvo cautivo en su deliciosa feminidad tuvo el orgasmo más intenso de su vida, el placer más exultante porque estaba loco por ella, la amaba y nunca pensó que rendiría a él... oh santo cielos, esa mujer era dulce y ardiente, era de fuego... pero tal vez solo había cedido a ser suya porque quería tener un hijo, algo más que placer esa noche. Su esposo no podía darle lo que tanto deseaba, pero él sí, sabía que él lo lograría...

Solo que no estaba seguro de que ella quisiera tener un hijo que no fuera de su marido...

Pero tal vez sí buscaba quedarse preñada por eso se había entregado a él como las campesinas de esa comarca que esa noche se dedicaban a retozar sabiendo que, si tenían suerte,

nueve meses después nacerían los retoños de la fiesta de primavera, niños hermosos y muy sabios según decían los entendidos. Una bendición.

Pero él sabía que había otra razón mientras regresaba a la casa y quitaba las copas y la botella de vino y guardaba bien ese otro frasco que su hermana le había dado.

Sonrió pensando que había dado resultado.

Que si todo iba bien ella volvería a él y lo amaría y volvería a ser suya.

Una mujer tan ardiente no podría estar tanto tiempo sin ser amada...

Ese marido era un completo inútil, en todo sentido, pero él sabría cómo cumplir su parte y hacerla feliz.

Annabelle llegó a su casa envuelta en el traje y lo primero que hizo fue masticar menta y asearse para que su esposo no notara que había estado con otro hombre. Tuvo suerte de que todo estuviera en silencio y que el agua que había usado de la tina estuviera no muy fría con las esencias de flores que le había puesto.

Se sumergió despacio en la bañera y se lavó con suavidad tiritando un poco pues el agua estaba fría, pero necesitaba perfumarse por si acaso.

Temblaba pensando que su marido podía descubrirla.

Y sentía terror al pensar lo que había hecho.

Había perdido la cabeza porque hacía semanas que su marido no la tocaba y porque cuando él la abrazó de esa forma y la besó... no pudo resistirlo, le gustaba ese joven y la atraía y supo que de alguna forma había fantaseado con esa noche.

Pero no imaginó que sería tan ardiente ni que ella...

Se excitó al recordar su miembro en su vientre, apretado, inmenso, maravilloso y se humedeció de nostalgia y placer pensando que hacía tiempo que no tenía una noche de placer tan

buena... ¿cuánto hacía que su marido no la hacía tan feliz?

Y no hablaba de la intimidad.

Luego pensó que era una miserable por buscar en otra parte lo que su esposo no podía darle, como una cortesana de Versalles, una mujer que tenía amantes sin pensar más que en disfrutar.

Por un momento se sintió horriblemente abatida pero luego pensó que había sido increíble, había sido maravilloso. Nunca había tenido un amante así, un hombre como ese, guapo rubio y grandote...

Apartó esos pensamientos y se puso un vestido ligero para dormir y fue a su habitación.

No le sorprendió no encontrar ningún criado pues los criados iban algunos días en la semana, pero sí le extrañó el absoluto silencio que había en la casa.

Caminó de puntillas mientras sentía que la humedad de su amante mojaba su entrepierna y tembló al preguntarse si su esposo lo notaría.

Hacía días que apenas le prestaba atención. Se veían cada vez menos y algo malo pasaba, pero él se negaba a decirle nada. Cada vez que le preguntaba él negaba con un gesto o evitaba la conversación.

Pero era la fiesta de la primavera y lo vio reír y bailar y luego dejó de verlo y al entrar en su habitación corrió la cortina para que la luz de luna entrara y la iluminara.

Su cama estaba hecha pero vacía, su esposo no estaba y eso la hizo sentir aliviada pero luego cuando se metió en la cama y pensó en lo que había hecho se sintió horriblemente mal. No porque cometiera una infidelidad sino porque supo que ese hombre la buscaría para que fuera su amante y la amenazaría con decirle a su esposo. Su vida sería un perfecto infierno. O tal vez no... esperaba que no pasara nada más, ella no volvería a sus brazos...

Suspiró pensando en sus besos y en el abrazo apasionado tierno de ese joven que tal vez había tenido su primera vez esa noche de luna en la fiesta de la primavera.

Al despertar el día siguiente su esposo entró y se vistió y la miró con expresión extraña.

—Estabas dormida y no quise despertarte. Lo siento es que bebí demasiado y luego me sentí mal. Le pedí a Jules que te trajera, pero luego pensé que era riesgoso. Cuando vine y os vi dormida fue un alivio. Anoche creo que debí demasiado pues no recuerdo nada. ¿Dónde estabais?

—Estaba con Meg en su mesa, pero luego comenzó el baile y también bebí.

Trató de que su voz sonara normal pero luego comprendió que su esposo estaba inquieto, quería irse y tenía prisa.

—Anoche hubo jaleo luego de la fiesta, encontraron a varios amantes retozando en pleno campo y fueron castigados. El Reverendo quiere reunirnos a todos esta mañana para realizar una reunión de urgencia, pero no puedo ir. No me interesa... en realidad espera poder solucionar las peleas y problemas que ocasionó ese espectáculo.

Annabelle se sonrojó.

—¿Qué sucedió? —balbuceó.

—Bueno, al parecer los fogosos amantes eran muchachas solteras con hombres casados y mujeres casadas con otros hombres casados con otras mujeres... menudo lío va a armarse aquí. Hasta el conde ha debido intervenir porque dos hombres estuvieron a punto de matarse. Al parecer fueron embriagados para que sus esposas pudieran escapar. Pobres maridos, fueron a festejar la primavera con máscara y una cabeza con cuernos y terminaron con los cuernos puestos... Vaya, no pensé que los aldeanos fueran tan listos, pero al parecer también aquí ha llegado la lujuria y las malas costumbres de Versalles—dijo su esposo.

—No puedo creerlo... el reverendo ha de estar disgustado. Su hija ganó ayer la corona de flores y se coronó como la reina de la primavera.

Él la miró con extrañeza.

—¿De veras? Nunca vi eso, ¿cuándo sucedió?

Pero no la escuchaba, estaba como ausente y la veía sin verla.

No pudo preguntarle, no podía hablar, se sentía atormentada por lo que había hecho la noche anterior.

Su marido se rio luego mofándose de los aldeanos, pero ella sintió que le corría un sudor frío pues su esposo también se había embriagado anoche y ella... no quiso pensar que le había metido los cuernos.

Cuando se fue sintió cierto alivio y paz y se preguntó por qué lo había hecho, y qué pasaría si se quedaba preñada de otro hombre. Él lo sabría, no la había tocado en días, semanas...

Días después vio a Duncan en los jardines, espiándola mientras daba un paseo con su esposo. Se sintió enferma y fingió que no lo veía, pero sabía que estaba allí y decidió cambiar de sendero.

Sabía que lo haría, sabía que la buscaría.

—Annabelle, creo que debemos irnos de aquí muy pronto pero no debes hablar de ello con nadie.

—Qué sucede, Armand?

No podía creer que se pusiera tenso de repente y se preguntó si había visto a Duncan.

—Han estado vigilándonos mon belle, a mí y también a ti. He visto a misteriosos hombres meterse en nuestras tierras y luego esfumarse. Hace tiempo y me pregunto si no serán los amigos de Orleans.

—Pero no puede saber que estamos aquí fuimos a Londres.

—Y debemos ir al norte, a un lugar más alejado, aquí estamos cerca de la costa y eso hace que cualquier amigo leal a Orleans viniera aquí a buscar mi cabeza. La quieren en su pica.

—No puede ser... pero a ¿donde iremos? Tenemos un hogar aquí.

—Un hogar que no es nuestro todavía, un lugar que es inseguro porque no hay más que simples aldeanos que no tienen ningún arma para defenderse. Podrían llegar y matar a todos y nadie haría nada.

—Eso no pasará por favor. Deja de pensar que te persiguen. No entiendo por qué...

Él miró a su alrededor nervioso.

—Ya no es un lugar seguro, en la fiesta había personas extrañas observando todo y creo que intentaron envenenarme porque el vino sabía raro. Lo dejé fingir que nada pasaba y luego... no recuerdo más.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé que estaba bailando con unos aldeanos luego de beber algo que después me hizo sentir mal. Me quedé dormido o me desmayé y fue Pierrot quien me encontró dormido en un rincón y me trajo a casa. Sospecha que alguien intentó envenenarme esa noche, mis enemigos.

—Tus enemigos no están aquí, no pudieron seguirnos.

Él la miró furioso.

—Os dije que no hicierais amistad, que no os acercarais a nadie. Ahora todos saben que vivíamos en París y pertenecíamos a la nobleza. ¿Cuánto crees que tardarán todos en saberlo?

—Pero ¿cómo crees que podrían saberlo en París?

—No lo sé, pero Pierrot ha notado personas extrañas en el pueblo, hace tiempo. Me buscan Annabelle, están aquí y debemos irnos.

—¿Irnos ahora? ¿Pero a dónde?

—No lo sé... es lo que estoy averiguando.

—Pero no podemos dejar esta casa, las tierras, Armand. Es nuestro hogar.

Su esposo guardó silencio y tal vez se dio cuenta de que era impulsivo y precipitado

tomar una decisión como esa.

—Sé que es difícil para ti, pero, debes hacerte a la idea de que debemos irnos.

—Pero querido, tenemos un hogar ahora...

—¿Un hogar? Necesitamos un buen escondrijo y esta aldea ya no lo es. No es un lugar seguro ¿comprendes?

—Pero...

—Iremos a Londres un tiempo. Es lo más sensato. No me arriesgaré a quedarme aquí y a que mi enemigo me encuentre.

Ella no dijo nada, pero por alguna extraña razón no le agradó la idea ni tampoco entendía por qué su esposo estaba tan preocupado de repente. Llevaban tanto tiempo huyendo del enemigo que no prestó atención al asunto. Se sintió abrumada por sus propios pensamientos y pensó que tal vez su marido exageraba y nada de eso pasaría.

Días después su marido anunció que se iría a Londres durante el desayuno.

Ella lo miró alarmada pero luego recordó su conversación.

—Mis amigos están en Londres, querida. Y os llevaría ahora conmigo, pero me han dicho que los caminos son peligrosos y no quiero que ningún malnacido os haga daño. —dijo él después.

—Entonces quédate aquí, no me dejéis sola por favor.

—No estaréis sola, le he pedido al reverendo Peterson que vele por ti y podéis acudir a él si necesitáis. Pero es mejor que os quedéis aquí en la casa y no salgáis.

Comprendió que era inútil insistir él deseaba irse como lo había hecho en el pasado en esos viajes misteriosos y nada lo impediría.

No se daba cuenta de lo que estaba haciendo, la estaba dejando a merced de su amante, él

regresaría y la buscaría y volvería a caer en su cama, lo temía. O iría a verla tan a menudo que los criados se enterarían y todos en la aldea sabrían que tenían un enredo amoroso y eso era lo peor que podía pasarle.

—Quédate, estarás más segura aquí—le dijo.

Ella lo miró con tristeza.

Se marchó días después y la casa se sintió vacía y triste.

Odiaba quedarse sola, ahora más que antes que sabía que él aparecería y ella correría a sus brazos. No había dejado de pensar en él ni un solo día no solo porque temía que su marido lo descubriera espiando, pensaba en él porque no podía olvidar esa noche. Aunque luchara por borrarla de su mente. El cúmulo de sensaciones intensas la envolvían.

Dio vueltas en su habitación y ese mismo día salió a dar un paseo a caballo.

No sabía qué hacer, estaba triste y furiosa.

Sospechaba que su esposo la había abandonado porque alguien le había contado que ella era parte de las mujeres que retozó en el bosque la noche de luna llena durante la fiesta de la primavera. Y que la habían visto salir de la casa del bosque en compañía del heredero de Grovenston.

Suspiró al recordar esa noche, y lloró al recordar que había retozado sin parar y que lo había hecho todo con Duncan. Su amante, su amor... se moría por verlo, por estar en sus brazos.

Pero no podía, debía ser fuerte y evitarlo.

Todavía tenía esposo.

Y de pronto vio la cueva escondida en el bosque donde había estado con el caballero inglés esa noche y se detuvo espantada.

No sabía ni cómo había llegado a ese lugar. Era un lugar tan escondido que era difícil de encontrar con la luz del día mucho más en la noche, pero él la había encontrado, él la llevó a ese

lugar con un propósito.

Bajó del caballo y se acercó y entró en la casa sin saber por qué y de pronto encontró un trozo del vestido que llevaba esa noche, estaba sobre una rama y tembló. Había quemado ese vestido en la chimenea con la excusa de que se había estropeado, pero lo hizo para borrar las huellas de esa noche porque el vestido tenía manchas por todas partes y olía a lujuria. Ahora estaba ese trozo atado a una rama como para recordarle lo que había pasado esa noche.

Sacó el trozo de tela y pensó que tal vez se había quedado allí enredado por correr rumbo a su caballo esa noche, pero era mejor esconderlo así que lo enterró para que nadie pudiera saber que era suyo. Era una tontería, era solo un trozo de vestido que solo ella pudo reconocer.

Pero eso la puso muy nerviosa y regresó a su caballo y volvió a su casa asustada. No quería ver a ese joven espiándola ni que pensara que ella esperaba reunirse de nuevo con él en secreto. Oh eso no pasaría.

Cuando llegó a su casa fue a darse un baño pues siempre se aseaba luego de dar un paseo a caballo.

Pidió a Mary que le prepara la bañera.

—Señora, debo irme temprano hoy, pero no tema, se quedarán los mozos por si necesita algo.

—No te preocupes Mary, me encerraré con llave y me iré a dormir temprano. Sin mi esposo esta casa será tan aburrida.

Pero no le agradó quedarse sola.

Se suponía que Mary pasaría algunas noches en su compañía para que no durmiera sola en la casa.

Fue a descansar y trató de no pensar en que se quedaría sola por dos semanas.

A media tarde recibió una visita inesperada. Su criada le avisó.

—Es la señorita Hamilton. Ha venido a caballo para hablar con usted.

Tembló ante la mención de ese apellido, pero luego vio que era Meg y viajaba con sus criados sin su hermano como siempre hacía y a juzgar por su expresión se veía enfadada.

Fue a su encuentro algo tensa y se preguntó si acaso...

—Buenas tardes Meg, qué grata sorpresa.

Ella le respondió con un gruñido.

—Qué sucede, pasa por favor siéntate.

Su casa era muy sencilla pero ahora tenía muebles más acogedores y bonitos que les había obsequiado el reverendo semanas atrás pues era un hombre generoso y siempre ayudaba a los más necesitados. Jamás pensó que ella estaría en ese grupo de personas un día.

Meg miró a su alrededor no muy convencida.

—Estoy inquieta, Annabelle, ¿por qué me has evitado? ¿Es que ya no quieres ser mi amiga? ¿Por qué no has respondido a mis cartas?

—¿Cuáles cartas, Meg? No recibí ninguna carta vuestra.

La expresión de sorpresa de su amiga era notoria.

—No puedo creerlo, os escribí tres cartas luego del desastre de la fiesta de la primavera. ¿Acaso estáis enfadada conmigo?

—No, no estoy enfadada... es que luego de la fiesta me sentía mal, enferma por haber bebido mucho y solo quise descansar y me he quedado en casa. Además, estuve indispuesta.

Se había escondido porque estaba avergonzada por lo que había hecho con ese joven y lo que menos deseaba era encontrarse con Duncan o su hermana. Necesitaba un poco de paz y también tomar distancia. De haber podido se habría marchado con su marido a Londres, pero no se atrevía. Sabía que había bandidos en los caminos y eso la asustaba. Había un rumor maligno que circulaba por la aldea de que los caminos no eran seguros para las mujeres y era mejor que

evitaran viajar sin una numerosa compañía.

—¿Estabais enferma? ¿Y por qué no me has contado nada?

—Porque estuve en cama unos días, pero iba a ir a visitarte en estos días.

—¿Y mis cartas?

—Jamás las recibí, lo juro.

Ella se mostró confundida y miró a su alrededor.

—Esos criados olvidaron mencionarlo. Ninguno sabe leer. ¿Entonces no estáis enfadada conmigo? —su cara se iluminó de repente.

—Claro que no. Ven demos un paseo, os mostraré los jardines. Están hermosos ahora.

Ella la siguió con entusiasmo y caminaron un trecho y recorrieron los jardines y Meg quedó encantada con las flores que crecían por doquier y de cómo había mejorado su huerto con la ayuda de Mary.

—¿Qué pasó esa noche entre ustedes, madame? —le preguntó de pronto.

Ella se sonrojó.

—Mi hermano está de muy mal humor y creo que nada salió como él esperaba. Quería bailar con usted... pero dice que se fue antes porque su esposo se había marchado—dijo Meg con inocencia.

—Es verdad.... Me sentía mareada y me fui. Duncan me acompañó a mi casa y fue muy gentil—luchó para que su voz se oyera normal, pero para sus oídos sonó rara y como forzada cuando dijo la palabra “gentil”.

—Mi hermano está muy raro, apenas me habla sabe? Está con un humor de los mil diablos y pensé que usted podía decirme si pelearon.

—Oh claro no. ¿Qué le sucede a Duncan, señorita Hamilton?

Meg apartó la mirada y se sonrojó.

—Es lo que quisiera saber, pasa el día entero fuera de casa y ha peleado con mi padre porque no quiere casarse con esa joven que él le ha elegido. Supongo que es por eso... Duncan siempre ha sido un rebelde.

Su mirada cambió y Meg habló de parejas retozando a campo traviesa.

—Yo las vi con mi amiga Alice y nos escondimos y reímos al ver cómo lo hacían. Nunca vi tanta lujuria en mi vida. Qué asco. ¿Así se hacen los bebés? Es una inmundicia.

La miró esperando que ella negara tal cosa, pero madame Lefebvre se puso tensa.

—NO deberías haber mirado eso, Meg, es inadecuado para una joven soltera como tú.

—Pero estaban en todas partes y en realidad no queríamos. Jugábamos al escondite con mis amigas porque estábamos aburridas. Luego de que esa presumida se llevara el premio mayor y la llamaran la reina de la primavera me sentí de mal humor y mis amigas también así que decidimos ir a jugar un rato.

—Entonces todas vieron esas cosas? Qué horror. No debieron dejarlas ir.

—Es que todos estaban demasiado ebrios para decirnos nada. Fue un momento, no vimos más y varias se asustaron y volvieron. El juego se arruinó y la fiesta también. Rose Peterson es la nueva reina ahora y no deja de presumir.

—Es una joven muy hermosa.

—Sí, todos lo dicen, pero mi hermano no está interesado en ella como ella lo está de él... la muy tonta se hizo mi amiga para acercarse a mi hermano, pero a él no le gustan rubias. ¿Qué quiere que haga? No todos creen que la perfecta señorita hija de vicario es preciosa.

Era maravilloso cómo su cabeza giraba de un cotilleo a otro y se alejaba de aquello que la incomodaba. Como un niño que decía lo que pensaba y evitaba profundizar en temas que no entendía.

—Madame Lefebvre, mi hermano me dio esta carta para usted. Supongo que dice algo importante. Pero me dijo que si la abría me daría una paliza así que no la abrí. Es para usted.

Annabelle dio un paso atrás, espantada y se llevó las manos al pecho, por suerte ella no notó ese gesto. O no le prestó atención.

Ese joven estaba loco, ¿cómo se atrevía a hacer eso? Se preguntó la dama mientras tomaba el sobre con la carta y lo escondía.

—Él la ama... muere de amor por usted desde que la vio por primera vez. Por eso no quiere saber nada de la bella Rose Peterson ni las demás.

—No me ama, Meg, solo siente afecto por mí. Conversamos mucho en la fiesta y creo que somos buenos amigos ahora.

Esperaba que su mente infantil lo aceptara, era simple, era medianamente razonable y posible. Buenos amigos no era la expresión más honesta, pero debía convencerla de que no había nada extraño.

Escondió la carta y luego Meg dijo que debía marcharse, tenía prisa. Fue un alivio que lo hiciera.

Se alejó para leer la carta.

“Mi hermosa dama, sé que no debería escribirle esta carta, pero he buscado la manera de acercarme a usted y no he podido. Debo verla, por favor, se lo ruego... venga a verme. Debemos hablar. La espero en la casa del bosque mañana a primera hora. Tengo algo importante que decirle. Su enamorado secreto, D.H.

Tembló al leer ese mensaje y lo destruyó.

¿Acaso estaba loco? No iría a ningún lugar a reunirse con él para conversar.

Tragó saliva y suspiró.

Meg le había dicho que algo le pasaba a su hermano pues estaba muy malhumorado. Y en la carta podía ver que se sentía impaciente y frustrado y era su culpa. Ella había sido una gata en celo en sus brazos, le había dado todo de sí porque lo necesitaba y porque perdió la cabeza y ahora él quería más.

Estaba segura de que volvería a pedirle más o le diría a su marido.

Sería horriblemente chantajeada el resto de sus días por su pecado, castigada y tal vez lo merecía. Por más que hubiera pedido perdón a Dios, a él no le importaba. Duncan decía que solo quería verla decía, pero sabía que no solo se verían.

Se deshizo de la carta enseguida mientras se preguntaba si no se habría enterado ese joven que su marido no estaba, por eso había sido tan osado de escribirle esa carta.

Pensó que no debía temerle. Que si quería hablar con ella se acercaría y así lo hizo días después mientras daba un paseo por los jardines y contemplaba a su alrededor el valle lleno de flores y plantas silvestres. No debía alejarse mucho, su marido siempre se lo decía. Pero los criados estaban en sus labores y sabía que nadie iría allí a molestarla.

Excepto Duncan.

Lo encontró cuando llegaba a un lugar denso y oscuro en mitad del bosque y tembló al pensar que conocía bien ese lugar.

Habían estado allí la noche de la fiesta de la primavera.

Y de pronto apareció ante ella como un fantasma.

Estaba allí parado y la miraba con fijeza y sus ojos parecían dos llamaradas como si estuviera enfadado o una emoción igual de profunda lo embargara.

—Annabelle...—murmuró.

La dama retrocedió asustada pues no esperaba encontrarlo allí, pero sabía que lo encontraría.

—Me moría por verte... ¿cómo has estado?

—No muy bien... me siento atormentada por lo que hice. Por la forma en que me comporté...

—Preciosa, no debes sentirte así, lo deseaba tanto... Pero no diré nada lo juro. Nadie lo sabrá.

—Si me ven en tu compañía todos sospecharán.

Él se acercó y se detuvo frente a ella. Tan cerca que podía sentir su corazón latiendo con fuerza.

—No he dejado de pensar en ti, hermosa, no puedo dejar de hacerlo... eres mía y debo fingir que eso no pasó. Os echaba tanto de menos, me moría verte.

—Duncan, mi esposo se ha ido a Londres, pero volverá. No debisteis escribirme esa carta.

—Lo sé, por eso vine a verte. No quiero hacerte daño, pero ... quería saber cómo estás. Verte un momento, conversar. Cuéntame qué pasó, ¿por qué tu marido te dejó sola aquí?

—No me dejó sola, es que era peligroso que lo acompañara por los bandidos del camino.

—Pero no hay nadie aquí cuidándoos ni un criado.

—Nunca he tenido criados que me cuiden, milord. No tengo esos privilegios... solo criadas que me ayudan con los quehaceres de la casa.

—Es injusto, no está usted segura aquí sin su esposo. Quisiera llevarla conmigo...

—Eso no pude ser. Le ruego que sea prudente, milord.

Él la miró ceñudo.

—Pero está muy sola aquí y quizás lleve a mi hijo en su vientre. No soportaría que nada le pasara.

—Eso no pasará... sería terrible para mí mi esposo sabría que no es su hijo.

Era su peor pesadilla y, sin embargo, había olvidado tomar alguna precaución, solo se había aseado muy bien esa noche, pero sabía que eso podía no ser suficiente.

—Escuche, joven Hamilton, usted pronto tendrá esposa, su hermana me lo dijo el otro

día.

Eso no era del todo cierto, solo le había dicho que su padre estaba buscando una esposa a su hermano porque eso le había aconsejado el reverendo.

—No me casaré con otra mujer, madame, solo la quiero a usted.

De pronto se acercó y la besó, la abrazó y ella respondió a sus besos sintiendo que ese joven era más cariñoso y ardiente que su esposo.

Disfrutó ese momento especial, abrazada a él, hasta que escuchó pájaros a lo lejos.

Entonces lo apartó y le dijo que alguien se acercaba.

—Alguien viene hacia aquí, Duncan, por favor.

Él miró a su alrededor intrigado, pero no vio a nadie.

—Esos pájaros cantan siempre a esta hora, hermosa. ¿Por qué creeos asuntan esas aves?

—Porque sé que anuncian que hay intrusos, uno de los mozos me lo dijo cuando llegamos.

—Venga conmigo, señora Lefebvre, conozco un lugar secreto.

—¿Un lugar secreto?

—Usted está sola aquí preciosa, nadie cuida de usted, su marido se ha ido... venga conmigo.

—No, no puedo ir con usted. Notarán mi ausencia.

—Por favor, venga conmigo... conozco un lugar donde nadie nos molestará. Un escondite cerca de aquí...

Ella lo siguió porque sabía que no la dejaría en paz si no lo hacía.

Una casa escondida en el medio del bosque a millas de distancia fue el lugar al que la llevó para estar juntos.

Era una imponente mansión de piedra y madera con caminos de grava y hermosos

jardines, frondosos, y estaba escondida. La mansión del bosque...

—Pero de quién es esta casa? —le preguntó.

—Es mía preciosa, pertenecía a unos tíos viejos de mi madre, pero cuando murieron la convirtieron en pabellón de caza para la temporada, pero ahora mi padre ha decidido que no habrá caza porque hubo un triste accidente el año pasado. Murieron dos de sus viejos amigos y.... todavía le dura la tristeza al recordarle.

Ella avanzó y pensó que era como la casa de los cuentos de hadas donde moraba una bruja o un horrible ogro... era un lugar mágico y escondido y se componía de otros edificios.

—Está casi abandonado luego de la tragedia, aunque los criados vienen a veces a limpiar y a cortar la maleza nadie más quiso venir aquí.

Entraron y él abrió las ventanas para que se fuera el olor a encierro. Había polvo y la joven dama estornudó, pero eso cambió mientras recorrían la casa. Al llegar a las habitaciones el aire mejoró y la luz lo inundó iluminando el delicado mobiliario. Era una finca inglesa cuyo cometido era agasajar a los invitados que habían participado de la cacería y solían ir a descansar y pasaban unos días hospedados allí lejos de la casa principal.

Duncan le mostró los retratos de sus padres cuando eran jóvenes.

—Son réplicas, los originales están en Grovenston house.

—¿Y ese niño es usted, milord?

—No... es mi abuelo paterno, el semental de la aldea, dicen que me parezco a él de joven... era un hombre de mucha fuerza y temple. Dicen que era capaz de embarazar a una mujer con solo hacerla suya una sola vez y dicen que un día su esposa lo encontró en pleno acto con una guapa doncella en un lugar escondido en la casa y que la joven dio a luz nueve meses después de ese día.

—Eso es maravilloso, pero no dejo de pensar en la pobre criada, y en el futuro de su niño.

—Mi abuelo sentía gran debilidad por las faldas y ninguna se le resistía porque era guapo

y galante. Además, sabían que luego tendrían un regalo si le daban un bastardo. Varios de ellos recibieron algunos regalos en vida.

—Pero eso no es decente, dejar preñada a las doncellas, a las campesinas y a todas las mujeres que se aparecieran en su camino.

—Es verdad, ahora se ve como medieval, pero entonces mi padre lo contaba como una historia, aunque sé que no le agradaba esa debilidad de su padre pues su madre sufría la ver niños parecidos a su marido por todas partes.

—¿Y usted espera emular a su abuelo, milord?

—No he tenido muchas mujeres, madame. si mi abuelo me viera pensaría que soy una vergüenza para él.

Ambos contemplaron el imponente retrato, pero Annabelle se detuvo en el joven sir y le sonrió y lo besó.

—Pues no habría soportado tener un marido que embarazara a otras mujeres. Siempre he sido leal... pero he fallado. No era tan fuerte como creía.

Él la abrazó y le dio un beso ardiente y la llevó a una habitación espaciosa y luminosa, una habitación inmensa y lujosa. Ella dio vueltas y suspiró al ver los muebles de ébano lustrosos, los cuadros en las paredes y la cama inmensa en el centro.

Se acercó y se miró en el espejo y se estremeció al verlo mirarla así, cuando de pronto rodeó su cintura y la miró. No podía pensar cuando el deseo se apoderaba de todo su ser, cuando él la tocaba.

Se besaron y abrazaron hasta que su ropa cayó al piso y él separó levemente sus piernas para introducir su inmensidad en ella. El abrazo más ardiente, el más apretado estaban juntos, fundidos en un solo ser y solo pudo entregarse a él y disfrutar ese momento íntimo de amor y pasión. Era suya, era suya de nuevo y ahora se daba cuenta que lo necesitaba, que siempre había querido que eso pasara. Tener de nuevo un compañero alegre y apasionado, un hombre ardiente a

su lado que le prestara atención y le diera cariño y afecto.

—Te amo preciosa, estoy loco por ti... quisiera que tú fueras mi esposa, pero mi familia jamás lo permitiría.

—No os he pedido que me hagáis vuestra esposa, milord. Solo he querido...

—Quieres un bebé porque esposo ya tienes. Pero si no regresa...

—Si no regresa volveré con mi familia a París. Quizás no deba hacer planes, no deba...

Pero no podía evitarlo, en esos momentos era su mujer, su amante y no quería pensar en el futuro.

No podría evitar quedarse embarazada, lo deseaba y lo temía a la vez, por momentos temía quedarse sola y un con un hijo en su vientre. Y vivir en esa aldea como la amante del caballero inglés.

Recibiendo regalos, vestidos nuevos como esas amantes de caballeros importantes de París. No quería tener ese final. Si quedaba embarazada se buscaría un esposo porque sabía que su marido jamás soportaría criar al hijo de un inglés.

Fue suya tantas veces que cayó exhausta en la cama y él la besó y abrazó y envolvió con una manta pues la habitación estaba fría.

—Quisiera que te quedaras aquí conmigo, vivir contigo, tener a nuestro bebé...

—No sabes si tendré un bebé. Quizás sea estéril.

—Pero quiero tenerte conmigo, sé que me amarías si lograra hacerte un bebé. Que con el tiempo tú ...

—¿Por qué quieres que te ame Duncan, si pronto vas a casarte con otra mujer? Quizás deberías escoger una esposa guapa a quien puedas amar con el tiempo.

Él la miró muy serio.

—No quiero pensar en eso, no soporto la idea de tener una esposa ahora—le respondió y

luego su mirada cambió cuando la vio salir de la cama desnuda para ir al cuarto de aseo. Debía lavarse, no podía volver así y evitar embarazarse de ese joven.

No lo amaba, no podía amarlo, todo era una quimera. Pronto le buscarían una esposa y...

Cuando entró en la habitación él la miró asustado.

—Acaso os iréis?

—MI esposo puede regresar de un momento a otro, no debí quedarme tanto... pronto oscurecerá.

Él la miró ceñudo con ese gesto de niño malhumorado que tanto le divertía a veces.

—Todavía es temprano, quédate un poco más.

—No puedo... no debemos vernos otra vez.

Ella quiso irse, pero él la retuvo.

—Por favor, quedaos un poco más luego os llevaré.

Estaba demasiado exhausta para irse, demasiado tentada para quedarse.

Al regresar nadie notó su ausencia, pero ella se sintió mortificada.

No dejaba de pensar en ese hombre.

Parecía haberla embrujado, no podía quitárselo de la cabeza.

Los días siguientes llovió y su esposo no regresó como esperaba y la dama se quedó confinada en la granja.

No quería ver a Duncan.

Aunque no dejara de pensar en él, quería alejarse.

Eso no podía ser.

Y aunque él fue a verla una mañana ella dijo que estaba indispuesta.

Era lo mejor.

No la dejaría en paz, no hasta que su marido regresara, pero no le importaba.

Ella no volvería a verlo. Tenía que poner fin a eso.

Jamás pensó que eso pasaría, pero debió imaginarlo, fue por debilidad, por necesidad... no lo amaba. Amaba a su marido y lo había engañado.

Trató de pedir perdón por lo que había hecho.

Un mes después comprendió que no podía seguir esperando el regreso de su esposo y comprendió que algo le había pasado.

Demasiados días había esperado algún mensaje y nada, cada día despertaba sabiendo que su esposo no había regresado.

Comenzó a inquietarse.

Su vida era un horrible infierno y se sentía mal, mareada y enferma. Pero eso no le sorprendía pues se daba cuenta de lo que pasaba.

Su doncella le hizo saber que tenía un retraso y ella la miró aturdida. Solía ayudarla en el aseo o con su ropa a veces y una mañana le preguntó si no estaría esperando un bebé de primavera.

Los bebés de la fiesta de mayo.

Cuando se lo dijo se sintió aturdida y asustada porque sabía que solo Duncan le había hecho el amor en primavera y que si estaba esperando un hijo solo él podía ser el padre.

Pero no se atrevió a decir palabra.

—Es muy pronto para saber.

—¡Qué pena! Su marido nunca lo sabrá señora.

Ella la miró furiosa.

—¿Por qué dices eso?

La doncella se disculpó.

—Lo siento, pero todos creen que ha muerto.

Esas palabras helaron su sangre.

—Eso no es verdad.

—Por supuesto... pero lleva demasiado tiempo desaparecido.

—Solo ha demorado su regreso. Han ido a buscarlo.

Uno de los criados había ido a buscarlo a Londres junto a Perrot.

Esperaba que lo encontraran, pero llevaban días sin regresar, aunque sabía que el viaje a Londres era largo. Todo era demasiado tiempo.

—Por favor, no digáis nada, quizás solo sea un retraso.

—No diré nada, señora Lefebvre. No tema.

No sabía si debió pedirle eso, pero se sintió abrumada. Agobiada y enferma. Tenía esos malestares matinales a veces que la dejaban postrada. Eso y no saber nada de su esposo...

Pero si llegaba y la encontraba encinta pensaría que...

Apartó esos pensamientos temblando.

Él sabría que ese bebé no era suyo.

A menos que solo fuera un retraso.

Durante años no había quedado preñada así que ahora...

Nerviosa se desnudó y se miró en el espejo.

Su cuerpo había cambiado.

Era la amante de ese guapo inglés y era como si todo su cuerpo le perteneciera.

No podía negarse a él y se veía distinta. como si hubiera engordado un poco las caderas y

también la barriga.

No sabía por qué hacer el amor con su amante la había dejado así de repente.

Maldita sea.

Solo lo hacía para que la dejara en paz. Para que no dijera nada a nadie...

Eso era mentira.

O no era del todo cierto pues durante ese mes logró esconderse al comienzo, pero luego él la encontró y volvió a buscarla.

Estaba loco. Era tan imprudente y tal vez sí la amara como le decía a veces.

Decía estar loco por ella. Loco de amor, pero ella solo creía la primera parte de esa frase y no lo segundo.

Quería escapar de ese hombre, pero nunca podía hacerlo por mucho tiempo y por eso deseaba que su esposo volviera para que la dejara en paz. Para que al menos le diera una tregua.

Estaba segura de que no sería tan osado cuando él regresara.

No quería ni pensar en lo pasaría si estaba esperando un hijo suyo, si se quedaba embarazada de su amante y su esposo no volvía...

Luego pensó que no podía estar embarazada, era una mujer estéril y durante años no había quedado encinta ni una vez.

Pensó creer eso que pensar otra cosa.

Jules Perrot y los criados llegaron al día siguiente y su esposo no los acompañaba. Belle lo notó pálido y sudando, como si estuviera enfermo.

Corrió a reunirse con su señora y se negó a hablar con nadie.

Solo preguntó por qué había tantos aldeanos en la hacienda de su señor Lefebvre. A él no le gustaría.

—Es para proteger a la dama, dicen que ha enviudado—le respondió un muchacho alto e imberbe con esa voz de gallo intercalada con su antigua voz infantil.

No dijo nada y entró.

Era un alivio saber que al menos la dama estaba sana y salva.

Tuvo que entrar para cerciorarse de que era ella pues le habían contado muchas historias de regreso a la aldea. Hasta dijeron que la habían encontrado muerta en una zanja.

Pero al llegar y ver a su bella dama se sintió aliviado.

Era una perla en medio de los puercos de esa aldea una perla que él no permitirían que tocaran como tramaban. Esos malnacidos aldeanos no veían la hora de extender sus sucias manos sobre la mujer indefensa.

—Pierrot habéis regresado. —Angeline corrió a su encuentro y sonrió esperanzada luchando contra esa fea sensación que sentía. —¿Dónde está mi esposo? ¿Por qué no viene con vos?

Él le hizo un gesto de que callara y comprendió que guardaba un secreto que nadie debía oír. Le habló en francés y ella se despidió de sus criadas y siguió al amigo de su marido como le pidió que hiciera poco después.

Algo había pasado, podía sentirlo, algo que no era bueno, lo intuía y no quería que nadie escuchara.

Solo cuando estuvieron lejos de la casa él habló.

—Madame, no traigo buenas noticias... su esposo murió en un hospital en Londres, en una posada. He tardado mucho en encontrarlo porque se negó a que lo acompañara a su viaje a Londres, pero estaba allí, pude verlo antes de morir. Me dio una carta para usted, madame.

—Oh no... —ella sintió que estaba a punto de quebrarse mientras tomaba la carta y miraba al mejor amigo de su esposo sin poder creerlo.

—Lo siento mucho. Pero es mejor que no digáis nada todavía.

—Pero ¿qué le pasó Jules? ¿Por qué estaba en un hospital?

—Fue herido por unos bandidos que intentaron robarlo camino a la estación. Me dijo que esperaba reunirse con nuestro viejo amigo, el conde Ferbes. Él le escribió una carta diciéndole que acababa de saber quién era el hombre detrás del complot de asesinar al rey...pero había otra razón madame. supongo que se lo dirá en la carta.

—¿OH dios mío, qué razón tenía para ir a Londres así con tanta prisa?

—No fue por las razones que cree, aunque seguía siendo leal a nuestro rey preocupado por su destino, había otra cosa de la que no hablaba con nadie más que conmigo—hizo una pausa y suspiró—Madame, él sufría dolores en los huesos, y en el pecho a veces. Se cansaba mucho y no se sentía bien. Quería ver a un doctor en Londres como le recomendó el reverendo Peterson, pero cuando fue a verlo unos bandidos lo atacaron y fue llevado al hospital, pero no pudieron salvarlo. Su corazón falló, al parecer su corazón estaba enfermo hacía tiempo y él no quiso decir nada o pensaba que se estaba haciendo viejo, eso me decía... Hasta que sufrió un malestar intenso el día de la fiesta de primavera y supongo que eso lo llevó a tomar la decisión de irse a Londres y pedir ayuda. Creí que estaba harto de trabajar estas tierras, yo mismo me he sentido enfermo en este lugar. El aire, la comida y esa humedad constante...

Annabelle lloró.

—No puede ser, jamás me dijo nada. Y estaba enfermo. Pudo buscar un doctor aquí.

—No quiso hacerlo, dijo que aquí no había buenos doctores.

—Pero él estaba raro, y lo vi hablar con vos esos días.

—Él creía que alguien vigilaba sus pasos, que su enemigo lo perseguía y tenía pesadillas todo el tiempo, pero yo descubrí que no era su enemigo sino ese imberbe malvado Duncan Hamilton. Armand se rio de él, dijo que usted jamás se fijaría en un hombre tan joven, aunque luego... me pareció extraño que insistiera tanto y decidí advertirle a ese muchacho que dejara de

espiarla, señora, le dije que si no la dejaba en paz su esposo lo mataría, pero ese pícaro se burló de mí. Pensé que era demasiado joven y tonto para hacer daño. Armand no me creyó, seguía pensando que su enemigo no descansaría hasta encontrarlo, que lo mataría, pero había algo más. Creo que él esperaba regresar a Francia y decirle al rey el nombre del traidor. El nombre del cortesano que planeaba su ruina. Eso fue lo que nunca pudieron descubrir, lo recuerda.

La dama asintió y miró a su alrededor inquieta secando sus lágrimas.

—Poco me importa eso ahora, solo quiero saber por qué le han matado...

—Fueron unos bandidos de Londres, madame, pensaron que llevaba dinero y no llevaba gran cosa, iba a ver a un médico, pero esa posada no era segura. Iba a reunirse con el conde de Poitiers, porque él aseguraba saber quién lo había traicionado. Fue el duque de Orleans, él lo envió a la horca.

Angeline tembló cuando escuchó eso.

—No puede ser... Orleans...

—Fue Clemens de Orleans vuestro antiguo prometido. Aguardó mucho tiempo para vengarse y me pregunto si nos no ha seguido hasta aquí y sabe vuestro paradero. Señora... vuestro marido escribió dos cartas antes de morir, una dirigida a mí y otra a vos. En la mía os puedo resumir que él había averiguado todo el complot y estaba asustado. Lo temía, él siempre tuvo sospechas de ese hombre, era un maldito intrigante y su enemigo declarado. Sabía que él había hecho algo para hundirlo, pero luego de reunirse con su amigo francés tuvo la certeza y por eso escribió la primera carta dirigida a mí.

Angeline no podía creerlo, era todo demasiado triste y trágico, no solo acababa de enterarse de la muerte de marido en mano de unos malhechores, sino que ahora sabía al fin quién había tramado su ruina.

—Y qué dice esa carta Perrot?

—La tengo en mis manos, os la leeré es breve... dice lo siguiente. “Mi buen amigo

Perrot, Os ruego que veléis por mi esposa en mi ausencia y si algo me sucede, ponedla a salvo. Tengo fuertes indicios para creer que Clemens de Varens sabe que mi esposa está aquí y vendrá por ella, no descansará hasta encontrarla y ese fue el mensaje que recibí de mi amigo Philippe de Rouen. Me ha dicho que debo abandonar la aldea de Grovenston cuando antes porque ese malnacido no descansará hasta encontrarla. Amigo, no tengo mucho tiempo de vida, el doctor me lo ha confirmado. Es el corazón. Pero no quiero que mi pobre esposa caiga en manos de ese desalmado que tanto daño nos ha hecho ni de ese presumido lord inglés que solo quiere convertirla en su amante. No lo permitas por favor. Llevadla lejos, a Londres. Tengo parientes que os ayudarán, mi padrino lord Edmund de Trent, él nos ayudó a encontrar a esta aldea y sé que velará por vosotros mi querido amigo. Si no regreso, si algo me sucede seguid mis consejos, os lo pido...

La carta no decía mucho más, pero alcanzó para que la dama se echara a llorar y se sintiera horriblemente mortificada. Su esposo la amaba y ella lo había amado, lo sabía, pero ahora se sentía atormentada por haberle sido infiel.

—No puede ser... lo han matado. Qué malnacidos.

—Hay lugares muy peligrosos en Londres, no debió viajar solo, no sé por qué no me dejó acompañarlo, madame y lo lamento. Habría podido ayudarlo o le habría dado su merecido a esos bandidos—respondió Perrot mientras guardaba la carta.

Annabelle secó sus lágrimas y pensó en su esposo muerto y en que se había quedado sola y no tuvo el valor para leer la carta que Perrot le había entregado, todavía no....

—Madame, sé que es difícil para usted, pero le ruego que guarde silencio. Nadie debe saber que su esposo está muerto, todavía no... sería peligroso para usted. Diré que ha desaparecido, madame. es lo mejor. Si dice que ha muerto vendrán por usted. No la dejarán en paz.

Ella lloró y no pudo contenerse. ¿Cómo podría disimular algo así?

—Pero lo sabrán, irán a Londres o se enterarán, es imposible ocultar algo en esta aldea— dijo la dama más calma mirando a su alrededor. Temía que alguien escuchara su conversación, aunque sabía que solo el reverendo y su hija hablaban francés en la aldea, estaba asustada por toda esa conversación. Apretó la carta y miró a Perrot.

—Debe huir de esta aldea, cuanto antes. No permitiré que estos aldeanos le hagan daño.

Annabelle comprendió que Jules quería volver a Francia, a París pues allí él tenía una herencia que reclamar. Había seguido a su amigo en su aventura a ese país para ayudarlo, pero nunca pensó en quedarse ni quería hacerlo ahora.

—Y qué haré ahora? debo enterrar a mi esposo...

—Su marido fue enterrado en Inglaterra, con la ayuda de su benefactor. Pero no pude evitarlo, había sido enterrado antes de mi llegada.

—Y cuándo murió?

—Una semana después de su llegada. Por eso su tardanza...

—Pero quisiera enterrarlo aquí, está en Londres...

Angeline comenzó a sentirse inquieta, angustiada.

—Madame Lefebvre, no hay tiempo para eso. Solo piense en que su esposo no le habría gustado dejarla aquí. Debe irse señora... todo esto ha sido en vano. Ellos vendrán y es lo que temo. Los hombres del señor de Varens llegarán y no dejarán a nadie con vida.

—¿Pero está usted seguro de eso, señor Perrot? Cómo puede saber...

—La carta que me dejó mi amigo, señora, él lo sospechaba, pero hubo otra carta que él recibió y lo obligó a viajar a Londres.

—Entonces lo sospechaba desde antes? Pero nunca me lo dijo.

—Y cree que ese hombre no investigó lo sucedido esa noche? Quería verlo muerto a Armand y al final lo ha conseguido... ese malnacido. Pero ahora debemos dejar esta aldea.

Escuche. Tengo familiares en Provenza que nos ayudarán a estar a salvo hasta que todo se calme. Supongo que se enterarán de que Armand ha muerto, y con el tiempo...

—Oh no, no volveré a Francia.

—Madame Rochelle, no puede quedarse aquí.

Era la primera vez que decía su nombre real y ella se asustó.

—Pero tampoco puedo irme... no regresaré a Francia. Sé cómo piensa ese hombre, está loco y mientras esté vivo correré peligro. Buscará vengarse.

—No puede quedarse ahora, él la encontrará. Usted corre serio peligro no solo por los hombres de sir Clemens, ahora que ha enviudado los aldeanos van a tener la osadía de cortejarla. Porque ignoran quién es usted madame.

—Eso no me preocupa... Jules, no tengo a donde ir ahora, esta propiedad es todo lo que me queda. Además, ¿cómo tenéis la certeza de que nos encontrarán aquí? Quizás todo sea un rumor.

Él se mantuvo firme en que lo más sensato era volver a Francia. Dijo que su familia tenía un Château y una propiedad inmensa en el sur, muy lejos de París y que allí estarían a salvo.

—Ahora no puedo pensar en ello por favor, acabo de perder a mi marido... debéis darme tiempo.

—Lo entiendo madame, pero me temo que tiempo es lo que no tenemos ahora. Y no hable con nadie de esta casa, se lo pido. No le diga a nadie lo que ha pasado porque no confío en esos criados.

—No lo haré, Monsieur.

Annabelle no sabía qué pensar en esos momentos. Estaba aterrada. Regresar a Francia la asustaba porque no quería ver a ese hombre, temía que la encontrara, pero si se quedaba...

Buscó estar a solas para leer la carta que su esposo le había dejado y esperó encontrar algo útil, pero sintió ganas de llorar al leerla.

“Annabelle, no puedo fingir que nada pasa, me han dicho que habéis ido a una bruja para pedirle un brebaje para embarazarte y que ella os dijo que vuestro marido era estéril. Pues os diré que a mí me dijo lo mismo cuando la visité con la esperanza de poder recuperarme de mi enfermedad. Ya no puedo ser un hombre, no puedo tocarlo y eso me atormenta me causa dolor y me han dicho que en Londres hay un doctor que cura esos problemas. Pero me avergüenza decírselo a Perrot, por eso iré solo y me inventaré una historia de que debo encontrarme con uno de nuestros antiguos amigos. Me han dicho que mi problema tiene cura, pero si estoy enfermo no voy a quedarme aquí a morir en esta triste aldea.

Espero regresar curado o no regresaré. Me duele veros triste y desdichada y si no vuelvo a veros quiero deciros que guardé un pequeño cofre en nuestro lugar secreto con las joyas que hemos traído de Francia. No quise empeñarlas pues sé que eran vuestras de vuestra madre y me apenaba mucho hacerlo. Era además nuestra última forma de poder regresar a nuestro país si las cosas se ponen feas aquí. Confío en el reverendo, pero más confío en mi amigo Perrot para cumplir este deseo si algo malo me sucede en Londres. Él no sabe nada de mi enfermedad, pero hace tiempo que sufro dolores en el pecho y siento mi corazón cansado y agobiado por el trabajo.

Espero veros pronto en Londres, confío en Perrot, pero si algo sale mal debéis pedirle ayuda al reverendo y conseguiros un esposo que cuide de ti. No debéis regresar a Francia. Hasta pronto, mon amour. Os amo”.

Y así se despedía su esposo confesándole que hacía tiempo que sufría del corazón y por eso siempre estaba cansado y malhumorado. Preocupado. No era su obsesión por saber si su enemigo pisaba sus talones y quería matarlo, eso lo dijo que para nadie supiera la verdad.

Esa carta la hizo sentirse muy desdichada durante días.

Mientras fingía esperar tener noticias de su marido.

Jules no se equivocaba.

Todos querían saber si lo había encontrado en Londres y si estaba vivo, pero al decir que no, que seguía desaparecido comenzaron los rumores y un grupo de aldeanos decidió ir a Londres muy decididos pues casualmente tenían encomiendas que realizar.

Los días pasaron y ella estaba demasiado abatida y cansada para tomar una decisión sobre su futuro.

Esperaba tener la regla, día tras día, pero eso no pasaba y los malestares se hacían cada vez más fuertes.

Las criadas comenzaron a murmurar, a sospechar y pensó que no tardarían en saber lo que le pasaba. No era por la desaparición de su marido como creían, había algo más... y en un tiempo sabrían la verdad. Si sus sospechas eran ciertas estaba embarazada. Y si eso era verdad debía pensar en el futuro de su bebé...

Se sentía muy rara se sentía distinta, atormentada al pensar que había cometido la tontería de embarazarse de un hombre que no solo no era su marido, sino que jamás podría casarse con ella.

Había sido una estúpida.

Había creído que era estéril, pero al parecer ese hombre ardiente la había cambiado, le había demostrado que era como todas las demás y también podía embarazarse.

En un tiempo se notaría, pero eso no le afectaba tanto como pensar qué sería de ella y de ese niño si caía en manos de su enemigo en París.

La carta no decía nada sobre Clemens de Varens, de haber sido tan inminente que ese hombre los encontrara su esposo le habría avisado, pero no lo hizo. Sin embargo, le habló de esas joyas que guardaban por si algo pasaba o debían dejar la granja.

Se preguntó si esas joyas alcanzarían para comprar una casa o si podría vivir con el dinero de los arriendos hasta que su hijo naciera.

No sabía qué valor tendrían esas joyas.

Pensó en Duncan y en ese bebé, le había pedido un tiempo y él lo había respetado, pero sabía que pronto aparecería y sabría que estaba esperando un hijo suyo. No podía evitar que estuviera en sus pensamientos. Era el padre de su hijo, estaba segura y sabía hasta cuándo lo habían hecho... Debió ser la noche de mayo en la que fue suya por primera vez en el bosque. Su cuerpo había anhelado ese momento había deseado tanto ser madre y ahora sabía que lo sería. Los malestares no cesaban y hasta le parecía que su esbelto talle se había ensanchado y su vientre tenía una leve forma de huevo.

Pero como era delgada tenía unos meses más para ocultarlo bajo sus faldas.

Por momentos pensaba en viajar al sur con Perrot, pero luego se decía que ahora estaba segura y que Duncan no le haría daño. ¿Pero qué haría su familia si se enteraba que la había embarazado? Jamás aceptarían una boda y, además, a los ojos de todos ella estaba casada.

Tampoco pensaba que fuera buena idea convertirse en la esposa de Duncan Hamilton.

Pero sabía que tarde o temprano descubrirían la verdad.

Ese día recibió un extraño mensaje. Era Duncan y la esperaba en los jardines. Había ido a verla a escondidas como hacía siempre, pero tuvo miedo.

Acudió porque no pudo negarse. Nunca podía y menos ahora que esperaba un hijo suyo, aunque solo ella lo supiera.

Se reunió con él en el bosque lindero, en ese lugar en que solían reunirse desde esa noche. Allí la esperaba.

Tembló al ver su caballo amarrado en un rincón y entró porque la puerta estaba abierta.

Él corrió a su encuentro y la abrazó y la introdujo en el interior de la casa luego de cerrar la puerta con llave.

—Hermosa, me moría por verte.

Ella lo miró sonrojada cuando él la llevó a la cama y le dio un beso ardiente mientras la desvestía.

—Aguarda, espera...

No tuvo tiempo, la había desnudado y llenado de besos y gimió al sentirle en su interior. Parecía un loco, estaba desesperado y hambriento, como si no hubiera estado con una mujer en años y lo creía. Sabía que ahora solo era ella en su vida, en su corazón y en su cama. Ninguna otra había durado tanto allí o eso le había confesado él una vez y sabía que era verdad.

—Duncan...

Solo cuando estuvo satisfecho pudo oír, responder y mirarla con esos ojos inmensos de mirada fiera.

—Lo siento... me habéis torturado demasiado. Me habéis alejado...

—No puedo, todavía tengo esposo, él regresará.

Él sonrió.

—Dicen que está muerto, preciosa. Y creo que es verdad. Mi padre ha enviado a sus criados a que averigüen, yo se lo he pedido.

—Qué habéis dicho... por qué?

—Porque estoy harto de esperar—respondió él con calma.

Entonces la miró y volvió a besarla, a abrazarla, pero ella le pidió que fuera más despacio.

—Lo siento... sabes que estoy loco por ti y no descansaré hasta que os convierta en mi esposa... solo para teneros en mi cama para siempre. No he conocido dama más hermosa que

tú...

—Sabes que vuestra familia jamás lo permitiría, esto es solo un sueño Duncan, un enredo amoroso, y algún día deberás despertar.

A él no le agradó que dijera eso la miró ofuscado como cuando ponía cara de niño consentido al que se le negaba algo.

Pero no era momento de enfadarse y él lo sabía, estaba contento teniéndola en su cama sin imaginar siquiera que estaba embarazada de él y acababa de perder a su marido y ni siquiera podía llevar luto por él. Duncan era feliz porque ella era suya y la tenía en sus brazos y disfrutaba lo que tanto había extrañado y aunque dijera amarla, ella no estaba segura de que fuera amor.

No como su esposo la había amado un día, no como ella lo había amado también... le sorprendió comprender que ya no estaba triste por su pérdida, y estuviera más preocupada por ese bebé que por nada más en ese mundo.

Estar esperando un hijo sin padre la asustaba, la hacía sentirse triste y vulnerable. Sola. A pesar de saber que ese joven la buscaría por un buen tiempo no era lo mismo que tener un hogar y un marido. Por supuesto que nada se comparaba con tener un esposo que cuidara de ella y le diera un hogar.

Pero no lo dijo, no dijo nada sobre ello.

Él seguía pensando que podrían casarse un día.

Y en esa ocasión dijo que encontrarían pronto a su esposo.

—Cómo lo sabéis, Duncan? —le preguntó.

Parecía muy seguro de ello como si tuviera fe en que los criados de su padre desentrañarían el misterio.

—MI padre me lo ha prometido.

—Acaso sabe que...

—No, no lo sabe... no lo aprobaría, pero no me importa, tendrá que aceptarlo porque no voy a casarme con otra mujer jamás, solo con usted preciosa.

—Vuestro padre no lo aceptará Duncan. Ni vuestra familia... debo irme ahora. no quiero que noten mi ausencia. Los criados parecen vigilarme.

Él no quiso que se fuera.

—Todavía no, quedaos un poco más.

—Es muy riesgoso, os lo dije mi esposo puede regresar...

Era mejor que no supiera la verdad, todavía no...

Eso le daría tiempo para decidir qué haría en cuanto todos supieran la verdad.

Perrot seguía diciéndole que debían marcharse y que se iría si ella se negaba, pero no se iba. Perrot era muy pesado cuando se ponía insistente y solo esperaba que se marchara. Ella no regresaría a Francia.

Pero la asustaba pensar en lo que haría en esa granja sola con un hijo del heredero del señor de esas tierras.

Duncan la dejó regresar, pero volvió a buscarla los días siguientes. Le confesó que odiaba verse privado de su compañía y que haría lo que fuera para poder llevarla consigo un día.

No le agradó que hablara así.

Y mientras estaban juntos se lo dijo.

—Se lo que tramáis Duncan, pero eso no pasará. No seré vuestra amante.

Él sonrió levemente sin dejar de mirarla.

—Ya lo sois hermosa. Sois mía, mi mujer.

—Pero no vivo como vuestra amante, no soy señalada como tal ni deseo que eso pase.

—Si me amarais no os importaría.

Ella lo miró molesta.

—Os quiero Duncan, pero si mi marido no regresa deberé buscarme otro hombre que quiera casarse conmigo y no volverás a verme.

Su mirada cambió, ya no sonreía ni era feliz en esos momentos.

—¿Y creéis que permitiré que otro se robe a mi cautiva? ¿A mi mujer?

—Por favor, no habléis así de mí. No es decente ni justo. No lo soporto.

—Está bien, lo siento... no quise ofenderos, amor mío. No os enfadéis, pero hablaba en serio. Mataré al primer bribón que quiera casarse contigo cuando todos digan que ya no tenéis esposo.

—No matarás a nadie, Duncan. Además, debo esperar a que mi marido regrese.

Él la miró de forma extraña.

—No creo que eso suceda, hermosa—le dijo.

Había una extraña seguridad en sus palabras que le resultó inquietante.

—¿Por qué lo dices, Duncan?

Él acarició sus labios y sonrió.

—Ningún hombre sensato dejaría a una dama como tú, hermosa—le dijo.

Ella no dijo nada, pero sintió escalofríos y quiso regresar. La mención de su esposo la hizo estremecer y quiso irse, pero él la retuvo.

—Aguarda por favor, no os vayáis, quedaos conmigo.

Cada vez le era más difícil dejarla ir, la retenía más tiempo y no cumplía sus promesas de alejarse.

—Duncan, están buscando a mi marido, han ido a Londres y tú deberías manteneros alejado. Todavía soy su esposa.

Mentía, y eso la hacía sentirse mortificada. No debía estar allí, era una adúltera, pero ya

no lo era, su marido había muerto, pero nadie lo sabía, solo ella y Perrot y ambos guardaban silencio.

De alguna manera él la envolvía, la convencía, la dominaba y la hacía sentirse mal por eso.

Cuando regresó ese día se sintió mortificada además de mareada y débil.

Pronto notaría que estaba esperando un bebé, pronto lo sabría y no sabía qué haría él entonces ni qué haría ella.

No podía entender por qué a pesar de su estado seguía viéndole, por qué diantres sentía esa necesidad imperiosa de estar con él en la intimidad. No debía hacerlo, no debía dejarse atrapar así, debía alejarse, pero quizás ahora más que nunca se sentía sola y esos momentos de pasión le daban paz y consuelo. Él decía amarla, decía que había sido la única mujer en su vida, en la que pensaba todo el día y a la que añoraba en las noches solitarias, pero ella no se engañaba. Quizás solo fuera deseo... y para ella un escape, una compañía que le daba consuelo a la angustia que sentía ahora.

Una semana después toda la aldea lo sabía.

Habían encontrado a su marido en Londres, enterrado y le dieron la triste noticia y se sintió enferma. Lloró, pero lo hizo de rabia pues ahora todos sabían su secreto.

Fueron los criados del conde que descubrieron la verdad. Ya no había secreto y Duncan llegó a media mañana para decirle que lo sentía, pero en sus ojos había un brillo de esperanza que no podía disimular.

—Lo siento mucho, señora Lefebvre—le dijo.

Ella asintió, pero no lo alentó a quedarse. Ni siquiera quería hablar.

Solo estar sola para poder pensar con claridad qué haría ahora.

Y de pronto se dio cuenta de que no dependía de ella.

Sus criados le dieron sus respetos, la ayudaron a pasar los días siguientes pero no dejaba de pensar en el futuro.

—¿Qué hará ahora señora? ¿Qué será de usted sola aquí? —le preguntó Mary.

—No lo sé, Mary, supongo que deberé volver a Londres o a Francia con mi familia. Podría pedirles ayuda.

Su criada la miró con extrañeza.

—Pero señora, huyó de su país porque su familia no era buena...

Ella la miró aturdida.

—¿Quién os dijo eso Mary?

La criada se puso colorada.

—Lo siento, señora Lefebvre, creí que...—balbuceó.

—Debo irme de esta granja, supongo que el conde me pedirá la propiedad, así que supongo que deberé pedir ayuda para volver a mi país.

—Oh no piense eso señora, el señor de estas tierras sería incapaz de dejarla desamparada ahora que ha quedado sin marido.

—No puedo vivir de la caridad, Mary, debo regresar a mi país.

No, no quería hacerlo, quería esconderse allí pero no habló más de ello.

El reverendo llegó poco después para presentarle sus respetos y avisarle que celebraría un oficio en memoria de su marido esa misma tarde.

Todo ocurrió tan rápido. Comenzaron a llegar vecinos y amigos de su marido para decirle cuánto lo sentían y ella se sintió atormentada por la culpa por haber ocultado la verdad siguiendo los consejos de Perrot. Qué tonta había sido, si al final todos lo sabían ahora. no había ganado tiempo... tiempo para qué?

De pronto se dio cuenta de la ausencia de Jules y preguntó por él y le dijeron que había salido muy temprano ese día a cabalgar.

Parecía evitar su presencia, y se preguntó si tendría coraje para regresar a Francia cuando había sido amigo de su marido tantos años. Había intentado convencerla de volver a su país, pero sabía que era inútil. Ella no volvería a Francia a menos que se viera obligada.

Aunque los días siguientes comenzó a tener dudas.

Se sentía insegura y asustada.

Sabía que no podría disimular su estado mucho tiempo así que debía hacer algo rápido antes de que Duncan lo supiera.

Ahora que era viuda notó que él se había alejado y pensó que ni quiera él había sido tan osado de preguntarle qué pasaría ahora, la había mirado exultante, pero se había controlado. Estaba segura de que tarde o temprano dejaría de visitarla, pues ahora era una dama viuda y no sería tan osado de desafiar a su padre.

Todas las miradas estaban puestas en esa propiedad y en la viuda. ¿Qué debían hacer con ella? Sentía las miradas de sus criados, de los aldeanos, todos le habían dicho cuánto lamentaban la muerte de su marido, pero ella seguía siendo una mujer joven y guapa. Y no tenía esposo...

Pero no se atreverían a tocarla.

No serían tan desalmados.

Algo tramaban y se sentía inquieta. Nerviosa.

—Señora Lefebvre, el francés quiere hablar con usted—le avisó un criado ese día a media mañana.

Tembló al oír eso, no quería hablar con Perrot, sabía que intentaría convencerla de viajar a Francia.

Fue de mala gana a reunirse con él y lo vio lejos, cerca del lago y al tener que caminar se

sintió cansada.

Estaba allí escondido sentado sobre una piedra y al verla llegar sus ojos garzos brillaron.

—Señora Lefebvre ¿dónde está su caballo? ¿Acaso vino andando?

La dama asintió. No se atrevía a montar ahora por su estado, además no pensó que fuera necesario.

—Nadie sabía que estaba usted en el lago, Monsieur Perrot, le he visto de casualidad, creí que estaría más cerca.

Su mirada cambió, se volvió alerta.

—No me fío de ninguno de esos criados, señora. No hacen más que vigilarme después de haber peleado con ese presuntuoso hijo de un lord ovejero.

—¿De qué habláis? ¿Qué ha pasado, Monsieur Perrot?

El amigo de su esposo apretó los labios, molesto y vio en ese gesto ira contenida y comprendió que lo sabía, sabía de su aventura con Duncan de Grovenston y no la aprobaba.

—Nunca creí que usted fuera capaz señora, no lo creí... cuando me lo contaron me sentí enfermo de rabia, pero supongo que fue muy hábil ese caballero para seducirla. Más de lo que pensé... aunque no lo entiendo. No puedo entenderlo.

—Jules, eso no es de vuestra incumbencia. No soy vuestra esposa ni tampoco vuestra parienta.

Él la miró con expresión sombría.

—Es verdad, no lo es... pero su marido era como un hermano para mí y usted lo ha engañado. Se ha convertido en la querida del hijo de un conde insignificante... estoy sorprendido, todavía no puedo creerlo y tuve que verlos llegar el otro día para saber que los rumores son ciertos. Señora Lefebvre. Si queda algo de dignidad en usted, algo de respeto, abandone estas tierras y venga conmigo a Francia. Ahora todos saben que es viuda y ese hombre

solo se la llevará a esa casa y la encerrará. ¿Eso es lo que desea señora Lefebvre?

Estaba indignado, furioso y como había sido un amigo muy cercano de su esposo no se atrevió a enfrentarlo. Perrot demasiado enfadado y no quería que hiciera nada en su contra.

—No volveré a Francia, Perrot, aunque me lo roguéis. Agradezco vuestra ayuda, pero creo que debéis marcharos, viejo amigo. No hay nada aquí para ti, y no puedo más que desearos un buen viaje de regreso.

Esas palabras no lo apaciguaron como esperaba, al contrario, lo enfadaron.

—Señora Lefebvre usted no puede... no olvide su nombre, no olvide quién es y quiénes son sus padres. No puede quedarse aquí y arruinar su futuro, su vida.

—Mi vida ya se arruinó, señor Perrot y usted sabe bien por qué. Todo se ha perdido y ahora solo puedo quedarme aquí escondida y esperar encontrar un esposo que no sea un bruto granjero.

—¿Y acaso espera que ese hombre se case con usted, señora?

No lo dijo, pero sí lo esperaba.

—No lo hará, es un cobarde, un estúpido y malnacido cobarde. Él no la ama, señora, solo es un juguete para él, una belleza exótica que quiso tener como amante desde el día en que la vio.

—Oh basta ya Perrot, dejad de entrometeros en mis asuntos. No os incumbe. No soy vuestra responsabilidad.

—Pues sí lo es, le prometí a su marido que si algo le pasaba velaría por usted.

—Olvide eso, Perrot, no puede cuidar de mí, me quedaré aquí y seguiré mi camino, siga usted el suyo se lo ruego. Regrese a Francia que es lo que tanto desea.

—Lo haré, pero esperaba convencerle, esperaba...

—No, no podrá convencerme ahora. Es inútil, no regresaré.

—Pero no está segura aquí, señora Lefebvre.

—No estaría segura en ese viaje ni en Francia.

Él se enfadó peor no dijo nada. Parecía cansado y molesto.

—No era lo que su marido hubiera querido señora, pensé que eso le importaba, que todavía ...

—Mi marido está muerto, señor Perrot, y yo decidiré qué hacer ahora.

—Y cree que puedo irme tranquilo sabiendo que ese hombre la acecha como un demonio? Dicen que usted le corresponde y que llevan tiempo viéndose en el bosque. Me negué a creerlo, pero supongo que la ha seducido porque todas se enamoran de ese caballero por lo guapo que es. Sin embargo, debo advertirle que no se fíe de ese hombre. Está loco y, además, es un malvado.

—Eso no es verdad no lo conoce, usted no conoce a Duncan, solo lo odia porque es inglés.

—Y usted lo conoce muy bien al parecer.

—OH cálese, era amigo de mi esposo no mío y no le debo explicaciones sobre mis actos. No se atreva a juzgarme, no es usted ningún santo.

Él la miró furioso, pero no dijo nada y Annabelle decidió marcharse con los dientes apretados, molesta con esa conversación. Ese hombre era un entrometido, pero pronto se marcharía, lo que le preocupaba es que todos hablaban de su amorío con Duncan. Ni siquiera se había detenido a pensar en que estaba en boca de todos.

Debía ser más prudente ahora, era viuda y no podía estar en boca de todos como la amante de ese joven.

Jules se marchó al día siguiente a primera hora sin despedirse, solo les avisó a los criados y a nadie más. Debía estar furioso.

Los días pasaron uno igual a otro, tristes y solitarios.

El verano no era como en su país, era mucho más fresco y había más días de lluvia. El sol no duraba, pero la lluvia sí y ella optó por encerrarse y escribir cartas para distraerse, pero luego las quemó en la chimenea de la cocina.

La vigilaban, con la excusa de que debían cuidar de ella por órdenes de su señor (el conde de Grovenston) estaban allí cerca mirando, observándola.

No podía dar paseos por su estado, pero al menos ya no sufría malestares.

Pensaba a menudo en su esposo, pero sabía que debía decidir qué haría con sus pertenencias. No deseaba dejarlas allí, aunque no se le ocurría una mejor idea.

Todavía no era capaz de entrar en sus aposentos. La mortificaba pensar en lo que había hecho, pero también estaba asustada. No estaba preparada para enfrentar su suerte y por momentos tenía impulsos de alejarse y correr y volver a su país.

Pero el fantasma de su antiguo pretendiente la espantaba, saber qué el estaría allí esperándola la llenaba de terror.

También la asustaba pensar que estaba esperando un bebé de Duncan y por momentos no sabía qué hacer. Por el momento solo evitar que nadie se enterara, como era delgada podría pasar un tiempo sin que nadie lo notara, pero no sabía cuánto tiempo más podría fingir que nada pasaba.

Días después recibió un mensaje de Duncan.

Quería verla, quería verla en la casa del bosque y le decía que la esperaba en los jardines pues él mismo la escoltaría.

Tembló al leer esa carta.

¿Cómo podía ser tan insensible? Su esposo había muerto ¿y ni siquiera quería tapar un

poco las apariencias?

Dio vueltas en su habitación furiosa, luego de deshacerse de la carta.

Por desgracia no podía enviar a nadie para hablar con Duncan, debía ir ella misma y no quería hacerlo porque sabía qué pasaría después. Sabía dónde terminaría esa invitación. Pero no lo permitiría.

Fue hasta los jardines a reunirse con Duncan y lo encontró montado a su caballo muy sonriente.

Al verla aparecer saltó del caballo y fue a saludarla.

—Madame Lefebvre, disculpe que viniera así.

—Por favor, Duncan, acabo de perder a mi esposo.

Él pareció algo avergonzado, pero eso no lo detuvo, nada lo detenía jamás.

—Quería verte, lleváis demasiados días encerrada.

—Estoy de luto, Duncan. Acabo de perder a mi esposo y no estoy de ánimo para dar paseos...

—Sé que es así, pero temo por ti, preciosa.

Ella se sonrojó y pensó que alguien podía verlos, no le agradaba que la llamara de esa forma en un lugar donde todos podían ver y escuchar.

—Duncan, por favor...

Él se acercó y supo que se moría por abrazarla, por besarla, pero eso era solo deseo y no la ayudaba en esos momentos. Estaba loco por ella sí, pero eso no era amor. Era solo el inicio de un enredo amoroso y lo más penoso es que estaba esperando un hijo suyo y no podía decírselo a nadie.

—Lo siento, no he querido ser inoportuno, pero temo que...

—¿Qué es lo que teméis, Duncan?

—Se dicen muchas cosas ahora, señora Lefebvre. Dicen que sus parientes de Francia vendrán a buscarla en cuanto sepan que su marido murió. Y sé que no está segura en estas tierras. Que pronto le buscarán un esposo. El reverendo Peterson está tramando algo y lo sé... quiere encontrarle marido, señora Lefebvre, el otro día le dijo a mi padre que usted no podía vivir sola aquí.

—¿Un esposo? ¿Cómo se atreve él a buscarme marido como si fuera su hija? —se quejó la dama.

Duncan estaba furioso.

—Lo harán, los escuché hablar. Piensan que ahora necesita un hombre que cuide de usted, no quieren dejarla sola aquí.

—Vaya, ¿han decidido mi suerte sin siquiera avisarme? —se quejó la joven.

—Solo están hablando de ello, pero creí que debía decirle, señora Lefebvre. Para que esté preparada. Escuche, puedo ayudarla y no permitiré que la obliguen a casarse con un granjero bruto y sin modales.

—No me casaré con nadie ahora, sir Duncan, se lo aseguro. No pueden obligarme—respondió inquieta Annabelle.

—La obligarán, la convencerán de que es lo más sensato y no podré soportarlo. Escuche... debo ponerla a salvo, debo llevarla lejos de aquí, señora.

Ella lo apartó despacio.

—No debo esconderme, sir Duncan, y sabe que no sería prudente ni correcto. Acabo de perder a mi esposo, todavía lloro su muerte... yo lo amaba a pesar de haber cometido ese pecado —le dijo.

Su mirada cambió, parecía más celoso que antes.

—¿Eso fui para usted, preciosa? ¿Un pecado que desea olvidar?

La joven se sonrojó.

—No... no fue un pecado, pero no era correcto y lo sabe. Estaba casada entonces y...—
su voz se convirtió en un susurro pues no quería que nadie escuchara esa conversación tan privada.

—Pero pasó y pensé que le importaba.

Annabelle se sintió paralizada. ¿Cómo explicarle a su enamorado que no sentía lo mismo por él? Que todavía quería a su esposo y que lo suyo había sido pasión, debilidad y necesidad. A veces se preguntaba si no habría sido el embrujo de la fiesta de la primavera o el hechizo de la bruja que había visitado ese día con Meg. Eran tonterías por supuesto, no creía en hechizos, pero...

—Por supuesto que siento gran afecto por usted y creo que nunca olvidaré esos días, pero ahora ...

Él la miró con tristeza.

—Entiendo, ahora quiere llevar a cabo su luto en paz, necesita que me aleje y me olvide de usted. vino a esta aldea con su esposo, me robó el corazón, fue mía y ahora quiere marcharse. Volver a su país como mencionó su amigo Perrot.

La dama se sonrojó.

—No... no piense eso de mí, se lo ruego. No tengo a dónde ir ahora.

—Miente, planea regresar a París con su familia poderosa y adinerada. Eso he oído estos días.

Annabelle tembló.

Él no podía entender lo que le pasaba ni tampoco adivinar su angustia y dolor en esos momentos. Solo pensaba en ella de forma amorosa y posesiva. Quizás sí la amara, o sintiera que era suya, su mujer y no quería que otro hombre la tuviera.

—Sé que quiere ayudarme y se lo agradezco, pero no creo que pueda. Su familia planea una boda adecuada para usted, milord.

—No voy a casarme con ninguna mujer, solo con usted.

—Pero no puede y lo sabe... jamás lo permitirían. Debe entenderlo y dejarme ir.

—¿Dejarla ir? ¿Cómo espera que olvide que fue mía un día? ¿Que la tuve entre mis brazos y la hice mía y amé como jamás amé a una mujer?

Se acerco a ella furioso y herido, pudo ver sus ojos inmensos y tiernos pero que ahora echaban chispas y ya no la miraba con devoción sino con rabia por negarse a su plan loco de fugarse para estar a salvo de esos odiosos pretendientes.

—Lo siento mucho, señor Hamilton, pero no puedo ir con usted, si lo hago, todos sabrán de mi pecado y me condenarán. Me expulsarán a mi país sin piedad pues sé que el reverendo es muy estricto con sus reglas morales con respecto al matrimonio y su padre también.

Él comprendió que tenía razón, pero no quería aceptarlo.

—En esta aldea ocurren cosas, señora, no crea que no hay pecadores. Soy el único culpable de lo que pasó esa noche madame, se lo aseguro.

—No podría culparle, milord, fui imprudente y ahora he de sufrir las consecuencias.

—No tiene por qué sufrir... por favor, déjeme ayudarla, señora Annabelle. Se lo ruego.

—Es que usted no puede ayudarme.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es el heredero de un antiguo linaje y sus padres no permitirán que usted... proteja a una viuda pobre y extranjera.

—Eso no es verdad, mis padres no son mezquinos señora ni me obligarán a casarme con quien no deseo hacerlo.

—Solo le ruego que sea sensato, joven Duncan. sé que está preocupado por mí, pero no

tiene que estarlo, se lo aseguro. Debo hacer mi duelo, ¿comprende? Debo estar sola un tiempo y espiar mis pecados y tener el perdón... no me siento bien ahora, apenas puedo dormir y me siento mortificada por lo que pasó... la muerte de mi marido me ha dejado desolada y también ...

—¿Entonces solo fui el pecado para usted, madame Lefebvre?

Ella no lo negó, solo le pidió tiempo y le agradeció su ayuda.

Pero no quería oír de una fuga ahora.

—Madame, si no viene conmigo la obligarán a casarse contra su voluntad. Sé lo que traman. No lo he inventado, le doy mi palabra, fue una conversación y sé que muchos hombres la miran con interés y deseo y también cierta codicia.

—¿Codicia?

—Se que muchos esperan quedarse con el premio, madame Lefebvre. Perdona la frecuencia, pero muchos hombres de esta aldea querrían tener una esposa hermosa como usted.

—Nadie me obligará a casarme, señor Hamilton, por favor, deje de pensar en eso. Aprecio mucho su preocupación, pero espero que todos aquí respeten mi dolor, mi duelo. No pueden obligar a una viuda a casarse por su propio bienestar, sería un sufrimiento para mí, algo que me haría daño. Y así se lo diré al reverendo y a quien intente acercarse a mí con esas intenciones, milord.

Él la miró con tristeza, no había podido convencerla y no quería rendirse, pero al mencionar su viudez y el tiempo que necesitaba para sanar sus heridas quizás lo entendió. O le dio en qué pensar.

Lo vio quedarse en silencio hasta que dijo:

—Piense en lo que le dije, señora Lefebvre. No tiene mucho tiempo para decidirse. Vendrán por usted en poco tiempo. Oí una conversación entre mi padre y el reverendo, sé lo que planean hacer con un usted, aunque en estos momentos es un secreto a voces, todos lo saben,

todos aquí hablan de ello. Y lo más triste es que el tiempo se agota, señora y yo solo quiero ponerla a salvo, cuidar de usted... convertirla en mi esposa.

—No podrá protegerme y mucho menos convertirse en mi esposo. Eso no es más que un sueño, una quimera y lo sabe. Despierte sir Duncan.

Él no lo negó, estaba demasiado molesto para replicar, pero estuvo segura de que empezaba a darse cuenta de que solo había sido un enredo amoroso, una aventura divertida y placentera. Ella no era tan importante para él, solo estaba obsesionado, pero eso no era amor.

Ni ella se sentía segura de amarle. En esos momentos se sentía demasiado atormentada por la culpa y el miedo, el miedo por su futuro pues no le agradaba nada saber que otros pretendían decidir su suerte.

—Por favor, piense en lo que le dije, necesita mi ayuda, necesita salir de esta casa señora Lefebvre. Necesitará un lugar seguro muy pronto.

Pensó en esas palabras dichas por Duncan antes de volver a casa y suspiró.

De pronto se daba cuenta que ni él podía ayudarla, además, ¿qué sería del niño que estaba esperando?

A solas en la casa se sintió triste y abatida pero luego comprendió que tenía que tomar una decisión. No ganaría nada echándose a llorar o sintiéndose atormentada por la culpa. Aunque en esos momentos sus pensamientos fueran tristes y sombríos y solo quisiera irse lejos, muy lejos. Lo cierto es que no tenía a dónde ir, solo le quedaba la casa.

Pero no tenía a dónde ir. No podía escapar...

Ni siquiera había buscado las joyas.

Un pensamiento fugaz vino a su mente, y fue a buscar el escondite con las joyas. Donde ella guardaba sus tesoros pues su esposo le había dejado una carta explicándole lo que había hecho con ellas. Había cambiado el escondite y esperaba encontrarlo. Aunque luego no supiera qué hacer con ellas. Necesitaba saber que las joyas estaban allí.

Ni siquiera había recordado hacerlo, o tal vez estaba tan triste por todo lo ocurrido que no se atrevió.

Entró en los aposentos de su marido y contuvo las lágrimas sintiéndose atormentada pues era como si estuviera en su presencia, en esa habitación estaba él y ella sentía su mirada intensa en algún rincón mirándola con rencor pues lo había engañado. Mientras él iba a Londres a intentar curarse ella caía en la tentación con ese joven por debilidad y lujuria y ahora estaba esperando un hijo de él...

¿Cómo pudo ser tan débil? ¿Como pudo hacer algo así?

Secó sus lágrimas y se dijo que nada ganaba con lamentaciones, debía irse de esa aldea antes de que fuera demasiado tarde, antes de que todos supieran su secreto. Quizás todavía estaba a tiempo de escapar, podría pedir ayuda, sobornar a algún criado con esas joyas y lograr que la llevara a París con su familia. No podía ser tan caro....

Ese pensamiento la animó a buscar la pequeña caja en el nuevo escondite, donde debía estar guardada pero cuando buscó solo encontró una caja vacía con la llave puesta. Un pequeño cofre de madera labrada allí debía estar su fortuna, pero no era así. No había nada. No tenía nada...

Revisó todo con desesperación, sin poder creerlo, sin querer creer lo que acababa de pasar. No podía ser, debía haber un error...

Registró cada armario de la habitación de su marido y luego fue a la suya en busca de sus joyas pensando que debía haber un error, a lo mejor sus joyas estaban en su antiguo escondite y su marido se había equivocado. Pero cuando llegó hasta el lugar en cuestión no encontró más que los vestidos que le había obsequiado Meg para la fiesta de primavera y nada más. No había nada. Ni siquiera el antiguo cofre.

Pensó que alguien lo había tomado por error o tal vez...

Perrot... oh no podía creerlo. El mejor amigo de su marido no podía ser él quien se

hubiera llevado las joyas. Era imposible que fuera un ladrón. Él no...

Entonces recordó sus antiguos vestidos de París, lujosos, bordados en piedras y escondidos al fondo del placar donde guardaba su ropa.

Lanzó una exclamación de sorpresa al ver que no estaban. Desaparecidos... sus joyas, sus vestidos de París que valían una fortuna. No había nada. No podía ser... lo había perdido todo: las joyas de su madre, de su familia, ese dinero ahorrado por si necesitaban...

—Señora, ¿qué sucede?

La presencia de su criada Mary le provocó un sobresalto.

—Nada, es que buscaba unos vestidos, pero no están.

—Cuáles vestidos señora Lefebvre? Están todos en el placar no aquí...

La criada pensó que era extraño que su señora buscara vestidos en ese rincón dónde solo se guardaban abrigos y zapatos.

—Pero sus vestidos no están aquí—le dijo con suavidad.

Notó que la dama estaba muy alterada y nerviosa luego de la muerte de su esposo.

—Traje vestidos bonitos de Londres, Mary, pero no están... los había guardado para alguna ocasión, pero luego olvidé usarlos así que tal vez ... estén otra parte. No os preocupéis.
—le dijo a su criada.

Pensó que no era buena idea quejarse de un robo en esos momentos. Tal vez su esposo había escondido todo en otra parte para evitar los robos y ella estaba nerviosa pensando que lo había perdido todo.

Pero dejó que Mary la ayudara a buscar solo para disimular.

Siguió buscando los vestidos los días siguientes y también el cofre, pero comprendió que se lo habían robado y un nombre vino a su mente.

Jules Perrot...

Necesitaba dinero para largarse de esa aldea, para escapar a Francia y tal vez solo tomó un poco de lo que allí había.

No sabía cuánto había guardado su marido. Quizás él también había gastado en esa granja y no quedaba gran cosa, pero los vestidos debían valer bastante pues estaban bordados en piedras y eran muy costosos.

Tragó saliva y se sintió enferma y comprendió que no podía gritar y pedir ayuda, reclamar lo ocurrido o se delatarían y todos sabrían que su familia era muy rica. Si habían tomado las joyas entonces sabían parte de su secreto... pero ¿quién pudo hacerle algo como eso? En el peor momento de su vida le habían robado.

Ni siquiera sabía cuándo había pasado eso pues hacía tiempo que ni siquiera se fijaba si las joyas estaban allí guardadas. Ahora sabía que no estaban. No había nada, no podría escapar sin una joya al menos para pedirle ayuda a un criado y ciertamente que no quería la ayuda de Duncan en esos momentos. Solo quería alejarse, escapar... pero sabía que era inútil, que no podría hacerlo. Estaba atrapada en esa aldea, sin sus joyas, sin sus vestidos...

Pensó que no tenía posibilidades de escapar ahora. Ni siquiera podía ir a Londres, debería quedarse y esperar que los aldeanos la ayudaran.

Y si lo que Duncan decía era verdad, no era exactamente la ayuda que ella quería recibir, por cierto.

Maldijo en silencio y lamentó haber sido tan descuidada, tan estúpida. Debió guardar mejor sus tesoros, debió ser más cuidadosa...

Pero nadie sabía de su existencia. Vivían de forma austera, nadie sabía que eran nobles en Francia ni que su familia tenía una gran fortuna.

Dio vueltas al asunto los días siguientes, amargada y triste comprendió que solo podía haber un culpable.

No tenía criados que vivieran en la graja de forma permanente, apenas unas muchachas que realizaban la tarea diaria a regañadientes y que evitaban cualquier trabajo que pudieran evitar. Quizás no les pagaban lo suficiente.

Pero habían aseado las habitaciones. Pero su marido había cambiado el escondite de las joyas en varias ocasiones y no permitía que ningún criado hurgara en esos rincones. Buscó un lugar oportuno y seguro.

Tal vez se lo dijo a Jules Perrot. Debió hacerlo.

Pero su amigo no era un ladrón, no pudo hacer algo tan horrible...

Recordó su última conversación y pensó que tal vez no quiso hacerlo y que fue empujado por la desesperación de regresar a Francia. Soñaba con volver, añoraba volver a casa, llevaba tanto tiempo en ese país extraño como los demás. Nunca se había adaptado a la vida en esa granja y luego de morir su esposo no le quedaba nada.

Pensó que fue una tonta al no aceptar su ayuda, quizás él habría podido llevarla de regreso...

Apartó esos pensamientos y volvió a sus aposentos a buscar las joyas. A lo mejor su esposo había cambiado el escondite a último momento.

El reverendo Peterson fue a visitarla días después con grave semblante.

La dama tembló al verlo llegar y pensó en las palabras de Duncan.

—Buenos días, señora Lefebvre, he venido a hablar con usted porque estoy algo preocupado—le dijo sin rodeos.

Había pensado que al menos le darían tiempo para recuperarse, para estar más tranquila, pero al parecer en esa aldea todos tenían prisa.

Intentó mostrarse serena, pero estaba asustada y nerviosa, muy nerviosa. Imaginó que ese

hombre iba a pedirle que se marchara de la granja o algo peor: le diría que ya le había encontrado marido.

—Buenos días reverendo, su visita es una sorpresa, temo que no tengo té para ofrecerle... las criadas se han marchado—dijo.

Esa casa era un horrible caos y ninguna de las muchachas se esmeraba en nada, era como si luego de perder a su marido ya nada importara para nadie en esa casa.

—Oh no se preocupe, solo estaré un momento—respondió el reverendo nervioso.—Le pido disculpas por venir sin avisar, imagino que no esperaba visitas hoy.

Ella lo saludó con un gesto y se sentó. No se sentía bien ese día y supuso que la charla sería larga.

—Señora Lefebvre, el conde me ha pedido que venga a verla porque está preocupado por su futuro. Se ha quedado viuda y su situación es vulnerable y triste. No tiene a nadie ahora y no puede quedarse sola en esta propiedad. ¿Es verdad que el francés Pergot se ha marchado?

Nunca podían pronunciar bien su apellido.

—Perrot se ha ido sí, debía pedirle que me llevara con él, pero no tuve valor... necesitaba tiempo para hacerlo—respondió.—¿Qué desea el conde? No puedo irme ahora. Es que no tengo a donde ir, señor Peterson. ¿Qué desea que haga?

—Señora Lefebvre, no debe inquietarse por eso, le ofreceremos una solución, hay una casa en el bosque donde estará protegida...

—Una casa del bosque?—repitió y se sonrojó pensando en la casa donde se había citado con Duncan.

—Es una casa del conde que se encuentra cerca de la finca. Allí estará a salvo hasta que podamos encontrarle un nuevo hogar. Hay hombres aquí que quieren ayudarla señora Lefebvre, pero sabemos que eso no sería correcto... me refiero a que tarde o temprano necesitará un esposo.

Ella escuchó los detalles con interés. Le buscarían un marido, eso fue lo que dijo, pero antes la llevarían a la casa del conde para que estuviera a salvo, por un tiempo.

—Quisiera quedarme unos días más aquí por favor, luego...

No podía negarse a abandonar la finca, pero debía buscar las joyas. Tenía la esperanza de que tal vez estuvieran en otra parte.

—Señora, no es bueno que se quede sola en esta propiedad, el amigo de su marido también se ha marchado. Lo sabemos y los criados que tiene son muy escasos.

Ella apretó los labios molesta y pensó en contarle que habían tomado sus joyas, pero no se atrevió a acusar a nadie, si lo hacía los criados se enfadarían y luego tendría que soportar preguntas sobre el origen de las joyas. Podrían pensar que era ella la ladrona en realidad.

—No está segura aquí y el conde está muy preocupada por usted, señora y por eso he venido a convencerla de que abandone esta casa cuanto antes.

Ella pensó que no tenía sentido negarse.

Solo la asustó pensar que estaría cerca de Duncan en esos momentos.

—Está bien, iré, pero necesito unos días para hacer las maletas pues supongo que no regresaré a esta casa.

El reverendo se puso tenso.

—Señora Lefebvre temo que debe usted acompañarme ahora, luego enviarán a los criados con sus maletas.

La urgencia del caballero sorprendió a la dama.

—Pero no puedo irme ahora, debo avisar a mis criados.

—Eso no llevará mucho tiempo...

La insistencia del reverendo era muy extraña, casi perturbadora y la dama se incorporó asustada.

—No iré con vos ahora... no podéis obligarme. Solo os he pedido tiempo. por favor.

—Tiempo? No hay tiempo, señora. No puede quedarse sola aquí, son órdenes del conde y debe obedecerlas. Él les dio esta propiedad, pero en ausencia de su marido y sin que nadie pueda velar por usted... temo que deberá acompañarme ahora. por favor. No me obligue a llevarla por la fuerza.

Ella tembló pues de pronto vio a unos criados entrar en la sala y no eran criados de la granja. Su aspecto era fiero y amenazante.

Annabelle lanzó un gemido cuando de pronto se vio rodeada por esos hombres.

—Lo siento mucho, señora, pero si no viene conmigo deberé llevarla por la fuerza. Es por su propio bien, se lo garantizo—dijo el reverendo.

Pero la dama gritó pidiendo ayuda y corrió, corrió con todas sus fuerzas, pero la rodearon, y la atraparon y llevaron hasta una carreta.

Fue humillante. Por poco le colocan un enorme saco y la atan como si fuera un saco de patatas.

Furiosa no dijo una palabra durante el viaje. Sabía que esos hombres no la dejarían que se moviera ni un ápice mientras el reverendo le hablaba intentado apaciguar las cosas.

Jamás pensó que fueran capaces de tal descortesía de un trato tan inhumano.

Recorrieron la pradera y ella vio a la distancia la granja esfumarse como un sueño.

Cuando llegaron a la casita del bosque se preguntó qué harían con ella, pero no dijo palabra. Estaba furiosa y solo quería llorar y lamentarse por no haber oído a Perrot. Él le advirtió que ese joven la encerraría en una casa y la convertiría en su querida, y su vida sería indigna o peor aún, la casarían con un horrible granjero y la obligarían a parir hasta caer muerta y exhausta.

Se durmió sin darse cuenta cuando de pronto sintió que el carruaje caía y viraba para un costado mientras los caballos relinchaban. Eran muchos, demasiados.

—Lo siento reverendo. Pero nos llevaremos a la bella dama francesa—dijo uno de los pillos que la había llevado hasta el carruaje.

—Qué estáis haciendo?

Los vio sacar cuchillos y dagas y gimió. Eran malandrines y al parecer querían robarse el botín y venderlo por ahí.

—No hagáis esto, muchachos... por favor. Os han sobornado y tentado, pero solo os espera el castigo. El señor os castigará... no podéis robaros a la dama.

—Hemos recibido una tentadora suma reverendo, eso nos dará en qué pensar. pero no tema, no le haremos daño a la señora. Nuestro amo la quiere para él... siempre la ha querido y sabe que usted se la negará. Pero no tiene derecho a hacerlo, la dama no le pertenece reverendo Peterson.

—Solo quiero protegerla, le prometí a su marido que la cuidaría si algo le pasaba y ustedes son unos bandidos que se han vendido a un malvado sinvergüenza. Pero no os la llevaréis, no lo haréis...

El reverendo Peterson se enfrentó a los pícaros, pero fue golpeado y herido.

—No lo matéis imbéciles, es el reverendo Peterson—dijo uno de ellos.

Annabelle dejó escapar un gemido cuando uno de ellos se la llevó mirándola con una sonrisa torva.

—Qué bella es dama francesa, no hay damas como usted en estas tierras, todas son tan insípidas y feas...—le dijo mientras sacaba su lengua y besaba sus labios como un atrevido.

Se resistió y logró patear su pantorrilla para escapar de esos bandidos mientras gritaba y pedía ayuda, pero se vio en el medio del bosque, en el medio de la nada, sola y rodeada por esos malandrines.

—No puedes escapar, pequeña ramera, os atraparé donde quiera que vayáis. No voy a perder mi paga—gritó el atrevido que la había besado llegando a ella chillando por el tobillo que

le dolía.

Eran como horribles piratas, blancos, con pocos dientes y mal vestidos.

De pronto se dio cuenta que no eran granjeros ni aldeanos, no recordaba haberlos visto en la aldea de Forest Groven.

Uno de ellos la atrapó por detrás y la amarró con cuerdas y cubrió su boca para que no gritara.

—Eh tú, no le hagáis nada a la señora o nuestro amo se enfurecerá. Dijo que quería llegara sana y salva a su casa—dijo otro.

—No le haré nada, solo me cercioro de que no intente escapar de nuevo. Me ha dado un buen golpe en el tobillo maldita sea—respondió—Id por los caballos ahora.

Otros corrieron y la joven notó que eran más de los que había imaginado y estaban allí esperando.

No tardaron en subirla a un caballo atada de regreso a la aldea. Era alguien de allí, algún granjero lascivo que esperaba convencerla de convertirse en su esposa o algo mucho menos respetable.

Sin embargo, enfrentar al reverendo era muy osado, era temerario, golpearlo, lastimarlo... eso no quedaría impune y él los había visto.

Lloró al pensar en Duncan. lamentaba no haberlo escuchado antes. Él sabía que tramaban algo como eso, sabía más de lo que parecía o tal vez no... ella no le había escuchado de todas formas.

Pero a poco de llegar a la granja vieron el humo.

—Maldición, están quemando nuestra aldea, no puede ser... qué diablos. ¿Quién hizo

esto? —gritó uno de los bandidos.

Todos se miraron asustados. Habían estado haciendo bromas obscenas sobre lo que le haría su señor cuando le pusiera las manos encima, pero dejaron de reírse al ver que algo pasaba en Forest Groven a lo lejos. Un incendio... pero no pensaban que hubiera sido un accidente.

—Maldita sea, no habrá rapto hoy muchachos. Tengo que volver a mi casa, mi esposa y mis hijos están en la aldea, maldita sea... esto es un castigo por haber golpeado al reverendo. Os dije que no tocaran al pastor. Os lo advertí...

Uno a uno se marchó y a ella la llevaron a la aldea.

No sin antes advertirle que no dijera una palabra de lo sucedido con nadie.

—Si dice lo que pasó juro que lo lamentará señora. —le advirtieron.

Pero al llegar vio a esos hombres a caballo y tembló.

No podía ser, era como una pesadilla.

Eran caballeros franceses y mataban a diestra y siniestra como en las guerras mientras preguntaban por madame Rochelle a gritos.

Corrió a esconderse, no pudo pensar en nada más.

La habían encontrado. Habían ido por ella ahora que sabían que había perdido a su marido los muy malditos clamaban venganza. Debía buscar un lugar para estar a salvo y esconderse pues con ese atuendo de campesina no iban a reconocerla.

Por fortuna nadie de la aldea sabía quién era Agnes Rochelle.

Era lo que Perrot le había advertido, lo que su marido tanto temía...

Pero no podían encontrarla, si lo hacían la matarían y no quería morir...

Desesperada rezó y pidió perdón a su esposo por haberlo engañado y también al señor implorando su protección. Necesitaría mucho de su ayuda en esos momentos porque sintió que unos pasos se acercaban. Pasos largos mientras golpeaban e interrogaban a los aldeanos con

ferocidad.

—Madame Rochelle. ¿Dónde está madame Rochelle?

—Señor, no hay ninguna madame Rochelle aquí—respondían los granjeros y campesinos.

—Pero sí hay un matrimonio de franceses que viven en una granja, me lo han dicho. Queremos encontrar al señor de Fontaine y a su bella esposa.

—No hay nadie con ese nombre, caballero, se lo juro...

—Y una bella dama francesa, muy guapa... mirad... aquí traigo una miniatura con su rostro.

Se hizo un silencio y ella gimió al escuchar la voz hablando mientras corría a esconderse en el bosque. No podría entrar a su granja, todos señalarían ese lugar como el hogar de la dama extranjera.

Corrió con todas sus fuerzas y se perdió en la espesura sintiendo el olor del humo a la distancia y los gritos desesperados de los aldeanos. Habían ido por ella y la matarían. Y todo lo que se interpusiera en su camino.

Siguió caminando, cubierta con su capa esperando que nadie la reconociera mientras se sentía cobarde por hacer eso.

Los bribones habían desaparecido, pero de pronto un aldeano salió a su encuentro.

—Señora Lefebvre, ¿qué sucede? ¿Quiénes son esos demonios? ¿Acaso los conoce?

Era Peter Anderson, uno de los vecinos de la granja, pero ella no quería detenerse a hablar con él ni a decirle la verdad.

—No los conozco, pero debe avisar al alguacil, han incendiado dos granjas...

—Son unos demonios. Pero les enfrentaremos. No podemos esperar al alguacil.

—Por favor, déjeme esconderme en su granja señor Anderson, se lo imploro. No puedo

regresar a mi granja, la han destruido.

El hombre iba a ayudarla, lo vio en sus ojos, pero de pronto vio a uno de los bandidos que la había intentado raptar momentos antes, el mismo a quien había golpeado y tembló. Oh, no podía tener tanta mala suerte.

—Es por su culpa, buscan a la bella dama francesa padre. no dejéis que se quede. Quemarán y destruirán todo. Dejad que se la lleven, esos franceses solo nos han traído problemas —dijo el joven.

El señor Anderson miró al muchacho y vaciló.

—OH diablos, vienen hacia aquí mirad...

Todos corrieron, no quedó nadie y ella también corrió a esconderse.

Corrió a la casa, pero las puertas estaban cerradas. Nadie las abrió estaba todos aterrados y podía entenderlo.

De pronto los tuvo rodeándola como cazadores rodeando a su presa. No supo cómo diantres llegaron hasta ella luciendo esas fachas, pero la vieron y la reconocieron al instante.

—Madame Rochelle, al fin la encontramos. Llevamos meses siguiendo su rastro, revolviendo todo como perros rabiosos. Maldita sea. Es usted... pero con otro nombre. Lefebvre... qué nombre tan vulgar.

Todos la miraron con una sonrisa torcida sin poder ocultar el placer y la satisfacción de haberla atrapado como si fuera una presa, y decidieran qué harían con ella. Sabía que la matarían o la entregarían a ese demonio. No sabía qué era peor, debía preferir la muerte, pero no quería morir, ni quería ser su juguete.

—¿Dónde está ese traidor de Armand de Fontaine? —preguntó uno de ellos.

—Mi esposo murió, Monsieur. Respeten su memoria. Él no era ningún traidor.

—¿Así? Pues dinos dónde está y respetaremos vuestra vida, madame.

—Os lo juro, mi marido murió en Londres y allí fue enterrado hace semanas. Podéis preguntar a los campesinos.

—Esos granjeros no hablan nuestra lengua, no entienden nada, y ya hemos dado cuenta de unos cuantos de ellos. Pero lo descubriremos. Si mentís...

Uno de ellos se le acercó y le sonrió y adivinó lo que tramaba, pero el líder lo sacó de un empujón.

—No tocarás a madame Rochelle, Henri. Está reservada para el conde de Varens. Él decidirá su suerte. Quizás la deje vivir, es demasiado guapa, aunque no tendrá una vida de princesa por supuesto...

El sucio mancebo la miró con lujuria y ella tembló al pensar que la entregarían a de Varens luego de cerciorarse de que su marido estaba muerto.

Él le había advertido, él le había dicho que irían tras ellos. Quiso llevarla a Londres... ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué no insistió en ir con él?

Lloró al pensar que ese hombre malvado iba a matarla luego de torturarla y desesperada pateó a sus captores y corrió, corrió aprovechando ese humo de polvo que había en toda la casa y atravesó las escaleras esperando que alguien la ayudara, pero no había nadie, la casa estaba vacía. Vio el cadáver de varios de sus criados cuando llegaba a la puerta y ahogó un gemido sin dejar de correr con todas sus fuerzas, pero sin atreverse a gritar para que no la atraparan. Tenía que huir, debía esconderse, pero de pronto tropezó y fue atrapada por un grupo de caballeros que lucían como caballeros franceses.

Eran demasiados y de pronto se vio rodeada, empujada y amarrada.

—Madame Rochelle, se ha delatado, aunque vista de campesina. Me recuerda ¿no es así?

Ella lo miró aturdida, no sabía quién era, pero hablaba su lengua así que debía ser uno de los hombres que había ido a llevarla prisionera. Estaba rodeada eran demasiados y a su alrededor solo había sangre y humo porque la granja había sido destrozada y comenzaba a arder

lentamente.

No sabía quién era ese hombre, pero su rostro le era familiar, pero por la forma en que la miraba sabía lo que le esperaba. La matarían, en cuanto estuviera frente al líder...

—Venga con nosotros. No será necesario atarla ¿verdad? Conoce el camino de regreso. Supongo que no es necesario que le diga que su pequeña aventura en tierras inglesas ha llegado a su fin, madame Rochelle. Es hora de volver a casa y pagar viejas deudas. De eso no podrá escapar.

Ella no pudo decir palabra pues de pronto se vio rodeada y amenazada.

Ninguno de los granjeros salió a defenderla, y no los culpaba, estaban asustados y los franceses eran más de veinte y estaban armados. Portaban estandartes y espadas y habían causado demasiado desastre para que alguien se atreviera a enfrentarlos.

Si intentaba escapar o gritaba solo habría más muertes y todo el desastre que veía a su alrededor era su culpa. La aldea empezaba a arder a la distancia, la aldea que le había dado cobijo, ayuda iba a desaparecer junto al padre del niño que llevaba en su vientre. Todo eso comenzaba a perderse a la distancia, a desdibujarse como si nunca hubiera existido.

Pero ella cerró los ojos en un momento al ver las casitas en llamas mientras subía al carruaje y decía adiós a ese lugar que durante más de un año había sido su hogar, su refugio...

—¿Por qué habéis hecho tanto daño Monsieur? Solo eran granjeros inocentes.

—Buscábamos a madame Rochelle, pero nadie quería hablarnos de la dama francesa.

—Mi esposo...

—Su esposo murió en Londres y ahora es viuda. Fue mejor así, porque si caía en manos enemigos la muerte de su marido habría sido mucho más cruel. Pero nuestro señor estará satisfecho. Al fin podrá reunirse con su gazmoña prometida.

Ella se sonrojó. Entonces comprendió que la llevaban a Paris para que ese malvado se vengara porque no había tenido el placer de matar a su esposo como tramaba, pero se vengaría de

ella. La mataría también.

—Qué lugar tan horrible escogió la dama para esconderse. Una aldea de granjeros gordos y malolientes. Pálidos como espectros y ninguno hablaba francés. Palurdos ignorantes.

Ella no dijo nada y solo pensó en Duncan, en su mirada intensa y en sus besos. Le había dicho que la amaba y que la llevaría con él y se preguntó si estaría vivo...

Lloró al pensar en ese joven y en el reverendo que había ido ese día para ponerla a salvo y lo habían matado como un perro. A él y a tantos aldeanos. Sus pobres casas ardían en llamas y pensó en Mary y en todos sus vecinos. Eran buenas personas y los habían ayudado y por su culpa ahora el pueblo era una masa de humo oscuro en el horizonte.

Pero ella llevaba en su vientre el fruto de ese amor de primavera, de esa infidelidad. Él nunca lo sabía y pensó que no solo él la odiaría en esos momentos sino toda la aldea.

Era mejor que pensarán que la habían matado, sabía que nunca más podría regresar y que hablarían de ellos durante mucho tiempo en ese pueblo.

Llegar a su país no le causó alegría sino congoja y se sintió como una extraña en su propia tierra, una fugitiva, y ni siquiera cuando viajaron a provincias se sintió mejor. El viaje fue largo y triste, a duras penas pudo aguantar las lágrimas y no quejarse por nada.

Pero no tenía dudas de lo que le aguardaba y rezó.

Rezó y pidió perdón por sus pecados esperando que al menos pudiera confesarse antes de ser ejecutada.

Nadie habló de ello, ni ella preguntó. Esos hombres no la perdían de vista, pero la alimentaron durante el viaje y le dieron agua fresca.

Se preguntó si la llevarían a París como llevaban a los reos, pero no fueron a París sino a Chartreuse, al castillo de Blaise, propiedad del conde de Varens dónde aguardaba éste para verla.

Quería cerciorarse de que era ella o eso decían sus fieles sirvientes. Hablaban en gascón y en otro dialecto, pero ella los conocía a casi todos y supo que no hablaban de su suerte, sino del dinero que recibirían por haber raptado a la dama inglesa. Hablaban entre susurros para que no pudiera oírlos.

Se durmió el resto de la travesía pues tampoco quería saber más del asunto.

Cuando llegó al castillo pensó que era un lugar siniestro y oscuro, con altas almenas y una ciudad amurallada. Parecía más una prisión que un hogar. Ese lugar debía ser empleado por su dueño para encerrar a sus enemigos. Un calabozo, un lugar para impartir justicia lejos del rey y de cualquier lugar decente donde podría matarla sin que nadie se enterara.

Su familia jamás se enteraría ni tampoco lamentaría demasiado su suerte, había sido una hija atolondrada y rebelde.

Se había mantenido calma y sin llorar, pero al ver ese castillo no pudo evitar sentir una horrible angustia y derramó unas lágrimas mientras era conducida a su interior.

Atravesó los hermosos jardines llenos de flores y madreselvas, de arbustos y fuentes y recordó al jardín del Château Louis dónde vivió con sus padres de niña antes de ir al internado de monjas. Era un lugar bonito, pero no la llevaron al salón principal sino a un edificio oscuro e impío donde eran encerradas las esposas adúlteras y los parientes enfermos que era un incordio para la familia: la torre.

Nada más entrar quedó en penumbra y se horrorizó al comprender que la llevarían a la habitación más alta a la que solo podría acceder luego de atravesar una escalera en caracol y se detuvo.

Solo la acompañaban dos criadas del Château, los fieros hombres del conde se habían marchado luego de dejarla en ese lugar y fue un completo alivio que desaparecieran de su vista tan odiosas criaturas.

—No puedo subir eso por favor, estoy muy débil y enferma—dijo ella y miró a las

criadas en búsqueda de compasión.

Ambas se detuvieron y una de ellas la miró con fijeza.

—Qué le sucede madame Rochelle? Se ve muy saludable en realidad.

—No he comido nada en días y esos brutos me han golpeado y maltratado—dijo y no le importó mentir. Lloró para convencerlas y ambas se alejaron espantadas.

—Oh mon Dieu —dijo la más baja.

—No puede ser, el conde los castigará... ¿qué le han hecho, madame?

—Me han dejado sin comer y uno de ellos intentó...

No se atrevió a decir lo demás, pero ellas entendieron y de inmediato la llevaron a la primera habitación de la torre donde ordenaron traer un barril con agua caliente, ropa nueva y todo lo necesario.

Fueron muy atentas para ser una prisionera de la torre y luego del aseo y de la ropa lavada y perfumada, el vestido de dama que le dieron se sintió mucho mejor. Hasta la ayudaron a cepillar el cabello.

Pero no hablaron en su presencia, se mantuvieron en silencio y luego una de ellas le llevó la cena.

—Gracias por dejarme aquí, no puedo caminar esas escaleras.

La joven la miró con sus grandes ojos verdes y asintió sin decir más.

A pesar de los cuidados, de la bonita habitación y la bandeja con deliciosos bocados no era una huésped más en el castillo ni siquiera una importante.

Temblaba al pensar que ese malvado iría a atormentarla cuando menos lo esperara, pero ahora necesitaba descansar. Llevaba un hijo en su vientre y no quería perderlo. Debía luchar por ese niño y rezar para que ese hombre no la matara. La habitación era pequeña y estrecha y helada, así que se metió en la cama y se arropó como pudo. sentía los brazos entumecidos y las

piernas cansadas por tan larga caminata.

Los días siguientes estuvo sola en la celda, solo las dos criadas fueron a atenderla, pero no recibió otras visitas.

Cuando preguntó por su anfitrión harta de tanto misterio la más bajade las criadas llamadas Maroi le dijo que el señor de Varens estaba en París y regresaría la semana próxima.

Saber que estaba lejos le dio mucho alivio porque había tenido horribles pesadillas con ese hombre al que nunca había visto pero que temía de una manera irracional.

Pero, aunque había espiado por su ventana el castillo parecía habitado solo por sirvientes.

—¿Y su esposa, su familia? ¿dónde están todos?

Las criadas se sonrojaron.

—Su familia no vive aquí, señora. La esposa del conde vive en París, no soporta la vida en el campo.

Se interrumpió pensando que había hablado demasiado.

—¿Y si tiene una esposa por qué me trajo aquí? ¿Acaso planea matarme?

La joven la miró espantada.

—No... mi señor jamás le haría daño a una mujer, madame, pero yo no sé nada de esto, ¿entiende? Ni puedo hablar con usted. Es la cautiva del conde y debe permanecer encerrada aquí. Pero le ruego que no intente escapar, madame. No lo haga o será castigada por ello, se lo aseguro. Muchos ojos vigilan la torre y esta celda.

—No escaparé, solo quisiera saber de mi familia. Llevo un año sin ver a nadie.

—No sé nada de su familia señora, Pero sí sé que son personas importantes. Aunque ... no tema. El señor no le hará daño. Estoy segura. Pero no intente escapar o se enfadará mucho.

No le dijo más que eso. Se marchó antes de que le hiciera más preguntas.

Ella regresó a la cama y se durmió. Dormía muchos esos días, encerrada y cansada y en su estado no había más qué hacer.

Solo esperar a que llegara su raptor y le dijera por qué la tenía encerrada allí.

Pensaba con frecuencia en Duncan y suspiraba al recordar su apasionado abrazo y sus besos, pensaba más ahora que antes cuando se sentía atormentada por la muerte de su esposo y su propia traición.

A veces se sentía culpable pero no lo había olvidado, ni un solo día y también pensaba con tristeza en Forest Groven preguntándose si todos estarían bien allí o si ese pueblo había quedado tan devastado ese día.

Clemens no había aparecido y eso le daba un poco de consuelo y paz, pero sabía que llegaría de un momento a otro y recibiría su castigo.

Se vengaría y no quería pensar en ello. Rezaba para alejar esos pensamientos. Pero mientras pensaba en Duncan y se preguntaba si él la odiaba o pensaba que estaba perdida para siempre.

Debía olvidarse de Duncan, todo había terminado. Era como un sueño de verano, dulce y efímero, un amor que había dado frutos, pero del que debía dejar de pensar.

Pero no podía evitar soñar con él con frecuencia.

Esa mañana despertó temprano, escuchó caballos y voces, muchas voces en la torre y sabía que algo se acercaba. Algo que no era bueno para ella.

Abandonó la cama y se cambió el vestido, nerviosa y luego fue a ver por la ventana de su celda, esa pequeña abertura en la cual podía ver a su alrededor y en la que entraban rayos de sol. Y desde allí divisó el grupo de jinetes que seguían a un hombre alto, cubierto con una capa y el cabello oscuro. Debía ser el malvado conde de Varens y Orleans. Sobrino del gran duque. Uno de los hombres más poderosos del reino y lo supo por el estandarte que portaba. Tembló aún a la

distancia pues sabía lo que le esperaba. Ese hombre había estado acechándola desde hacía tiempo y ahora la tendría a su merced y la mataría.

—Madame Rochelle, se ha levantado temprano hoy.

Esa voz la hizo dar un respingo y miró a la criada que le había llevado ropa limpia y a su lado otra doncella le llevaba el desayuno. Eran muy amables y consideradas, demasiado para ser una vulgar prisionera de la torre, pero se sentía agradecida de que al menos no la maltrataran ni despreciaran, demasiado sufría cuando se quedaba sola confinada en esa habitación.

—¿Ha venido el conde de Varens? —preguntó la dama mientras miraba a ambas sin ocultar su ansiedad y consternación.

Las criadas se miraron.

—El conde vendrá a visitarla en un momento madame, por eso hemos venido temprano. Para ayudarla con el aseo y también para traerle un buen desayuno.

Tanta gentileza resultaba rara y desconcertante pero no dijo nada y pensó que por más que la ayudaran con su arreglo personal estaba aterrada y por dentro temblaba como una hoja. ¿Cómo haría para mostrarse calma cuando ese hombre fuera a recriminarle su abandono y deshonor? Estaba prometida a él, pero no lo sabía, fue un arreglo de sus familias, las de arreglar bodas a espaldas de las mujeres de la familia como si nadie tuviera en cuenta su opinión.

Pero no solo ella lo había plantado al casarse con otro hombre, él había arruinado a su esposo llevándolo a esa aldea porque planeaba matarlo así que estaba frente a un hombre cruel y despiadado. Un hombre malvado que había hecho hasta lo imposible para encontrarlos y hacer justicia.

—Señora, debe alimentarse por favor.

Casi la obligaron a comer ese delicioso postre de manzanas con canela y el tazón de leche fresca como si fuera un niño. No tenía hambre, era como si no pudiera comer en esos momentos de los nervios.

Y cuando luego una de ellas la ayudó con su peinado le dijo detrás del espejo.

—No tema, madame Rochelle, el conde no planea hacerle daño. Él nunca le haría daño a una dama hermosa.

Esas palabras dichas por la criada de ojos saltones le resultaron desconcertantes y extrañas. ¿Acaso se lo decía para tranquilizarla?

—¿Tanto se nota que estoy asustada muchacha? —respondió ella con voz apenas audible y entonces vio el miedo en sus ojos.

Llevaba días durmiendo mal, nerviosa y cualquier sonido la alteraba, pero no era para menos, había caído en manos del enemigo. Cuando pensó que estaría a salvo había sido raptada por un grupo de sus hombres y llevada a la fuerza a Francia y no era para salvarla de su viudez ni su desamparo precisamente. Ese hombre solo quería su ruina, y tendría la venganza por la que tanto había esperado desde el día que supo que su prometida lo había abandonado.

Por algo no se había casado, debía estar lleno de odio y la había encerrado allí no por consideración, sino para hacerle daño. Quizás fuera a matarla con sus manos o... algo peor.

Rezó en silencio porque todos sus pensamientos eran horribles en esos momentos y le hacían mucho daño. Por momentos temía enloquecer de miedo.

Pero rezar siempre le daba paz y ahora podía lucir una cruz de oro en su pecho algo que antes no había podido y era la única joya que conservaba. Esa y su anillo de bodas, su alianza y el bebé que llevaba en su vientre y que empezaba a tomar forma de un pequeño huevo. Tembló al pensar en el futuro de su hijo, el fruto de esas noches de amor y lujuria, sin saber si era más lo segundo que lo primero, pero que estaba allí y debía velar por su futuro.

Se preguntó si ese malvado tendría piedad de ella si se enteraba que estaba esperando un hijo, pues pensaría que era su marido.

Tuvo la sensación de que pasaban mil años hasta que una criada le avisaba que el señor del castillo iría a visitarla. La criada la miró con lástima, pero no se marchó como esperaba, se

quedó a su lado hasta la llegada del conde.

Cada paso que dio hizo que su corazón latiera acelerado, cada paso que subió esas malditas escaleras, con sus botas de cuero retumbando en el silencio absoluto de ese edificio funesto y solitario le provocó cada vez más terror y cuando la puerta se abrió con estrépito finalmente dio un respingo porque allí estaba cuan largo era un hombre joven a quien había visto antes pero no podía recordar cuando. Sus facciones viriles, los ojos azules muy oscuros le recordaron a un italiano, pero no era un italiano, era el misterioso sobrino del duque, Clemens de Varens, el hombre a quien un día había abandonado para casarse con el conde Louis Armand de Fontaine. Había cambiado, no era el joven frío y callado, aburrido que había conocido un día. Ahora era un hombre que solo tenía cuatro años más que ella o cinco... pues su padre quería un pretendiente que fuera de su edad y no un vejestorio. Tanto daba... esa boda no había podido ser y allí estaba el pretendiente desairado, el malvado artífice de su ruina y sus ojos la observaron con atención como si quisiera memorizar cada detalle y luego de pronto lo vio avanzar con prisa hacia ella como si quisiera cazarla del cogote y sacudirla como un ganso o algo peor.

El inesperado arrebató la hizo gritar y luego suplicar.

—No por favor, no me haga daño.

Él se detuvo en el acto y la miró. Lo tenía tan cerca que podía escuchar su respiración agitada mientras miraba sus ojos y sus labios y luego su escote como un lobo hambriento. Quizás la odiara, pero no pudo evitar notar que la deseaba y que ella era su debilidad. Por eso la había dejado con vida. Por eso había enviado a sus hombres a buscarla.

—Se ve como un pajarillo asustado, tan hermosa y vulnerable, madame... quién diría que fue tan audaz hace años para abandonarme y casarse con ese noble de tan bajo rango—dijo y la rodeó, dio vueltas a su alrededor sin dejar de mirarla y de pronto sonrió.

Ella pensó que lo más prudente era no decir palabra todavía hasta saber qué tramaba hacer con ella.

—Pero hable madame, no voy a hacerle daño... dígame, ¿disfrutó usted su estadía en esa aldea de campesinos ingleses?

Angeline no supo qué decir.

—Agnes de Rochelle, así que os decían Angeline Lefebvre... qué nombre tan vulgar. ¿Cómo ha podido soportarlo?

—Tuvimos que huir Monsieur mi esposo fue acusado injustamente de traidor.

—¿Injustamente? Él cayó en su propia trampa por ambición. Y es una pena que no recibiera su merecido. Ese bastardo arruinó mi vida.

—Yo soy culpable, Monsieur, era muy joven y cometí una tontería y le pido perdón si eso alivia su rabia y dolor. Pero no debe estar atado a su pasado, usted podría...

—Oh cálese, no quiero sus consejos, madame Rochelle. Solo que pague por el daño que me ha causado. Por supuesto que ha de estar arrepentida, puedo verlo, vestida de campesina entre esos sucios granjeros... pero nunca olvido una ofensa y usted me debe, madame...

—Ya lo he pagado, Monsieur, lo he perdido todo, mi familia, mi hogar, mi esposo...

—Ese malnacido... ni siquiera pude dar cuenta de él, fue tan astuto... jamás habría imaginado que había huido a ese país. Perdí demasiado tiempo buscándolo y cuando quise atraparlo y que cayera aquí en esta torre donde esperaba darle una muerte lenta y horrible... el muy maldito murió por un ataque de unos bandidos en Londres. Es desquiciante.

—Usted nos arruinó, arruinó la vida de mi esposo y también la mía, ¿no era lo que tanto quería? Debería sentirse vengado y satisfecho.

Sus palabras lo enfurecieron y ella retrocedió asustada al ver sus ojos oscuros brillando de rabia.

—Pues no, no me siento satisfecho, señora—su voz era gélida pero muy calma. En ningún momento elevó la voz, aunque su voz era fuerte y grave de por sí y la asustaba. Era un hombre alto, delgado pero fuerte y sabía que podría hacerle mucho daño con solo jalarla del

cuello o...

Pero no había violencia en él, no parecía tener interés en hacerle daño todavía, primero quería atormentarla con recriminaciones.

—Le pido perdón Monsieur de Varens, si de algo le sirve. NO puedo hacer más que eso.

—Oh claro que puede. Esto no ha terminado madame. sé que hubo otros caballeros que ayudaron a su marido a huir esa noche, que lo liberaron de la horca. Imagino que recordará sus nombres.

Ella palideció al oír sus palabras.

Después de tanto tiempo por supuesto que no podía recordar esos nombres, todo había ocurrido de repente y fue el día más negro de su vida, cuando su esposo no volvía a su casa de París y sus criados regresaban sin saber qué le había pasado.

—Eso fue hace mucho tiempo, Monsieur. Además, lo he olvidado.

—¿Mucho tiempo cree usted? A él lo ayudaron a escapar del edificio más vigilado y llegó a Londres con un grupo de traidores al rey y hasta ahora no he podido echarles el guante.

La joven lo miró incrédula. ¿Realmente la había llevado de la aldea para descubrir el nombre de quienes ayudaron a escapar a su marido?

—No usaban sus nombres reales Monsieur de Varens—se apuró a decir—Además, poco tiempo estuve en Londres para recordar... temo que no puedo ayudarlo.

—Pues haga memoria, intente recordar. En la aldea debía haber más franceses además del matrimonio Lefebvre.

—Solo un amigo de mi marido nos acompañó. Jules Perrot.

Lo dijo porque no era su nombre verdadero.

—¿Perrot? Él no tenía ningún amigo con ese nombre. A menos que lo hiciera mientras llevaba a cabo esa misión para el rey.

Ella tragó saliva, no quería mentir, pero no iba a delatar a Perrot, había sido un amigo leal y, además, estaba en Francia y quería recuperar su antigua vida.

—Usaron nombres falsos supongo. No importa, mis hombres están en Londres y darán cuenta de los que ayudaron a mi enemigo y traicionaron a nuestro rey.

—Monsieur de Varens, mi marido está muerto, y mi vida arruinada, acaso no comprende que todo ha terminado? Ya no importa quien huyó o quien ayudó a mi marido a huir. Murió...

Ese hombre tenía que estar loco.

—Mi esposo no traicionó al rey, le tendieron una trampa.

Él la miro con curiosidad.

—¿Vaya, eso le dijo?

La joven asintió y dijo lo que sabía haciendo que él se sintiera enfadado. No podía creer que todavía le afectara tanto lo ocurrido en ese entonces.

Sus ojos brillaron de rabia, y pensó que era demasiado orgulloso para admitir que estaba equivocado en algo y que era un tonto si esperaba seguir alimentando su odio de esa forma.

Pero sus palabras lo hicieron alejarse un poco y eso fue bueno. No quería tenerlo tan cerca, no sabía qué haría con ella y rezaba para que no le hiciera daño pues temía que insistiera en ese asunto de los cómplices de su marido pues, aunque recordaba algunos nombres no sabía quién lo había ayudado a escapar de la prisión pues solo le dijo que lo logró luego de sobornar a los guardias.

—Señora, su esposo era un hombre cruel y ambicioso y al final fue su propia codicia lo que lo llevó a la ruina. No fue traicionado, él inventó una conspiración que nunca insistió para salvar su propio pellejo porque todos sospechaban que tramaba algo junto a otros traidores.

Ella comprendió que no la dejaría en paz.

—Monsieur, solo sé que los guardias fueron sobornados por alguien que ayudó a mi

marido a escapar. No sé sus nombres verdaderos. Sus amigos salvaron su vida porque iban a ejecutarlo.

—¿Y qué pasó después? ¿Por qué fueron a esa miserable aldea?

Él quería conocer los detalles y ella le habló de la travesía, sintiéndose como una traidora por contar que un pariente de su marido los había ayudado a llegar a esa tranquila aldea.

—¿Cómo nos encontró señor de Varens? ¿Cómo supo que estábamos allí?

Él sonrió de forma pérfida.

—Porque nunca dejé de buscarla, madame. Nunca perdí las esperanzas de ajustar cuentas con su marido un día y matarlo. Lamento que ese miserable escapara, pero dicen que estaba enfermo y por eso murió.

Belle lloró al recordar a su esposo y él lo notó.

—Vaya, cuánto lo ama todavía... nunca entenderé a las mujeres. Usted me abandonó por ese hombre viejo y poco agraciado y desobedeció a sus padres pensando que se saldría con la suya y sería feliz para siempre. Pues se equivocó, hizo la peor elección, pero no la juzgo, era una jovencita tonta.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Muy cara pagué mi osadía, Monsieur, la vida me ha castigado el señor lo ha hecho de eso puede estar seguro.

Él la miró sorprendido de que reconociera sus errores por primera vez.

—Pues ahora deberá rendir cuentas conmigo y se quedará aquí hasta que yo lo decida y si intenta escapar la enviaré a lo más alto de la torre.

Ella lloró sin decir palabra, no pudo evitarlo. Pensó que era muy triste terminar sus días encerrada en una horrible torre como las damas medievales.

Mientras en Forest Groven el joven Duncan interrogaba a los aldeanos sobre lo ocurrido ese día nefasto.

Había perdido la cuenta de todas las veces que habló con ellos, que indagó y envió a su hermana Meg a preguntar a sus criadas.

Los hechos en sí eran extraños, primero se habían llevado a madame Lefebvre lejos de la granja, de su hogar para “ponerla a salvo”. El reverendo lo había hecho acompañado por un grupo de hombres, pero entonces en mitad de la travesía fueron asaltado por unos pillos que quisieron llevarse a la dama.

Cuando parecía que estos malandrines se salían con la suya aparecieron los franceses y quemaron la aldea gritando que querían encontrar a un maldito traidor y que, si alguien se interponía, lo matarían.

Los relatos no coincidían y sospechó que al comienzo todos estaban muy asustados para recordar con precisión y que luego sí recordaron cosas, pero no fue suficiente para seguir un rastro.

Duncan solo sabía que ese día nefasto un grupo de franceses armados de aspecto fiero llegaron a la aldea en nombre de su majestad el rey de Francia y se habían llevado a Annabelle y él no estuvo allí para impedirlo.

Luego tuvo que ver la aldea incendiada, destruida, llena de heridos y aldeanos escondidos aterrorizados.

—Sir Duncan, no pudimos hacer nada. Estaban armados hasta los dientes—dijo uno con los ojos desorbitados.

—¿Nadie pudo hacer nada? ¿Dejaron que se llevara a la pobre viuda sin que nadie interviniera?

—Nos habrían matado a todos, sir, se lo juro. Hirieron gravemente a quienes se negaron a decir nada del francés y el reverendo...

El reverendo fue herido, pero estaba recuperándose.

El problema era que el médico le había recomendado reposo y nada de visitas así que no podía interrogarlo.

Había corrido hasta la bahía ese día y supo que los franceses invasores y malditos se habían llevado a Annabelle a su país porque un señor la reclamaba como suya.

Pero antes de eso preguntaron por el conde de Fontaine.

Nadie sabía nada de un conde de Fontaine y entonces descubrieron que Armand Lefebvre, el marido de Annabelle había usado un nombre falso.

Pero los franceses lo llamaron traidor, ese maldito traidor cuya cabeza reclama el rey... y luego de enterarse de que había muerto en Londres escupieron el sueño con desprecio y preguntaron por su viuda. Por madame Rochelle.

Entonces fue su padre quien le dijo:

—Nos mintieron, nos engañaron. Vinieron a nuestra aldea huyendo de algo malo que hicieron... al menos creo que el francés traicionó a su rey y huyó con su esposa lejos a un lugar para esconderse. Y pensó que nunca lo encontrarían—le dijo su padre entonces.

Pero a Duncan no le importó que su amada le mintiera y supo que lo había hecho por necesidad.

—Debió verse obligada padre... además quizás sea mentira y esos franceses vinieron aquí a robarse a la bella dama.

—OH déjate de engañarte, madura ya. Esa mujer no era para ti. Era solo un enredo amoroso.

Era la primera vez que su padre mencionaba su amorío con la dama viuda. Pero evitó mencionar lo que sabía al respecto.

—Esa mujer no era para ti, un hombre de nuestra familia debe desposar a una joven de su

linaje. Olvida ese asunto y deja de indagar. Seguramente algún antiguo marido vino a reclamarla pues ni siquiera sabemos si Armand Lefebvre era su esposo. Quizás le robó la esposa a un hombre poderoso y por eso lo declararon traidor... vaya uno a saber lo que pasó. Pero sí doy fe de que era un hombre con clase, eran personas educadas y ella hablaba varias lenguas. No niego que era una dama, pero debes entender que quien hizo esto tenía razones muy poderosas.

—¿Padre, realmente creéis que fue su verdadero esposo quien vino a buscarla? Pudieron llevarla por algo malo que hizo su marido. Ella puede estar en peligro.

—Y si eso fuera cierto qué podríais hacer tú Duncan? ¿creéis que podríais rescatar a una dama de linaje de las garras de algún guerrero cruel y despiadado como los que vinieron aquí? Los franceses son brutos y salvajes. No tendrían piedad de ti, os matarían como un insecto y sois mi único hijo. Por favor. Despertad. Esa joven regresó con su marido o con su familia, quizás fue su familia quien decidió venir a buscarla. Aunque dudo que lo hicieran de esa forma...

—¿Y esperáis que deje todo cómo está? ¿Que deje ir a la única mujer que he amado en mi vida?

—Ahora sientes dolor porque es muy reciente y la amáis, os atrapó en su embrujo como embrujó a otros aquí. Morían de amor por ella, querían pedir su mano luego de que enviudó y por eso ordené que la llevaran lejos. Fue para ponerla a salvo. Al menos lo intenté sin imaginar que vendrían esos franceses y lo destruirían todo. maldita sea... es que no ves el daño que esa mujer ha causado? Ella y su marido. Vinieron aquí con sus funestos secretos y pusieron nuestra aldea en peligro desde el principio. ¿Crees que yo habría permitido que se quedara siendo como era un ladrón de esposas o traidor real? Fue terrible. Se rieron de nosotros, nos engañaron y, además, sé que esa dama era vuestra querida. Una mujer inmoral. ¿Y tú planeabais casarte con ella? Hijo mío ningún hombre sensato lleva al altar a una mujer que fue su amante, eso es vergonzoso.

Duncan no respondió.

Sabía que su padre tenía razón. Habían mentido, habían fingido ser un matrimonio de campesinos franceses.

—Todo era mentira, Duncan... todo era mentira. Y cuando una persona es mentirosa y deshonesto nunca sabes cuando dice la verdad—dijo su padre entonces.

Estuvo furioso los días siguientes y pensó que no tenía sentido insistir, indagar, preguntar... pero no pudo evitar hacerlo.

Los habían engañado y habían destruido la aldea y nunca tuvieron la honestidad de decir el peligro que los acechaba. Debieron marcharse mucho antes, pero esos malvados los encontraron. Viajaron desde Francia para buscar a Fontaine y a su bella esposa.

La amaba tanto...

Pero solo había sido su capricho, su juguete, su tonto enamorado al que luego no quiso ver más después de la muerte de su esposo.

Si es que era su marido pues era extraño que si tuviera esposo otro hombre enviara a esos palurdos por ella para que la llevaran de regreso a Francia. ¿Sería un antiguo enamorado o...?

Entonces llegó el alguacil para investigar el asunto y se quedó unos días hablando con los testigos del nefasto hecho.

Supo por sus criados que no había averiguado gran cosa. Pero por si acaso fue a preguntarle.

El alguacil lo miró perplejo.

—Lamento mucho todo esto, pero ¿qué puede esperar de unos franceses salvajes? Debería presentar una queja, pero temo que nada pasará. No sabemos sus nombres y todos han mentido. Al menos ese matrimonio de granjeros que llegó aquí.

Eso ya lo sabía, pero Duncan quiso saber algo más.

—Dejemos este asunto así, joven Duncan. ya no hay nada qué podamos hacer. ¿Se

llevaron a la esposa de otro hombre y la esposa es propiedad de su marido, entiende?

—¿Y si eran ladrones de esposas?

—Oh no, eso no puede ser verdad. ¿Cree que llegarían a esta aldea solo para robarse a las mujeres bellas y casaderas? Pues no, eran mucho y buscaban a un conde de Fontaine y luego a su esposa.

—Entonces dijeron que era su esposa?

—Sí... no lo sé. Todos estaban tan asustados que el asunto sigue siendo algo confuso para mí. quizás se la llevaron para interrogarla sobre las andanzas de su esposo. Portaban el estandarte de caballeros franceses. Quizás el rey la envió buscar. Eso tendría más sentido. Por eso envió a tantos hombres.

—Pero eso no es bueno alguacil.

—No... no lo es para la pobre dama. Pasará el resto de sus días en prisión por culpa de su marido. O quizás solo quieran interrogarla y eso tampoco será bueno. En fin. No puedo hacer más. Solo les pido que estén atentos, sir Duncan. todos ustedes. Temo que esos franceses regresen y es necesario borrar todo rastro de esa dama.

—Borrar todo rastro?

El alguacil asintió.

—Buscad en su casa cartas, vestidos, objetos.... Es mejor que nadie sepa que está aquí pues quizás hasta vengan más franceses a buscarla.

El joven sintió un sudor frío y fue a la granja de madame Lefebvre y dio órdenes a los criados de juntar sus pertenencias. Él mismo se las llevaría....

Pero también buscaba algo más. Buscaba alguna carta qué le dijera quién era en realidad y qué rayos había pasado.

Tenía dudas, muchas dudas, pero no pensaba lo peor de la dama francesa como su padre

y los demás. Ella estaba asustada luego de perder a su marido y antes de eso... recordó algo que le contó de su familia en París. Vivía en París, pero evitó hablarle sobre ello, enseguida cambió de tema y algo similar le había contado a Meg, le habló de sus primas de París a quien quería como si fueran hermanas porque era hija única.

Con esos pensamientos siguió buscando en sus aposentos deseando que nada indiscreto cayera en manos de ese alguacil. Si había algo, él lo guardaría sería discreto. Ese alguacil era un completo inútil, dio la orden de quemar todo, esa fue su conclusión. Borrar todo rastro de Annabelle Lefebvre y su marido cuando debió indagar más en vez de quedarse en la taberna del pueblo bebiendo cerveza y conversando luego en la mañana con algunos aldeanos.

Dudaba que descubriera algo.

Siguió registrando cada rincón de la habitación hasta que escuchó pasos. Era su criada Mary en quien confiaba, su antigua espía.

—Siento mucho lo ocurrido, sir Duncan—le dijo con expresión triste.

Él asintió.

—¿También yo, Mary... acaso visteis algo extraño? Por qué no están sus vestidos, no tenía libros, cartas, ¿por qué rayos esta habitación está vacía?

Ella demoró en responder.

—Su padre me dijo que donara la ropa de la dama entre los más necesitados y quemara lo demás. Temía que los franceses regresaran... han acusado al señor Lefebvre de traidor y eso lo asustó mucho. Dijo que todo debía desaparecer de aquí.

—¿Y había cartas objetos personales? Mary, ¿cómo pudisteis quemar todo?

—Eran órdenes del conde, joven Duncan. Estaba asustado, todos lo estábamos... usted no estaba aquí ese día, no vivió ese horror.

—Cuéntamelo todo, Mary, dime qué pasó.

La criada suspiró.

—Llegaron de repente, con sus feroces caballos y portando espadas filosas... oí gritos. Los niños corrieron y los pájaros...

—Olvida esos detalles Mary, quiero saber qué fue lo que hicieron luego de causar terror. Preguntaron por la señora Lefebvre.

—Oh no... querían al francés, al conde de Fontaine. Dijeron que el rey exigía que lo apresaran. Y que traían una orden real, aunque nunca vi ningún pergamino. Uno de ellos hablaba con mucha autoridad.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que se enfadaron mucho al saber que había muerto en Londres, al comienzo no lo creían, clamaban por echarle el guante al conde traidor, querían llevarlo a su país. Pero luego preguntaron por su esposa.

—¿Dijeron que era su esposa?

Mary dudó.

—No lo recuerdo, estaba escondida mirando todo aterrada. Pero al comienzo cuando todos negaron conocer al conde de Fontaine preguntaron por los franceses que vivían en esa aldea.

—Estaban buscándolos.

—Eso dijo el reverendo además... el señor Lefebvre quería llevarse a su esposa a Londres luego de la fiesta de primavera. Decía que este no era un lugar seguro para ellos, pero no entendí por qué lo decía y ese amigo suyo francés, era quien vigilaba los alrededores. Con él se reunía a veces para conversar, pero hablaban en francés y no podía entender nada... ahora me pregunto si el caballero no imaginaba que esto pasaría. Porque le llegaban cartas misteriosas desde Londres. Eran mensajes en francés.

Duncan sintió su corazón latir acelerado.

—¿Dónde están esas cartas, Mary? ¿Por qué no me avisasteis nada de eso?

—Porque usted me pidió que vigilara a madame Annabelle y pensé que eso no era importante... solo ahora me pregunto si tal vez en Londres alguien no le avisó de que los habían encontrado, aunque creo que de haber sido así ambos se hubieran marchado.

—Mary, es importante ahora, lo es... debo encontrar esas cartas.

—No las encontrará, señor Hamilton.

—¿Por qué crees que no las encontraré?

—Porque el señor Lefebvre las quemaba luego de leerlas. Era muy desconfiado y recelaba de sus sirvientes. Pero antes de morir le escribió una carta a su esposa y ella lloró cuando la leyó, pero no me dijo por qué. Y no me atreví a insistir.

—¿Una carta desde Londres?

—Ella quedó muy triste y se sentía atormentada, sir Duncan. Amaba a su esposo, lo quería y creo que se sentía culpable por...

No lo dijo, no se atrevió.

Pero sabía que ella estaba esperando un hijo de su esposo y por eso estaba tan triste. Debía preguntarse qué haría ahora viuda y con un niño en la barriga, aunque no sabía con certeza de quién era ese niño ni tampoco si existía... solo fue un comentario que le hizo una de las doncellas de que madame Lefebvre había engordado y que seguramente tenía un bebé en su vientre porque no había tenido su última regla. Era muy reciente para hacer suposiciones y no se fiaba de Daysi siempre decía cosas como esas como darse cuenta y decirle que hacía meses que el señor Lefebvre no tocaba a su esposa pues dormían en cuartos separados como dos ancianos.

Suspiró pensando que a Duncan le enfadaría saberlo. Mejor sería guardar silencio. Tampoco estaba segura de la preñez de la dama francesa, quizás fue solo un retraso y nada más, o tal vez ese retraso no existió y eran solo chismes maliciosos de esa doncella.

—¿Y esa carta, no os dijo nada de ella?

—¿Cuál carta, señor Hamilton?

—La que le envió su marido de Londres.

—No, no dijo nada, pero la afectó mucho. Luego habló con Perrot y no sé más. El francés se marchó y ella estuvo días aquí revolviendo todo como si buscara algo.

—¿Qué buscaba Mary?

—Sus antiguos vestidos, los que trajo al llegar, pero no estaban aquí.

—¿Y no los encontró?

—No... la ayudé a buscarlos pero no estaban en ninguna parte.

—¿Y eran vestidos valiosos?

—Lo eran... la vi muy triste al comprender que no estaban, pero no quiso que investigara.

—Quieres decir que alguien los tomó?

Mary vaciló.

—No supe qué pensar y luego ella dijo que seguiría buscando, que tal vez su marido los había escondido y no volvimos a hablar de ello.

—¿Crees que alguien los tomó?

—No me atreví a pensar en eso y luego lo olvidé. Además, creo que buscaba algo más que los vestidos. Buscaba los ahorros que su marido guardaba en una caja y eso tampoco lo encontró al parecer.

—Eso es grave. ¿Por qué no me avisasteis nada de eso?

—Porque se la llevaron señor Hamilton, al día siguiente ya no estaba. Se llevaron a la señora lejos de aquí y yo no pensé que fuera importante. Tenía mucho trabajo esos días.

—Entonces alguien tomó sus pertenencias y eso es grave, Mary. ¿Por qué no me avisasteis o hablasteis con mi padre?

—Sir Duncan, todo fue de repente y además no le di importancia, lo olvidé.

—Debisteis decirme... alguien tomó sus vestidos y los vendió... hay un ladrón en esta granja y mi padre debe saberlo.

El conde le había pedido que quemara todas sus pertenencias y ella lo había hecho. Pero no había encontrado nada valioso en esas habitaciones.

“Mary, si esos franceses regresan y encuentran algo nos castigarán... si algún emisario real regresa a hacer preguntas debemos decir que no conocemos a ninguna dama francesa. Borrad todo rastro ahora, no dejéis nada, ni una huella”.

El conde había sido sensato. Fue más listo que el alguacil y ella no podía desobedecer a su señor. Aunque sintiera aprecio por Duncan, era mejor dejar todo como estaba.

—Hablaré con mi padre sobre esto, Mary. ¿Es que nos dais cuenta?

Ella lo miró espantada como si no entendiera de qué hablara el joven.

—Mary, así fue que encontraron a la señora Lefebvre, porque una estúpida criada vendió uno de sus vestidos, los robó y luego los vendió en el pueblo más cercano y eso debió llamar la atención de alguien.

El asunto de cómo habían encontrado a la dama francesa intrigaba a todos, pero ahora parecía haber una explicación.

—Se la han llevado, señor Hamilton, se han llevado a la señora Lefebvre y no hay nada que podamos hacer.

—Pues no pienso eso, Mary. Solo que mi padre os ordenó que quemarais todo y ahora no tengo ninguna pista. ¡Maldición! Si al menos pudiera encontrar a sus amigos franceses... pero no me rendiré. La encontraré Mary. Os aseguro que indagaré y daré vuelta esta estúpida aldea hasta tener alguna pista sobre esos hombres o sobre ella.

Era imposible. No sabía su verdadero nombre, no sabía dónde vivía y Francia era un país inmenso. Además, si su verdadero esposo la había enviado buscar ese día...

—Pues voy a hablar con el reverendo—anunció el joven y se marchó.

El reverendo lo recibió con expresión alerta.

Todavía estaba asustado por la destrucción causada por los franceses y algo más. Lo notó triste y abatido y aunque lo invitó a pasar, no quiso hablar de lo sucedido.

—Es algo confuso para mí, joven Duncan. Los nervios me dominaron... primero esos bandidos que intentaron robarse a la dama francesa y después los otros, mucho peores...

Lo invitó a tomar un refrigerio, pero Duncan declinó la invitación. Aunque lo acompañó a sentarse en los jardines pues todavía había sol y quería disfrutarlo.

—¿Qué aspecto tenían?

—Eran unos tunantes desalmados.

—Pero dicen que vestían ropas caras y solo hablaban en francés y maldecían.

—Sí, unos modales horribles. Dudo que fueran caballeros. Esos eran una tropilla de bandidos a sueldo. Ladrones de mujeres. Como los primeros que aparecieron, pero de otra tierra.

Luego le habló de la llegada, la rabia al enterarse que el caballero francés había muerto y su expresión lujuriosa al atrapar a su pobre esposa.

Duncan sintió tanta ira entonces.

—Joven Duncan, por favor no tenga esperanzas de encontrarla con vida—le dijo entonces el reverendo

—Acaso cree que han sido tan ruines de matarla?

—No lo sé, pero nada bueno le esperaba en Francia si su marido fue acusado de traidor. Si es que era su marido porque nos mintieron desde el principio. De habernos dicho la verdad, de haber confiado en mí habría podido ayudarlos, pero nos ocultaron todo.

Eso era lo que decía su padre, pero él no estaba enfadado por las mentiras sino por no

haber estado allí ese día.

—Señor Peterson, ¿a dónde pensaba llevar a la dama francesa ese día?

Notó cómo el reverendo se ponía incómodo con la pregunta. Nervioso.

—Su padre me pidió que la pusiera a salvo porque no era prudente que luego de enviudar la dama quedara sola. Solo queríamos protegerla. La granja no era un lugar seguro.

—Y a dónde la llevabais?

—A la casa de unos parientes, joven Duncan, a casa de mis primas. Son damas respetables que enviudaron y pensé que sería un lugar seguro en el que nadie buscaría.

—Y dónde viven vuestras primas?

El reverendo mencionó el pueblo de Pretty lake y Duncan pensó que eso quedaba muy lejos.

—Hubiéramos llegado si esos bandidos no hubieran detenido nuestra marcha. Pero todo se arruinó.

—Supongo que queríais alejar a la dama de mí.

El reverendo iba a negarlo, pero no podía mentir, no podía hacerlo y Duncan supo que había dado en el clavo.

—Vuestro padre estaba disgustado, se enteró de ese enredo amoroso y supo que vos visitabais a la dama francesa a escondidas de su marido y eso no era correcto. Eso es pecado. No os culpo de ello, también fui joven y cometí muchas tonterías...

—Vaya, debí imaginarlo. Ahora sé que fue mi culpa... en parte lo fue, pero vosotros la enviasteis al infierno. ¿Acaso creéis que era lo que merecía la señora Lefebvre solo por amarme en secreto?

—Ella no os amaba, joven Duncan, solo quería ser la señora de la mansión de Groven y vuestro padre jamás lo habría permitido.

—Pues no debíais entrometeros era mi problema, era mi vida, la mujer que amaba.

—Era solo una pasión carnal, era una dama muy hermosa y seductora que volvía locos a todos los hombres eso no podía ser bueno. Lo noté al poco tiempo de su llegada y supe que esto pasaría... que tarde o temprano todos íbamos a lamentarlo. Jamás imaginé semejante desgracia, lo confieso. Y lo lamento. Solo queríamos hacer lo correcto, poner a la joven en un lugar seguro porque otros hombres querían tenerla como esposa y empezaban a pelear entre sí como gallos de riña. Era insoportable.

Duncan no dijo nada y comprendió que todo formaba parte de un plan para alejarla de él y que, si no hubiera sido raptada por los franceses, ellos la habrían llevado lo suficiente lejos para que nunca la encontrara. Había enviudado y ahora podía convertirse en su esposa y eso era peligroso para sus padres que veían como una dama viuda ocuparía el lugar de la nueva condesa de Groven Hills. Odiaban eso. No querían ni imaginarlo.

Pues él no se casaría con ninguna otra mujer. buscaría a Annabelle, aunque tuviera que recorrer toda Francia.

—Ellos tenían amigos franceses, reverendo. En Londres. Alguien los ayudó a venir a esta tierra, trajeron una carta.

—Una carta falsa porque si mintieron en sus nombres...

—Mintieron porque se vieron obligados a ello, reverendo, porque su vida corría peligro. ¿Acaso olvida que esos rufianes vinieron aquí a dar muerte al francés?

—¿Qué queréis ahora, Duncan? Sabéis bien que por más que encontréis a esa dama vuestro padre no aceptará esa boda jamás.

—Solo quiero el nombre que mencionaron en la carta, había un sello y por eso llegaron a esta aldea. Porque en Londres un pariente de Armand Lefebvre o como se llamará, los ayudó.

—Es un noble inglés que ayuda a todo el mundo en Londres, a extranjeros que son perseguidos por su religión o huyen de la miseria de su país. Es lord Remus Ackroyd. Pero si va

usted a verlo tal vez no tenga idea de quienes son los franceses pues deben tener otro nombre.

—No importa eso voy a averiguar la verdad, reverendo Peterson.

El hombre lo vio partir poco después pensando que era un capricho del corazón, uno de esos amores de juventud que se recuerdan en la vejez como esos episodios dulces y tristes, un recuerdo y nada más. Eso sería la dama francesa en el corazón de Duncan y en Forest Groven. Solo un recuerdo dulce y amargo.

En el castillo de Blaise reinaba una extraña calma y todo estaba en silencio, excepto por la dama prisionera que iba de un lado a otro como gato enjaulado buscando la forma de escapar de su prisión.

Tenía que esperar la oportunidad propicia para escapar.

Clemens de Varens la mantuvo encerrada durante días, pero no la visitó como esperaba. No fue a interrogarla ni perdió el tiempo recordándole sus amenazas.

De cierta forma se alegraba de no haberse casado con ese hombre, era malvado y frío, cruel... pero luego pensaba que había sido una tonta al desairarle. Jamás imaginó que arruinaría su felicidad y su vida y que la dejaría confinada allí en esa torre hasta sus últimos días.

O hasta su último aliento.

Pues, aunque recibiera cuidados y bonitos vestidos y la comida fuera mucho más sabrosa que al comienzo no se dejaba engañar. Era una prisionera y en cuanto cumpliera su venganza la mataría o... no sabía qué tramaba hacer con ella, pero tenía que salir de ese lugar y volver a la granja. Quería regresar... más que nunca deseaba hacerlo, pero sabía que era imposible.

No podrás escapar de allí, no hasta que él la dejara ir. Y debería soportarlo mientras eso ocurría.

Comenzó a sentirse cansada, a dormir durante el día, pero en la noche permanecía despierta hasta tarde como si pudiera sentir una presencia en esa torre. Un fantasma que rondaba

las escaleras entraba en su cuarto y luego se alejaba.

Por supuesto que eran imaginaciones suyas pues solo sentía esa rara presencia en sueños y sin embargo no estaba asustada. Imaginó que otros infelices habían sido encerrados antes en ese lugar triste y oscuro. Enemigos de los condes de Varens, o esposas no deseadas o estériles. Sabía que en su familia se deshacían de las esposas estériles o poco agraciadas luego de la boda, su padre le había contado de esa horrible costumbre entre los nobles y se estremeció. Más de uno lo había hecho durante el medioevo, pero para ella era un comportamiento de bárbaros y salvajes.

Los de Varens eran crueles, su madre se lo había advertido cuando le dijo que no quería casarse con ese joven. “No digáis eso, no ofendáis a vuestro prometido, porque no os lo perdonará cuando se convierta en vuestro marido”.

¿Pero qué sabía una joven de la vida con solo quince años?

Era tan tonta y obstinada y luego con el tiempo conoció a Armand y se enamoró locamente de él.

Clemens no era un hombre feo, era algo petulante y soberbio y no le prestaba ninguna atención en realidad. Pensaba que su boda era un mero acuerdo y que él la ignoraba por completo.

Pero el joven que conoció era distinto. Los años lo habían cambiado. Quizás a ambos. Jamás supo que él la considerara una de las herederas más guapas de esos momentos y que en silencio suspirara por ella.

¿Qué se iba a imaginar que se enfadaría tanto con su rechazo y que sería tan cruel y rencoroso?

Una mañana despertó y lo vio allí parado y pensó que era un fantasma.

Llevaba un traje de montar y se veía alto y sus ojos la miraban con intensidad y deseo. La dama se dio cuenta de que solo llevaba ese vestido ligero porque alguien le había quitado la

manta y gritó.

Él sonrió y se quedó dónde estaba.

—Buenos días, preciosa.

Ella se cubrió enseguida y se incorporó.

—¿Por qué está aquí, Monsieur? Me ha dado un horrible susto.

Él se disculpó.

—Solo quería ver a la bella dama que arruinó mis sueños de amor un día. Soy un tonto, ¿no lo cree? Un tonto enamorado de la belleza de la mujer que un día rompió su corazón y que ahora tengo a mi merced. ¿Qué cree que debería hacer, hermosa? ¿Qué cree usted que debería hacer un hombre en mi lugar?

Ella estaba demasiado asustada y aturdida a esa hora de la mañana para responderle, pero él estaba muy despierto y vio la rabia y el odio en sus ojos cuando se le acercó y le dio un beso ardiente y la atrapó entre sus brazos haciéndole sentir cuánto la deseaba.

Angeline se resistió y suplicó, pero sabía que nadie la escucharía en ese lugar, nadie la ayudaría si ese hombre le hacía daño.

Pero él se detuvo y la miró mientras la sujetaba sin usar demasiada fuerza. A su lado se veía tan pequeña y vulnerable, aunque no fuera una dama de baja estatura ni tan delgada, ese hombre era alto y fuerte como un caballo. Y esperaba que no fuera así de bruto en la intimidad. No se engañaba, sabía lo que quería de ella. Deseaba tomarla, humillarla, y saciar su lujuria para cobrar su venganza. Solo entonces la dejaría regresar con su familia. Porque no la había raptado solo para conversar y decirle cuánto la odiaba. No era tonta.

—No me haga daño, por favor... lo he perdido todo y he sido muy infeliz... he pagado por haber desobedecido a mis padres y por haber abandonado a mi prometido. Si algo alivia su ira y dolor, le pido perdón Monsieur de Varens.

Solo podía rogarle y fingir que estaba arrepentida. En esos momentos debía sobrevivir y tratar de suavizar la rudeza de su adversario, que parecía odiarla y deseaba casi con la misma intensidad. Sabía que solo su deseo por ella podría librarla de morir en la horca o en un calabozo de París. Él podría enviarla a prisión delatando su presencia allí. Porque era la viuda de un hombre declarado traidor y sabía que eso era peligroso.

Sus palabras no la salvarían, ni siquiera notó que él apreciara su acto de humildad al pedirle perdón. No... él no quería solo una disculpa por supuesto.

—¿De veras lo siente, madame y está arrepentida de haberme abandonado? Pues eso no le impidió seguir a su marido a ese país cuando sabía lo que había hecho, sabía que había traicionado a nuestro rey, pero usted lo acompañó a un país extraño—le reprochó. Sus ojos azules brillaban de forma extraña y por su expresión supo que no le creía una palabra. Ahora,

además, la acusaba de seguir a un traidor real.

—Si me quedaba aquí me matarían, Monsieur de Varens, por eso escapé. No tuve alternativa.

—¿Y cree que yo lo habría permitido, madame? Si busqué a ese malnacido no fue solo para celebrar mi venganza, fue para encontrarla a usted. No soportaba saber que se la había llevado al nuevo mundo como decían. Y ni siquiera tuve oportunidad de dar cuenta de él.

Él negó haber matado a su esposo y ella no puso qué pensar, le parecía demasiada casualidad que él muriera poco antes de que los franceses llegaran a la aldea para llevársela a la fuerza. Su esposo lo presintió, sabía que sus enemigos estaban en ese país, ¿se lo dijo... pero ¿de qué servía lamentarse? Ahora era la prisionera de su antiguo prometido y debía jugar mejor las cartas o terminaría muerta o en prisión.

—Pero ahora está a mi merced y podría entregarla al rey para que la encarcelara, ¿sabía?
—dijo de pronto.

Ese demonio parecía leer sus pensamientos, y conocer sus peores temores. Por supuesto que podía hacerlo con solo enviar un mensaje al rey.

—Pero no lo haré todavía, la venganza es un asunto privado. Tendré todo lo que desee de usted madame, y luego podrá regresar a su aldea o a París, a donde lo desee.

Ella se apartó inquieta y tuvo ganas de llorar, de gritar, de correr. Ni loca dejaría que ese hombre la tocara. Que la usara como una ramera y luego la enviara a París con su familia.

—¿Cómo puede ser tan cruel? ¿Acaso trama someterme a indignidades como si fuera una pobre campesina a su merced?—le dijo.

Esperaba que se avergonzara, que se retractara o solo dejar en evidencia que la había encerrado allí para someterla a sus deseos como un bruto.

Odiaba que la tocara, como odiaba a ese hombre por todo el daño que le había hecho a su pobre esposo, aunque en esos momentos el terror la dominara por completo, no cedería a su

horrible chantaje.

Él tomó su rostro y le dio un beso ardiente robado y feroz.

Pero solo fue un beso, la retuvo entre sus brazos y disfrutó ese momento de poder y perversidad.

—Ahora es mi prisionera, madame Rochelle, y puedo hacer con usted lo que me plazca y debería estar agradecida que quiera convertirla en mi cautiva o ¿cree que se sentiría mejor en una oscura y horrible celda de París? Al rey le agradaría encerrarla y la obligaría a confesar los nombres de los traidores que ayudaron a su marido a escapar esa noche. Pero usted no lo sabe, ni siquiera lo recuerda. La matarán hasta que confiese y la someterán a castigos horribles que ni siquiera puede imaginar.

Ella lo miró aterrada, ahora sabía lo que tramaba y pensó que por eso la había buscado. Habría matado a su marido y la habría encerrado mucho antes para convertirla en su cautiva de haberla atrapado la noche que huyó.

Annabelle sostuvo su mirada y se esforzó mucho en controlar sus nervios, no se echaría a llorar como su enemigo esperaba, no le daría ese placer. Debía ser cauta y pensar, pensar en cómo enfrentaría esa horrible venganza.

—Pero usted tiene esposa, ¿qué dirá ella cuando sepa que tiene a su prometida cautiva aquí?—le dijo con astucia.

Su mirada cambió, lo que le hizo comprender que no se esperaba tal respuesta. La mención de su esposa lo crispó y enfadó, lo vio en sus gestos y pensó que tal vez la odiaba o solo se sentía molesto de que ella la mencionara en su presencia.

—Mi esposa vive en París, madame Rochelle, llevamos vidas separadas y ella jamás visita este castillo. En realidad, es mi esposa solo de nombre.

—Pero se casó con ella y supongo que tendrá hijos. Debe pensar en ellos.

—No tengo hijos, Eloise no me dio ningún hijo ni ella me importa un rábano, ni su suerte

ni su rabia. Además, ella no vendrá, detesta la vida en el castillo—respondió.

Eso era usual en esos tiempos por supuesto, esposos que apenas se veían y que solo se reunían en alguna fiesta. No había sido una boda por amor, sino un mero acuerdo entre familias, una boda concertada como tantas, una pequeña distracción para tapar las apariencias mientras ese hombre continuaba con su venganza.

—Bien... espero su respuesta madame. Le daré unos días para que lo piense. No me he tomado tantas molestias para irme con las manos vacías, ¿sabe?—le dijo entonces.

Volvía a ser el hombre cruel que dominaba la situación y la miraba con deseo y rabia.

—Ahora es mi cautiva y su vida está en mis manos. Su futuro y su libertad... no soy un hombre cruel. Y si me da lo que me debe entonces la dejaré ir, la regresaré a su aldea de campesinos, pues imagino que no querrá volver a París. Su familia no quiere saber nada de usted. Todavía creen que es la esposa de un traidor.

Sintió que hervía de la humillación.

—Antes muerta que ser su ramera, Monsieur—le dijo ella furiosa guiada por la rabia. Era una respuesta apropiada y digna, pero sabía que su orgullo no la ayudaría esta vez. Su orgullo no le serviría para nada.

Él la miró con una sonrisa y se apartó como si no esperase semejante golpe de gracia, pero luego se quedó mirándola.

—Pues no creo que se sienta tan segura de querer darme esa respuesta, madame de Rochelle. Mi hermosa dama. Recuerde que he esperado demasiado tiempo para esta venganza y que mi tío es muy cercano al rey. Me bastaría con escribir una carta a mi tío el duque y vendrán a buscarla y la llevarán a París para exigirle los nombres de los que ayudaron a su marido a escapar de prisión y que supongo están en Londres o la alguna parte de Inglaterra.

—A mi marido le tendieron una trampa, usted lo hizo. Lo sé, él me lo dijo.

—Oh no, no fui yo madame, pero me habría complacido hacerlo. De todas formas, no

podría demostrar su inocencia ahora, está muerto y quienes lo ayudaron no se atreverían a volver a París. Está sola en su locura de demostrar la inocencia de su marido, solo me tiene a mí ahora... y no soy amigo suyo ni me interesa participar de una cruzada como esa—hizo una pausa y continuó:—Mejor piense en usted y en el presente, madame. No es mi intención entregarla a los hombres del rey, pero creo que será usted quien deberá convencerme de que no lo haga.

Ella lo vio irse y tembló. Era temprano, todavía no amanecía y se envolvió en la manta para llorar sin que nadie la viera. Nunca en su vida se había sentido tan sola y desamparada, sola y librada a su suerte. No dejaría que ese hombre la tocara, no dormiría con el hombre que había arruinado su vida y había sido el responsable de que su pobre marido envejeciera y muriera trabajando en el campo como un labriego para poder dejarle un legado. Ni traicionaría a los hombres que un día los ayudaron a escapar de Francia.

Pero sabía que era la viuda de un traidor y que el rey quizás estaba buscando a su esposo todavía y valoraría saber que al menos habían atrapado a su viuda. La interrogarían, le preguntarían por los hombres que la ayudaron a huir a Inglaterra y ella moriría en una horrible prisión. Nadie la respetaría a pesar de su linaje, le harían toda clase de indignidades porque su familia hacía tiempo que la había abandonado y tampoco la ayudaría.

Ese malvado realmente quería destruirla y nada lo detendría, pero ella debía intentar escapar. Debía escapar de esa horrible torre.

Secó sus lágrimas y regresó a la cama. Estaba tiritando, en ese lugar siempre hacía frío y se envolvió en las cobijas de lana para intentar dormirse y pesar que eso había sido un mal sueño.

Durante días estuvo atenta y observó la torre y comprendió que era imposible escapar pues era celosamente custodiada por criados que mantenían el edificio cerrado con llaves. Además, solían montar guardia y visitarla durante el día con frecuencia para cerciorarse de que estuviera bien atendida, aunque tal vez solo estaban allí para vigilar que no intentara escapar.

No tardó en comprender que era imposible huir de esa fortaleza, todo el castillo era un lugar aislado y rodeado por una muralla como los antiguos castillos medievales.

Y por más que intentara escapar nadie la ayudaría, ¿a dónde iría? Estaba atrapada en esa prisión, su enemigo la había atrapado y nunca más podría huir de él.

A menos que él la liberara y la escoltaran a París junto a su familia como le había prometido. Pero ¿qué haría su familia entonces? Cuando su marido cayó en desgracia la habían abandonado y así fue luego de su boda, jamás habían respondido sus cartas. ¿Acaso la ayudarían cuando ese hombre la dejara ir?

Se daba cuenta que solo tenía a su enemigo en esos momentos, al hombre que la odiaba y que habría podido matarla si no la deseara todavía. O quizás la matara cuando se hartara de ella.

Trató de no pensar en eso, pero estaba asustada. No tenía a nadie que pudiera ayudarla y sabía que Duncan jamás la encontraría.

Duncan Hamilton era solo un sueño para ella y sus noches de amor un recuerdo que jamás olvidaría. Cuánto lamentaba no haber aceptado su ayuda, pero se sentía abrumada por la culpa y el dolor después de perder a su marido. ¿Qué se iba a imaginar que sería la última vez que lo vería y que sus enemigos como sabuesos pisaban sus talones? Pensaba en él todos los días, aunque temía que nunca volviera a verlo, aunque no dejara de pensar en él todos los días y en el niño que llevaba en su vientre.

Su hijo le daba fuerzas, le daba coraje, pero también la hacía sentirse más vulnerable. En cuanto él lo supiera...

Trataba de no pensar en ello. Trataba de no pensar en lo que haría ese hombre cuando supiera que estaba encinta y pensara que era el hijo de su marido. Esperaba que la liberara antes de saberlo, pero su futuro seguía siendo incierto, y no quería creer que pasaría el resto de su vida encerrada en esa torre como castigo por haber abandonado a su prometido. Era demasiado horrible, demasiado cruel...

Los días pasaron y ella comprendió que estaba perdida y que solo podía complacer a ese malvado, aunque la sola idea le repugnara. No tenía otra salida y aunque luchaba por hacerse a la idea, no podía hacerlo. No sería capaz de doblegarse a él. Rezaba para que alguien fuera a rescatarla, porque Duncan la encontrara en ese país, pero no, no llegaría a tiempo, no sabría su verdadero nombre, nadie lo sabía...

Una noche Clemens de Varens apareció de repente en su dormitorio con expresión fiera y tembló, siempre tenía esa cara de malvado que tanto la asustaba y que la desconcertaba pues siempre parecía odiar a todo el mundo. También a ella.

—Vuestro tiempo se ha acabado, madame Agnés—dijo de pronto pero no se movió. Solo la miró esperando su respuesta.

Ella se alejó y tembló y quiso correr, pero él atrapó su boca y le dio un beso ardiente. Odiaba que hiciera eso, pero si lo rechazaba la mataría.

Él sonrió y atrapó su talle.

—Quieta hermosa, tranquila, no le haré daño, lo prometo. Es tan hermosa... es mi debilidad, maldita sea, y la quiero a usted, ahora.

No, no podía negarse, debía entregarse a él y jamás pensó que sería un horrible tormento soportar que ese hombre le arrebatara el vestido y la tocara. Solo había tenido dos amantes en su vida y habría deseado tener más experiencia, cerrar los ojos y ser capaz de fingir que eso le gustaba como lo hacían las rameras, pero no fue así... solo pudo pensar en Duncan, invocar su recuerdo, imaginar que era él quien la tenía atrapada.

Clemens de Varens no era un hombre delicado ni tierno, era brusco y solo buscaba tomarla y hacerla suya hasta exprimir la última gota de placer como si fuera una fruta deliciosa que él quería probar hasta el hartazgo. Tuvo que detenerle, pedirle que fuera más despacio...

—Por favor, hace meses que un hombre no me toca—le dijo.

Él sonrió.

—Su marido debía ser impotente, supongo.

Ella se sonrojó sin decir palabra.

—Pero usted es una dama ardiente, es toda una mujer y no necesito preguntárselo. Conozco bien a las mujeres y sé que me teme, pero no le haré daño si hace lo que le pido. Solo hasta que sane mi rabia y mi odio por todo lo que me ha quitado... una vida feliz. Una esposa hermosa a la que habría adorado...

Era la primera vez que hablaba de ello y sabía que era sincero.

—Pero solo tengo una esposa fea y malvada como una comadreja que ni siquiera me ha dado hijos y que ahora se ha convertido en un horrible estorbo —le dijo y le dio un beso suave y la miró, miró su cuerpo embobado y le dijo que era hermosa. Tan hermosa.

Y de pronto se abrazó a su cintura y comenzó a besar su vientre despacio hasta que se inclinó y sus labios devoraron cada rincón como si fuera lo más delicioso del mundo. Sabía cómo satisfacer a una mujer, no era un bruto como había creído al comienzo, sabía qué rincón tocar, pero ella solo sentía que estaba traicionando a Duncan, a su esposo, y que solo lo hacía porque era su cautiva y estaba obligada a ser la amante de su raptor y a dejarle satisfecho como exigía la ocasión. Lo hizo sin pensar, o trató de no pensar en lo que estaba haciendo mientras le prodigaba caricias húmedas volviéndolo loco de placer. Como una meretriz experta, así se sintió entonces, una mujer que tenía un arma en sus manos y debía usarla en su beneficio. Se entregó a él más de una vez, y no vaciló en brindarle ardientes caricias hasta dejarle satisfecho por completo porque su amante parecía poseído por un deseo salvaje quería más de ella, mucho más y solo la dejó en paz cuando logró saciarse...

Pensó que luego de tener lo que tanto había querido de ella la dejaría ir. Que no la dejaría allí encerrada humillada como su cautiva el resto de su vida. No sería tan cruel.

Había cumplido su parte del trato, era la mujer que él había soñado en la intimidad, se comportaba como si eso le gustara, pero para ella solo era una obligación a la que se acostumbró como lo haría cualquier mujerzuela.

Odiaba asentirse como una ramera, pero estaba desesperada y sabía que era la única arma que tenía para domeñar a ese malvado enemigo y se esmeró en hacerlo bien. Era un hombre joven y ardiente y siempre estaba listo para hacerlo y una sola vez nunca era suficiente, pero se daba cuenta que lentamente lo iba enredando, lo iba a atrapando y no podía dejarla ir.

Y cuando un mes después le recordó su trato luego de ser suya en la intimidad él la miró.

—No voy a dejaros ir... quiero que seáis mi esposa hermosa. Sois una hermosa y dulce mujer y fui un tonto al no pelear por ti, al dejar que el orgullo me dominara.

Ella lo miró sorprendida.

—Vuestro orgullo?—le preguntó.

—Cuando supe que os había fugado estaba demasiado enfadado y herido para hacer algo, pero debía ir tras de ti, debí luchar por recuperar a mi prometida y matar a ese malnacido. No lo hice... porque te amaba y estaba herido, furioso.

—Me amabais? Pero solo os vi dos veces...

—Es verdad, pero yo os veía a escondidas, os vi a la distancia y decidí que quería que fuerais mi esposa. Fuisteis el señuelo de vuestra ambiciosa familia, querida.

El señuelo, la trampa, la obligaron a esa boda cuando solo tenía quince años y ahora era la amante del hombre que un día la había amado en silencio. La amante del hombre que un día debía desposarla.

—Nunca lo supe, creí que era solo un mero acuerdo entre familias—le confesó.

Él se acercó y la abrazó de forma íntima.

—Os amaba, mon belle, os añoraba y ahora sois mía... solo mía.

No, no era suya, nunca sería suya. Era su cautiva, su prisionera ahora, pero escaparía apenas le fuera posible. Lo haría.

—Me habéis engañado—le reprochó ella.—Dijisteis que si os complacía me dejaríais regresar a Inglaterra.

Él le sonrió.

—No os engañé, ¿creéis que sería tan malvado de entregaros al rey? Fue vuestro marido que os robó de mi lado, él os sedujo sabiendo que erais mi prometida, él debía pagar, no vos... nunca haría daño a una pobre dama indefensa, ni a ti...

La atrajo contra su pecho y la besó y poseyó de nuevo con suavidad.

—Sois mía ahora preciosa, mi amante cautiva.

La besó una y otra vez y le dijo al oído que nunca la dejaría ir. Que sería suya como debió serlo aquel día.

—Tú debías ser mi esposa, debíais ser mía. ¿Qué creéis que sentí cuando supe que os habían raptado? Lo habría matado, pero erais su esposa y mi padre me prohibió intervenir, dijo que jamás aceptaría que os convirtiera en mi esposa, pero él ya no está, ya no puede gobernar mi vida. Y vos os quedaréis conmigo hermosa. Os quedaréis conmigo y os convertiréis en mi esposa.

Ella pensó que debía negarse, pero luego comprendió que hablaba en un impulso de la pasión, porque estaba loco por ella y todavía la amaba. La amaba y quería volver atrás el tiempo. Sin Armand pensó que lo conseguiría, pero él tenía esposa y ella estaba esperando un hijo de otro hombre...

Pero no se lo dijo, tuvo miedo. Era un hombre cruel y vengativo y pensó que con el tiempo la dejaría ir, la dejaría volver a su país. El amor era algo tan efímero... cierta clase de amor lo era.

Los días pasaron y él la llevó a sus aposentos del castillo y la llenó de hermosos vestidos y joyas mientras la hacía suya casi todas las noches y no se alejaba de ella ni un momento.

Estaba loco por ella y una noche volvió a decirle que la convertiría en su esposa.

—No puedes hacerlo...

—Siempre quise que fuerais mi esposa y nada va a impedírmelo hermosa...

No pensaba con claridad, parecía como embrujado y hasta parecía cambiado. Ya no era el ogro que encontró al llegar a la torre y ella era la responsable.

De alguna manera lo había alentado. Es que odiaba vivir en esa torre, odiaba ese lugar y por momentos temía morir allí.

—Claro que puedo...

—Tiene esposa, señor de Varens. Una esposa en París y temo que venga y se enfade y me haga daño.

—Eso no pasará....

Él le quitó el suave vestido y acarició sus pechos llenos y redondos.

Su cuerpo había cambiado y en poco tiempo sus caderas se habían ensanchado y se preguntó cuánto tardaría en saber que esperaba un hijo.

Él la deseaba con locura, la adoraba y decía amarla.

—Nunca permitiría que nadie os hiciera daño, hermosa—dijo tocándola con delicadeza.

—Pero estoy escondida aquí y nadie sabe de mi existencia. Solo soy vuestra prisionera, vuestra cautiva.

Él lo negó, pero su deseo por ella era tan feroz que habría prometido lo que fuera mientras le hacía el amor y la llenaba de besos y caricias.

Era un hombre ardiente, mucho más de lo que habría imaginado y no era que no hubiera

tenido una mujer en mucho tiempo en su cama, era ese fuego que ella le despertaba. Ese deseo incontrolable, salvaje que él llamaba la llamaba amor y que ella correspondía para tenerle a sus pies. Pues era mucho mejor tener al enemigo comiendo de su mano que odiándola y encerrándola en la torre.

Se daba cuenta cómo había cambiado esos días, esas semanas y cómo del odio inicial y sus ansias de venganza se habían convertido en el deseo de convertirla en su esposa.

—No permitiré que ella se acerque a ti.

—Pero no tardará en saber que tú has traído una mujer a vuestro castillo.

Su mirada cambió.

—Odio a esa mujer, odio estar casado con ella, tú debías ser mi esposa. iba a lograrlo, cuando ese malnacido fue apresado... yo lo hice, yo lo encerré y de haber muerto... pero escapasteis y todo se arruinó.

Ella tembló al comprender que todo era cierto que ese hombre era culpable pero ahora estaba a su merced y era mejor no hacerle enfadar.

Se había acostumbrado a ser su amante, a complacerle, pero no se sentía segura pensando que esa mujer llegaría de un momento a otro y se lo dijo.

No quería vérselas con una esposa celosa y malvada. Porque él la pintaba como mala, egoísta y mezquina y también increíblemente poco agradecida.

—Tú debías ser mi esposa, llevo esperando demasiado tiempo este momento y no dejaré que nada lo arruine—anunció con mucha seguridad.

Y luego de decirle eso, días después lo vio reunirse con sus leales caballeros en secreto y darles órdenes. Tembló al pensar que estaba tramando deshacerse de su esposa Eloise cuanto antes para que ella ocupara su lugar. Pero ella se juró que jamás se convertiría en la esposa de su enemigo. Del hombre que había destruido a su esposo y también su vida.

Estaba asustada, pero amaba a ese bebé y quería protegerlo. Ahora era todo cuanto tenía

de su amor inglés, el hombre que un día quiso ponerla a salvo y ella había rechazado... no había dejado de pensar en él, ni cuando debía entregarse a su feroz enemigo en la intimidad. Pensar en Duncan lo hacía más soportable pero no sabía si él la recordaría con el mismo afecto luego de que esa horda de feroces franceses había provocado caos y muerte en su aldea. Estaba segura de que todos la culparían de lo ocurrido.

No podía esperar que el caballero inglés la encontrara algún día, ni siquiera sabía su nombre real ni por qué había huido de Francia. Nunca tuvo coraje para revelar su secreto. ¿Pues qué pensarían de ellos los aldeanos? No los habrían acogido ni dejado quedarse, habrían comprendido el peligro mucho antes que todos...

Se sentía atormentada por lo ocurrido. Culpable. Pero jamás imaginó que eso pasaría, que un día su enemigo los encontraría, y que llevaba mucho tiempo buscándolos para renunciar a encontrarlos. A encontrarla... solo quería encontrarla a ella.

Sabía que era su debilidad y que la trataba como si fuera su esposa.

Suspiró al pensar en el pasado y en su triste presente. Esperando un hijo de otro hombre y empujada a una boda que no quería. Pero debía hacerlo. Debía darle un hogar y un padre al niño que llevaba en su vientre.

Aceptaría convertirse en su esposa.

Era mejor que ser la cautiva de ese malvado, una dama cautiva no tenía derecho a nada y era mirada con desprecio por todos. Aunque en esos tiempos muchos caballeros tuvieran amantes en sus castillos, ninguno era tan descarado de llevar a la amante a sus dominios como Clemens lo había hecho.

Los meses pasaron y una mañana recibieron una visita inesperada.

Annabelle se encontraba devorando el desayuno con Clemens mientras hablaban del niño cuando entró una dama poco agraciada, de ojos muy negros y nariz de gancho, escoltada por dos lacayos. Aunque no sabía si la escoltaban o trataban de detenerla.

Para Clemens fue como ver al diablo en persona.

—Eloise—dijo—¿Querida, a qué debo el honor de vuestra visita? ¿Recibisteis mi carta?

Actuaba con falsa cortesía, pero ella estaba furiosa y notó cómo se dilataban las aletas de la nariz larga mientras sus labios gruesos se curvaban sin ninguna armonía.

—¿Así que es verdad, habéis traído a una ramera a mi casa? ¿Cómo has podido?

Clemens le dijo que se callara.

—Si no me dais el divorcio os arruinaré Eloise. Os lo advierto.

—Jamás os daré el divorcio. Está prohibido. El rey lo ha prohibido, bien lo sabéis. Además, no es la primera vez que traéis una amante al castillo, aunque debo reconocer que esta vez os habéis sobrepasado. Habéis dejado preñada a una de vuestras queridas.

Annabelle se levantó y quiso escapar, pero Clemens le dijo que se sentara mientras él se encargaba de su esposa.

Pero notó que esta la miraba con rabia y algo más, curiosidad. Como si la conociera, como si pudiera reconocerla...

Y mientras Clemens luchaba por sacarla de la sala y daba órdenes a sus criados, la mujer dejó escapar una risa amarga.

—No puedo creerlo, habéis traído de regreso a madame Rochelle, la joven que os plantó en el altar hace años. Sois un tonto, un grandísimo imbécil.

Annabelle escapó, nadie pudo detenerla, no quería saber de qué sería capaz una esposa engañada y furiosa, debía pensar en el niño que llevaba en su vientre. Jamás imaginó que la mujer llegaría así de repente, ni creo de Varens lo supiera o lo habría impedido, pero en un momento todo fue un caos y ella corrió y se encerró en sus aposentos y echó todos los cerrojos mientras oía los gritos de su raptor y el enfado de su esposa.

—Jamás os concederé la anulación. Si pensáis que vais a casaros con vuestra amante y

que me convertiréis en una esposa abandonada y rechazada... jamás. Tengo orgullo. No es que tú me importes. Nunca he soportado ser vuestra esposa.

La voz de Clemens no expresaba enfado, solo parecía estar preocupado por ella y ordenó a sus criados que la cuidaran. Era su amor, su adoración y lo sabía, más ahora que él creía que le daría un hijo.

Pero estaba atrapado en ese matrimonio y no convencería a su esposa de anular la boda. Estaba intentando anular la boda por la no consumación pues al no haber hijos... el problema era que ella debía dar su testimonio y eso jamás sucedería. Debió imaginarlo, esa dama no era cualquier hija de caballeros, su familia era muy poderosa y jamás aceptaría romper su matrimonio.

Sería siempre la cautiva, la amante del hombre que un día debió ser su esposo y no quería eso, quería darle un hogar a su hijo, un apellido.

No podía esperar que Duncan la encontrara, ni siquiera sabía su verdadero nombre y además... ¿Querría volver a verla luego del caos de muerte y destrucción en su aldea? No era su culpa, pero sí lo era de cierta forma. Porque jamás pensó que el temible enemigo la encontraría. Porque nunca había dejado de buscarla durante años.

Tembló al pensar en esa mujer que la odiaba, en sus parientes que tampoco aprobarían que el conde llevara a su castillo a su cautiva.

Pero él no toleraría insultos de su esposa y de pronto sintió un carruaje alejarse y comprendió que la dama se iba con su séquito de sirvientes. La vio meterse en el carruaje hecha una furia y pensó que los problemas recién comenzaban. Eso no quedaría así, luego enviaría a sus familiares y todos dirían que el conde de Varens había enloquecido.

Él apareció poco después y notó que estaba alterado pero preocupado por ella.

—Siento mucho lo que pasó, esa mujer es realmente odiosa, pero os juro que tendré el divorcio. Me libraré de ella.

Ella comprendió que eso sería imposible.

—Nunca os concederá la anulación, es una mujer orgullosa y no soportará esa humillación.

—Pues no me importa, recurriré hasta el mismo rey para tener la anulación si se niegan a ayudarme. Maldita mujer... no ha hecho más que deshonrarme en las fiestas a las que acude a París. Debí deshacerme de ella mucho antes, pero ni siquiera me importaba. Nunca me dio un hijo y dijo que era mi culpa, que yo era estéril. Voy a repudiarla y no me detendré hasta convertiros en mi esposa. No voy a permitir que mi hijo nazca fuera del matrimonio. Tú eres mi única esposa ahora...

Pero no lo era, y pensó que luego todo se sabría, sabría que ese niño no era suyo y todo sería peor.

Si al menos pudiera escapar... pero estaba atrapada y debía enfrentar esa farsa y rezar para que todo saliera bien.

—Ve a acostarte, Agnes, estáis pálida y necesitáis descansar. En vuestro estado es delicado que os llevéis estos disgustos. Lo lamento, nadie me avisó que esa harpía vendría aquí, nunca lo hace, es extraño.

—Alguien debió hacerlo, Clemens, alguien debió avisarle y sabéis que tendréis problemas con vuestra familia, con la familia de vuestra esposa.

Él no quería ni oír hablar del asunto y la arropó mientras ella se metía en la cama.

—Pues ya veré cómo me las arreglo, pero os aseguro que no voy a dejar que se salga con la suya.

Estaba furioso y desesperado, pero se preguntó si se atrevería a enfrentar a la poderosa familia de su esposa. Estaba atado a esa mujer, aunque eso no le gustara para nada, aunque ahora le incomodara parecía empeñado en salirse con la suya, pero no sabía si lo conseguiría.

No fue la única visita desagradable, otros parientes fueron a verle los días siguientes para hablar con él en privado sobre ese asunto. A ella la saludaron por mera cortesía, pero sabía por qué habían ido. Al parecer Eloise les había contado a todos que su marido tenía una amante en el Château y que además llevaba un bastardo en su vientre.

Todos estaban furiosos con Clemens y esas visitas solo lo hicieron enfadar mucho más.

Annabelle se sentía intranquila, se preguntaba si no harían algo para deshacerse de ella. Aunque los criados la trataban siempre con respeto no dejaban de murmurar y mirarse entre sí como si guardaran un secreto.

Y luego vio a Clemens de Varens alejarse a caballo hecho una furia.

Tuvo miedo. Mucho miedo. De pronto todos sabían que el conde tenía una falsa esposa en su casa que además estaba esperando un hijo, y lo más peligroso era que su verdadera esposa lo supiera.

Por primera vez comprendió que su vida corría peligro y tembló pues no tenía a dónde ir, y cualquiera podría hacerla desaparecer sin que su raptor se enterase. Y no quería morir, estaba esperando un hijo, el hijo de Duncan, aunque él pensara que era suyo. Estaba asustada, tanto que cuando él le dijo que debía marcharse tembló y dio un respingo.

—Lo siento, no quise asustaros hermosa.

Él se dio cuenta de que estaba nerviosa y la abrazó y le dio un beso ardiente y luego la miró.

—No temáis... nada malo os pasará. Os cuidaré con mi vida y todos aquí os cuidarán en mi ausencia.

—Acaso vais a ausentaros?

Él asintió, pero como en otras ocasiones su rostro era una máscara. No podía saber qué tramaba, pero tuvo un mal presentimiento.

—Vuestra esposa me odia, su familia... saben que estoy esperando un niño vuestro y

querrán matarme.

Sus ojos se abrieron cuando dijo eso.

—No lo permitiré, lo prometo. No dejaré que nadie os haga daño.

—Eso no podéis impedirlo... debo irme de este castillo ahora. Por favor, Clemens. Mi vida corre peligro.

Él la miró embozado y solo pensó en hacerle el amor como si eso pudiera calmar el temor que sentía. Si antes había estado asustada cuando la llevaron de la aldea de Forest Groven ahora estaba aterrada pues se daba cuenta que el peligro era mayor. Podrían matarla mientras dormían y ese momento de intimidad no logró darle consuelo alguno. Solo un alivio pasajero, un soplo de placer, pero no logró calmar la angustia que sentía al pensar en su futuro y en el de su hijo.

Podía sentir la tensión en el aire, sabía que Clemens tramaba algo, pero nunca hablaba de ello, solo intentaba tranquilizarla mientras su vientre crecía de prisa y se acercaba el momento de su alumbramiento.

No nacería cuando todos creían, en primavera, nacería en invierno y solo ella sabía la verdad.

La comadrona al verla en estado avanzado comenzó a hacer correr el rumor de que esperaba mellizos y eso la asustó. Porque sabía que esa dama sabría si un niño nacía prematuro, pues era la mejor partera del pueblo, pero ahora estaba en el castillo para asistirle en el parto.

Clemens no había tenido el divorcio como esperaba y eso lo tenía de mal talante. Malhumorado y molesto. Sabía que tramaba algo, que haría algo y eso la asustaba tanto como que el momento de su alumbramiento llegara mucho antes de lo esperado.

Esos días se sintió atormentada pensando en ello y hasta deseó decirle la verdad, pero no tuvo valor. No era un buen momento para revelaciones y lo sabía.

Una mañana escuchó una conversación entre Clemens y su primo Antoine de Varens. Era su aliado y uno de sus parientes más cercanos y sabía que le había pedido ayuda para deshacer su matrimonio, pero él no había podido conseguirlo y en cambio lo vio sacar una carta de su larga chaqueta.

—La familia de Eloise os ha enviado esta carta Clemens. Debéis leerla con calma. No ignoréis este mensaje.

Él tomó la carta y vio la tensión en su rostro a pesar de la distancia.

No sabía qué contenía la misiva, pero Annabelle pudo imaginarlo.

Llevaban meses luchando por esa anulación, él insistía en convertirla en su esposa, aunque todo el mundo estuviera en su contra y hasta ella le dijera que no era sensato insistir.

Hasta pensó en decirle lo del bebé para que la dejara volver a Inglaterra.

Pero no se atrevía, sabía que él estaba loco por ella, y que había esperado mucho tiempo para tenerla de nuevo a su lado y no la dejaría ir. Una noche le dijo que solo muerto podrían apartarla de su lado.

Nadie osaría hacerle daño al conde de Varens, era un noble rico y muy poderoso, pero estaba casado y la familia de su esposa era importante.

—No puedes desposar a esa joven, y lo sabéis. Por más que la améis y que sea de buena familia... Nadie ha olvidado que su marido fue un traidor y toda su familia la ha abandonado.

—Eso no es su culpa, no es culpa de Agnes... tú no entiendes Antoine.

—Oh sí que lo entiendo. También he tenido algunos amoríos, primo. Pero esto es demasiado. La habéis dejado preñada y ahora todos lo saben. Debisteis ser más discreto, llevarla a otro castillo más pequeño y no aquí. ¿Por qué la habéis traído al castillo de Blaise? Todos lo saben, todos murmuran. Vuestra familia y la de vuestra esposa. ¿Acaso habéis perdido el juicio?

—No es mi esposa. Nunca lo ha sido. Hace tiempo que llevamos vidas separadas.

—Eso es algo común en estos tiempos, pero al menos los infieles respetan ciertas reglas. No traen a sus amantes a vivir a sus castillos para que todos sus vecinos y amigos se enteren.

—Maldición Antoine, ¿es que tendremos de nuevo esta conversación? Ya os dije que no voy a esconder a Agnes. Pronto dará a luz a mi hijo y no tengo la anulación. Pensé que podrías ayudarme, prometisteis hacerlo y solo habéis conseguido esta amenazante carta de esos malnacidos.

—Los de Latour no son unos malnacidos, mon ami. Son una familia importante y amenazan con llevar este asunto a una corte si no os lleváis lejos a esa dama. Estáis ofendiendo a vuestra esposa, y también a vuestra familia y el niño que espera vuestra cautiva no es más que un bastardo que ni siquiera es vuestro.

—Calla. No os atreváis a decir...

—Es lo que todos creen. Un niño nacido fuera del matrimonio es un bastardo, aunque sea vuestro. No podréis darle vuestro nombre jamás. Ni a ella. Y vuestra esposa es joven y goza de buena salud y si le ocurre un accidente todos sabrán que fuisteis tú. Oh no me miréis así, sé que lo has pensado. Os conozco bien. Estáis tan desesperado que lo haríais.

—Lo haré y entonces podré casarme con la mujer que siempre he amado.

—Es una quimera. Solo os queda esperar, pero ahora no es el momento, todos os acusarán, dirán que fuisteis tú. ¿Qué rayos dice la carta?

—Supongo que lo sabéis.

—Solo lo sospecho.

—Bueno, dice que si no llevo lejos a mi amiga lo lamentaré y llevarán este asunto con mi tío el duque de Orleans. Creen que le temo... malditos...

—Pues yo no tomaría a broma tal amenaza. Mejor llevad a esa joven a un lugar seguro, Clemens. A fin de cuentas, tú has malogrado su boda y su vida con ese rapto y ese niño que lleva en su vientre. Dejar preñada a la amante solo un imbécil lo hace, pero lo más estúpido no es eso.

Lo peor de todo es ser indiscreto y desafiante. Traerla aquí y dejar que todos la vieran en estado. ¿En qué rayos estabais pensado? Escuchad... sé que estáis furioso y que os enfada reconocer vuestros errores, pero estáis poniendo a vuestra amada señora en peligro. Debéis alejarla de este castillo. No podéis dejar que tenga a vuestro hijo aquí porque la familia de Eloise es terrible, los D'Acourt harán lo que sea para que ambos desaparezcan y no os temen. Saben que estáis enemistado con vuestro tío y alejado de la corte del rey así que mejor será que escondáis a la muchacha.

—Noe s una muchacha, es Agnes de Rochelle maldita sea, es la mujer que debía ser mi esposa. mi prometida.

—Eso no cambia nada, ella os abandonó y se casó con otro hombre. Mejor será que nadie sepa su verdadero nombre o se reirán de ti. ¿Quieres ser un hazmerreír? ¿Quieres que todos digan que habéis raptado a vuestra antigua prometida luego de matar a su marido?

Clemens no lo negó.

—Pensé que solo la retendrías un tiempo no que os atraparía en su cama. Pero al parecer os ha embrujado, os ha atrapado de nuevo pero esta vez sí es peligroso porque tenéis una esposa y lo peor es la familia de ella. Os destruirán Clemens. No debisteis tramar esa venganza, no debisteis hacerlo... ¿por qué no dejasteis ese asunto en paz?

—Porque la amo, maldita sea, siempre la he amado y quería vengarme por su abandono. Quería vengarme y terminé atrapado. Es verdad... he caído en mi propia trampa.

Antoine guardó silencio y miró a su primo con pena, como si supiera lo que le pasaba.

—Solo os doy un buen consejo. Os digo qué es lo más sensato. Algún día podréis deshaceros de tu esposa. pero no ahora. No sería prudente y os acusarían de asesino. Tenéis que esperar un momento menos complicado y llevad a esa joven lejos de aquí. Algún criado podría entrar y hacerle daño y supongo que no queréis eso.

—Nadie se atrevería. Mi esposa está a salvo.

Antoine lo miró espantado y Annabelle pensó que debía alejarse.

Estaba asustada, sabía que no estaba a salvo y que las palabras de ese pariente no podían ser más sabias y sensatas. La matarían, o la llevarían lejos porque Clemens tenía una esposa y ella llevara un bastardo en su vientre.

Lloró al pensar que su niño sería llamado bastardo y criado en un convento como hacían con las amantes cuando quedaban encinta del señor. Sus hijos siempre eran enviados a conventos, a orfanatos y criados por familias extrañas.

No quería que eso pasara. Quería al menos tener un esposo y un hogar para su hijo. Él la amaba, pero no era sensato, estaba loco de amor y ni siquiera pensaba como el hombre inteligente que era. Solo su primo tenía los pies en la tierra en esos momentos y trataba de aconsejarlo, pero él desoía sus consejos. Quería salirse con la suya.

Su maldita venganza, su obsesión, su amor loco y sin sentido que la llevaría a la muerte.

De pronto vio a un criado acercarse a ella y tembló.

La vigilaban, la seguían, pero no era para protegerla, quizás solo esperaban el momento perfecto para llevarla lejos de allí como quería Antoine y toda la familia de Varens y los D'Acourt. Los poderosos D'Acourt. Los recordaba bien, eran adinerados y de gran linaje, poderosos y también belicosos. El rey les tenía gran estima, eran leales y también pertenecían a la milicia. Siempre había habido un conde D'Acourt sirviendo al rey en las cruzadas o en las guerras. Como los de Varens y los de Orleans.

Familias más poderosas que la suya, a su lado los de Rochelle no eran más que unos advenedizos, aunque tuvieran dinero y un linaje antiguo.

Avanzó hacia su habitación y se encontró con su doncella.

—Madame Rochelle, ¿dónde estaba? En su estado no es bueno que dé largos paseos.

Ella no dijo palabra y regresó a sus aposentos.

Estaba muy asustada, se daba cuenta que corría un serio peligro en ese castillo y que

nadie la salvaría si decidían deshacerse de ella.

Annabelle estaba asustada, no dejaba de sufrir pesadillas y sentía además que su alumbramiento estaba próximo. El frío era intenso y pasaba mucho tiempo confinada en sus aposentos como le había aconsejado la partera quien decía a todos que los niños grandes nacían antes de tiempo o si eran gemelos.

Una mañana supo que el momento había llegado y estaba sola, Clemens se había marchado el día anterior a París y no volvería en una semana.

Gritó pidiendo ayuda y su doncella llamó a la comadrona asustada.

—Esto no es bueno. Si el niño nace antes de tiempo...

—Por favor, ve a buscar a la comadrona.

La doncella corrió y la dejó sola y ella se tendió en la cama sufriendo horribles dolores.

Estaba allí, nacería a fines de invierno, antes de lo esperado y nadie podría evitarlo.

Era la prueba de que había sido engendrado durante la fiesta de la primavera, esa noche de pasión y lujuria, en los brazos de Duncan...

Tendría a su niño y rezó para que nada malo le pasara.

La comadrona tardó en aparecer, pero lo hizo acompañada con sábanas blancas, agua caliente y todo para ayudarla a parir.

Ella solo siguió sus consejos y dejó que la atendiera.

—Debemos evitar que nazca señora... si es prematuro no sobrevivirá...

Una criada chilló y otra se alejó pues acababa de mojar la cama y de pronto la comadrona se dio cuenta de que nacería de todas formas y se preparó para asistirla.

—Rezad... rezad para que nuestro señor salve a este pequeñito o para que se lleve su alma que no podrá ser bautizada... llamad al padre André...

—El padre André dijo que no regresará a esta casa de pecado—dijo una de las doncellas.

La comadrona hizo una mueca de desdén y decidió ayudar a nacer a ese inocente mientras las demás rezaban a su lado y hacían lo que podían.

—Debe pujar madame, haga fuerza... el niño nacerá, lo hará en un rato, pero debe ayudarlo...

Annabelle pujó y tomó aire, el dolor por momentos era insoportable, pero debía ayudar a su pequeño y rezó para que naciera sano. Para que fuera un bebé sano y hermoso como su padre.

El parto duró mucho más de lo esperado, pero finalmente el niño lloró y llenó la sala con sus gritos.

Casi habían esperado que naciera muerto o demasiado pequeño pero la partera miró a ese bebé inmenso y dijo “Jesús”, es un milagro. Nuestra señora. Oh virgen santísima. Es un milagro de la virgen... ¿qué día es hoy?

—Es Santa Úrsula, señora Dumont.

La partera sonrió satisfecha y se emocionó porque allí tenía un niño grande y sano, hermoso y muy blanco. Con el cabello rubio y mejillas redondas como su frente.

—Oh es idéntico a su madre. Es un varón... el conde se pondrá tan feliz. Quería tanto un varón... es un milagro de la virgen de santa Úrsula. Pero rezad, las primeras horas son vitales. Si sobrevive...

La comadrona contó la historia de una joven que dio a luz un niño prematuro y sobrevivió por los rezos y porque fue un milagro divino. Solo un milagro podía salvar a un niño nacido antes de tiempo.

Todas se unieron en rezo.

Annabelle se emocionó cuando tuvo a su pequeñito en brazos y pensó en qué nombre le pondría y decidió llamarlo Philippe como su abuelo.

—¿Philippe? Debería llamarse Clemens, como su padre, madame.

Ella vio a su hijo y supo quién era su padre, era su viva imagen y pensó que era un querubín rosado de redondas mejillas y rubicundo. Sería muy rubio, aunque ahora su cabello parecía oscuro. Inmenso. Era grande para ser un recién nacido.

—Entonces lo llamaré Clemens Philippe... pero Philippe se llama mi padre—explicó la dama y luego miró a madame Dupont:—Por favor, avisad a la nodriza, este pequeño debe ser alimentado ahora mismo. Pero las demás id a la capilla a rezar.

Todos creyeron que era prematuro y que por eso no debían verlo más que la nodriza y la madre. La comadrona le armó una cuna especial para protegerle del frío y le dijo a la madre que debía estar cerca para que el niño no llorara porque eso podía fatigarle.

Annabelle tampoco quería alejarse de su hijo, temía que algo malo le pasara y le rogó a la comadrona que lo cuidara si algo le pasaba.

La mujer la miró sorprendida.

—Ya hemos ido a buscar al conde madame, se pondrá muy contento.

—Señora Dupont... dicen que no estoy segura aquí y usted lo sabe. Si algo me pase cuide de mi hijo.

La mujer se puso seria y la joven vio algo extraño en su mirada.

—Usted es muy fuerte, madame, tendrá muchos hijos. Es una dama robusta y sana. Es increíble que jamás hubiera dado a luz un niño. Las damas primerizas suelen tener muchos problemas. Y el niño es fuerte como un toro. Es un milagro. Nada malo pasará. Se lo prometo.

Ella le sonrió y lloró.

—No sé cómo agradecerle señora Dupont, usted ha sido el ángel que salvó a mi hijo. Usted...

—Oh calle señora, sé lo que ese hombre le hizo. Sé todo señora, pero no intente escapar

con su hijo. Si lo hace él la buscará y nunca tendrá paz. ¿Comprende? Está loco.

Le habló entre susurros y Annabelle comprendió que conocía su secreto y también que era la cautiva del conde, no su esposa y que estaba allí como su prisionera. Pensaba que intentaría escapar.

—No podría escapar de aquí, pero la familia de Varens me detesta y ahora que ha nacido mi hijo...

—No se atreverán a hacer nada en su contra, madame. Pero hemos recibido órdenes del conde de no permitir visitas en su ausencia y hay más caballeros apostados en las murallas que en tiempos de guerra. Regresará pronto y estará feliz de saber que ha nacido su hijo. Su primogénito. Usted debe descansar y preocuparse por su niño, no piense nada más que en cuidarle a él. Olvide lo demás. Las madres deben estar tranquilas para que los niños no lloren y crezcan sanos. Tiene buena leche, puede alimentarlo si lo desea...

Sus pechos estaban llenos y solía mojarse, el niño no siempre quería comer, pero ese día lo intentó y dejó que llenara su boquita con su leche espesa y amarilla hasta quedarse dormido. Era un santo, era un querubín y dormido tenía la forma de la boca y los ojos de Duncan. habría deseado que estuviera allí y conociera a su hijo, era su obra, su creación y sabía que estaba loco por ella. Quizás el orgulloso conde habría aceptado su boda si hubiera conocido a su nieto...

Sintió tristeza al recordar el pasado y angustia al pensar en su futuro.

Estaba atrapada y la comadrona había salvado a su niño y también a ella pues había hecho creer a todos que era un niño milagro, un niño prematuro que había sido salvado por obra de la virgen. De haber contado la verdad todos habrían sabido que ese niño no era el conde, no podía ser de él a menos que la hubiera dejado preñada antes del rapto lo cual era imposible. Pero ellos no sabían qué había hecho el conde antes así que no podían saber ni tener una certeza... pero la ayuda de la comadrona había alejado las sospechas y la había salvado.

Pero sus problemas no habían terminado.

No sabía qué pensaría Clemens cuando conociera a su hijo pues sabría que no era su hijo. ¿Creería la historia del niño milagro nacido de forma prematura y que no se parecía a él para nada?

Tal vez la emoción lo dominara y estuviera demasiado loco por ella para ver el engaño, pero con el tiempo lo notaría o alguien haría un comentario malicioso.

No era su esposa de todas formas. No lo era. Y quizás pronto fuera llevada lejos de allí con su hijo así que no debía pensar en ello.

Rezó para que nada malo le pasara a su bebé, trataba de no pensar en ello, pero no podía evitarlo. Era un niño tan hermoso y bueno era, rara vez lloraba y se alimentaba bien lo cual era la señal de que era un niño sano.

Los días pasaron, las semanas y nadie sabía nada del conde Varens y Annabelle sintió que algo malo había pasado y nadie quería decirle.

Pasaba el día entero cuidando de su bebé y estaba exhausta y dormía mucho, pero la angustiaba no saber nada de Clemens.

—Es muy extraño señora Dupont... cree que le ha pasado algo en París?

La comadrona se quedó desconcertada.

—No lo sé, madame. Pero deberían avisar algo, lleva demasiado tiempo ausente.

—Quizás deberían ir a París.

—Los caminos no son seguros, señora y ningún criado quiere ir. Hay bandidos que asaltan los carruajes y temen que algo le pasara a nuestro señor, pero no lo creo pues nos habrían avisado.

—Dice usted que los criados tienen miedo?

—Así es, madame, los caminos a París están repletos de ladrones que viajan a caballo y

atacan en banda. Campesinos que han seguido el mal camino. No hay respeto como antes por los señores, el alguacil no puede controlar a tanto malandrín además dicen que viajan en carruaje como si fueran señores, cuánta osadía.

—Pero de Varens fue a caballo.

—Es verdad. Supongo que ha demorado porque tenía asuntos que resolver. Pero volverá en unos días. Estoy segura... él no la dejaría aquí. Muere de amor por usted.

Entonces llegó una trágica noticia al Château, Eloise D'Acourt había sido asesinada en París por unos bandidos y su marido había sido enviado a prisión en espera del juicio.

Annabelle escuchó la noticia aturdida y triste pues todos se miraron unos a otros como si pensarán que Clemens había matado a su esposa para poder casarse con su cautiva.

—Pero deben ayudar a Clemens, él no pudo ser capaz de algo tan horrible—dijo la joven.

—Es verdad, el señor conde es un caballero y esto es una ignominia una afrenta... ningún caballero sería capaz de tal crueldad con una dama—dijo la señora Dumont.

Pero el mensajero no se mostró tan optimista.

—No lo acusan de haberla matado él, pero creen que sabe algo de ese crimen porque su esposa fue horriblemente atacada por unos bandidos cuando salía de una fiesta y sus amigos también fueron atacados y aunque no han podido atraparlos, creen que el conde ordenó ese ataque. Por eso fue enviado a una prisión que en realidad es una casa antigua para ser juzgado inocente o culpable.

—Es horrible, esas casas...

—Su familia lo ayudará señora, esperemos que todo este horrible asunto se aclare. Dicen que han ocurrido ataques a nobles en París y en los alrededores antes de que la desdichada madame de Varens fuera asesinada.

Ella pensó que todo era peor de lo que le decían, que, aunque quisieran hacerle creer que el conde sería declarado inocente podía ocurrir lo contrario y marchar a un calabozo y ser

ejecutado. Como su esposo... su esposo escapó de un destino cruel para encontrar la muerte en Londres...

Y no sentía pena por él, solo sentía alivio. Rezaba para poder escapar a su hijo de ese hombre cuanto antes y volver a Inglaterra, pero era tan pequeño y su vida pendía de un hilo.

Los días siguientes fueron una pesadilla. No sabía qué pasaba, no sabía si Clemens sería condenado y se preguntó si era culpable de todo eso.

Se hablaba entre susurros de la horrible muerte de su esposa y en el castillo habían colocado crespones negros y cortinados oscuros lo que hacía el ambiente mucho más triste y opresivo. Era como si se sintiera la presencia de la muerte y Annabelle tembló pues el aire era opresivo y cargado de malos augurios y ella tenía un hijo en quien pensar. su pobre pequeñito demasiado tierno para entender nada de lo que pasaba dormía como un bendito y solo lloraba cuando tenía hambre. Ella lo cuidaba y estaba pendiente de él, pero no podía evitar pensar en el futuro.

Debía sentirse aliviada y feliz pues pronto podría volver a Inglaterra, pero diantres, no quería que Clemens fuera colgado por un crimen que sabía no había cometido. Pues si quería asesinarla ¿por qué esperar tantos meses?

Sabía que eso lo desesperaba, pero dijo que estaba negociando el divorcio con un soborno. Eso no era correcto, era peligroso, pero pensó que lo había intentado todo para hacer cambiar de idea a su esposa ofreciéndole dinero, joyas y propiedades, pero ella se negaba por su estúpido orgullo. Jamás sería una esposa repudiada decía...

Sin embargo, algo había cambiado, recibió una carta y luego partió a París una semana antes de que naciera su hijo. O tal vez dos semanas... no estaba segura. Todo era tan confuso en su mente y estaba asustada y nerviosa.

Pero a pesar de todo necesitaba que él regresara.

Odiaba pensar que la familia D'Acourt o la de él irían a reclamar esa propiedad y la arrojarían a la calle o algo peor.

Esas personas eran crueles y malvadas, había oído muchas historias sobre ellos y sabía que no podría volver a casa con su hijo.

Su hogar, la aldea de Forest Groven. Ni siquiera sabía si ese seguiría siendo su hogar, aunque llevara en brazos al hijo del heredero del conde. Allí no era más que una viuda francesa sin linaje y con un nombre falso. La viuda de un granjero.

Y en Francia era la cautiva de su antiguo novio que había decidido vengarse y atraparla en ese castillo.

Maldición.

Le necesitaba y odiaba pensar que moriría en la horca.

Y ese día, angustiada habló con el criado de confianza de su marido para pedirle ayuda.

Rara vez hablaba con los criados. El ama de llaves y el mayordomo eran quienes organizaban todo, cada detalle y como ella no era la condesa sino la amante del conde no se atrevía a pedir nada, solo lo necesario sin inmiscuirse en nada.

El criado principal había sido quien llevó las malas nuevas y leyó esa horrible carta, pero ahora ella quería saber si eso era cierto.

Fue a verlo a los jardines luego de dejar a su bebé bajo el cuidado de su nodriza.

El joven Arnaud de Blaise la miró con intensidad sin ocultar su sorpresa. Era un joven guapo, bien parecido y muy alto. Además de criado era hijo de un barón arruinado y eso se notaba en su porte, en sus modales. Pero parecía feliz viviendo en ese castillo ayudando a de Varens en todo lo que le pidiera.

No olvidaba que él la había llevado a la torre y la había protegido de los rapaces sinvergüenzas que la había raptado ese día. Sabía bien quién era ella y por qué estaba allí. No fingía como el resto de la servidumbre.

—Madame de Varens.

Y también era el único que la trataba como si fuera la esposa de su señor.

—Arnaud, necesito hablar con vos. Por favor... creo que hay un error, pues no creo que mi esposo fuera capaz... que Clemens hiciera esa maldad.

Rayos, a veces lo llamaba así, pero solo cuando él la obligaba no si él no estaba presente, pero estaba demasiado nerviosa para pensar con claridad y, además, ¿qué importaba? No era su esposo, pero sí lo necesitaba para criar a su hijo y cuidar de ella. Rayos. Jamás pensó que llegaría a lamentar que la dejara en paz y se largara.

—Por supuesto que él no lo hizo. Esa carta me pareció perversa madame de Varens. Y no creo una palabra. Pero algo pasó en París... No pude acompañarlo pues me pidió que me quedara cuidando de usted.

—¿Cuidando de mí? ¿Acaso temía que su familia intentara hacerme daño?

Él lo negó.

—Madame de Varens, lo importante ahora es saber si todo esto es verdad. No lo creo. Él la amaba y nunca habría arruinado su vida pagando a un grupo de bandidos para que asesinaran a su esposa.

—¿Eso lo sé, pero por qué fue a París?

—Porque un viejo amigo suyo prometió ayudarlo con el asunto de la anulación del matrimonio. Iba a sobornar al cardenal al parecer o eso me dijo. Pero he enviado a dos criados de confianza a París para averiguar si esto que cuentan es verdad porque si fue apresado... es necesario avisar a su primo Antoine. Es el único que es de confianza, madame. el más cercano.

—¿Y si es verdad? ¿Qué sucederá conmigo?

—Señora, primero debo confirmar esta historia siniestra y luego veremos qué hacer. Usted debe preocuparse por su hijo y deje este asunto en mis manos. Él me pidió que cuidara de usted y lo haré.

—Pero ahora debe preocuparse por su señor, Arnaud. Si esa carta es falsa me pregunto quién la escribiría y por qué...

—Solo pueden ser los familiares de madame Eloise por supuesto. Aunque si es verdad ... me aterra pensar que ese siniestro asunto sea verdad, tengo dudas, todo es muy extraño y el criado dejó el mensaje y se marchó misteriosamente sin que pudiera interrogarlo. Tenía prisa. ¿Por qué diantres tanta prisa? Debió quedarse y explicar... madame ahora debemos esperar que alguien del Château traiga noticias frescas, aunque lo único que puedo asegurarle es que sí murió Eloise D'Acourt y eso ha de haber hecho muy feliz al conde, no lo niego, pero qué sucedió después... pues a menos que esos malvados acusaran a mi señor, pero no creo que tuvieran pruebas.

Solo quedaba esperar y sería una espera triste y amarga.

Si la joven había muerto tal vez habían interrogado al furioso marido que planeaba tener la anulación de su boda sobornando a un cardenal. Eso era grave. ¿Cómo pudo hacer algo tan tonto? Solo un rey podía llegar a pedirle un favor a un cardenal y sabía que las bodas no solían anularse, no se podían anular. Era muy difícil hacerlo. Debió sentirse desesperado pensando que faltaban solo dos meses para su alumbramiento.

—No tema madame, le avisaré en cuanto tenga alguna novedad, pero le ruego que no hable con nadie sobre este asunto. Los criados de aquí murmuran, pero no todos son de confianza. No me fío de ellos...

Eso fue inesperado.

—¿Por qué, Monsieur Arnaud?

Notó que el joven vacilaba.

—Hay demasiados criados y el conde sabía que había un traidor aquí. Alguien le avisó a madame Eloise que él tenía una dama cautiva en la torre. ¿Cómo lo supo si ella jamás venía a esta propiedad? Llevaba meses sin aparecer y de pronto llegó hecha una furia a hacer un

escándalo.

—Cree que fue algún sirviente?

—Por supuesto. No confíe en ninguno de ellos, espían y venden la información a los enemigos de Varens.

—Acaso Clemens lo sabía?

—Lo sospeché luego de que su esposa apareció de repente. Aunque hace tiempo que me ha pedido que vigile a algunos no he podido encontrar pruebas para acusarlos.

—Es triste que no pueda confiar en ellos, y también peligroso... temo por mi hijo. Es tan pequeño...

—No tema, nadie le hará daño, pero solo le pido que no hable de este asunto con nadie porque esa maldita carta ha dejado al castillo de cabeza, ¿comprende? Y sé que muchas cosas pasarán ahora, si es verdad... no quiero pensar en lo que pasará aquí, pero creo que debemos ser cautos, madame.

—Por supuesto... no diré nada.

—Pero si descubre algo, si algo sucede no dude en avisarme. Madame de Varens, soy leal al conde, pero no a su familia. No me fío de sus parientes.

—Eso significa que ellos...

—Que pudieron enviarle a prisión con pruebas falsas aprovechando la animosidad de la familia D'Acourt en su contra. Pero no diré más. Esperaré... pero recuerde lo que le dije, madame, no hable con sus doncellas. Puede ser criaturas muy desleales.

—Señor Arnaud, acaso cree que alguien lo hizo, que acusó a Clemens de Varens...

—Por supuesto, le tendieron una trampa. Si realmente está preso como dice esa infame carta es muy claro para mí que todo esto es una villanía planeada por sus enemigos. El problema es que no sé quién lo hizo, madame. todavía no. Pero lo averiguaré.

Annabelle se alejó asustada y volvió a sus aposentos.

No entendía por qué desconfiaba tanto de los criados, Clemens jamás le había hablado al respecto, pero se daba cuenta que luego de lo ocurrido era natural que ese fiel servidor no se fiara de nadie. Parecía una trampa, como si alguien le hubiera tendido una trampa... como él le había tendido a su marido hacía tiempo. Parecía un castigo desde el más allá como si su esposo desde el otro mundo se sintiera furioso al verla en los brazos de su peor enemigo, cautiva y sometida a su voluntad y quisiera hacer justicia. Quisiera liberarla... ayudarla a escapar.

Lloró al pensar en Armand. Tanto lo había amado... pero lo había traicionado y no quería pensar que él quería ayudarla desde el otro mundo, prefería pensar que estaba en el cielo, en paz luego de una vida tan difícil, de sufrir tanto. Fue mejor que no supiera que lo había traicionado. ¿O tal vez lo sabría?

Tembló al pensar que el fantasma de su marido no tenía descanso. Pero al regresar fue a ver a su pequeño, él era su principal preocupación ahora.

Los días siguientes permaneció junto a su hijo mientras esperaba noticias de lo ocurrido en París. Esperaba que Arnaud le dijera qué estaba pasando, pero en cambio recibió una visita inesperada. Antoine de Varens. El primo de Clemens fue a verla una mañana y la citó en los jardines para hablar con ella.

No quería ir, no quería dejar a su hijo solo así que llamó a madame Dupont para que lo cuidara.

Esa visita no era casualidad, tenía un significado y le daba miedo saber la verdad. Porque nadie hablaba del asunto en su presencia, aunque sí notó que los criados cuchicheaban en los rincones sobre el conde y lo ocurrido en París. Estaba nerviosos y algo desconcertados y se preguntó si sabrían algo que ella ignoraba.

—Madame debe ir a ver a Monsieur Antoine—le dijeron.

Asustada, aunque intrigada fue a reunirse con Antonine. Tuvo miedo, temía que le hablara de su hijo o que le dijera que Clemens había muerto.

La asustaba mucho pensar que tendría un destino tan trágico. Lo necesitaba, maldita sea, lo necesitaba con vida.

Fue despacio y lo encontró en los jardines conversando con Arnaud de forma algo acalorada. Se detuvo para oír lo que hablaban.

—Lo lamento, pero es inevitable y debemos estar preparados para lo peor... ya es tarde, no es mucho lo que podemos hacer.

Arnaud sin embargo no se rendía, pero al verla llegar se marchó.

Fue un momento de extraña tensión entre ambos y de inmediato comprendió que Antonine no traía buenas noticias.

—Madame Rochelle... lamento mucho que... son momentos difíciles—dijo.

Ella lo miró y balbuceó un saludo.

—Me he enterado de que su hijo nació antes de tiempo y que lo llaman el niño milagro. Espero que se encuentre bien.

—Así es... pero necesita cuidados especiales, Monsieur. Es demasiado pequeño.

—Todos los recién nacidos son muy delicados, madame, pero dicen que es su primer hijo.

La miraba con fijeza sin ocultar su desconfianza como si supiera que ese niño no era de su primo, aunque en esos momentos estaba de mal talante por otro asunto y no tardó en decirle.

—He tenido que venir porque la situación es terrible. Supongo que se ha enterado el triste asunto de la muerte de la esposa de Clemens.

—Solo hemos recibido una horrible carta, milord. Quisiera saber qué ha pasado con precisión porque se dicen muchas cosas y no sé qué pensar.

—Su esposa falleció en un episodio confuso. Al comienzo dijeron que fue un accidente con su caballo cuando regresaba de una fiesta con sus amigos y luego hubo quienes hablaron de bandidos que le robaron sus joyas y la golpearon hasta matarla. Este asunto fue muy desagradable y tardaron días en esclarecerlo, por desgracia mi primo estaba en París. No sé por qué diantres estaba allí, él se pasaba enterrado en el campo pendiente de usted, madame. Iba a ser padre, me lo dijo, pero se marchó a París porque al parecer quería tener la anulación sobornando al cardenal a través de un amigo poderoso. Eso fue lo que terminó de hundirlo. El cardenal ni siquiera aceptó hablar con ese amigo suyo y todo el asunto del chantaje estuvo en boca de todos. Fue un escándalo y por eso fue enviado a prisión para contestar algunas preguntas. No es una prisión común, está confinado en la casa de un abogado encargado de interrogarlo.

—Acaso creen que él mató a su esposa?

—Claro que no, madame, mi primo no mató a Eloise, fue un desgraciado accidente, la dama llevaba una vida licenciosa en París y de eso también se enteraron. Fue una completa vergüenza.

—Entonces. ¿Qué pasará con todo esto?

Estaba angustiada y no podía evitar interrumpir al caballero.

—Madame, he venido a decirle lo que sé y le ruego que conserve la calma. Clemens regresará sano y salvo, pero es necesario que explique por qué quería tener el divorcio y dirá que fue por la conducta licenciosa de su esposa. Por su gran inmoralidad, pero los D'Acourt desean que guarde silencio y le han acusado de haber matado a su esposa o de haber pagado a esos bandidos para que la mataran. Son personas muy poderosas.

Entonces todo era verdad.

—Solo hay que esperar a que este desgraciado asuntos se resuelva y puede tardar más tiempo del que imaginamos. Por eso he venido. Creo que no es prudente que se quede usted sola aquí con el niño. Es una propiedad muy grande y no sabemos si hay espías de los D'Acourt. Su

hermano mayor juró venganza y Clemens teme que algo malo le suceda y me ha pedido que venga a verla y que le explique la situación. Debo ponerla a salvo, llevarla lejos de aquí.

—¿Llevarme lejos? ¿Pero a dónde?

—A un lugar donde los D'Acourt no puedan encontrarla, madame. ¿Cree que permitirán que viva usted aquí con su hijo? Mi primo cometió una gran imprudencia, no me escuchó cuando le advertí que todo era una locura, pero ahora debemos vernos con las consecuencias mientras él lucha por ser liberado.

Quería llevarla lejos de allí y no tenía demasiado tiempo para explicaciones. Se veía impaciente y malhumorado.

—Estoy salvándola madame, porque mi primo me lo ha pedido. Por eso estoy aquí. Su futuro es incierto y los de D'Acourt sabían que estaba planeando tener la anulación del matrimonio. Y que tenía una amante aquí esperando un hijo suyo. Eloise contó todo a su familia y ellos le exigieron a mi primo que se deshiciera enseguida de su querida o lo lamentaría, pero él no quiso escuchar, nunca lo hace por desgracia. Hace lo que le viene en gana y ahora pagará las consecuencias me temo.

—Quiere decir que... lo matarán?

Él esquivó su mirada.

—No sé si podré salvarle de la horca, la familia de su esposa asesinada son gente de temer y por más que huya de prisión... dudo que pueda salvarse.

—¿Acaso él lo hizo, Monsieur de Varens? ¿Él hizo eso a su esposa?

El caballero la miró.

—Es inocente, pero lo han apresado de todas formas solo porque alguien movió los hilos en la corte. Los D'Acourt. Pero le dije a mi primo que estaba loco, que dejara ese asunto en paz. Pero nunca ha sido sensato, llevaba muchos años tramando esta venganza... una venganza que se volvió en su contra y ahora está perdido. No regresará ¿comprende? Ya no tengo esperanzas por

más que intente defenderlo.

Ella dejó escapar una exclamación. Por momentos sentía pena por él y era difícil de comprender.

—Debe usted marcharse ahora, madame, sus lágrimas no la ayudarán.

Annabelle lo miró aturdida. Muchos en ese castillo siquiera sabían que ella era Rochelle, la llamaban madame Lefebvre porque el conde no quería que nadie supiera su verdadera identidad. Solo él la llamaba por su nombre verdadero, los demás la llamaba madame Annabelle y de repente llegaba para ofrecer su ayuda cuando sabía que él intentó abrirle los ojos a su primo. ¿Qué haría con ella y su hijo? Porque tal vez supiera que había nacido antes de tiempo y lo llamaban el niño milagro.

—¿Y a dónde iré, Monsieur? ¿A dónde me llevará con mi hijo? Es muy pequeñito para viajar. Es solo un bebé, por favor. Deje que me quede aquí escondida hasta que tenga más tiempo, se lo ruego.

Su mirada cambió como si no esperase ese contratiempo. Había imaginado que ella aceptaría encantada abandonar el castillo, pero lo cierto es que no se atrevía a hacer un viaje tan largo con un bebé que tenía unos pocos meses de nacido. Aunque se viera fuerte y robusto, era muy pequeño para viajar.

—Comprendo que su hijo es muy pequeño, madame, y que todo esto ha sido muy desafortunado. Quise evitarlo, se lo juro, quise evitar que mi primo tramara esa venganza y arruinara a su marido en el pasado, y también le dije que olvidara ese asunto de la anulación porque la familia de su esposa era muy poderosa pero jamás ha oído consejos. A pesar de que he sido como un hermano para él no me escuchó, no me hizo caso. Porque estaba loco de amor por vos, madame y nada más le importaba que hacerla su esposa.

Parecía sincero, pero tuvo la sensación de que solo pensaba en sacarla del castillo cuanto antes.

—¿Dice que su primo le ha pedido esto, Monsieur Antoine?

Él asintió, pero Annabelle tuvo dudas.

—¿Y a dónde le ha pedido que me lleve, milord?

El caballero la miró.

—A otro lugar más seguro que este, sus propiedades serán confiscadas si los D'Acourt así lo ordenan, si reclaman la herencia de su esposa para sí.

—¿Acaso lo harán? Son una familia rica, Monsieur, una de las más ricas de Francia.

—No lo hacen por codicia sino por venganza. Son parte de nuestra casa real, madame, tan poderosos que hasta yo temo recibir un castigo por lo que hizo mi primo, aunque no sea responsable de sus locuras. Ellos pueden hacer lo que les plazca ahora con los bienes del conde de Varens y este castillo es una de las propiedades más valiosas. Debo disponer de ellas antes de que esos malnacidos nos arrebaten nuestras propiedades, ¿comprende? Escuche, tal vez eso no ocurra, pero estoy preparándome para lo peor. Por eso he venido. Es necesario alejarla primero y ponerla a salvo y salvar las propiedades de mi primo mientras permanece en prisión. Aunque no sé qué podré hacer para salvarlo, lo confieso. Debe estar preparada, madame.

Ella se sentía tensa, nerviosa... todo era una horrible pesadilla. Ese hombre tenía razón, debía esconderse de la familia de Eloise D'Acourt. Debía abandonar el castillo e ir a un lugar donde pudiera estar a salvo.

—Madame es por su bien. Piense en lo que le he dicho. El tiempo es su enemigo ahora, el tiempo no está de su lado. Podría irme y dejarla sola aquí librada a su suerte, pero no soy un hombre malvado y además siempre he sido leal con mi primo Clemens y no solo debo cuidar de usted sino defender esta fortaleza de esos buitres.

Entonces Antoine le habló de un lugar cerca de allí donde podría estar a salvo y escondida de los temibles D'Acourt.

—Y cuándo deberemos partir?

—Lo antes posible, madame, me quedaré mientras arma sus maletas.

Su partida era inminente pero antes de irse quería ver a Arnaud, quería hablar con él, no se fiaba de ese primo. No sabía qué pensar de todo ese asunto. Se sentía a la deriva y no confiaba en ese hombre.

¿Y si decidía deshacerse de ella y de su hijo para evitar que su primo fuera sentenciado? Quizás los jueces quisieran saber si él había cometido adulterio.

Tuvo mucho miedo entonces, porque él parecía decidido a llevársela, pero ella no se sentía segura de marcharse con su hijo.

Tenía que saber qué pensaba Arnaud de todo eso.

Así que aguardó la ocasión propicia y fue a buscarlo.

Estaba muy asustada, pero confiaba en ese joven, sabía que podría hablar de ese asunto con él y le daría un buen consejo o al menos le diría si era correcto acompañar a Antoine.

Cuando preguntó a los criados supo que Arnaud se había marchado esa mañana luego de discutir con Antoine de Varens.

Le pareció un mal augurio, algo no estaba bien y recordó con claridad la conversación que tuviera con ese joven días atrás.

—¿A dónde ha ido?—preguntó la dama.

Los criados se miraron.

—Dijo que tenía asuntos que resolver. No lo dijo en realidad, pero se marchó... parecía enfadado.

La joven regresó a la nursery para ver a su hijo. Estaba muy intranquila y nerviosa. ¿Realmente se había marchado Arnaud o fue el primo de Clemens quien lo expulsó?

Tuvo miedo. Volvía a sentirse sola y desamparada y a la deriva, y se preguntó qué le harían a su pobre niño y a ella cuando estuviera lejos del castillo

No quería pensar en ello y rezó, rezó en silencio para que nada malo le pasara a su pobre niño, era tan pequeñito.

Partieron al día siguiente, a primera hora con un séquito de caballeros armados y atentos en sus caballos.

Annabelle sostuvo a su bebé y lo envolvió en su manta y estuvo pendiente de él y del camino preguntándose a dónde la llevaría ese hombre.

De cierta forma estar rodeada de ese grupo de hombres a caballo le daba tranquilidad, pero no sabía cuál sería su destino hasta que vio el pequeño castillo a la distancia. Un lugar escondido y sombrío, rodeado de un bosque espeso.

—Aquí estará a salvo hasta que mi primo sea liberado... pero no tema, cuidarán de usted, madame Rochelle. Nadie le hará daño. Puede estar tranquila.

¿Tranquila?

Solo luchó para contener las lágrimas y no derrumbarse pues debía cuidar de su hijo y se preguntó si serían tan malvados de hacerle daño a una mujer sola con un niño pequeño.

—Venga conmigo por favor, madame Rochelle.

Ella lo siguió temblando mientras la ayudaba a bajar del carruaje y la escoltaba hasta su nuevo hogar.

Era un lugar viejo y antiguo, casi deshabitado y se preguntó si tendría sirvientes y una lumbre donde calentarse con su hijo. O solo la dejarían sola allí hasta que muriera.

Sabía que era una posibilidad y sintió que sus piernas temblaban mientras irrumpía en el hall principal sin que nadie fuera a recibirla.

Fueron los hombres que la escoltaron quienes se acercaron a buscar lámparas y mantas.

—No hay nadie aquí, Monsieur de Varens—dijo alguien a lo lejos.

Ella miró a Antoine que parecía algo contrariado mientras hablaba con uno de sus hombres.

—Qué extraño.

—Señora, venga conmigo—le dijo Maroi, una criada que la había acompañado durante el viaje. Su compañía le dio cierta tranquilidad, pero estaba tan tensa que no se sintió a salvo en ningún momento. Solo se dejó llevar hasta una habitación donde le acercaron una cuna para que su pequeño pudiera descansar.

Pero cuando entró en la habitación le sorprendió encontrarla amueblada y con una lumbre encendida en un rincón. Hacía tanto frío esos días que no dejaba de temblar y abrazar a su hijo. Se acercó a la lumbre mientras veía a Maroi tender la cama y colocar mantas abrigadas.

Otras criadas llegaron entonces para verla y Maroi les ordenó que preparasen la nursery y le trajeran el almuerzo a su señora.

Obedecieron sin decir demasiado.

—Este castillo está vacío, Maroi—le dijo entonces la dama.

Maroi lo negó con rapidez.

—Es que no esperaban nuestra visita, madame. pero no tema, me quedaré con vos. Estaréis a salvo mientras regresa el conde de Varens.

—¿Creéis que volverá?—le preguntó entonces sin ocultar el alivio que sus palabras le causaban, la animaba saber que al menos no estaría sola en ese castillo solitario.

—Oh por supuesto, madame de Varens. Debe usted descansar ahora. ha sido un viaje muy duro de soportar. Dejar atrás el castillo de Blaise con todas sus comodidades...

Sí, lo había sido. A pesar de haber llegado allí contra su voluntad se había convertido en su hogar y él había sido como un marido el tiempo que lo tuvo. Prometió que le daría su nombre, que la haría su esposa y le daría su apellido a su hijo. Pero sabía que eso no pasaría, y aunque debía sentirse feliz de haber dejado su cautiverio su futuro era mucho más triste e incierto ahora.

tenía miedo. Estaba asustada, aunque tratara de no pensar en ello, no podía evitarlo.

Maroi y dos criadas cuidaron de ella y del pequeño Philippe.

No tardaron en encontrarle una nodriza y también una habitación, pero Annabelle exigió que dejaran la cuna junto a su cama pues no soportaba verse alejada de su hijo. Temía que alguien se lo robara y eso hacía que no durmiera a veces.

Sentía que ese no era un escondite seguro y se preguntaba qué tramaba ese caballero para ella y su hijo. No podía dejarla allí escondida para siempre. Era algo temporal decía Maroi.

—El conde vendrá a buscarla, madame Rochelle, se lo aseguro. Nunca he conocido hombre más enamorado.

Esas palabras la desconcertaron.

—Maroi, sabéis mi verdadero nombre.

Ella asintió.

—El señor nos prohibió mencionarlo, madame... temía que su familia se enterase y fuera a buscarla.

—Mi familia ha preguntado por mí?

¿Qué sabía esa joven de su familia y de su vida? Era una criada del castillo de Blaise.

—Su familia la buscó durante mucho tiempo madame, serví para su familia en París, cuando su marido cayó en desgracia.

—Pero creí que habíais servido siempre al conde. Vuestros padres viven en el castillo del conde, ¿cómo es que servisteis en París?

—Fue el conde que me pidió que fuera a la mansión de los de Rochelle, madame, para averiguar sobre usted. decían que se había marchado muy lejos y él estaba desesperado buscándola. Esperaba que su esposo fuera ejecutado, pero cuando descubrió que había huido

enloqueció de la desesperación... su familia la buscó madame, durante semanas, meses y estaban muy afligidos por usted... El señor de Varens debía ser su esposo, pero usted se encaprichó con ese caballero de poco rango.

—Mi esposo murió, Maroi y fue un gran hombre leal a su rey. Jamás debieron tenderle esa trampa.

—Madame, otros murieron ese día, había demasiadas intrigas en esos tiempos y estar tan cerca del rey era un riesgo muy grande. No fue de Varens quien lo llevó a prisión, fue la envidia de otros caballeros y el temor a ser descubiertos en sus intrigas. El conde no era un cortesano, no era como su tío.

Sin embargo, Antoine lo había acusado de haber intrigado en contra de su marido. ¿A quién debía creerle?

—Pensé que mi familia no quería saber nada de mí, Maroi, me alivia saber que al menos me han buscado.

—Era su hija, madame, y la querían. Pero pensaban que había muerto. Quizás les dé alegría saber que está aquí y que pronto se convertirá en la esposa del conde de Varens.

—Maroi, eso no pasará. El conde ha caído en desgracia y no creo que pueda salir de prisión con vida. No le deseo ningún mal, os lo aseguro, pero su primo...

—NO sé mucho del primo de mi señor, pero sí conozco al conde de Varens y le aseguro que no lo vencerán. Por más que ahora haya caído en desgracia Arnaud y sus hombres lo salvarán. Su espíritu es indomable, madame, es un guerrero de antiguo linaje y la ama con locura y sé que luchará hasta el fin para regresar a su lado y ver a su hijo.

Ella se preguntó si los criados no tendrían dudas sobre el niño, si no murmurarían a sus espaldas pues la mirada de Antoine se volvió extraña al mencionar a su hijo. Con el tiempo todos notarían que no era su hijo, era idéntico a su amante inglés y cuando él lo descubriera...

No lo descubriría, todos murmuraban en el castillo de Blaise que el conde había muerto y

por eso sus familiares dispondrían de su castillo. Por eso la habían enviado a esa propiedad. No era la esposa de Clemens, sino su cautiva, pero jamás volvería a soportar un trato semejante.

Sus pensamientos volaron a París, a su familia. Las palabras de Marie le dieron esperanza, añoraba volver a su hogar, junto a sus padres y sentirse a salvo con su pequeño. Parecía un sueño, pero ese sueño le dio esperanzas, si al menos pudiera convencer a ese hombre de que la llevara a París.

Maroi no quería hablar del primo de su señor, era reservada o quizás prudente. Ella esperaba que su señor regresara sano y salvo y no podía siquiera concebir la idea de que él muriera.

Pero los días pasaron y no recibieron visita alguna, aunque a la distancia podía ver el castillo de Blaise no deseaba hacerlo. Solo Maroi estaba pendiente de ello y miraba con frecuencia esperando ver a su señor en un caballo.

Annabelle se quedó en sus aposentos cuidando de su hijo, hacía demasiado frío para dar paseos, pero Maroi iba y venía y la veía dar caminatas por los jardines.

Era un lugar silencioso y solitario y supo que no era un castillo sino un antiguo pabellón de caza, ese lugar donde se reunían los caballeros para ir de cacería y luego descansar y pernoctar, por eso tal vez era poco usado.

Annabelle pensó que Clemens había dejado de cazar mientras estuvo a su lado.

Pensaba en él con frecuencia y también en Duncan y en esa aldea donde había estado a salvo y feliz, aunque entonces no lo supiera. Su antiguo refugio...

Temía que él nunca pudiera encontrarla. Y que nunca supiera que había tenido un hijo. O quizás no le importara. Ahora tendría una esposa como decía su hermana Meg, sus padres lo obligarían a casarse.

El tiempo pasaría y ella debía pensar en su futuro y en su hijo.

NO podía esperar que Duncan fuera a buscarla, solo había sido una diversión para él, ni

tampoco esperaba que Clemens regresara con vida.

Pero casi temía enterarse de ello.

De cierta forma esperaba que él la rescatara.

Era tonto y no podía esperar que tal cosa sucediera.

En realidad, su única esperanza era París.

Pero nadie iba a visitarla, aunque nada le faltara en ese pabellón de caza ni a su hijo ni a ella comenzó a sentirse intranquila por el silencio del lugar.

Y por la ausencia de Antoine o de algún criado del viejo castillo.

Una mañana impaciente le preguntó a Maroi.

—No creéis que es demasiado tiempo sin tener visitas ni saber qué ha pasado Maroi?

Por primera vez no la vio tan alegre como los demás días, ni tan entusiasmada. Como si también estuviera preocupada.

—Vendrán a verla pronto, madame, estoy segura. No la dejarán aquí.

—Maroi, a quién le importa mi suerte ahora? solo querían el castillo de Blaise.

—Pero el señor Antoine no nos dejará solas aquí, madame. solo está esperando que el peligro pase. Me lo dijo. En cuanto el peligro pase....

—Cuál peligro Maroi?

—La familia D'Acourt. Son terribles y vengativos. Por eso debe permanecer escondida aquí, madame. hasta que el señor conde regrese, entonces podrá volver a su hogar.

Hablaba con fervor, sus ojos oscuros brillaban con entusiasmo, pero había algo distinto en Maroi. Notó que no era tan vehemente como al comienzo como si también ella empezara a tener dudas de ese plan o que también temiera que algo podía salir mal.

—¿Y si el conde no regresa, si es ejecutado en París, Maroi? ¿Qué será de mi en este pabellón? ¿Me matarán junto a mi pequeño?—su voz se quebró.

Maroi se le acercó.

—Madame de Varens, no tema, rezaré mucho por usted y por su hijo.

—Maroi, debo avisar a mi familia en París. Ellos podrían ayudarme, no puedo esperar a que el señor haga un milagro, mi situación es desesperada. No temo tanto a los de D'Acourt, pero sí a la familia de Varens que me verán como su enemiga. Quisiera alejarme de aquí.

—Señora, temo que eso no será posible sin la ayuda del caballero Antoine.

Pero el primo de Clemens brillaba por su ausencia. No había ido a visitarla en días, aunque nada le faltara, sabía que tramaba algo.

—Madame, no puede ir sola a París, necesitará un séquito de criados robustos. Son tiempos difíciles...

—Pero mis padres han estado buscándome.

—Es verdad, sus padres estaban muy afligidos señora, y se alegrarán de verla... en cuanto venga Monsieur Antoine...

Annabelle pensó que todo era tan incierto y su criada parecía estar allí para animarla para darle consuelo, era una acompañante en esas horas tan sombrías, pero no sabía si decía la verdad o solo quería calmar su angustia diciéndole cosas que tal vez fueran falsas.

Los días pasaban y comenzó a tener dudas.

Quizás su destino fuera quedarse a vivir en ese pabellón con su hijo porque el conde sabía que ese niño no era suyo y no quería volver a verla y buscaría la forma de deshacerse de ella.

¿Pero no habría sido más sensato enviarla a París con su familia?

No entendía por qué Armand le había dicho que su familia no quería volver a verla. Le había mentado, a menos que fuera Maroi quien mintiera.

Al menos tenía el consuelo de su hijo. Su pequeño era su único solaz y nada le faltaba. Lentamente crecía sano y fuerte con sus cuidados y veía en sus ojos inmensos la mirada de

Duncan. era un pequeñito adorable y tierno y tan bueno, rara vez lloraba y sonreía, le sonreía y sentía en esa sonrisa tanto amor y bondad.

Una mañana mientras lo tenía en brazos y le cantaba escuchó caballos a la distancia y pasos acercarse a sus aposentos y se asustó. No eran pasos de criados, eran pasos fuertes y esa voz...

Tembló al pensar que los de D'Acourt habían ido a buscarla y lo único que pudo hacer fue abrazar a su pequeño y envolverlo en su manta y musitar una oración pues las voces se acercaban a sus aposentos y eso no era bueno. Tuvo un mal presentimiento.

—Maroi, Maroi—llamó. Pero no tuvo respuesta.

Las voces se acercaron y ella no tuvo tiempo a correr pues su impulso fue mantener a su pequeñito en brazos y tembló mientras se abrían las puertas.

Un hombre a quien nunca había visto apareció seguido de otro.

—Está aquí, Monsieur—dijo el primero.

Unos hombres rudos entraron y vieron que sostenía a su hijo.

—¿Es usted madame Rochelle?—le preguntó.

Nunca los había visto y no sabía qué responder.

—No me hagáis daño por favor, solo llevadme a París con mi familia—les dijo.

Ambos se miraron y uno de ellos le dijo algo al oído a su compañero.

—Nada debéis temer, madame Rochelle. Estáis a salvo ahora y podréis volver a vuestro hogar.

Ella desconfió de esas palabras, no le gustó nada la forma en que ese caballero lo miró.

—Acaso Clemens ha regresado?

—Por supuesto, madame, ha estado buscándola hace días. ¿Quién la trajo aquí? ¿Por qué se marchó del castillo de Blaise?

—Su primo dio que aquí estaría a salvo y que Clemens... estaba en París.

No quiso decir que estaba acusado de un crimen, no sabía si esos hombres eran leales a D'Acourt, se veían rudos y mal vestidos para ser caballeros de Clemens.

—Así? Vaya... bueno, se pondrá feliz al saber que está usted viva y también su hijo. Venga con nosotros. La llevaremos de regreso al castillo.

—Oh no iré a ningún lado con vos, Monsieur. Solo intentáis embaucarme pues si Clemens estuviera vivo... habría venido él en persona a buscarme.

El hombre se rio mostrando una hilera de dientes afilados.

—Madame, él tiene otros castillos donde buscar, y este es solo un pabellón de caza. Nadie le informó que la habían traído aquí, pero hemos estado días en su compañía buscándola.

—Entonces traed a Clemens Monsieur. No iré con vos a ninguna parte, el señor de Varens tiene enemigos y, además, me dijeron que había muerto.

—Hemos venido a rescatarla señora, ¿por qué se muestra tan desconfiada?

Ella no respondió, se alejó despacio y entonces entró Maroi con expresión radiante.

—Madame Annabelle, el conde ha regresado sano y salvo. Está aquí.

No le creyó una palabra, pensó que todos eran unos conspiradores.

Hasta que momentos después lo vio entrar en sus aposentos, a Clemens de Varens en persona con mirada fiera y el cabello oscuro revuelto como si viniera de una refriega. Estaba molesto, pero al verla su expresión cambió.

—Ángel sois vos... estáis viva.

Se acercó tras dar tres zancadas y entonces vio a Philippe, a su hijo y lo miró con extrañeza.

—Dijeron que había nacido muerto que no había sobrevivido al parto... dijeron que tú habías muerto también... mi hijo... es un varón.

Tomó al niño en brazos y lo miró con orgullo. Estaba dormido, pero al verse privado de su madre abrió sus grandes ojos azules y lo miró ceñudo y de pronto lloró y ella tuvo que consolarlo.

—Está asustado, hay demasiadas personas aquí. Por favor, esos hombres...

Él hizo que se fueran todos para que pudieran estar a solas.

—Oh dios mío, estáis viva y os veis tan hermosa...

Annabelle calmó a su hijo y lo dejó en la cuna y de pronto sintió que él le daba un abrazo ardiente y la besaba.

—No temáis, estoy aquí. Me han tendido una trampa... los D'Acourt me apresaron en París y dijeron a todos que había matado a mi esposa, pero no lo hice... jamás habría hecho eso. Su muerte fue horrible...

Sintió sus manos atrapar su cintura y sus pechos llenos y pensó que no podían...

—Déjame, pueden vernos...

—Ven conmigo hermosa, me muero por hacerte mía... os haré mi esposa y nada podrá separarnos jamás—le dijo y le dio un beso ardiente y apasionado.

No esperaba a volver al castillo, allí encerrados en sus aposentos la llevó a la cama para hacerla suya escondidos entre las sábanas no pudo negarse, no quiso hacerlo. Hacía tanto que un hombre no la tocaba y lo había extrañado, había extrañado la forma en que la hacía suya y la volvía loca con sus caricias.

No podía pensar, no podía más que rendirse al placer y disfrutar era como un sueño, su antiguo pretendiente había regresado sano y salvo y la quería para él, la reclamaba como suya su mujer y dijo que la convertiría en su esposa.

Regresaron ese mismo día al castillo con su hijo y él no se alejaba de ella ni un momento.

Durante el viaje le contó lo sucedido.

Al parecer parte de la historia era cierta.

Fue acusado de haber matado a Eloise, pero al final se supo que habían sido unos bandidos y fueron ejecutados.

Pero al regresar supo que ella había desaparecido y le hicieron creer que había muerto cuando dio a luz antes de lo esperado. Todos le mintieron...

—Quién os trajo aquí?

—Vuestro primo dijo que era lo mejor porque la familia de Eloise vendría aquí y me haría daño.

—Eso supuse... pasé semanas pensando que habíais muerto hasta que supe que os habían llevado lejos de aquí. El fiel Arnaud me contó todo en París. Era mentira. Estabais viva, pero no sabía a dónde os habían llevado. Dijo que había sido mi primo Antoine, pero no le creí...

—Quería librarse de mí, pero no me hizo daño. No entiendo por qué... me dejó escondida allí.

—MI primo planeaba llevaros de regreso a Inglaterra pues creía que moriría en la horca y entonces él debía disponer de mi herencia. Pero me ha mentido, me ha traicionado y nunca voy a perdonarlo. Malditos buitres. Pero al fin soy un hombre libre y os haré mi esposa Agnes, es todo lo que deseo ahora... os amo y creí enloquecer cuando me hablaron de vuestro parto, del niño... todo esto fue planeado. Me enviaron a París para tenderme una trampa. Alguien quería matar a Eloise y culparme de ello. No me extrañaría que todo fuera obra de Antoine y sus leales criados.

—Oh eso es horrible, ¿tanto os odia?

—Al parecer sí. Nunca aceptó que os trajera aquí, pensaba que como mi esposa no me había dado herederos él podría apoderarse de mi herencia en un futuro. Lo deseaba... siempre ha sido ambicioso. Y al parecer vuestra llegada fue un gran contratiempo, más cuando supo que os había dejado encinta... así que aprovechó mi desgracia para alejarte de aquí.

—Nunca confié en él, parecía amable, pero... tampoco creí que matarais a Eloise, su muerte fue horrible. Lo lamento.

—Todo fue una trampa... llegué allí esperando tener la separación, pero Eloise se rio de mí, dijo que no podía ser tan estúpido de desposar a la joven que me había abandonado una vez y en esos momentos de humillación tuve que tragarme la rabia y alejarme.

Ella escuchó la historia, que era muy diferente a la que le había contado Antoine.

—Ese hombre inventó todo. nunca fui a prisión, solo respondí a las palabras del comisionado que investigó lo sucedido, pero en cuanto supieron que la habían matado unos bandidos para robarle sus joyas comprendieron que era inocente y me dejaron ir. Pero entonces... tuve que quedarme en los funerales de Eloise, hablar con su familia y arreglar mis asuntos en esa ciudad. Vi a mi tío y en cuanto pude regresé a Provenza. Estaba harto de todo eso y solo pensaba en regresar a vuestro lado. Me sentía enfermo y también asustado. Cada vez hay más bandidos en los caminos y los alguaciles no logran poner freno a tanta locura. Es como si de repente todos los pobretes de la ciudad fueran ahora peligrosos malandrines. Y siempre atacan a los nobles, hacen mucho daño a las mujeres antes de robarles sus vestidos y sus joyas. Eso es inadmisibile. Muchos fueron ahorcados por ello, pero eso no los ha detenido.

Suspiró y la abrazó.

—Mi primo planeaba llevaros lejos de aquí, a Inglaterra al parecer, a la antigua granja y estaba tramando... quería saber cómo encontrar ese lugar y por eso tardó en hacerlo y por eso estáis aquí. Y estáis a salvo, hermosa, nunca más os dejaré sola. Ese hombre tramó esto mucho antes, planeaba alejarte de mí y creo que no soportó que nuestro hijo fuera un varón y naciera de repente, antes de lo esperado.

Estaban a solas en sus habitaciones, descansando, él la tenía entre sus brazos y no dejaba de mirarla con tanto amor y devoción y también miedo. Había sentido tanto miedo de perderla.

Su amada, su amor, su cautiva...

Pero él no pensaba todavía que ese niño no fuera suyo, creía que era suyo y debió enterarse de la historia del niño milagro.

Era mejor que lo pensara porque su hijo corría peligro y lo sabía, si le decía la verdad o se oponía a sus planes de boda...

Ahora sabía que su primo a quien había considerado casi un hermano lo había traicionado y que su familia debía desaprobador que ella estuviera allí. Aunque en esos tiempos los señores tenían amantes y eso a nadie ofendía ni molestaba, ella no era como las demás, ahora él planeaba convertirla en su esposa. Y los criados habían obedecido a ese traidor en ausencia del conde.

Cuando se lo preguntó notó cómo su expresión cambiaba.

—Les he echado una buena reprimenda y solo he dejado aquí a los mejores. Ya no me fío de los demás. Debieron protegeros y lo hicieron, Maroi y madame Dupont sé que os cuidaron cuando tuvisteis a nuestro hijo, pero los demás no se atrevieron a enfrentarse a Antoine pues pensaron que decía la verdad. Todos creían que había muerto o que sería enviado a prisión por muchos años, pero eso no pasó. Ahora ven aquí, no quiero que os vayáis a ningún lado. Estáis a salvo ahora y me muero por hacerte mía.

Los días siguientes estuvieron encerrados en la cama y solo rezaba para que no la dejara preñada tan pronto pues su hijo era tan pequeño.

Pero llevaba semanas sin tocarla y estaba asustado, nervioso, y furioso por todo lo que había pasado y solo hacerla suya calmaba su ánimo.

Ella lo entendía perfectamente porque también había extrañado su apasionado abrazo y se sentía angustiada por el futuro.

Pensaba en lo cerca que había estado de ser enviada a Inglaterra y temblaba de rabia porque el muy sinvergüenza de Antoine no tuvo tiempo ni las agallas de hacerlo. Quizás no se atrevió. Supo que se había marchado lejos luego de negar todas las acusaciones de su primo y

jurar que era inocente.

Pero Clemens lo había desterrado y para él era como si hubiera muerto.

Ella apartó esos pensamientos y sus locos sueños de regresar a Forest Groven y ver a Duncan. su amor inglés, su aventura, su antiguo amante comenzaba a desdibujarse como un sueño y Clemens parecía ocupar su lugar. Todos decían que ella era su debilidad y la adoraba, y se había enfrentado a su familia por su causa. Y estaba loco por ella, podía sentirlo...

Y ella sabía cómo enloquecerlo en la intimidad y hacer que siempre quisiera regresar a su lado.

Y mientras le prodigaba caricias y le hacía sentir que lo que probaban sus labios era lo más delicioso que había probado jamás, él le rogó que fuera su esposa. Llevaba meses esperando...

Y mientras la tendía en la cama para hacerla suya con desesperación ella dijo que sí.

Había pasado tanta angustia y soledad confinada en ese pabellón de caza que pensó que nunca más se quedaría sola sin un esposo en esta vida. Necesitaba darle una familia, un hogar, un padre a su hijo y sentirse a salvo. Él había sido su más ardiente admirador y ahora la haría su esposa y juró que cuidaría de ella. ¿Qué más podía pedir? Debía olvidar sus fantasías amorosas, todo eso era el pasado, Armand, su amante inglés... estaba segura de que él la había olvidado y ni siquiera sabía que le había dado un hijo.

Pero su hijo solo la tenía a ella, y ella dependía de ese hombre que decía adorarla. Debía ser una buena esposa para él, darle hijos, hacerle feliz y dejar atrás el pasado. Su pasado en Forest Groven parecía esfumarse como un sueño. Ni siquiera pensaba ya en Armand como antes.

Clemens dijo que debían casarse cuanto antes pues quería darle su nombre a su hijo. Pasaba tiempo en su compañía y decía que era idéntico a él.

—Es muy pronto, querido, deberíamos esperar... la muerte de vuestra esposa fue horrible

y si os casáis tan pronto... no es prudente.

Él la miró alarmado.

—Yo no lo hice Agnes. Espero que no creáis que...

—por supuesto que no lo creo Clemens, pero la gente es mala y murmuran...

—Estamos lejos de Paris.

—¿Y los D’Acourt, madre? ¿Qué sabéis de ellos?

—Están arruinados y tienen mejores cosas de qué preocuparse. Además, será una boda discreta. Pero no voy a permitir que digan que sois mi amante y que el niño no es mío. Porque es lo que dicen... los estúpidos campesinos.

Ella tembló al oír eso.

—Se han atrevido a decir tal cosa?

—Dicen que el niño es de vuestro anterior esposo.

La mirada de Clemens se volvió dura y extraña.

—Solo porque nació antes de tiempo y sobrevivió con los cuidados de madame Dupont. Dicen que era muy pequeñito al nacer.

—Es verdad, creí que moriría...o qué personas tan crueles. Todos supieron lo cerca que estuve de perderlo...

Era necesario mentir, y sabía que debía ceñirse a la historia del niño milagro si quería convencer a Clemens de que ese niño era suyo.

—Es verdad, se ve pequeño y tiene dos meses... pero ya crecerá. Dicen que los niños prematuros tardan más en crecer. Además, no se parece a Armand. Es igual a mí... yo era rubio de pequeño, ¿lo sabías? Luego mi cabello oscureció, pero todos dicen que es mi viva imagen.

—Lo es por supuesto—a Agnes le parecía una conversación peligrosa. No quería que se fijara tanto en ese parecido. Pero supuso que él imaginaba que Philippe era su viva imagen...

—Y es un varón fuerte, sé que es muy fuerte, aunque sea algo pequeño.—agregó.

Pero la idea de Armand lo perseguía.

—Ese marido tuyo nunca pudo dejarte preñada ¿verdad?

Su expresión cambió y lo negó con tristeza.

—Solo vos pudisteis dejarme preñada, Clemens.

Él pensó que eso era como algo que le daba ventaja y con una sonrisa triunfal se acercó y la envolvió entre sus brazos para besarla y tocarla, aunque fuera media mañana y estuvieran ambos listos y aseados para salir, si se le antojaba... y desde su regreso nunca la dejaba en paz. Nunca era suficiente.

—Solo un verdadero hombre puede dejar preñada a una mujer, preciosa—le dijo al oído.

Ella sonrió y pensó que eso no era cierto, no podía decir que Armand no fuera suficiente hombre, solo que no podía embarazarla y nunca supo por qué, quizás solo era estéril.

—Debes ver al cura, querido—le recordó ella cuando atrapó sus pechos y comenzó a succionar de ellos como un cachorro hambriento liberándolos del ajustado corsé.

Él extrajo la leche de sus pechos y excitado la tendió en la cama para desnudarla y llenarla de caricias.

—Hay tiempo, cielo... debo recuperar el tiempo perdido y no descansaré hasta dejaros el vientre con un bebé otra vez.

—Pero es muy pronto...

Dijo ella y gimió al sentir su lengua húmeda devorando su pubis perfumado. Dejaría su semilla en ella y nada lo detendría y ella no podía pensar...

—No es pronto, dicen que vuestro parto fue bueno, que sois fuerte como una yegua y vais a darme muchos hijos...

Ella se retorció de placer al sentir que hundía su miembro en ella y pensó que estaba

perdida porque era tan ardiente como el joven inglés y ella era débil y sentía esa necesidad... y luego de acabar lo hicieron otra vez antes de abandonar la habitación.

Pero al separarse no dejaba de pensar en esa conversación.

Debió imaginar que pasaría, que alguien comenzaría a esparcir esos malignos rumores sobre su hijo y a decir que no era hijo del conde.

Sabía que con el tiempo él sabría la verdad y ella debería inventar que se parecía a alguien de su familia.

Pero sabía que nada sería más poderoso que el amor que él sentía por ella, amor y un deseo insaciable. Mientras fuera una buena esposa y le diera más hijos nada debía temer. Su hijo estaría a salvo.

Pero antes debía casarse enseguida sin pensar que eso era algo desafortunado luego de una tragedia tan reciente.

Clemens era al fin un hombre libre y debía aceptar lo inevitable.

Además, quería dejar de ser su amante, su amante y su cautiva encerrada en el castillo.

Y cuando él regresó ese día y le contó que podrían casarse en una semana o más dijo que estaba bien.

—Invitaré a unos amigos y familiares. ¿Queréis que hable con vuestros padres?

Esa pregunta la tomó por sorpresa.

—Ellos nunca me perdonaron que me casara con Armand.

—Tampoco yo, hermosa, pero mírame, estoy loco por ti y no me importa el pasado.

La dama vaciló.

—¿Creéis que vendrían?

—Bueno, enviaré a Arnaud con una carta para que hable con ellos en mi nombre. No deseo dejaros sola ahora.

Ella sonrió agradecida.

—Pensé que no deseaban verme... que nunca me perdonarían.

Él la miró con intensidad.

—Os mentí para que no os atrevierais a huir de mí. Ellos os aman sois su única hija y además... nunca dejaron de buscarte.

—Y yo nunca los olvidé, deseaba regresar, pero...

Él la miró con curiosidad.

—Es increíble que soportaras vivir en esa granja de aldeanos ingleses tanto tiempo. vuestro esposo pudo llevaros a un lugar mejor.

Annabelle pensó que no debía hablar de ello. Era su pasado, un pasado que debía olvidar, aunque tuviera un hijo de Duncan... su vida en la aldea parecía como parte de un sueño, de otra vida.

—Pero solo invítadles si me han perdonado, no deseo recibir visitas que arruinen nuestra boda—le dijo entonces.

—Por supuesto querida, no sé si llegarán a tiempo pues no quiero postergar más nuestra boda.

Se casaron una semana después en una ceremonia discreta en la capilla del castillo. Solo acudieron amigos y algunos familiares y no hubo fiesta el conde insistió en ello, solo un pequeño banquete para agasajar a sus amigos que llegaron desde París, y esos parientes lejanos que vivían lejos.

Pero lo más emocionante para la novia fue que sus padres que habían llegado el día anterior estuvieran presentes. Parecía un sueño para ella poder verlos, abrazarlos y conversar como si el tiempo no hubiera pasado y todo fuera como antes.

Estaban felices de verla y de saber que estaba a salvo y además había tenido un hijo con Clemens.

Conocieron a su nieto y dijeron que se quedarían unos días.

Su madre le reprochó que no la invitara antes, pero ella postergó esa conversación.

Acababa de convertirse en la nueva condesa de Clemens y Blaise y él le dio un beso suave y ambos salieron juntos del altar. Sonrió emocionada al ver a sus padres a su lado, parecían tan felices, tan orgullosos. La habían perdonado y eso era importante para ella. Verlos allí parecía un sueño, aunque lamentaba que sus demás parientes no pudieran asistir.

Miró a su alrededor y notó que todos parecían felices y que el banquete que habían armado para la boda era mucho más abundante de lo que había ordenado su esposo.

él la llevó hasta el comedor y luego en un momento la envolvió entre sus brazos y la besó a escondidas. Estaba emocionado y feliz.

—Esto es un sueño para mí, hermosa. Todavía creo que es un sueño—le confesó y le dio un beso ardiente antes de regresar al salón donde los invitados aguardaban.

No pudo evitar pensar en su primera boda con Armand, celebrada en su castillo, a millas de distancia de ese lugar. Una boda celebrada a escondidas, y sin la autorización de sus padres ni su beneplácito. Pero estaban tan enamorados... ella sentía que caminaba sobre algodones, todo era tan hermoso e irreal, como un sueño... qué extraño que su nuevo marido le dijera esas palabras y al hacerlo le recordara a su otra boda años atrás.

A pesar de su abandono él la había esperado, durante años. Y no había descansado hasta tenerla a su lado. Hasta convertirla en su esposa.

Aunque primero la retuvo como su cautiva, cuando supo que estaba esperando un bebé todo cambió. Quería que fuera su esposa, pero no podía casarse con ella pues tenía esposa.

Al llegar a la sala el bullicio de los invitados la distrajo. Todos querían ver a los novios y brindar por ellos.

Pero en la sala también estaba el fiel Arnaud y los otros caballeros. Bebían y conversaban, pero parecían atentos a su alrededor y los vio alejarse momentos después.

Los invitados se quedaron celebrando, pero ellos partieron al atardecer para descansar en sus aposentos, su noche de bodas aguardaba y su marido estaba deseando que llegara ese momento.

—Ahora sois mi esposa ángel, como debíais serlo algún día. Parece un sueño que eso haya pasado. Os veis tan hermosa—dijo y la despojó de su vestido de novia para llevarla a sus nuevos aposentos nupciales. Una habitación inmensa y lujosa que ningún criado tuvo la atención de calentar con una lumbre y ella tiritó al verse desnuda en una cama helada. Solo el calor de sus besos y su cuerpo la ayudó a recuperarse. Un abrazo ardiente que fue muy distinta a su primera noche de bodas. Fue extraño, pero no pudo evitar pensar en Armand en esos momentos y en ella que era entonces tan tímida y estaba tan asustada...

Ahora sabía cómo era y qué esperaba su esposo de ella y no necesitó pedírselo, cuando comenzó a desvestirse ella liberó su miembro que estaba erguido esperándola con una sonrisa, anhelante y húmedo luego de algunos juegos.

Sus deberes de esposa que ahora conocía al dedillo, era como una esposa debía tratar a su marido para evitar que buscara consuelo en otra cama con otra mujer o eso le había dicho su tía en esa conversación antes de su boda. No tenía idea de qué hablaba, no entró en detalles, solo dijo que ella debía dejar que su marido le enseñara lo que debía hacer y Armand había sido el mejor amante, el mejor esposo, pero ahora no sabía qué le esperaba junto a su vengativo y loco enamorado del pasado. No sabía si él se daba cuenta que ella no lo amaba y que solo era suya por deber y necesidad y que era ardiente porque su esposo la había despertado, él le había enseñado lo que sabía y que luego fue ella quien sintió el deseo de tener un amante en su cama por eso había sucumbido a ese guapo inglés. Pero ahora era distinto, ya no corría ligera como un cervatillo en el bosque, tenía un hogar y había vuelto a su país. Junto a su familia. Era todo cuanto había deseado un día y sin embargo no era feliz. No era feliz como el día en que se casó

con Armand. Todo era tan distinto entonces, tan bello y fresco...

Sus padres se quedaron unos días en el castillo y tuvo oportunidad de hablar con su madre en privado el día anterior a su partida.

Daba la sensación de que siempre estaba vigilada. Su esposo estaba alerta y no podía simplemente dar un paseo sin antes avisar y pedirle permiso.

Pero dar un paseo con su madre sin que hubiera espectadores ni guardines fue un alivio. Sentía que ella tenía muchas preguntas.

—Agnes, me alegra saber que habéis regresado a vuestro país, dijeron que habíais ido a Inglaterra y... es eso cierto?

Ella le contó de la fuga y del viaje.

—Mi marido no era un traidor, madre.

Su madre la miró alerta.

—Tenéis otro esposo ahora y un hijo en quien pensar ahora. solo quería saber lo que pasó, no pretendía que

No quería que la hablara de Armand, todavía lo odiaba, aunque estuviera muerto.

—Vivías en una horrible granja...oh pobrecilla, ¿cómo pudisteis soportar vivir allí?

—Fueron buenos con nosotros madres, nos dieron tierras y una granja. Necesitábamos escapar, buscar un lugar para estar a salvo. A mi esposo lo condenaron injustamente le tendieron una trampa.

Su madre se detuvo y le dijo que callara.

—Me horroriza pensar por lo que habéis pasado y me siento culpable, hija mía. Fui tan orgullosa... no he dejado de lamentar haberme alejado de ti. Y me parece un milagro que Clemens os haya traído de nuevo a casa, le estaré siempre agradecida.

—Madre, no vine aquí voluntariamente. Él tenía otra esposa y además...

—Pero tienes un hijo en quien pensar. Deja atrás el pasado. Es un bebé tan hermoso y adorable, se parece tanto a ti...

Su madre no quería que le hablara de sus problemas ni ella se habría atrevido. Solo quería disculparse por haberse enfadado con ella.

Y como era peligroso hacerle ciertas confesiones decidió preguntarle por sus queridas primas.

—Guerine perdió a su bebé, querida, y está muy afligida... pasa el día llorando y no quiere ver a nadie. Su esposo está desesperado, no sabe qué hacer para que recupere su espíritu, su alegría...

—Oh no puede ser... ¿qué pasó? Louis era un niño sano y adorable.

—Lo era, pero una parienta fue a visitarlo y estaba enferma... malvada anciana. Contagió al niño y murió de fiebres. Fue una tragedia. Y tú otra prima Constance no logra quedar encinta...

—Cuánta tristeza... y Amelie?

—Amelie es todo lo contrario, siempre está encinta y sus padres están asustados. Creen que no tiene salud... le fue muy mal en su último parto y el doctor dijo que...

—OH cuántas malas noticias. Cómo ha cambiado todo, madre. Antes todo era alegría y esa incertidumbre de la juventud en que todo es ilusión y sueños. Eran como mis hermanas, pero también se alejaron de mí, supongo que nada será lo mismo ahora.

—Debes ser más compasiva Agnes, debes entender... todas han sufrido su propia tragedia, sus vidas son tan difíciles ahora. al menos tú tienes un esposo que os adora y os cuidará. Por favor no lo rechacéis, está loco por ti, nunca os olvidó y supe que esperaba paciente vuestro regreso.

—Le he dado un hijo madre y seguramente pronto volveré a quedar encinta. Nunca me

deja en paz.

Su madre se sonrojó.

—Es un hombre joven y enamorado. No puede ser de otra forma—fue lo que le respondió.

Pero luego quiso saber qué ocurría en París con la muerte de la esposa de Clemens.

Notó como las mejillas regordetas de su madre enrojecían de forma violenta.

—Fue una cosa horrible, no quiero hablar de ello. Esos bandidos han de ser extranjeros o maleantes... no sé por qué andan sueltos como señores cuando deberían estar en prisión o bajo tierra—dijo entonces.

—Y los D'Acourt?

—¿Qué pasa con ellos? ¿Por qué quieres escarbar sobre el pasado de tu marido? Ahora es vuestro y esa familia no osaría hacerte nada. Supongo que saben que vuestro esposo tuvo un hijo estando casado con su hija, pero han sufrido otras desgracias y os aseguro que tienen otras cosas en qué pensar.

Agnes le contó lo ocurrido en el castillo con el primo de Clemens.

—OH qué felón tan desgraciado. Quiso robarle todo a su primo. Seguro te quería a ti también.

—Claro que no madre.

—Querida solo se prudente y quedaos aquí, no vayáis a París. Los caminos están infestados de ladrones crueles y despiadados. Vuestro padre quiere abandonar París y les ha aconsejado a sus parientes que también se marchen. Las cosas no van bien allí.

La corte de Versalles, el duque, sus primas y su antigua vida, todo parecía haber cambiado como si de repente la desgracia se hubiera abatido sobre ellos. Sus primas, sus parientes y también París, su madre decía que estaba repleta de bandidos y asesinos y estaba

asustada, ya no quería regresar a la mansión ni tampoco ir a fiestas.

—En provincias se vive con más calma, lejos de las intrigas cortesanas querida. Sin esos malvados bandidos. Y tú estás a salvo porque eres la esposa de Varens y eso nos llena de felicidad.

Esas fueron sus palabras, eran felices de saber que tenía un esposo de su rango y había dejado atrás esa horrible granja en Inglaterra. No tuvo ni una palabra por la muerte de Armand, ni sobre su inocencia, era como si no quisiera hablar de él o mencionarlo. Como si nunca hubiera existido.

Pero había sido su marido y lo había amado y no se sentía feliz de haber regresado. No tan feliz como debería, pero sabía que tenía a su hijo que era su amor y su tesoro y debía velar por él. Tenía que proteger a su pequeño, cuidarlo y eso ocupaba todos sus pensamientos ahora.